IBIZA SUMMER LOVE





Kristen Rivers

Ibiza Summer Love

Kristen Rivers

Derechos de autor © 2025 Kristen Rivers

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Kristen Rivers

CAPÍTULO 1

Sophie

La lluvia azota mi ventana. Otra vez. Como si París hubiera decidido llorar conmigo. Contemplo las gotas que se deslizan por el cristal, formando ríos en miniatura, exactamente como las lágrimas que he derramado demasiado estos últimos meses.

Mis dedos arrugan maquinalmente la carta que tengo sobre las rodillas. Quinto rechazo para las prácticas. Si era para eso, podrían haberse limitado a un simple correo impersonal. A estas alturas debería estar acostumbrada. Sin embargo, cada nuevo «lamentamos informarle de que su candidatura no ha sido seleccionada» me devuelve a lo que intento desesperadamente olvidar: la voz de Antoine, cortante como una hoja.

—En serio, Sophie, ¿editora? ¿De verdad crees que tienes talento para eso? Seamos realistas, cariño.

Lo había dicho delante de todos sus amigos, durante esa fiesta organizada por sus padres. Después había seguido con lo que él llamaba mi «estúpida pasión» por la escritura. Yo había sonreído, como siempre. Había asentido, como siempre. Me había quedado callada, como siempre.

Hasta el día siguiente, cuando por fin hice las maletas después de dos años de una relación en la que mi personalidad se había evaporado lentamente, como un perfume demasiado sutil frente a la arrogancia de un hijo de industrial acostumbrado a poseer todo lo que desea.

Seis meses después, aquí estoy, libre. Libre y completamente perdida.

Mi móvil vibra sobre la mesa. Emma, evidentemente. Mi mejor amiga se niega categóricamente a dejarme hundirme en mi depresión posruptura.

«Noche de cine + cena esta noche. ¡Necesito verte, señora ermitaña!»

Suspiro mientras escribo mi respuesta.

«Lo siento, tengo que terminar un trabajo para mañana. ¡La próxima vez, te lo prometo!»

La respuesta es instantánea.

«No tienes clases mañana. Y sé perfectamente que tienes todos los trabajos terminados por adelantado, señorita Perfeccionista. Deja de decir gilipolleces.»

Sonrío a mi pesar. Emma me conoce demasiado bien.

«Perdón... Solo estoy cansada. No muy sociable últimamente.»

«Llego en 15 minutos con chocolate y pizza. No es negociable.»

Antes de que pueda protestar, añade:

«Y si no me abres, gritaré tu nombre en la calle hasta que todos los vecinos llamen a la policía.»

Exactamente 14 minutos después, suena mi timbre. Emma irrumpe en mi apartamento como un tornado, sus rizos pelirrojos todavía húmedos de lluvia, una bolsa en cada mano.

—Por favor, dime que no llevas ese chándal deprimente desde hace tres días.

Miro mi pantalón de deporte gris descolorido.

—Solo dos.

Pone los ojos en blanco mientras deja las bolsas sobre mi diminuta mesa.

—No sé qué apesta más: tu piso, que no ha visto un rayo de sol desde el otoño, o este ambiente de fin del mundo que cultivas.

—Siempre tan delicada.

—La delicadeza es para la gente que está bien. Tú necesitas una descarga eléctrica.

Abre mi ventana a pesar de la lluvia, después se dedica a mis cortinas cerradas. Hago una mueca.

—¿Qué? ¿Tienes miedo de ponerte a brillar como un vampiro sexy a la luz del día? ¿Te das cuenta de que estamos casi en mayo y de que la vida sigue fuera de este mausoleo?

—La vida sigue para los que saben lo que quieren.

Emma se para en seco en su operación de ventilación forzada y me mira fijamente.

—Vale, ya basta. Enciende el ordenador.

—¿Por qué? La última vez que me diste esa orden, acabamos con cincuenta kilos de plátanos.

—Esta vez no tiene nada que ver. Ahora vamos a encontrarte un trabajo de verano que te saque de este agujero infecto y de tu depresión.

—Emma...

—¡No, nada de «Emma» con esa voz de condenada a muerte! Antoine te destrozó, vale. Tus prácticas de ensueño te rechazaron, vale. Pero joder, Sophie, ¡tienes 23 años! ¡La vida no se acaba con un gilipollas narcisista y unas cuantas cartas de rechazo!

Debería ofenderme, pero algo en su enfado me despierta un poco. Tiene razón. He pasado los últimos seis meses lamentándome, analizando cada momento de mi relación con Antoine, preguntándome por qué no tuve valor para irme antes.

Me levanto y cojo mi ordenador.

—¿Qué sugieres exactamente?

La sonrisa de Emma ilumina su cara.

—Un trabajo completamente loco, en el extranjero, que te haga vivir cosas increíbles y conocer gente que no se parezca en nada a tu ex.

—¿Quieres enviarme a hacer qué? ¿Criadora de llamas en Perú?

—¿Por qué no? Al menos las llamas no hacen comentarios sobre tus ambiciones literarias.

Nos echamos a reír, y sienta genial. No recuerdo la última vez que me reí de verdad.

Sentadas una al lado de la otra en mi sofá hundido, empezamos a mirar páginas de empleos de temporada. Algunos anuncios son tan absurdos que acabamos haciendo un juego.

—Espera, escucha este —digo señalando mi pantalla—. «Se busca persona motivada para disfraz de mono en parque de atracciones rumano. Se valorará experiencia en despiojar.»

—¡Estarías demasiado sexy de mono! —exclama Emma.

—Oh, mira: «Se busca probador/a de aseos públicos en Tailandia para guía turística. Debe poseer un sistema digestivo robusto y un sentido agudo del detalle.»

Emma se muere de risa.

—¡Imagínate las fichas que tendrías que redactar! «Ambiente sonoro satisfactorio, olor característico pero soportable...»

—Ah, y este: «Cocinero para equipo científico en la Antártida. Debe saber preparar 47 recetas diferentes a base de pescado congelado.»

—Perfecto para ti, que quemas hasta la pasta.

Seguimos así durante más de una hora, pasando de una oferta improbable a otra.

—Bueno, supongamos que me pongo seria dos minutos —digo sirviéndome otra copa de vino—. ¿Qué podría hacer en realidad?

—Hablas inglés, francés y español perfectamente. Podrías trabajar en turismo —sugiere Emma.

—Mmm, no está mal.

Filtro los resultados y paso las ofertas más realistas. De repente, una foto de playa paradisíaca llama mi atención.

—«Hotel Paraíso - Ibiza - se busca personal multilingüe para temporada estival» —leo en voz alta—. Con alojamiento, comida y lavandería incluidos.

—¿Ibiza? —exclama Emma—. ¡La playa, el sol, las fiestas increíbles!

—El sueldo es bastante bajo, eso sí.

—¡Pero incluye alojamiento! ¿Te imaginas? En lugar de esta buhardilla húmeda donde pagas una fortuna por deprimirte, podrías despertarte con vistas al Mediterráneo. Y a los guapos mediterráneos...

Mientras leo el anuncio, algo se anima en mí. Una chispa que no he sentido desde hace mucho tiempo. Ibiza. Exactamente lo contrario a mi vida actual: sol en lugar de lluvia, desconocido en lugar de rutina, libertad en lugar de encierro.

—Buscan a alguien para ayudar al responsable de conserjería —digo siguiendo con la lectura—. Trabajo variado, contacto con clientes... Podría ser interesante.

Emma me mira con expresión victoriosa.

—Envía tu candidatura. Ahora.

—Pero...

—¡Nada de peros! ¿Qué arriesgas? En el peor de los casos, es que no, y te quedas en París contando gotas de lluvia. En el mejor...

En el mejor, me voy. Escapo. Por fin respiro.

Mis dedos tiemblan ligeramente sobre el teclado mientras redacto rápidamente un correo de motivación. Emma me anima con entusiasmo, comentando cada frase que escribo.

—¡Añade que eres súper organizada!

—Es verdad que ordenar mis libros por tamaño y color me cualifica perfectamente para un hotel de lujo. Sin olvidar los de colección. ¿Has visto el de Nymphéa y la habitación roja?

—¡Exacto! Pero no les hables de Nymphéa. O quizás sí. ¿Por qué no? ¡Y menciona que eres sociable!

—No he salido de mi apartamento desde hace tres días.

—Detalles, detalles...

Finalmente termino mi carta y, en un arrebato de audacia que me sorprende a mí misma, hago clic en «enviar» antes de poder cambiar de opinión.

—¡Lo has hecho! —grita Emma abrazándome.

Por primera vez en meses, siento algo más que apatía. Una especie de emoción nerviosa, un comienzo de esperanza quizás.

—No te emociones, probablemente no me cogerán.

—¿Con tu currículum y tres idiomas? Serían idiotas si no te cogen.

Brindamos por esta posibilidad loca —yo, Sophie Leroy, en una isla española durante todo el verano— y después Emma me obliga a salir a cenar. Fuera, ha parado de llover.

Me despierto sobresaltada en mitad de la noche, presa de una horrible comprensión. En mi precipitación, he enviado el archivo equivocado. No mi carta de motivación para el hotel, sino la que había preparado para ayudar a Emma a solicitar trabajo en un zoo.

Salto sobre mi móvil para comprobarlo. El corazón se me para. Es eso. He enviado una carta explicando mi pasión por los animales, mi deseo de trabajar en un entorno natural, y —gimo al releer la frase— que «me encanta pasar tiempo con los animales, incluso los más difíciles».

Me imagino al responsable leyendo eso, pensando que comparo a los clientes con animales difíciles. Me desplomo sobre mi almohada,

mortificada. Esto resuelve la cuestión: nunca me cogerán.

Me duermo otra vez con esta certeza, ignorando aún que este error estúpido podría ser el comienzo de todo.

CAPÍTULO 2

Diego

Tiro las carpetas de los nuevos temporeros sobre mi escritorio con un suspiro. Otra tanda de niños de papá y juerguistas que van a desaparecer a las primeras dificultades y dejarán todo el trabajo a los que nos partimos el lomo todo el año. Como cada verano. El mismo circo empieza de nuevo.

Mi teléfono vibra por tercera vez en veinte minutos. Es mi padre. Otra vez. Lo dejo sonar en el vacío, observando la pantalla hasta que su nombre desaparece. Tenemos nuestro pequeño ritual. Él llama, yo paso. Él envía un mensaje incendiario, yo respondo con un mensaje lacónico. Un baile bien ensayado desde hace cinco años. Como dije, todo se repite, nada cambia en el universo.

—Al menos podrías hacer como que te alegras de darles la bienvenida.

Levanto la vista hacia Javier, que está en el marco de la puerta con su eterna media sonrisa en los labios. A los cincuenta y tres años, nuestro director aún consigue llevar sus camisas impecablemente planchadas sin el menor rastro de una aureola bajo un calor de 35 grados. No sé cómo lo hace. Apuesto a que es un extraterrestre venido a analizar nuestro planeta.

—Reservo mi entusiasmo para los que aguanten más de dos semanas —respondo cogiendo una nueva carpeta—. ¿Cuántos van a largarse cuando se den cuenta de que Ibiza no se resume a dormir hasta las doce y salir de fiesta hasta el amanecer?

Pone los ojos en blanco mientras sonríe al mismo tiempo. Domina el arte de estar hastiado e increíblemente feliz a la vez. Os lo digo: ¡este tío es un extraterrestre infiltrado en Ibiza!

—Pesimista, como siempre —suspira acercándose—. Toma, este debería interesarte.

Me tiende una carpeta que aún no había abierto. Una foto de carné está grapada arriba a la derecha. Sophie Leroy. Francesa. 23 años. Estudiante de literatura comparada en París. Trilingüe: francés, inglés y... ¿español?

—Su madre es española, de Valencia —precisa Javier, que lee por encima de mi hombro—. Ha pasado todos sus veranos en España cuando era niña. La entrevisté por vídeo. Su español es impecable, casi sin acento. Y su carta de motivación era divertidísima, en serio. Una historia de zoo. Nos hace falta un poco de humor, ¿no crees?

Yo no creo, no.

Repaso sus referencias. Prácticas en editoriales, responsabilidades en asociaciones universitarias... Nada que indique formación hotelera o experiencia en atención al cliente.

—¿Por qué dejar París y todas las oportunidades relacionadas con sus estudios que ofrece una ciudad tan grande para venir a encerrarse en un hotel en Ibiza? Es un poco raro, ¿no?

Javier se encoge de hombros.

—Cambio de aires, necesidad de dinero, ganas de aventura... Las razones habituales. Lo que cuenta es que está sobrecualificada para el puesto y que habla tres idiomas con fluidez. Con la clientela internacional que recibimos, es exactamente lo que necesitamos.

Mi teléfono vibra de nuevo. Esta vez no es mi padre, sino un mensaje de WhatsApp de Alejandro:

«Set EXPLOSIVO esta noche en Pacha. Tengo entradas VIP para ti. Trae tu culo estirado o vengo a buscarte en persona.»

Javier nota mi sonrisa fugaz.

—Déjame adivinar... ¿Alejandro y sus invitaciones que no se pueden rechazar?

—Nunca entenderá que algunos de nosotros trabajamos de verdad —respondo guardándome el teléfono en el bolsillo—. Pero me mataría si me perdiera otro de sus sets.

—Deberías ir —dice Javier con aire extrañamente paternal que me incomoda—. Trabajas demasiado, Diego. Incluso en plena temporada, tienes derecho a una vida. Estás en Ibiza, tío, no en una siniestra funeraria en el fin del mundo de Siberia.

Contengo una risotada. Una vida. Como si fuera tan simple.

—Pareces mi abuela. Me llamó ayer para decirme exactamente lo mismo.

—Dolores es una mujer sabia —responde antes de darse la vuelta —. Ah, y no olvides la reunión de equipo mañana por la mañana. Los

nuevos llegarán hacia mediodía.

Asiento con la cabeza, volviendo ya a la carpeta de esa misteriosa francesa. Algo me mosquea. Los estudiantes de literatura no desembarcan en Ibiza para trabajar como recepcionistas. Vienen a hacer fiesta, a escribir una novela pretenciosa sobre «el alma festiva de la isla», o a tirarse a desconocidos antes de volver a su vida ordenada.

Un escalofrío desagradable me recorre la espalda. Recuerdo demasiado bien a Lucia, la temporera italiana del verano pasado. Su aire inocente, sus promesas, esos momentos robados entre dos servicios... Luego su marcha precipitada a mediados de agosto, sin mirar atrás. Un SMS lacónico como única despedida. «Ha estado guay, pero mi novio ha vuelto de sus prácticas. ¡Ciao!»

No. Nunca más. He aprendido la lección.

Cierro la carpeta de Sophie Leroy de un gesto seco. No importa que hable español como una nativa, que tenga un currículum impresionante o una cara bonita en su foto de carné. Para mí, sigue siendo una temporera. Temporal. De paso. Como todo el mundo aquí, salvo unos pocos de nosotros.

Mi teléfono vibra otra vez. Un mensaje de mi padre:

«El consejo de administración se reúne el viernes. Tu presencia es requerida, no opcional. Es hora de que asumas de una vez tus responsabilidades familiares.»

Miro fijamente la pantalla un buen rato antes de escribir mi respuesta habitual:

«Imposible. Temporada alta. Personal insuficiente. El próximo trimestre quizás.»

Si las mentiras dieran millas, ya habría recorrido el planeta entero. Tengo personal competente suficiente para ausentarme dos días. Javier me sustituiría sin problema. Pero la sola idea de volver a la oficina aséptica de Madrid, de ponerme un traje, de hacer el soldadito obediente delante de los amigos de mi padre me dan ganas de vomitar.

Me levanto y me acerco a la amplia ventana que da a la bahía. El Mediterráneo centellea bajo el sol de junio, de un azul tan intenso que resulta casi irreal. Los veleros se deslizaran perezosamente

sobre el agua, minúsculas manchas blancas sobre la inmensidad azul.

Por eso me quedo. No para contrariar a mi padre. No por el trabajo, aunque me gusta lo que hago. Me quedo por estos momentos en que el tiempo parece suspendido, en que la belleza de la isla me quita el aliento como el primer día.

Cierro los ojos y vuelvo a ser un crío de ocho años, sentado en la proa del viejo barco de mi abuelo. Sus manos curtidas sobre las mías mientras me enseña a llevar el timón. Su voz áspera que me cuenta los secretos de las calas escondidas que solo los verdaderos ibicencos conocen.

—Mira bien, Diego —decía señalando una ensenada minúscula, invisible desde la costa—. Esta cala pertenecía a tus antepasados mucho antes de que los turistas invadieran la isla. Pase lo que pase, no olvides nunca que estas tierras están en tu sangre.

Abro los ojos, con la garganta apretada por la emoción. El abuelo se fue hace diez años ya, se lo llevó un cáncer tan rápido como implacable. Pero su voz resuena aún en mí cada vez que contemplo el mar.

Vuelvo a mi escritorio, más decidido que nunca. No importa lo que quiera papá. No importan estos temporeros que ven Ibiza como un patio de recreo temporal. Pertenezco a esta isla de una manera que ninguno de ellos podrá entender jamás.

Mi teléfono vibra otra vez. Alejandro, esta vez:

«He puesto tu nombre +1 en la lista VIP. Trae a quien quieras, pero VEN. Tengo una nueva mezcla que te va a hacer llorar de felicidad, prometido.»

Sonrío a mi pesar. Alejandro, el eterno optimista. Mi exacto opuesto desde el colegio privado de Madrid donde nos conocimos. Él que ve oportunidades por todas partes cuando yo solo veo riesgos. Él que colecciona conquistas cuando yo desconfío de toda relación. Pero también el único que me entiende de verdad, que nunca ha intentado cambiarme.

Repaso distraídamente el resto de las carpetas. Luna se encargará principalmente de formar a la nueva francesa. Mejor así. No tengo ni tiempo ni ganas de hacer de guía turístico para una parisina que se

cree especial porque habla tres idiomas y que puede permitirse hacer humor en una carta de motivación.

Me prometo mantener una distancia profesional fría pero educada. Como con todos los temporeros. Particularmente los que podrían gustarme, con sus grandes ojos inteligentes y su dominio perfecto de mi lengua materna.

Guardo las carpetas en mi cajón y cierro mi escritorio con llave. Tengo un equipo al que informar, un hotel de cinco estrellas que gestionar y un padre autoritario al que ignorar. No hay sitio para las distracciones estivales, por tentadoras que sean.

Es la regla que me he impuesto después de Lucia. Después de Elisa. Después de todas las que vinieron a Ibiza para un verano de aventuras antes de volver a sus verdaderas vidas. No soy el plan B de nadie. El exótico responsable español al que se abandona en septiembre con un beso en la mejilla y promesas vacías que ya se sabe que no se van a cumplir.

Una ola de calor se cuela por el pasillo cuando abro la puerta. Otro verano comienza. En unos días, el hotel estará lleno, las fiestas estarán a tope, y una nueva ola de temporeros desembarcará con sus maletas llenas de sueños e ilusiones.

CAPÍTULO 3

Sophie

El avión toca la pista con una ligera sacudida que me saca de mi ensimismamiento y me obliga a cerrar el libro que estaba leyendo. Refunfuño para mis adentros: arrancarme a la fuerza de mi lectura es como quitarle el bote de helado de las manos a Emma. Mordisco asegurado. Por la ventanilla vislumbro un cielo de un azul tan intenso que parece irreal. ¡Vale la pena acabar mi capítulo más tarde!

Bienvenida a Ibiza.

Después de dos horas atrapada en este avión, siento la emoción crecer en mí como una ola. Cojo mi bolso del compartimento superior y, tras esperar diez largos minutos, por fin puedo seguir el flujo de pasajeros que se dirigen hacia la salida. El aire cálido y perfumado me golpea en cuanto pongo un pie en la pasarela, y la intensa luz del sol me hace parpadear y estornudar a la vez. Si fuera un móvil, habría hecho una captura de pantalla.

Joder, qué contraste con París.

Allí he dejado la grisalla, la lluvia y el rechazo de esas prácticas con las que tanto contaba. He dejado los recuerdos de Antoine que aún se aferran a mí como una segunda piel de la que no logro desprenderme. He dejado las miradas preocupadas de Emma, que me vigila como si fuera a romperme en cualquier momento.

Aquí todo parece vibrar con una energía nueva. Los colores son más vivos, los sonidos más nítidos, incluso el aire que respiro parece cargado de promesas.

—¿Taxi, señorita? —me pregunta un hombre de piel curtida por el sol mientras cruzo las puertas del aeropuerto frunciendo la nariz para no volver a estornudar.

Asiento con la cabeza y le sigo hasta su coche. Mientras carga mi maleta en el maletero, compruebo la dirección del hotel Paraíso en mi móvil.

—¿Es la primera vez que vienes a Ibiza? —me pregunta al arrancar.

—Sí —respondo con una sonrisa.

—Vas a enamorarte, señorita. Todos lo hacen.

Sus palabras resuenan en mí mientras el taxi se adentra por una carretera serpenteante que bordea la costa. Pego la nariz a la ventanilla, absorbiendo ávidamente cada detalle del paisaje que desfila. Colinas verdosas cubiertas de pinos se alzan orgullosas, contrastando con el azul profundo del mar. Casas blancas de contraventanas coloridas se aferran a los acantilados como joyas sobre un estuche de verdor.

El taxi abandona la carretera principal para adentrarse por un camino más estrecho. El olor de los pinos se mezcla con el del mar, creando un perfume embriagador que casi me da vértigo. Me recuerda a los veranos de mi infancia en Valencia, jugando en el pinar detrás de la casa de mi abuela. Bajo la ventanilla y dejo que la brisa juegue con mi pelo. Una sensación embriagadora de libertad me invade: esa que he venido a buscar, esa que necesito desesperadamente.

Tras una última curva, el hotel Paraíso aparece por fin, enclavado en una cala aislada. Contengo la respiración. El edificio blanco de líneas depuradas parece fundirse con la naturaleza circundante, como si siempre hubiera formado parte del paisaje. Terrazas en cascada descienden hasta una playa privada donde unas cuantas sombrillas blancas se balancean suavemente con la brisa.

—Bonito, ¿verdad? —sonríe el conductor al darse cuenta de mi expresión de asombro.

—Precioso —murmuro, apenas consciente de que he cambiado al francés.

Se detiene frente a la entrada principal, donde un portero de uniforme impecable se apresura a venir a abrirme la puerta. Pago la carrera, añado una propina generosa —gracias a los ahorros acumulados durante los meses en que Antoine me desaconsejaba salir— y recojo mi maleta.

El vestíbulo del hotel es un espacio abierto de techos altos, decorado en tonos blancos y azules que recuerdan al mar visible a través de enormes ventanales. El aire acondicionado me proporciona un alivio bienvenido tras el calor exterior.

Me acerco a la recepción, donde una joven de pelo teñido de azul eléctrico ordena unos documentos. Levanta la vista al verme llegar y me ofrece una sonrisa radiante.

—Tú debes de ser Sophie, la francesa —dice en español con un acento melodioso.

Me sorprende que me reconozca inmediatamente, pero también me alegra poder usar mi español.

—Sí, soy yo —respondo con soltura—. ¿Cómo lo has sabido?

Su sonrisa se ensancha aún más, marcando hoyuelos en sus mejillas.

—Javier, el director, me dijo que llegarías hoy. Soy Luna, te voy a enseñar todo.

Rodea el mostrador y me tiende la mano. Su apretón es firme, confiado. Me pregunta si he tenido buen vuelo, a lo que respondo que no he visto pasar el tiempo porque estaba sumida en un libro excelente.

—¡Hostia, hablas español perfectamente! —exclama con un entusiasmo no disimulado.

Me río, halagada por su reacción. Y también sorprendida, porque no he dicho gran cosa.

—Mi madre es española. De Valencia. Pasaba allí todos los veranos cuando era pequeña.

Luna emite un silbido de admiración.

—¡Tu acento es perfecto! Hablas mejor que algunos que llevan años viviendo aquí. Nos va a ser súper útil con los clientes españoles que se niegan a hablar otra cosa.

Eh... normal. Están en su casa, ¿no?

Pasa naturalmente del francés al español y viceversa, creando instantáneamente una complicidad entre nosotras. Por primera vez en meses, me siento cómoda con alguien a quien acabo de conocer.

—¡Venga, ven! Te voy a enseñar todo antes de llevarte a tu habitación. Debes de estar reventada después del viaje, pero créeme, ¡vale la pena!

Luna me arrastra en un torbellino de pasillos, ascensores y escaleras. Habla deprisa, salpicando sus explicaciones con pequeñas anécdotas sobre el hotel y su personal. Descubro que el Paraíso es

uno de los establecimientos más exclusivos de la isla, que atrae a una clientela internacional adinerada en busca de intimidad y lujo discreto.

—Ahí está el restaurante principal. Vista panorámica de 180 grados sobre el mar. Las puestas de sol quitan el hipo —comenta Luna mientras me guía por un salón de amplios ventanales.

Atravesamos terrazas en cascada conectadas por escaleras de peldaños anchos, adornadas con plantaciones mediterráneas perfectamente cuidadas. Una piscina infinita parece fundirse con el horizonte azul.

—Y aquí está la joya del hotel —prosigue Luna señalando una playa privada en la parte baja, accesible solo por un sendero serpenteante—. Arena blanca importada de Mallorca, aguas cristalinas y servicio de bar directamente en tu toalla. Es donde vienen todos los influencers a hacerse fotos para Instagram.

Pone los ojos en blanco, y no puedo evitar sonreír ante su desdén apenas velado hacia esa categoría de clientes.

—¡Y el spa! No te imaginas la cantidad de famosos que vienen aquí de incógnito. La semana pasada me crucé con...

Baja la voz y me susurra un nombre que me hace abrir los ojos como platos.

—¿En serio?

—¡Te lo juro! Pero tenemos una política estricta de confidencialidad. Si cuentas eso en las redes, Diego te mata.

—¿Diego? —pregunto, intrigada por esta primera mención de un nombre que no figura en las instrucciones de mi contrato.

El rostro de Luna adopta una expresión indescifrable.

—El responsable de conserjería. Probablemente le conocerás mañana. Es... ¿cómo decirlo?... muy profesional. Perfeccionista, incluso. Pero un jefe estupendo si haces bien tu trabajo.

Hay algo en su manera de hablar de él que despierta mi curiosidad, pero Luna ya sigue adelante, guiándome hacia una zona más apartada del hotel.

—Y aquí están las dependencias del personal. No tan glamurosas como el resto, pero francamente no están mal comparadas con otros

establecimientos. ¡No hay chinches ni cucarachas! El gran lujo, te digo.

Hago una mueca, incapaz de determinar si bromea o no, pero acabo sonriendo, divertida a mi pesar.

Los pasillos son más estrechos, la decoración más sencilla, pero todo está limpio y bien cuidado. Luna se detiene ante una puerta y me tiende una tarjeta magnética.

—Aquí tienes tu habitación. De momento no la compartes con nadie, pero eso podría cambiar si contratamos a más temporeros. Hay un baño común al final del pasillo, pero solo hay cuatro habitaciones por planta, así que es llevadero.

Abro la puerta a una habitación pequeña y luminosa. Una cama individual contra una pared, un armario, un escritorio bajo la ventana y una estantería. Sencillo pero suficiente.

—Te dejo que te instales. La cena del personal se sirve a las seis en la sala común. Mañana empiezas a las nueve. Yo estaré ahí para formarte. Ya verás, nos lo vamos a pasar genial aquí.

Luna se dispone a marcharse, luego se da la vuelta:

—Ah, y hacemos una barbacoa en la playa del personal el domingo. ¡Estás invitada! Es la mejor manera de conocer a todo el mundo.

—Gracias, Luna. Por todo.

Me guiña un ojo antes de desaparecer por el pasillo. Cierro la puerta y pongo mi maleta sobre la cama. Mientras desempaqueto mis cosas, siento una extraña mezcla de emoción y aprensión. Esta habitación, este hotel, esta isla: todo esto será mi universo durante los próximos meses.

Me acerco a la ventana. El sol empieza a declinar, tiñendo el mar de reflejos dorados y naranjas. Las cicatrices de París ya parecen menos dolorosas aquí, como si la distancia geográfica creara también una distancia emocional con mi pasado. Los kilómetros son la mejor de las tiritas. O la mejor de las ilusiones, no lo sé muy bien.

Se abre un nuevo capítulo y tengo ganas de pasar la página.

CAPÍTULO 4

Diego

La observo desde el mostrador de conserjería, esa nueva recluta francesa. Luna no para de elogiarla desde su llegada ayer. «Un verdadero camaleón, Diego, deberías ver cómo se adapta». Sí, claro. Ya he oído eso demasiadas veces.

Sophie Leroy. Veintitrés años. Estudiante de literatura comparada en París, especialización en profesiones del libro. Políglota según su currículum. Aparte de este último punto, no hay la menor conexión entre sus estudios y el trabajo que va a hacer aquí. Debería haber apostado con el personal fijo, habría ganado seguro. Cincuenta euros a que no aguanta más de una semana.

Está ordenando documentos en recepción, concentrada, su larga melena castaña recogida en una coleta estricta. Como todos esos estudiantes europeos que desembarcan cada verano pensando que Ibiza no es más que una línea sexy en su currículum. Creen que vienen por dos meses, justo lo suficiente para aprender lo básico, y luego desaparecen cuando las cosas se complican. Los veo desfilar desde hace cinco años.

Mi móvil vibra. Otra vez él. Echo un vistazo a la pantalla y suspiro.

«Diego, expansión confirmada a Barcelona. Oportunidad que deberías aprovechar si quieres un futuro serio. Consejo de administración el jueves. Espero confirmación de tu asistencia».

Mi padre y su visión estrecha del «futuro serio». Traje y corbata en un rascacielos anónimo de Madrid a cientos de kilómetros del mar, reuniones interminables y cócteles forzados con inversores. Su sueño, no el mío.

Guardo el móvil sin responder, la frustración familiar subiendo como una ola. Cinco años construyendo algo aquí, algo auténtico. Conozco a cada cliente habitual por su nombre, cada rincón de esta isla, cada matiz de servicio que marca la diferencia entre un buen hotel y un lugar excepcional. Y para él, esto no es más que un capricho prolongado.

—Eh, tío, le vas a hacer un agujero en la nuca de tanto mirarla con esos ojos biónicos tuyos.

Doy un respingo. Alejandro está detrás de mí, con su eterna sonrisa burlona en los labios. Huele a cloro y a sol: evidentemente ha pasado su descanso en la piscina.

—No la estoy mirando, la estoy evaluando —respondo secamente —. Es mi trabajo.

—Por supuesto, por supuesto —se ríe, apoyándose en el mostrador—. Me la crucé esta mañana en el comedor del desayuno. Para nada el tipo habitual de temporera.

—¿Es decir?

—Estaba leyendo García Márquez y mojando el pan en el café.

—Las migas en el fondo del café dan asco, pero no veo la relación con ser temporera.

—Hablaba del libro, tío. Cien años de soledad no es exactamente la lectura de playa estándar de los turistas.

Puede ser. Pero eso no me incumbe. Alejandro sigue con su rollo, acostumbrado a mi aire hastiado.

—Y me hizo preguntas sobre la arquitectura tradicional de la isla. No sobre los mejores clubs o las playas para hacer topless.

Me encojo de hombros.

—Eso no significa nada. Dentro de dos semanas, cuando la temporada esté a tope y lleguen los clientes difíciles, ya veremos si su pasión por García Márquez la ayuda a gestionar las crisis.

Alejandro niega con la cabeza.

—No es como las otras —insiste con un guiño cargado de intención.

Ignoro deliberadamente su comentario y su insinuación. Me da igual que le guste García Márquez o ese género tan particular que llaman dinoporno. En cuanto al lado «celestino» de Alejandro, ya ni me molesto en hacer caso. Lo último que necesito es ligar con una empleada temporal. Y menos aún con la presión que me está metiendo mi padre para que vuelva a Madrid.

—¿Trabajas esta noche? —pregunto para cambiar de tema.

—Tengo una sesión en Pacha a la una. Deberías venir, te cambiaría de tu rutina monacal.

—Imposible. Tengo un grupo de diplomáticos que llega mañana al amanecer.

Mi amigo pone los ojos en blanco.

—¿Y qué? No es como si fueran a aparecer antes de que aterrice su avión. ¿Sabes que existe vida más allá de este hotel, Diego?

—Díselo a mi padre.

Este comentario crea tensión. Alejandro conoce demasiado bien mi situación familiar para insistir. Me da una palmada en el hombro y se aleja, dejándome con mis expedientes y mis pensamientos.

El día continúa, marcado por las peticiones de los clientes y la rutina bien engrasada del Paraíso. Trabajo meticulosamente, revisando cada detalle para la llegada de los diplomáticos. Es el tipo de evento que puede hacer o deshacer la reputación de un establecimiento como el nuestro.

A última hora de la tarde, mientras cruzo el vestíbulo con una pila de documentos confidenciales, una conversación me llama la atención. Una voz femenina habla en español con un acento perfecto: no ese español escolar que aprenden los extranjeros en clase y que da a los nativos unas ganas tremendas de reírse. No, esto es la lengua viva de una nativa, con sus matices y sus expresiones idiomáticas.

Es ella. Sophie. Está hablando con el señor Herrera, un cliente colombiano particularmente exigente que se aloja con nosotros cada año. Gesticula vivamente, visiblemente contrariado por algo. La mayoría de recepcionistas novatos ya estarían llamando a un responsable al rescate o escondiéndose bajo la mesa gritando el nombre de su madre.

Ella no.

—Comprendo perfectamente su frustración, señor Herrera —dice con seguridad—. Las tradiciones de cada lugar son únicas y deberían ser respetadas.

Aminoro el paso, intrigado. El señor Herrera se queja a menudo de que el café que se sirve en el hotel no está preparado como en su país natal. Un detalle insignificante para algunos, crucial para él.

Sophie continúa, explicando que se va a asegurar personalmente de que el jefe de cocina entienda el método tradicional colombiano. Maneja con soltura explicaciones técnicas y referencias culturales, mencionando incluso una especialidad regional de la costa caribeña a la que sé que el señor Herrera tiene particular apego.

El rostro del cliente se va iluminando progresivamente. En menos de tres minutos, ha transformado una queja potencial en una conversación animada sobre tradiciones culinarias sudamericanas.

Es un golpe de suerte: habrá leído eso en uno de sus libros. Pero siempre es útil.

Cuando paso cerca de ella para dirigirme a mi despacho, algo más me llama la atención. Su perfume. Sutil, delicado, no esas fragancias comerciales que llevan la mayoría de chicas de su edad. Evoca algo familiar que no consigo identificar con precisión. Quizás las flores de azahar de los jardines de mi abuela.

Este detalle, inexplicablemente perturbador, me acompaña hasta el final de mi turno. Incluso al regresar a mis aposentos privados —privilegio raro que Javier me concedió después de mi tercer año aquí— no consigo quitarme de encima esta sensación extraña.

Me ducho. El agua caliente relaja mis músculos, pero no mi mente. Mi móvil parpadea en la mesilla de noche: tres mensajes más de mi padre.

Mientras me seco, me encuentro frente al espejo empañado. ¿Por qué esta chica con un currículum insólito para la hostelería ha venido a perderse aquí? ¿Qué gana con esto? ¿No habría estado mejor haciendo un trabajo relacionado con sus estudios literarios? Incluso en Ibiza tenemos librerías. Entonces, ¿por qué el Paraíso?

Niego con la cabeza, molesto por mi propio pensamiento. No son asuntos míos. Como decía mi abuelo: no es mi circo, no son mis monos. Sophie Leroy es una empleada temporal, como las decenas de otras que pasan por el Paraíso cada año. Dentro de unos meses, volverá a su vida parisina, a sus estudios, y yo tendré otras preocupaciones.

Como ese jodido puesto en Barcelona que mi padre intenta imponerme.

Me tumbo en la cama, mirando al techo. La ventana entreabierta deja entrar la brisa marina y los sonidos lejanos de las primeras fiestas de la temporada. Alejandro debe de estar preparando su sesión en Pacha, rodeado de gente que realmente disfruta de lo que Ibiza tiene que ofrecer.

Mientras yo estoy aquí, obsesionado con preguntas estúpidas que no tienen respuesta.

Este pensamiento me molesta profundamente. Me giro hacia la pared, decidido a olvidarla y a concentrarme en lo que realmente importa: mi trabajo, mi lugar aquí, y cómo evitar que mi padre destruya todo lo que he construido.

Mañana llegarán esos diplomáticos, y tengo que estar impecable. Eso es lo que define mi valor aquí, no las distracciones temporales, por intrigantes que sean.

CAPÍTULO 5

Sophie

El sol de Ibiza inunda mi habitación cuando abro los ojos. Llevo tres días aquí y aún me cuesta creer que esta vista sea real. Después de un paso rápido por el baño para no parecer un espantapájaros recién salido de un campo de maíz en Halloween, cojo mi teléfono de la mesilla y llamo a Emma por videollamada.

—¡Joder, Sophie! ¿Esa es tu habitación? —exclama cuando le enseño el espacio modesto pero luminoso.

Me río y giro para mostrarle la vista desde mi ventana.

—Espera, lo mejor está aquí.

—¡Joder, no es justo! —se lamenta dramáticamente—. Yo estoy atrapada en la oficina con vistas a un aparcamiento mojado, y tú te la estás pegando en el paraíso.

—Yo también trabajo, que sepas.

—En una playa con tíos cañón.

Pongo los ojos en blanco.

—La playa solo es en mi tiempo libre. Y los tíos...

Dudo, sin saber si debo contarle la verdad o inventarme un romance para que me deje en paz. Elijo la segunda opción.

—Son increíbles. Sobre todo Diego —fabuleo antes de recordar que ya he oído ese nombre en algún sitio al llegar aquí.

—¡Oooh, cuenta! ¡Esto huele a flechazo!

—Como tú dices.

Después de prometerle más detalles en nuestra próxima llamada, me preparo para el día. Me pongo mi uniforme —camisa blanca y falda de tubo azul marino— y meto *Perfecta* de Caroline Kepnes en mi bolso. Este libro me acompaña a todas partes desde que empecé a leerlo ayer por la mañana.

En el comedor reservado para el personal, me sirvo un café, me preparo una tostada y me siento en una mesa vacía. Apenas me he sumergido en mi libro cuando una voz me sobresalta.

—¡Hola, francesita! ¿Has dormido bien?

Levanto la vista para descubrir a Alejandro, con su sonrisa contagiosa iluminando su cara. Lleva una camiseta negra con el logo de un club y tiene el pelo artísticamente despeinado. Tuve ocasión de charlar un poco con él ayer, pero no mucho.

—Bastante bien, gracias. ¿Y tú? No tienes pinta de estar muy cansado para alguien que pincha hasta el amanecer.

Se sienta frente a mí sin esperar invitación.

—Funciono con cuatro horas de sueño y mucha cafeína.

Señala mi libro.

—¿Qué estás leyendo?

—*Perfecta* de Caroline Kepnes.

—Nunca he oído hablar de eso. ¿De qué va?

Tomo un sorbo de café.

—Ah, es la historia de un tío que se obsesiona completamente con una chica, la acosa, elimina todos los obstáculos —incluyendo a la gente— para acercarse a ella.

Doy un mordisco a una tostada de aguacate mientras Alejandro abre los ojos como platos ante mi resumen despreocupado.

—Lo dices como si hablaras del tiempo —se ríe—. Un poco de asesinatos en el desayuno, ¿por qué no?

Sonrío.

—Es más sutil que eso. Es terrorífico porque está contado desde su punto de vista, y él lo justifica todo. Como si fuera normal

cargarse a la gente, vamos. Me da la sensación de estar realmente en la cabeza de un asesino.

—Nota mental: no cabrearte nunca. Podrías coger ideas.

Finge estremecerse.

Me río y cambio de tema.

—¿Y tú llevas mucho tiempo con esto? Pinchar, quiero decir.

Sus ojos se iluminan.

—Desde los 15 años. Empecé en la habitación de mis padres con un equipo de mierda, y ahora pincho en los mejores clubs de Ibiza.

Se encoge de hombros con falsa modestia.

—No todas las noches, pero va progresando.

—Qué guay.

—¡Así que cuando mi mejor colega me propuso que nos instaláramos en Ibiza, imagínate si le seguí!

—¿También es DJ tu mejor colega?

Alejandro estalla en carcajadas como si le hubiera contado el mejor chiste del mundo.

—Está demasiado agarrotado para eso. Pero te lo puedo presentar, si te interesa.

Yo también me echo a reír.

—Tu descripción no es que haga soñar precisamente, pero por qué no.

—Nos conocemos desde el instituto en Madrid. Acababa de mudarme y él era el único que no se reía de mi acento andaluz. Bajo sus aires de jefe autoritario se esconde un buen tío, ¿sabes? —añade Alejandro como si yo supiera de quién habla.

No me da tiempo a hacerle una pregunta porque ya se ha marchado a volver a su cama.

Unas horas después, estoy sola en recepción. Luna está en reunión con Javier y me ha dejado al mando. Todo va bien hasta que suena mi teléfono.

—Hotel Paraíso, Sophie a su servicio.

—Sí, aquí el asistente personal de Su Alteza el Sheikh Abdullah. Llegaremos en veinte minutos.

Me quedo helada. La familia real de Oriente Medio no estaba prevista hasta mañana según mi planning. A no ser que me haya

equivocado.

—¿En veinte minutos?

Consulto frenéticamente el ordenador.

—Les esperábamos mañana, pero por supuesto, estaremos encantados de recibirles hoy.

—Su Alteza ha modificado sus planes. Necesitaremos instalarnos en las suites inmediatamente.

—Por supuesto. ¿Cuáles son sus exigencias particulares?

El asistente respira hondo.

—Las almohadas deben ser de plumas de ganso ecológico del norte de Suecia. La temperatura de las habitaciones debe mantenerse exactamente a 20,5 grados. Su Alteza desea flores frescas, exclusivamente orquídeas blancas de Japón, cambiadas dos veces al día. Todos los espejos deben cubrirse con seda egipcia hasta que Su Alteza decida personalmente destaparlos.

Anoto frenéticamente su lista de caprichos, con el corazón latiéndome a toda velocidad porque no tengo ni idea de dónde vamos a encontrar todas estas cosas en veinte minutos. ¿Dónde se encuentran las varitas mágicas en Ibiza?

—Entiendo. ¿Y para los...?

—Los cuartos de baño deben abastecerse con agua de manantial de los Alpes para el baño. Nada de plástico a la vista. Las sábanas solo las queremos de lino irlandés tejido a mano. Ah, y Su Alteza viaja con su guepardo domesticado. Necesitará un comedero de plata maciza y carne fresca tres veces al día.

¿Un guepardo? ¿Es una broma?

—Perdone, creo que he entendido mal. ¿Has dicho un guepardo?

Entrecierro los ojos y frunzo la nariz, como si esta mueca idiota me diera posibilidades de haber oído mal de verdad.

—Sí, Jabari. Es muy dócil mientras no se le mire directamente a los ojos. Bueno, puedes mirarle, pero solo con un ojo. El derecho, preferiblemente.

Trago saliva con dificultad. Joder, ¿en qué planeta he aterrizado?

—Por supuesto. El ojo derecho. Es tan evidente.

Después de colgar, me lanzo al ordenador para reservar las suites reales. En mi pánico, hago clic demasiado rápido y de repente la

pantalla se congela. Aparece un mensaje de error. Intento reiniciar el sistema, en vano.

—Mierda, mierda, mierda —murmuro.

Oigo el ruido característico de coches de lujo parándose delante del hotel. Por las puertas de cristal, vislumbro una procesión de todoterrenos negros con ventanillas tintadas.

Ya están aquí. Pero joder, ¿qué han hecho con esos veinte minutos? ¿Se los han comido o qué?

Respiro hondo y me dirijo hacia la entrada. Un grupo de hombres con trajes blancos impecables entra, seguido de una familia elegantemente vestida.

—Bienvenidos al hotel Paraíso, Su Alteza —me inclino ligeramente —. Nos sentimos honrados con su presencia. Si quieren esperar unos instantes en nuestro salón VIP, les están esperando unos refrescos mientras ultimamos los detalles de sus suites.

El Sheikh asiente imperceptiblemente con la cabeza, y su séquito le sigue hacia el salón que indico. En cuanto se pierden de vista, me precipito hacia recepción, presa del pánico.

—¿Un problema, recluta nueva?

Esa voz. Sarcástica, arrastrada, masculina. Me doy la vuelta lentamente para descubrir a un hombre al que nunca he visto, apoyado despreocupadamente contra el mostrador. Alto, moreno, con rasgos mediterráneos bien dibujados y una media sonrisa irritante en los labios. Su placa indica «Diego Álvarez - Responsable de Conserjería». Ah, el famoso Diego del que me ha hablado Luna, el que parece hacer temblar a todos los temporeros. Si cree que puede asustarme, se equivoca.

—El sistema está bloqueado y la familia real Al-Nazir acaba de llegar con un día de adelanto y un guepardo —resumo, intentando mantener la calma.

—¿Un guepardo?

Levanta una ceja divertido, su mirada oscura detallándome de arriba abajo como para evaluar si estoy a la altura.

—Sí, un puto guepardo al que no hay que mirar a los ojos, o solo con el ojo derecho, y que come en vajilla de plata.

Sin decir palabra, Diego rodea el mostrador y teclea una serie de comandos en el teclado. La pantalla vuelve milagrosamente a la vida.

—Ahí tienes. La próxima vez, deja los clientes importantes a los que tienen experiencia —dice con ese tono condescendiente que me dan ganas instantáneas de arrancarle la corbata perfectamente anudada.

Le lanzo una mirada fulminante.

—Gracias por tu ayuda tan generosa y tu comentario totalmente inútil. Tomo nota de que la competencia técnica viene aparentemente acompañada de un ego sobredimensionado. ¿Está incluido en el paquete o es una opción?

Sus ojos se abren ligeramente, sorprendido por mi réplica. Evidentemente, los temporeros no suelen plantarle cara.

—¿La impertinencia es una característica francesa o solo tuya? —replica, con un brillo nuevo en la mirada.

—¿La condescendencia es un rasgo español o simplemente tu marca de fábrica?

Una comisura de su boca se alza.

—Prefiero llamarlo seguridad profesional. Y tú eres...

—Sophie. Sophie Leroy. Empecé hace tres días.

—Ah sí, la francesa de la que Javier no para de presumir el multilingüismo.

Su tono sugiere que duda de que merezca tales elogios.

—Por supuesto, entiendo que pueda ser impresionante para algunos, cuando uno se conforma con dominar un solo idioma.

—En ese caso, mademoiselle Leroy debería quizás aprender también a dominar nuestro sistema de reservas.

Me dispongo a replicar cuando vislumbro a la familia real dirigiéndose hacia nosotros. Joder, ¿no podían quedarse en el salón privado, como les he pedido? Diego se endereza inmediatamente, como si hubiera pulsado un interruptor. Su cara se ilumina con una sonrisa cálida. Ni sabía que fuera capaz de eso.

—Su Alteza, qué honor recibiros en el hotel Paraíso —dice inclinándose respetuosamente.

Para mi gran sorpresa, se lanza a una conversación en árabe, su voz modulando sonidos que nunca habría creído que pudieran salir de esa boca tan pronta a la ironía. El Sheikh parece impresionado, su rostro austero se suaviza ligeramente.

Les observo, fascinada a mi pesar. Diego presenta cada aspecto de las suites con una elegancia natural, anticipa las preguntas antes de que las formulen, incluso hace reír al Sheikh con lo que parece ser una broma cultural bien colocada.

¿Quién es realmente este hombre y cómo puede pasar tan rápidamente de la arrogancia insoportable al profesionalismo perfecto?

Mientras acompaña personalmente a la familia hacia los ascensores, me doy cuenta de que no he visto ningún guepardo. ¿Era el animal una exageración del asistente estresado o una forma de poner a prueba nuestra capacidad para responder a peticiones absurdas?

Diego vuelve unos minutos después. Mientras pasa por delante de mí, se para y me lanza una mirada indescifrable, mezcla de desafío y algo más que no consigo identificar.

—Por cierto, Sophie Leroy, no hay ningún guepardo —dice con una sonrisa ladina—. Hacen esta jugada en todos los hoteles para ver cómo reacciona el personal bajo presión. Nada mal para una primera prueba... aunque por poco cuelgas nuestro sistema.

Y se aleja, dejándome hervir de frustración y, muy a mi pesar, de una curiosidad creciente por este hombre imposible.

CAPÍTULO 6

Diego

La réplica de Sophie, en perfecto español además, aún resuena en mi mente. *Gracias por tu ayuda tan generosa y tu comentario totalmente inútil. Veo que la competencia técnica viene acompañada de un ego desproporcionado. ¿Está incluido en el paquete o es opcional?* Su voz era calmada, pero su mirada... Esa mirada que no se apartaba de la mía. No me esperaba eso de una empleada de temporada. Ni de nadie, la verdad. Aparte de mi padre, que me considera una de sus posesiones, y de Alejandro, que nunca se ha sentido impresionado por mi estatus y siempre me ha tratado como a un humano cualquiera, nadie me responde así.

Lanzo las llaves sobre la encimera de mi apartamento y me sirvo un vaso de agua. La imagen de su sonrisa ladina me persigue, como si hubiera ganado una batalla de la que yo ignoraba ser participante. Es irritante. Profundamente irritante.

Mi teléfono vibra. Alejandro. Me invita a su nuevo set en Pacha esta noche, pero no tengo la cabeza para eso. Le propongo mejor una copa en mi terraza.

Una hora después, llega con una botella de vino y esa actitud desenfadada que hace su éxito en los clubs de la isla. Mientras le cuento mi día, inevitablemente acabo hablando de la nueva empleada francesa y de nuestro altercado.

—Prácticamente me mandó a la mierda delante de un cliente VIP, ¿te das cuenta? Como si llevara años aquí, cuando acaba de llegar.

Alejandro toma un sorbo de vino, una sonrisa dibujándose lentamente en su rostro.

—¿Y qué? ¿Qué dijo exactamente que te pone así?

—Me respondió en perfecto español, sin acento. Yo que creía darle una lección sobre cómo tratar a clientes importantes... Me miró directamente a los ojos y me soltó: *Gracias por tu ayuda tan generosa y tu comentario totalmente inútil. Veo que la competencia técnica viene acompañada de un ego desproporcionado. ¿Está incluido en el paquete o es opcional?*

Alejandro se echa a reír.

—¿Y eso es lo que te molesta? ¿Que una chica te plante cara por una vez?

—No estoy molesto.

—¡Claro que sí! ¡Mirad esto, el gran Diego Álvarez, picado porque una francesita no ha bajado los ojos ante él!

—¡No estoy picado, joder! Solo creo que le falta respeto por la jerarquía.

Alejandro me mira fijamente, con el vaso a medio camino de sus labios.

—¿La jerarquía? ¿Hablas en serio? ¡Tú odias la jerarquía! ¡Literalmente por eso dejaste Madrid y a tu padre!

Cierro los ojos un momento. Tiene razón, por supuesto. No es una cuestión de jerarquía.

—Vale, puede que lo que me cabree es que llegue y se crea que lo sabe todo...

—Ah, ¿porque tú no dábamos lecciones a todo el mundo cuando llegaste?

—Eso era diferente.

—¿En qué?

—¡Yo me había criado aquí, conocía la isla!

—¿Y cómo sabes que ella no la conoce?

Me paso una mano por el pelo, frustrado.

—Es francesa, Alejandro. Está aquí para el verano, como todos esos turistas que creen entender Ibiza después de pasar dos semanas en sus clubs.

—Mmm, interesante esta fijación que tienes con ella...

—¡No tengo ninguna fijación, para ya con eso! Me toca las narices, es normal que piense en ella a menudo. Acuérdate de cuando ese pizzero te puso piña en la pizza. Estuviste hablando de eso durante semanas.

Su cara se descompone al recordarlo.

—¡Era piña, tío! Normal que me traumatizara.

—Pues esta chica es mi piña, ¿ves? Me toca las pelotas, y seguirá tocándomelas mientras mantenga la boquita abierta. Eso no es lo que yo llamo una fijación. Y tú eres DJ, no psicólogo.

Alejandro levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no desaparece.

—Si tú lo dices, amigo. Si tú lo dices.

Al día siguiente por la noche, me encuentro en la sala de descanso con varios empleados. El ambiente está relajado, todo el mundo comparte anécdotas sobre sus peores clientes. Sophie también está ahí, sentada un poco apartada. Se ríe con las historias de los demás, pero habla poco. Observo su forma de interactuar: pasa del inglés al español sin esfuerzo según su interlocutor. Marco y Lucia le hablan incluso en italiano, y para mi gran sorpresa, les responde en un italiano más que aceptable.

Cuando la conversación deriva hacia la historia de Ibiza, la oigo mencionar su interés por las fortificaciones de Dalt Vila. No puedo evitar intervenir.

—Los turistas siempre piensan que pueden entender el alma de Ibiza en unas pocas semanas de vacaciones.

Se instala un silencio incómodo. Todas las miradas alternan entre ella y yo. Espero que se achante o se disculpe. En lugar de eso, me mira con esa misma mirada evaluadora que me había desestabilizado la víspera.

—Si tú crees que puedes conocerme en unos pocos minutos, Diego, entonces yo bien puedo pretender conocer la isla en unos pocos días, ¿no?

Oigo algunas risas ahogadas. Luna es la única que se ríe abiertamente.

—¡Ahí te ha pillado, Diego! —exclama Luna—. Además, Sophie no es una simple turista. Su madre es española.

Sophie asiente.

—De Valencia. He pasado casi todos mis veranos en España desde pequeña.

La vergüenza me invade como una ola. He hecho exactamente lo que reprocho a otros: juzgar sin conocer.

—No lo sabía —digo sin más.

—No preguntaste —responde simplemente antes de levantarse—. Buenas noches a todos.

La veo salir de la habitación, su silueta grácil desapareciendo por el pasillo. Luna me lanza una mirada exasperada.

—Sabes, para alguien que odia que le juzguen por su apellido, eres muy rápido catalogando a los demás.

Las palabras de Luna me golpean como una bofetada. Tiene razón, y odio eso.

De vuelta en mi apartamento, doy vueltas como un león enjaulado. ¿Por qué esta chica me desestabiliza tanto? Estoy acostumbrado a mantener las distancias con todo el mundo, especialmente con los empleados temporales. Construyo muros, compartimentos: trabajo por un lado, vida personal por otro. Nada se mezcla, todo está bajo control.

Mi teléfono vibra: otra vez mi padre insistiendo con esa reunión de accionistas. Lo ignoro. Como siempre.

Me desplomo en el sofá y cierro los ojos. El Paraíso es mi refugio. Mi escapatoria. Ni hablar de que deje que esta empleada de temporada, por inteligente que sea, invada mi territorio. A partir de ahora, no voy a responder más a sus pullas. Me mantendré profesional y distante. Acabará cansándose.

Estoy a punto de acostarme cuando suena mi teléfono. Es Javier.

—¿Diego? Perdona que te moleste tan tarde, pero necesito una mano. El señor Rossi, en la suite Mediterráneo, insiste en que le instalen su hamaca en su terraza privada. Ahora.

—¿Su hamaca?

—Sí, algo mexicano que se ha traído. El equipo de mantenimiento se ha marchado y amenaza con irse del hotel si no se hace esta noche.

—Voy para allá.

El Paraíso no es un hotel de lujo como los demás, en el sentido de que no es un gigante. Es un pequeño establecimiento que propone un servicio y un marco de calidad, manteniendo su alma intacta. Los empleados están bastante bien tratados, a diferencia de otras cadenas del mismo tipo, pero no son tan numerosos como en un gran establecimiento, así que a menudo acabamos sustituyéndonos unos a otros.

Veinte minutos después, estoy en la terraza de la suite Mediterráneo, luchando con una hamaca de red complicada. Rossi es un cliente fiel y excéntrico, coleccionista de arte que gasta sin medida. Pero ahora, francamente...

Las instrucciones están en alemán, idioma que no hablo y que claramente tampoco se habla en México. Los enganches que vienen no corresponden a las vigas de la terraza. Y cuanto más lo intento, más me cabreo.

—¿Necesitas ayuda?

Esa voz. Me giro para ver a Sophie, con una bandeja vacía en la mano, probablemente de vuelta después de haber hecho un room service.

—No, gracias, me apaño.

Deja la bandeja y se acerca de todas formas, observando mi desastre con las manos en los bolsillos. Supongo que está disfrutando.

—No has puesto los tensores —comenta.

—¿Los qué?

Sin esperar mi invitación, se agacha y recoge dos pequeñas piezas elásticas que ni siquiera había notado.

—Es una hamaca maya tradicional. Sin tensores, se va a combar al primer movimiento.

Con unos pocos gestos precisos, desenreda la red, ata los tensores, y encuentra una solución para los enganches incompatibles usando las propias cintas de la hamaca. En menos de dos minutos, la hamaca está perfectamente instalada entre las dos columnas de la terraza.

Me quedo boquiabierto. Prueba la solidez de la instalación tirando de ella, luego se incorpora con una pequeña sonrisa satisfecha.

—Me gustan las hamacas —explica ante mi cara de pasmo—. Sobre todo después de leer en una entrevista de Gabriel García Márquez que según él, hacer el amor en una hamaca es la mejor forma de hacer el amor.

Parece de repente tan sorprendida de sus palabras como yo mismo. Pero rápidamente se recompone.

—En fin, la próxima vez que tengas una instalación complicada, confíasela a alguien más experimentado.

Recoge su bandeja y desaparece antes de que pueda responder siquiera.

Me quedo ahí, solo en la terraza, con el eco de mis propias palabras usadas contra mí.

Esta chica es exasperante.

Lo que más me cabrea es que ha conseguido lo que yo no pude, y lo sabe perfectamente. Y en lugar de fanfarronear, se ha contentado con esa observación certera antes de largarse, dejándome marinar en mi frustración.

De camino de vuelta a mi apartamento, me prometo redoblar la vigilancia. Sophie Leroy claramente no es la empleada de temporada sin importancia que había imaginado. Es inteligente, espabilada, y —lo más peligroso— no me tiene miedo.

Tengo que mantenerme alerta.

CAPÍTULO 7

Sophie

El calor es insoportable. El aire acondicionado se estropeó al comenzar la noche, convirtiendo mi habitación en una verdadera sauna. Imposible dormir en estas condiciones.

Me doy la vuelta una vez más en mi cama antes de resignarme. Qué le vamos a hacer, saldré a tomar el aire. Me levanto y reviso mi reflejo en el espejo. Mi camisón de seda azul noche es ligero, quizá un poco corto, pero a esta hora no debería haber nadie deambulando por los jardines del hotel.

El aire nocturno me recibe, apenas más fresco que en mi habitación, pero al menos puedo respirar. La luna está llena esta noche, bañando el jardín con un resplandor plateado que transforma este lugar ya magnífico en algo casi mágico. Paseo descalza entre los pinos y las palmeras, saboreando la sensación de la grava tibia bajo mis pies.

Es entonces cuando la veo: una hamaca tendida entre dos majestuosas palmeras datileras. La idea de tumbarme en ella, mecida por la brisa marina, es irresistible. Me acerco, pero mi corazón pierde un latido cuando me doy cuenta de que la hamaca ya está ocupada.

Diego.

Completamente desnudo bajo el resplandor plateado de la luna.

Debería apartar la mirada, pero me quedo inmóvil, incapaz de moverme. Su cuerpo es magnífico, esculpido como una estatua griega. Su piel aceitunada reluce suavemente bajo la claridad lunar, resaltando cada músculo finamente dibujado. Sus hombros anchos, su torso firme, sus largas piernas poderosas... y entre ellas, su sexo descansando contra su muslo, impresionante incluso en reposo.

Una oleada de deseo, tan inesperada como poderosa, inflama mi bajo vientre. El calor que me invade ya no tiene nada que ver con la temperatura ambiente.

Me doy la vuelta bruscamente, abrumada por la vergüenza.

—Perdón —murmuro—. No sabía que estabas aquí.

Apenas pronunciadas estas palabras, me doy cuenta de que son exactamente las de Rebeca en Cien años de soledad. Este pensamiento flota en mi mente, extrañamente desconectado del momento presente.

Una mano cálida toma de repente la mía. La palma de Diego es áspera pero agradablemente tibia.

—Ven aquí —responde suavemente.

La misma respuesta que en el libro. ¿Es una coincidencia? No tengo tiempo para reflexionar sobre ello.

Bajo de nuevo los ojos hacia su cuerpo desnudo, hacia su belleza cruda y masculina. ¿Cuánto tiempo hace que no me abandono al placer? ¿Cuánto tiempo hace que no dejo que mi cuerpo se exprese libremente, sin los juicios de Antoine que aún resuenan en mi cabeza?

Lo que hago es completamente loco. Soy consciente de ello. Pero no puedo resistirme.

Obedezco su invitación y me instalo en la hamaca, a horcajadas sobre él. La tela se balancea suavemente bajo nuestro peso combinado. Siento inmediatamente su erección presionarse contra mi intimidad, separada solo por la fina seda de mi camisón. Mi respiración se acelera.

Me inclino hacia él y presiono mis labios contra los suyos. Su boca es suave, contrastando con la firmeza del resto de su cuerpo. Responde a mi beso con una pasión que me sorprende, una urgencia que hace eco a la mía.

Sus manos suben por mis muslos, arrastrando mi camisón en su recorrido. El contacto de sus palmas contra mi piel desnuda me arranca un escalofrío. Quita delicadamente mi camisón, revelando mi cuerpo a la claridad lunar. Contrariamente a lo que habría temido antes, no siento ninguna molestia. Su mirada sobre mí no es evaluadora o crítica: es admirativa, ardiente.

Sus dedos trazan círculos delicados sobre mi piel, como si cartografiara mi cuerpo. Acaricia mis pechos, mi vientre, mis caderas, con una ternura casi reverencial. Cada caricia desencadena ondas de placer que se extienden por todo mi ser. Me estremezco

cuando su pulgar encuentra mi pezón endurecido, acariciándolo con una sensualidad que me hace gemir suavemente.

Deposito besos a lo largo de su mandíbula, de su cuello, de su torso. Su piel tiene un sabor ligeramente salado y su perfume —una mezcla de sándalo, cítricos y una nota más profunda, más personal — me embriaga completamente.

Nuestros cuerpos ondulan al ritmo, encontrando naturalmente una armonía perfecta. Y entonces, sin esperar más, me elevo ligeramente y lo guío dentro de mí después de que haya desenrollado un preservativo sobre su sexo. La sensación es... indescriptible. Una plenitud, una conexión tan perfecta que...

Me despierto sobresaltada.

Mi corazón late desbocado, mi cuerpo está cubierto de una fina película de sudor. Estoy tumbada en mi cama, todavía vestida con el uniforme del hotel que no me molesté en quitarme después de mi jornada de trabajo. Mi despertador marca las 19:30. Simplemente me quedé dormida.

Solo era un sueño. Un sueño sorprendentemente realista y explícito.

Siento cómo me suben los colores a las mejillas. Nunca, ni siquiera con Antoine, había tenido un sueño tan erótico. ¿Por qué Diego, de todos los hombres posibles? Apenas hemos intercambiado algunas puyas al principio de mi estancia, luego se alejó, mostrándome claramente que no le intereso. Lo cual me viene perfectamente, puesto que él tampoco me interesa.

Entonces, ¿por qué este jodido sueño?

Me levanto y me dirijo hacia la ducha, esperando que el agua fresca se lleve consigo las imágenes persistentes de Diego y de esa hamaca bajo la luna.

Al día siguiente, me preparo para la jornada de descanso reservada a una parte del personal. ¿De verdad me estoy preguntando si este atuendo es demasiado sexy o no lo bastante? ¿En serio he considerado ponerme ese horrible pareo que me había regalado la tía de Antoine porque «cubre convenientemente las piernas»?

Mando el tejido informe a volar a un rincón de mi habitación y me examino en el espejo de cuerpo entero. Mi bañador azul marino, sencillo pero elegante, me gusta mucho. Me doy la vuelta para observar mi perfil. Ni demasiado escotado, ni demasiado recatado. Simplemente yo.

Me pongo un vestido ligero por encima, lo bastante corto para sentir la brisa en las piernas, lo bastante amplio para respirar en este calor asfixiante. Durante una fracción de segundo, casi oigo la voz de Antoine: «No pensarás salir así, ¿verdad? Parece que buscas llamar la atención».

—Cállate, Antoine.

Mi propia voz me sorprende en el silencio de la habitación. Sonrío. Sí, es exactamente lo que quiero. Llamar la atención. No para atraer las miradas, sino para existir. Para no borrarme más.

La playa reservada al personal es un pequeño rincón del paraíso. Una cala aislada, protegida de la vista de los clientes por imponentes rocas. La arena es de un blanco inmaculado, el mar de un azul turquesa tan perfecto que parece un filtro de Instagram. Se han instalado sombrillas de colores, y el olor apetitoso de la barbacoa se mezcla con el de la crema solar y el agua salada.

Luna me hace señas en cuanto me ve.

—¡Por fin! Creí que te habías perdido por el camino.

Lleva un bikini rojo vivo que contrasta muy bien con su pelo azul. Para discreción, ya volveremos a intentarlo, pero le queda tan bien que a nadie se le ocurriría criticarla.

—Perdona, me costó decidir qué ponerme.

—Y has elegido perfectamente —comenta examinándome de la cabeza a los pies—. Sencillo, elegante y completamente tú.

Me sonrojo ligeramente ante el cumplido, no acostumbrada a recibir alguno sin que vaya inmediatamente seguido de un «pero».

—Ven, te voy a presentar a todo el mundo. Bueno, a los que aún no conoces.

Luna me guía por la playa, presentándome a una decena de compañeros cuyos nombres trato desesperadamente de retener. Marco y Ella, la pareja italiana que trabaja en el restaurante. Henrik,

el camarero sueco con los brazos cubiertos de tatuajes. Ava, la británica responsable del spa...

—Y ese tipo alto de sonrisa luminosa y contagiosa es Alejandro, nuestro DJ residente y de paso empleado a tiempo parcial cuando se digna honrarnos con su presencia —termina Luna.

—No la escuches, solo está celosa de mis horarios flexibles —responde Alejandro con un guiño—. Además, ya nos conocemos.

—Ni siquiera sé por qué me sorprende. ¿Eres la estrella del hotel?

—¿Yo? No, es ella la estrella. Consiguió plantarle cara a Diego desde su primera semana. Ya eres una leyenda, Sophie.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír. Hay algo refrescante en la forma en que Alejandro me habla, como si nos conociéramos desde hace años.

Mi mirada deriva naturalmente hacia el fondo de la playa donde un pequeño grupo de empleados más mayores está reunido alrededor de una nevera. Diego está entre ellos, vestido con un simple bañador negro que realza su piel morena y sus músculos definidos. Músculos que he visto y lamido en sueños. ¿Se me nota en la cara que he soñado con eso? Dios mío, espero que nadie pueda leer mis pensamientos. Por supuesto que nadie puede leer mis pensamientos, ¡no estamos en un libro!

Incluso aquí, en una barbacoa que se supone relajada, tiene esa postura erguida, esa forma de asentir seriamente como si estuvieran discutiendo el destino del mundo y no el punto perfecto de las brochetas.

—¿Siempre es así? —pregunto en voz baja, sin reflexionar realmente.

Alejandro sigue mi mirada y una sonrisa enigmática se dibuja en sus labios.

—¿Diego? Es complicado.

—¿Es decir?

—Digamos que tiene sus razones para ser prudente con la gente, sobre todo con los temporeros.

Hay algo en su voz que me intriga, una mezcla de lealtad y ligera frustración.

Antes de que pueda profundizar más, una voz fuerte anuncia el comienzo de los juegos de playa.

—¿Quién se apunta a un partido de voleibol?

Los equipos se forman rápidamente, y para mi gran sorpresa, Diego se acerca a nuestro pequeño grupo.

—Alejandro, ¿juegas?

—Siempre, hermano.

Diego me echa un vistazo, y durante un segundo, me siento como analizada, evaluada. Doy un paso hacia atrás, un poco incómoda, convencida de que nadie va a elegirme.

—Sophie, ¿te unes a nosotros? Necesitamos un sexto jugador.

Parpadeo, pillada por sorpresa por esta invitación inesperada. Luna me da un codazo de ánimo, tan discreto como el color de su pelo.

—Eh, sí, por supuesto.

Me quito el vestido con un gesto que espero natural, pero siento la mirada de Diego demorarse un segundo de más en mí. ¿Es apreciación? ¿Me está juzgando? Imposible saberlo con su rostro impasible.

En el campo improvisado, Diego se transforma. No es un cambio radical —sigue siendo fundamentalmente el mismo hombre—, pero es como si alguien hubiera girado ligeramente un cursor, añadiendo color a un cuadro en blanco y negro.

Es competitivo, eso no hay duda. Sus ojos siguen la pelota con una concentración absoluta. Pero también anima, da palmadas en la espalda a Alejandro después de un saque conseguido, y —lo más sorprendente— me felicita cuando marco un punto con un ataque bien colocado.

—¡Bien jugado, Sophie!

Su sonrisa, rara e inesperada, transforma completamente su rostro. Durante una fracción de segundo, vislumbro una versión de Diego que nunca había visto en el hotel: más joven de cierta manera, casi despreocupado.

Cuando salta para bloquear un ataque, no puedo evitar admirar la fluidez de sus movimientos, la forma en que los músculos de su espalda ondean bajo su piel. Una gota de sudor se desliza por su

cuello, y aparto rápidamente la mirada, turbada por el rumbo que están tomando mis pensamientos.

El calor. Es solo el calor lo que me produce este efecto. Lo que también explica mi jodido sueño.

El partido termina con nuestra victoria, y el equipo celebra ruidosamente. Diego me ofrece un choca esos cinco que acepto con una sonrisa. Su mano es cálida y firme contra la mía, y durante un segundo, vuelvo a ver esa mano sosteniéndome en mi sueño, atrayéndome hacia él...

—Te estás sonrojando —me hace notar Luna tendiéndome una botella de agua fría—. ¿El calor u otra cosa?

—Definitivamente el calor —refunfuño bebiendo un largo trago—. Te recuerdo que hace diez días estaba tiritando de frío en París.

Exagero. Francia tampoco es el Ártico. Pero eso no necesita saberlo.

Me lanza una mirada que dice claramente que no se cree ni una palabra, pero no insiste.

La jornada transcurre en un ambiente relajado que no había conocido desde hacía mucho tiempo. Comemos parrilladas deliciosas, bebemos sangría y compartimos historias sobre nuestras vidas antes del hotel Paraíso.

Diego permanece en la periferia de estas conversaciones, nunca completamente integrado pero nunca del todo distante tampoco.

Cuando el sol comienza a declinar, proyectando sombras anaranjadas sobre la arena, la gente empieza a recoger sus cosas. Hago lo mismo, agotada pero extrañamente revigorizada por esta jornada.

En el camino de vuelta hacia los dormitorios del personal, camino en silencio al lado de Luna, saboreando la brisa del atardecer sobre mi piel aún caliente del sol.

—Entonces, ¿qué te ha parecido tu primer día de descanso en Ibiza? —me pregunta.

—Ha sido perfecto.

Y es verdad. Por primera vez desde mi llegada —no, por primera vez desde hace meses— me siento perfectamente presente en el

instante. No huyendo de mi pasado o angustiándome por mi futuro. Solo aquí, ahora.

Al volver a mi habitación, me doy cuenta con asombro de que no he pensado en París ni una sola vez hoy, aparte de para dar excusas a mi calor. Ni en la universidad, ni en mi apartamento minúsculo, ni siquiera en Antoine.

Me dejo caer en mi cama con una sonrisa en los labios, todavía vestida con mi bañador.

Cierro los ojos, dejando que el sueño me invada, preguntándome vagamente si voy a soñar otra vez con Diego esta noche…

CAPÍTULO 8

Diego

Odio estas fiestas de inicio de temporada. Las jornadas de descanso reservadas al personal como la de hace unos días, vaya y venga, pero las fiestas, no son lo mío.

Es lo mismo cada año: el hotel transforma la gran terraza en espacio de cócteles, todos los empleados se presentan con sus mejores galas, y durante unas horas, fingimos ser invitados en lugar de quienes servimos habitualmente a los huéspedes. Una mascarada social donde las jerarquías se desvanecen temporalmente antes de reinstaurarse a la mañana siguiente, más rígidas que nunca.

Sin embargo, debo admitir que Javier ha hecho un trabajo extraordinario este año. Las luces suspendidas crean un ambiente íntimo en la terraza, los camareros externos contratados para la ocasión se mueven eficientemente entre los grupos con sus bandejas de champán, y Alejandro, el DJ, mantiene una música de fondo lo suficientemente discreta como para permitir las conversaciones.

Me quedo cerca de la barra, observando a mis compañeros. Extraño verlos a todos sin sus uniformes. Henrik, habitualmente con traje estricto tras la barra del bar, lleva una camisa estampada que parece salida directamente de un festival psicodélico. Luna ha cambiado su traje de recepción por un vestido azul eléctrico que combina perfectamente con su pelo. Incluso Javier parece diferente, más relajado con su traje sin corbata.

Es entonces cuando la veo.

Sophie acaba de llegar a la terraza, y por un instante, no la reconozco. Su vestido rojo contrasta vivamente con su piel clara y su pelo castaño que cae libremente sobre sus hombros. Se mueve con una seguridad tranquila, saludando a los compañeros que se cruza. Hay en su manera de andar una gracia natural que nunca había notado bajo el uniforme del hotel.

Esta observación me molesta inmediatamente. No es propio de mí detenerme en la apariencia de los compañeros, especialmente de los

empleados temporales. La frontera entre lo profesional y lo personal debe mantenerse clara, es la regla que me impongo desde hace años. La regla que me ha evitado muchas complicaciones.

Desvío la mirada y me concentro en mi conversación con Henrik, que me cuenta sus proyectos para mejorar la carta de cócteles esta temporada. Asiento en los momentos adecuados, hago algunas preguntas pertinentes, pero una parte de mi atención permanece fija en la silueta roja que se mueve en mi visión periférica.

La velada avanza. Mantengo mi distancia habitual, intercambiando algunas palabras profesionales con los jefes de servicio, felicitando a los nuevos empleados por su integración. Mi papel está claro y es cómodo: el responsable de conserjería respetado pero no demasiado accesible. Me atengo a ello.

Hasta que oigo una conversación en italiano.

— No, davvero, Roma è bellissima ma preferisco le piccole città come Siena o Lucca.

Reconozco inmediatamente la voz de Sophie, aunque teñida de un ligero acento francés. Está hablando con Marco y Lucia, nuestros compañeros italianos del restaurante. Me acerco discretamente, sorprendido por esta nueva faceta de la francesa.

— Hai ragione —aprueba Marco—. Le piccole città hanno un'anima che Roma ha perso.

Sophie duda ligeramente en ciertas palabras, a veces busca sus expresiones, pero su italiano sigue siendo más que aceptable. Los observo intercambiar durante unos minutos antes de que cambien naturalmente al español. El cambio de idioma parece hacer que Sophie se sienta más cómoda, su fluidez verbal evidente.

— ¡Diego! —me grita de repente Marco—. Sophie piensa que Márquez es superior a Cortázar. ¿Estás de acuerdo?

No puedo evitar sonreír, especialmente al ver la expresión de Sophie, que parece esperarme al acecho. ¿Una discusión literaria, en serio? Me integro naturalmente a su pequeño círculo.

— Depende de qué libros hablemos —respondo—. Si comparamos «Cien años de soledad» con «Rayuela», es difícil elegir. Cada uno tiene su propia magia.

Los ojos de Sophie se agrandan ligeramente, como si no esperara esta respuesta.

— Aun así, creo que el universo mágico de Márquez en «El amor en los tiempos del cólera» trasciende completamente los juegos narrativos de Cortázar —responde—. Esa forma de entrelazar lo extraordinario y lo cotidiano... nadie lo hace como él.

— No está mal. Pero «Continuidad de los parques» es una joya.

Sophie frunce el ceño, intrigada, como si fuera un extraterrestre recién caído de su platillo volante.

Nuestra conversación deriva naturalmente hacia otros autores: Bolaño, Borges, Isabel Allende. Me sorprendo debatiendo con animación, olvidando momentáneamente mi reserva habitual.

— Nunca habría pensado que el gran Diego Álvarez, terror de los nuevos empleados, pudiera ser tan apasionado por la literatura — lanza Sophie con una sonrisa pícara—. Francamente, te tenía por un paleto sin la menor cultura.

Marco y Lucia estallan en carcajadas, y me sorprendo sonriendo también, apreciando su franqueza.

— Y yo que creía que las estudiantes parisinas eran todas unas intelectuales pretenciosas que miran a los demás por encima del hombro —replico, arqueando una ceja—. En realidad, algunas son simplemente insolentes.

Sophie se lleva una mano al pecho, fingiendo indignación.

— ¿Insolente? ¿Yo? Prefiero el término auténtica. A diferencia de algunos que se hacen los témpanos de hielo cuando hierven de emociones por la metáfora de la soledad en Márquez.

No puedo contener una carcajada.

— Hervir es mucho decir. Digamos que aprecio una buena literatura. Por cierto, ¿tú...?

— ¡DIEGO!

La voz atronadora de Alejandro interrumpe nuestro intercambio.

Mi amigo cruza la terraza, irradiando energía como siempre. Lleva una camiseta negra bajo una chaqueta de traje, su atuendo habitual antes de sus sesiones en los clubes.

— ¡Acabo de tener confirmación! —anuncia pasando un brazo por mis hombros—. ¡Entradas VIP para todo el mundo esta noche en

Pachá! Mi nueva sesión empieza a la una.

Siento inmediatamente que mi cuerpo se tensa. Los clubes, la multitud, la música ensordecedora: todo lo que evito habitualmente.

— No creo que pueda ir —empiezo, buscando ya una excusa.

— ¡Chorradas! —me corta Alejandro—. No viniste a mi última sesión, ni a la anterior. Es innegociable, hermano. Dentro de dos horas, te quiero en Pachá.

Su mirada se dirige hacia Sophie, Marco y Lucia.

— Todos vosotros, por cierto. ¡Vamos a celebrar el inicio de temporada como es debido!

Sophie me observa con una sonrisita maliciosa, visiblemente divertida por mi malestar.

— ¿El gran Diego Álvarez en una discoteca? Eso no me lo quiero perder —dice tomando un sorbo de champán, sus ojos brillando de malicia por encima de la copa.

Me encuentro atrapado, dividido entre mis ganas de irme a casa y las de hacer feliz a mi mejor colega. Me refugio instintivamente tras mi reserva habitual, asintiendo simplemente hacia Alejandro.

Mientras mi amigo se aleja para anunciar la noticia a otros compañeros, echo un último vistazo a Sophie con su vestido rojo. Nuestra conexión inesperada en torno a la literatura y la fotografía me ha hecho bajar la guardia, y esta realización me inquieta. Esta chica tiene una forma de traspasar mis barreras cuidadosamente erigidas que me molesta profundamente.

La velada en Pachá se anuncia como un campo minado de un tipo completamente diferente.

CAPÍTULO 9

Sophie

—¿Cuánto tiempo hace que no pisas una discoteca? —me pregunta Luna mientras rebusca en su armario.

—¿Un club de lectura virtual cuenta? Bookstagram está muy animado, ¿sabes?

Por su mirada, eso no cuenta realmente.

Me quedo plantada en medio de su habitación, con los brazos colgando, y me doy cuenta de que ni siquiera tengo la respuesta exacta.

—Eh... ¿dos años? ¿Tres quizás? O tal vez un poco más.

Luna se gira hacia mí, con un vestido negro en cada mano y cara de horror.

—¿Tres años? ¡Pero, mi niña! ¡Es como si me dijeras que no has respirado en tres años! ¡Estoy segura de que en Ibiza eso es un delito castigado con multa enorme y cadena perpetua!

Me encojo de hombros y me dejo caer en su cama. La invitación al Pacha suena como una especie de iniciación, una prueba que no estoy segura de querer superar. Desde que Alejandro nos invitó a todos a su sesión, no he parado de tener el estómago revuelto.

—No estoy convencida de que sea lo mío —confieso—. Quizás soy demasiado... ¿seria?

Luna se echa a reír y lanza uno de los vestidos sobre la cama.

—¿Seria? ¿Tú? ¿La chica que corrigió a ese cliente australiano en tres idiomas diferentes cuando dijo que la paella era de Barcelona y llevaba chorizo? ¿Quien echó esa cosa asquerosa en el zumo de naranja de Donatello cuando hizo un comentario machista a Ava?

No puedo evitar sonreír. Es verdad que hice eso.

—Bueno, pero aun así. A Antoine no le gustaba que saliera a bailar.

El nombre sale solo, y me arrepiento inmediatamente. Progresivamente, me fue impidiendo bailar. Lo peor es que esa prohibición no la vi como tal. Incluso creí durante mucho tiempo que venía de mí. Hasta que me di cuenta de que era él quien movía los

hilos. Él quien me emparedaba viva. Luna deja de hurgar entre sus accesorios y me mira directamente a los ojos.

—Y tú, Sophie, ¿qué es lo que te gusta? ¿Tienes ganas de bailar esta noche? Porque de eso se trata principalmente. ¿De qué tienes ganas tú?

La pregunta es tan sencilla que me pilla desprevenida. ¿Tengo ganas de ir? Cierro los ojos y me imagino en una pista de baile, libre, sin nadie que me juzgue.

—Sí —murmuro—. Tengo muchísimas ganas de divertirme.

—¡Entonces está decidido! —exclama Luna dando una palmada—. ¡Y bienvenida a mi curso intensivo de supervivencia en discotecas ibicencas!

Las dos horas siguientes se convierten en un ritual preparatorio divertidísimo. Luna, encaramada en la cama como una profesora excéntrica, va soltando consejos contando con los dedos.

—Regla número uno: hidrátate como si fueras al desierto. El agua es tu mejor amigo, los mojitos son falsos amigos que te traicionarán mañana por la mañana.

Me río mientras me aplico la máscara de pestañas que me ha prestado.

—Regla número dos —continúa agitando su cepillo como una varita—, no aceptes JAMÁS una copa que no hayas visto servir. Aunque sea el príncipe de Mónaco quien te la ofrezca.

—Dudo que el príncipe de Mónaco ande por el Pacha —replico tratando de recordar cómo se hace una raya de eyeliner.

—¡Te equivocas! Es justamente el tipo de sitio donde se dejan ver las celebridades. Regla número tres: mantén siempre el móvil cargado y encima. No en el bolso, ENCIMA.

Luna salta de la cama y viene a ayudarme con el maquillaje, tomando el control de la operación cuando ve mi raya de eyeliner temblorosa.

—Regla número cuatro, y es la más importante: si un cliente te reconoce, sonríes educadamente pero no confraternizas. No estamos en el hotel, pero seguimos siendo representantes del Paraíso.

Se echa hacia atrás para admirar su obra y asiente, satisfecha.

—Ahora pasemos a lo serio.

Saca de su armario un vestido negro que no había visto, mucho más atrevido que las dos primeras opciones.

—La perfección —murmura—. Póntelo mientras busco los zapatos que van con él.

El vestido es... guau. Tiene un corte asimétrico que deja al descubierto un hombro y llega hasta medio muslo. La tela es fluida, ligeramente brillante desde ciertos ángulos, pero lo que más me sorprende es lo bien que me queda.

—Luna, es precioso, pero no puedo...

—¡Claro que puedes! —me corta empujándome ante el espejo—. ¡Mírate!

Me quedo boquiabierta ante mi reflejo. El vestido realza cada curva de mi cuerpo sin excederse, y con el maquillaje, me parezco a... bueno, a una versión de mí misma que nunca había tenido derecho a ser. Una versión libre. Segura de sí misma.

—Si Antoine me viera así... —empiezo.

—Gracias a Dios que no está aquí —zanja Luna—. Y no te vistes para él esta noche, te vistes para ti.

Tiene razón. Toda la razón.

El Pacha es... indescriptible. Desde fuera es un edificio blanco inmaculado, casi minimalista con solo el emblemático logo de las dos cerezas. Por dentro es otro universo. La arquitectura es una mezcla de influencias mediterráneas y futuristas: techos abovedados, espacios abiertos que se alternan con alcobas íntimas, y por todas partes juegos de luces que transforman el espacio al ritmo de la música.

Luna me guía entre la muchedumbre con la seguridad de alguien que conoce cada rincón. Nuestro pequeño grupo de empleados del Paraíso llama la atención; al parecer, venir con gente local da cierto caché. Diviso a Alejandro a lo lejos, ya tras los platos para su sesión que empieza dentro de una hora.

—¿Diego no ha llegado aún? —pregunto tratando de parecer despreocupada.

Luna me lanza una mirada cómplice antes de negar con la cabeza.

—Siempre llega el último a este tipo de fiestas. Si es que viene.

Algo en su voz me hace pensar que duda de su presencia, lo que me decepciona más de lo que me gustaría admitir.

Nos acomodamos en una zona VIP que domina la pista principal. El privilegio de trabajar en el Paraíso, al parecer. Un privilegio negociado por Alejandro. Los camareros nos reconocen y nos traen una botella de champán «cortesía de la casa». Es surrealista.

La música cambia de repente, y las primeras notas de una canción que reconozco inmediatamente llenan el espacio: es «Blah Blah Blah» de Armin van Buuren. Este tema me recuerda mis años antes de Antoine, cuando a veces me escapaba para bailar toda la noche con Emma.

—¡Me encanta esta canción! —grito por encima de la música.

Luna me coge de la mano.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Bajamos a la pista de baile que ya está abarrotada. El DJ va subiendo progresivamente el volumen, y siento los graves resonar en mi caja torácica. Es como si cada golpe hiciera eco en mi corazón. Al principio estoy vacilante, mis movimientos son rígidos, calculados. Miro a mi alrededor, aterrorizada de que alguien me juzgue.

Entonces Luna me guiña un ojo y empieza a bailar como si no existiera nada más. Sus movimientos son libres, a veces incluso ridículos, pero le da completamente igual. Se ríe, cierra los ojos, se deja llevar por el ritmo.

Y de repente, algo cede en mí. Cierro los ojos y bailo. De verdad. Libremente.

No sé cuánto tiempo nos quedamos en la pista: ¿media hora? ¿Una hora? El tiempo deja de existir. Mi cuerpo recuerda movimientos que creía haber olvidado. Me río, giro, salto. Estoy sudando, tengo el pelo hecho un desastre, y es maravilloso.

Cuando por fin subimos al reservado VIP para recuperar el aliento y beber agua, lo veo. A Diego. Acaba de llegar y saluda a los demás con su cortesía habitual, pero algo es diferente. Lleva una camisa blanca sencilla, entreabierta en el cuello, y unos vaqueros negros que le quedan ridículamente bien. Tiene el pelo ligeramente despeinado, como si acabara de pasar la mano por él.

Su mirada se cruza con la mía, y durante un segundo que parece alargarse indefinidamente, me examina de arriba abajo. Siento que se me encienden las mejillas, y no es por el baile.

Luna me da un codazo discreto.

—Te dije que ese vestido era perfecto —me susurra al oído.

Me dejo caer en un sofá, recuperando el aliento y tratando de calmar mi corazón que, por una razón que me niego a analizar, late aún más fuerte ahora que Diego está aquí. Intercambia unas palabras con Marco y Henrik, luego, para mi gran sorpresa, viene a sentarse a mi lado.

—¿Te estás adaptando bien a la vida en la isla? —me pregunta en español, con la voz sorprendentemente suave a pesar del volumen de la música.

Me pilla desprevenida su pregunta y el hecho de que se interese por mi adaptación a la vida insular. No es propio de él.

—Mejor de lo que esperaba —respondo.

—Pareces diferente esta noche —añade tras una pausa.

No sé cómo tomarme este comentario, así que me encojo de hombros.

—Es solo... el vestido negro que me ha prestado Luna. Y quizás también un poco la libertad.

¿Qué clase de frase es esa? ¿Los graves han hecho vibrar demasiado mi pobre cerebro?

Cuando Diego se inclina hacia mí, estoy convencida de que no va a desaprovechar esta oportunidad para burlarse de mí.

—La libertad te sienta bien.

Esta frase, pronunciada con su voz grave y una ligera sonrisa en la comisura de los labios, desata en mí un calor que no tiene nada que ver con la atmósfera recalentada de la discoteca.

Y justo cuando iba a responder, una mujer de unos cuarenta años, visiblemente ya bastante bebida, surge de la nada y se cuelga literalmente del brazo de Diego.

¿Pero quién es esta?

—¡Señor Álvarez! ¡Le estaba buscando por todas partes! —exclama en inglés con un fuerte acento americano.

Por fin reconozco a la señora Williams, una cliente del hotel conocida por sus exigencias extravagantes. Luna tenía razón: los clientes pueden reconocernos y pensar que aquí también estamos para servirles. Diego se endereza inmediatamente, recuperando su máscara profesional.

—Señora Williams, ¿en qué puedo ayudarla? —pregunta educadamente.

La mujer se inclina hacia él, tambaleándose ligeramente.

—Tengo un problema ENORME. ¡ENORME! El DJ se niega a poner mi canción favorita. ¡Tiene que hacer algo!

Reprimo una carcajada ante lo absurdo de la situación. El DJ en cuestión es Alejandro, y está en plena sesión cuidadosamente orquestada en una de las discotecas más prestigiosas de Ibiza.

Diego me echa una mirada de disculpa antes de levantarse.

—Veré qué puedo hacer, señora Williams, pero no le prometo nada. El DJ tiene una programación establecida.

—¡Tonterías! —le corta—. Usted puede arreglarlo todo. Necesito específicamente escuchar «Barbie Girl» de Aqua. Es nuestra canción, de mi tercer marido y mía. ¡Así que tengo que grabarme bailándola con otro para reavivar la llama! Por cierto, ¿por qué no baila conmigo? ¡Está usted buenísimo!

Esta vez tengo que morderme el interior de la mejilla para no explotar de risa. Diego cruza su mirada con la mía y veo la sombra de una sonrisa cruzar su rostro antes de que vuelva a ponerse serio.

—Haré lo que pueda, señora Williams. Quizás podría volver a su mesa mientras trato de negociar con el DJ.

Lo veo alejarse, con la señora Williams colgada de su brazo como una lapa, y no puedo evitar admirar su profesionalidad ante lo absurdo. Incluso aquí, incluso ahora, sigue siendo el empleado perfecto del Paraíso.

El resto de la velada pasa como en un sueño. Vuelvo a bailar con Luna, me río, bebo —con moderación—, vivo. A ratos diviso a Diego, siempre impecable a pesar del calor, manteniendo una distancia educada con todo el mundo. Nuestro momento de complicidad divertida parece haber desaparecido, como si nunca hubiera existido.

Y sin embargo, cuando Alejandro desliza sutilmente, en medio de una mezcla electro sofisticada, un sample irreconocible pero definitivamente sacado de «Barbie Girl», nuestras miradas se cruzan entre la multitud. Diego levanta imperceptiblemente su copa en mi dirección.

Esta noche en el Pacha no se parece a nada de lo que he conocido antes. Me siento viva, eléctrica, como si cada célula de mi cuerpo despertara tras un largo sueño.

CAPÍTULO 10

Diego

Es el caos total esta mañana. El sistema de reservas nos ha fallado sin avisar, como si el verano no fuera ya bastante complicado. Cruzo el vestíbulo a paso acelerado, con el móvil vibrando sin parar con mensajes de Javier pidiendo actualizaciones. En recepción, es el apocalipsis: una cola de clientes descontentos se extiende hasta las puertas de entrada, con rostros que muestran diversos matices de fastidio.

Es entonces cuando la veo. Sophie. Sola en recepción, aguantando el temporal. Luna debería estar con ella, pero recuerdo que está enferma hoy. Sophie está completamente sola, y sin embargo, mantiene la calma mientras un tío en camisa hawaiana con la cara roja como un tomate gesticula delante de ella como un molino de viento enfadado. Me acerco discretamente, manteniéndome apartado detrás de una columna para observar la situación y estar listo para intervenir en caso de que las cosas se pongan feas.

—Escúcheme bien, señorita —vocifera el hombre con un marcado acento americano—. Reservé una suite Executive con vistas al mar hace seis meses. Seis. Meses. ¡No voy a aceptar una habitación estándar solo porque su sistema informático está gestionado por incompetentes!

El tono condescendiente me hace rechinar los dientes. Estoy a punto de intervenir cuando me fijo en la expresión de Sophie. Donde esperaba ver pánico o frustración, solo veo profesionalidad controlada. Su postura es erguida, su mirada directa, sus manos perfectamente estables sobre el teclado.

—Señor Keller, comprendo perfectamente su frustración —responde ella con voz serena—. Nos enfrentamos a un fallo técnico excepcional que afecta a todas nuestras reservas esta mañana. Le aseguro que estoy haciendo todo lo posible para encontrar los detalles de su reserva original.

El americano resopla con desdén.

—¿Y cuánto tiempo va a llevar eso, niña? Tengo citas importantes esta tarde. Negocios que probablemente no puedas entender.

Siento que me hierve la sangre ante tanta condescendencia, pero Sophie no se inmuta.

—Estoy trabajando lo más rápido posible, señor. Si desea tomar un café en nuestro salón mientras resuelvo esta situación, puedo hacerle avisar en cuanto...

—¿Un café? —la interrumpe alzando la voz—. ¿Tengo aspecto de ser alguien que quiere un café?

No, claramente no, más bien necesitaría un calmante, ¡un supositorio y a la cama!

—¡Quiero mi suite! ¿Es mucho pedir para un cliente fiel que gasta miles de euros aquí cada año?

Una parte de mí quiere intervenir inmediatamente, pero algo en la actitud de Sophie me detiene. Hay en ella una determinación tranquila que me intriga. No se deja intimidar.

—Señor Keller, ahora veo su reserva —dice tecleando—. Efectivamente reservó una suite Executive con vistas al mar. Desgraciadamente, con la avería del sistema, algunas de nuestras suites han sido asignadas dos veces. Estoy comprobando ahora mismo cuáles siguen disponibles.

El hombre golpea ruidosamente el mostrador con los puños, haciendo que se sobresalten dos clientes que esperan detrás de él.

—¿Sabes qué? Ya estoy harto. Quiero hablar con un responsable. Con alguien que sepa lo que hace, no con una niñata perdida como tú. No voy a perder mi tiempo con una recepcionista que evidentemente no tiene la autoridad necesaria para resolver este problema.

La expresión de Sophie me deja sin palabras. Esa mezcla sutil de dignidad herida y determinación. Encaja el golpe sin inmutarse, pero puedo ver en sus ojos que siente el insulto. Es una expresión que reconozco instintivamente por haberla llevado yo mismo demasiadas veces ante mi padre y sus comentarios despectivos sobre mis decisiones profesionales.

Mi plan inicial era llegar como el salvador de la situación, pero me doy cuenta de repente de que no es eso lo que Sophie necesita. No

es lo que se merece.

Finalmente me acerco al mostrador, adoptando mi expresión profesional.

—Señor Keller, soy Diego Álvarez, responsable de conserjería. Veo que mi compañera Sophie ya está resolviendo su problema de reserva. Es una de nuestras mejores empleadas y está perfectamente cualificada para gestionar esta situación.

El hombre me mira, sorprendido por mi aparición y mi apoyo explícito a Sophie. Por el rabillo del ojo, veo que su expresión pasa rápidamente de la sorpresa a una gratitud discreta.

—Por fin alguien que puede ayudarme —dice el cliente girándose hacia mí, ignorando completamente a Sophie—. Escuche, necesito mi suite inmediatamente y...

Lo interrumpo educadamente pero con firmeza.

—Señor Keller, como Sophie le explicaba, nos enfrentamos a un problema técnico excepcional esta mañana. Sin embargo, veo que ya ha localizado su reserva y está trabajando en una solución. Vamos a colaborar para resolver esto lo más rápidamente posible.

Me giro hacia Sophie, dándole silenciosamente la oportunidad de retomar las riendas.

—Tengo una opción, señor Keller —interviene ella con una seguridad renovada—. La suite Mediterránea está disponible. Es ligeramente más espaciosa que la que había reservado, con una terraza privada más grande y una bañera de hidromasaje exterior además. Puedo instalarle ahí inmediatamente, sin coste adicional, por supuesto.

Su propuesta es perfecta. La suite Mediterránea es efectivamente superior, y ha encontrado la manera de transformar este problema en una experiencia positiva para el cliente, aunque claramente no se lo merezca. Estoy impresionado.

El americano duda, su arrogancia ligeramente tambaleada por nuestro frente unido y la elegante solución propuesta.

—¿Y el desayuno? —pregunta, buscando evidentemente conservar cierto control sobre la situación.

Sophie no se pierde ni un segundo.

—El desayuno podrá servirle en su habitación sin suplemento, por supuesto. Y si me permite, me gustaría ofrecerle también una cena para dos personas en nuestro restaurante La Terraza, con nuestro menú degustación ibérico y una botella de champán, para disculparnos por estas molestias.

Contengo una sonrisa. Su propuesta es generosa sin ser excesiva, perfectamente calibrada para calmar al cliente sin ceder a sus caprichos.

Keller se endereza, ajustándose la camisa hawaiana con una dignidad recuperada.

—Bueno... Es aceptable, supongo. Pero espero que este tipo de incidentes no se repitan. Y podéis soñar con que os dé propina.

—Haremos todo lo posible para que su estancia sea lo más agradable posible, señor Keller —responde Sophie con una sonrisa profesional—. Diego le acompañará personalmente a su suite mientras preparo los vales para su cena.

Me lanza una mirada cómplice y comprendo inmediatamente su plan. Dividir para vencer mejor: así puede gestionar eficazmente a los otros clientes mientras yo escorto a este alborotador lejos de recepción.

—Será un placer —digo haciendo un gesto hacia los ascensores—. Si quiere seguirme, señor Keller, me aseguraré de que todo esté perfecto en su suite.

Mientras nos alejamos, echo un vistazo hacia atrás y veo a Sophie ya atendiendo al siguiente cliente con una eficacia renovada. Nuestro intercambio silencioso ha creado una sinergia inesperada, como si hubiéramos trabajado juntos durante años.

Después de instalar a Keller en su suite —no sin haber soportado quince minutos de recriminaciones adicionales sobre los estándares declinantes de la hospitalidad moderna— vuelvo a recepción. La cola ha disminuido considerablemente, y Sophie parece tener la situación controlada. Me acerco al mostrador cuando el último cliente se aleja.

—Buena gestión de crisis —le digo simplemente.

No es propio de mí repartir cumplidos, pero este está sinceramente merecido. Sophie ha demostrado una sangre fría y una inteligencia emocional notables.

—Gracias por no tomar el relevo directamente —responde mirándome directamente a los ojos—. Significó mucho para mí poder gestionar esto sola. Bueno, casi sola.

Su mirada es directa, agradecida pero no servil. No hay ni rastro de los juegos de poder habituales que suelo ver en este ambiente, donde los cumplidos son monedas de cambio y los favores deudas por cobrar. Su gratitud parece simplemente auténtica.

—Te las arreglabas muy bien —respondo, de repente extrañamente incómodo ante esta sinceridad desarmante—. Solo confirmé lo que ya estabas haciendo.

Asiente con la cabeza, con una pequeña sonrisa en las comisuras de los labios.

—La independencia es importante para mí. Gracias por respetarla.

Hay algo en esa frase que me hace pensar que habla de una experiencia más amplia que este simple incidente en recepción. Antes de que pueda reflexionar más al respecto, Javier me llama para una urgencia en las cocinas, y tengo que marcharme.

El resto del día pasa en un torbellino de actividades, pero nuestra breve colaboración no deja de volver a mi mente. Por la noche en mi terraza, me pregunto dónde ha encontrado la inspiración —o la fuerza, no sé muy bien— para enfrentarse a un cliente tan desagradable sin perder ni la compostura ni la calma. Como si gestionar este tipo de situaciones le resultara natural. Algunos empleados de la hostelería desarrollan este superpoder a fuerza de tratar con cretinos, pero esta es su primera experiencia en el sector. Ha debido vivir algo que ha forjado su carácter.

Algo de lo que no debería preocuparme en absoluto.

CAPÍTULO 11

Sophie

Tamborileó nerviosamente el suelo con mi pie mientras Javier, el director del hotel, termina su llamada telefónica. Diego está sentado a mi lado, perfectamente inmóvil, su rostro impenetrable como siempre. La invitación repentina al despacho del director ha desencadenado en mí recuerdos desagradables: generalmente, cuando te convocan sin avisar, no es para anunciarte un ascenso. Pensaba que hacía bien mi trabajo, pero probablemente me equivocaba. ¿Y si realmente fuera una inútil?

Javier cuelga finalmente y nos dirige una sonrisa cálida que disipa instantáneamente mis inquietudes.

—Gracias por haber venido tan rápidamente —dice juntando las manos sobre su escritorio—. Tengo una misión importante que confiaros.

Echo un vistazo furtivo hacia Diego, que mantiene su profesionalidad habitual, pero percibo una ligera tensión en su mandíbula.

—La próxima semana recibiremos a un grupo de diplomáticos franceses y españoles para una conferencia informal. Es una oportunidad excepcional para el hotel, y necesito a mis dos mejores elementos bilingües.

Un sentimiento de orgullo estalla en mi pecho, inmediatamente seguido por la aprensión. ¿Y si no estuviera a la altura? Además, voy a tener que trabajar estrechamente con Diego. Este hombre que alterna entre cumplidos profesionales y frialdad polar. Genial.

—Por supuesto —responde Diego.

—Ningún problema —añado rápidamente, negándome a parecer menos entusiasta que él.

—¡Perfecto! —exclama Javier—. Tendréis carta blanca para organizar su estancia. Quiero que se vayan con la impresión de que el Paraíso es el único lugar del mundo donde deberán organizar sus futuros encuentros.

Nos tiende un dosier que contiene los detalles del evento.

—Os dejo la terraza oeste para trabajar. Está cerrada esta mañana por mantenimiento.

Veinte minutos más tarde, nos instalamos en una mesa de dicha terraza a la sombra de una gran sombrilla. La vista al mar es espectacular, pero me esfuerzo por mantenerme concentrada en los documentos que Diego ha extendido meticulosamente ante nosotros.

—Deberíamos empezar por establecer una planificación detallada —propone sacando una libreta—. Los diplomáticos llegan el jueves a las tres de la tarde. Habrá que coordinar los traslados desde el aeropuerto...

Le observo discretamente mientras habla. Su forma de organizar la información es impresionante: metódica, precisa, sin dejar nada al azar. Se nota la experiencia.

—¿Qué te parece un cóctel de bienvenida en los jardines? —sugiero—. Algo elegante pero no demasiado formal.

—Excelente idea —dice anotando rápidamente—. Podríamos pedirle a la cocina que prepare una mezcla de tapas españolas y canapés franceses.

Levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan. No está esa barrera invisible que erige habitualmente. Solo dos profesionales trabajando juntos. Es agradable.

—Los españoles serán en su mayoría andaluces y castellanos —observo recorriendo la lista de invitados—. Podría preparar una pequeña ficha cultural para el personal, para evitar las meteduras de pata regionales, ya que la mayoría de las veces nuestros clientes son extranjeros.

—Muy buena sugerencia —aprueba Diego, y me sorprendo apreciando su aprobación—. No será necesario para los empleados locales, pero les servirá a los demás.

Nos inclinamos simultáneamente hacia el dosier y nuestros dedos se rozan accidentalmente sobre una foto. Una descarga eléctrica me recorre instantáneamente, como si alguien acabara de conectar mi cuerpo a la corriente. Retiro la mano demasiado bruscamente.

Y de repente, sin avisar, mi cerebro decide reproducirme extractos del sueño que tuve anoche. Diego, sus manos en mis caderas, sus

labios en mi cuello, su cuerpo pegado al mío contra la puerta de mi habitación... Porque sí, Morfeo se ha propuesto hacerme un remake de los mejores pornos con mi compañero de trabajo como protagonista. Y ahora, pienso en ello incluso despierta.

¡Joder, ahora no!

Siento que mis mejillas se inflaman. Mi respiración se acelera ligeramente. Miro fijamente la lista de los diplomáticos, como si contuviera el secreto de la inmortalidad.

—Sophie, ¿estás bien?

Su voz me hace sobresaltar. Levanto la cabeza y su mirada preocupada me hace entrar en pánico aún más.

Intenta parecer normal. Como cuando te pillaban robando la merienda de tus compañeros.

—¡Sí! ¡Perfectamente bien! —respondo con un entusiasmo forzado que suena falso incluso a mis propios oídos.

Entonces sonrío para disimular. Demasiado, si he de creer su mueca de estupefacción.

—Estás toda roja —insiste.

Mierda, mierda, mierda.

—Es solo... el calor, ya sabes. Estas terrazas son verdaderos hornos solares, ¡ja, ja!

Diego echa un vistazo a la sombra perfecta donde estamos sentados, luego a los tres ventiladores que giran sobre nosotros. Su expresión es una mezcla de incredulidad y diversión.

—El calor. Por supuesto.

Se levanta de repente y pienso con horror que va a poner fin a nuestra sesión de trabajo. En lugar de eso, se dirige hacia el bar y vuelve con una jarra de agua helada.

—Toma —dice sirviéndome un vaso—. Para tu calor.

El tono ligeramente burlón de su voz me indica que no se cree ni una palabra de mi excusa patética.

Trago un gran sorbo de agua, a punto de atragantar en mi precipitación. Diego me hace inclinarme hacia delante y me da palmaditas suaves en la espalda, lo que no ayuda en absoluto a calmar mis pensamientos inapropiados.

—Escucha, si prefieres que trabajemos por separado... —empieza.

—¡No! —exclamo demasiado alto—. Quiero decir, sería contraproducente, ¿no? Avanzamos bien juntos. Quiero decir, eres casi soportable. Casi.

Una ligera sonrisa aparece en la comisura de sus labios.

—De acuerdo. Pero si necesitas un descanso... o un poco de aire fresco...

—Estoy bien, te lo prometo —digo recuperando un atisbo de control—. Simplemente un pequeño momento de ausencia. Continuemos.

Afortunadamente, Diego no insiste. Volvemos a nuestra planificación, y progresivamente, consigo alejar las imágenes inapropiadas de mi mente para concentrarme en el trabajo.

Pasa una hora, luego dos. Nuestra colaboración se vuelve sorprendentemente fluida. Cuando propongo algo, Diego rebota con una idea complementaria. Cuando sugiere un arreglo, ya anticipo los detalles prácticos necesarios. Es como una danza perfectamente coreografiada.

—El sábado por la noche, podríamos organizar una cena más íntima en la cala privada —sugiero.

—Con un menú fusión mediterráneo —completa Diego antes incluso de que haya terminado mi frase.

—¡Exacto! Y luces suspendidas en los olivos para crear un ambiente...

—Cálido pero elegante —termina.

—¿Me cortas la palabra porque eres mayor, o porque eres un hombre?

—Perdona, no quería incomodarte. Solo creí que estábamos en la misma onda.

Y así era, lo que me desestabiliza porque no estoy acostumbrada a que me comprendan tan bien.

—Está bien, no pasa nada.

Es solo química profesional, me convenzo firmemente. Nada más.

A mediodía, hemos elaborado un programa completo, desde los traslados a su llegada de los diplomáticos al aeropuerto hasta su partida, con soluciones de repuesto para cada actividad en caso de mal tiempo.

—Creo que hemos hecho buen trabajo —dice Diego recogiendo los documentos.

—Muy buen trabajo —confirmo con satisfacción.

En el restaurante del personal, Luna me hace señas para que me una a ella. Me instalo en su mesa con mi bandeja, consciente de que Diego se ha sentado al otro extremo de la sala con los demás responsables del hotel.

—¿Y bien? —me pregunta Luna sin preámbulos.

—¿Y bien qué?

—¿Esa reunión misteriosa con Javier y Diego?

Arquea las cejas de manera sugerente. Le cuento brevemente nuestra misión diplomática.

—Sabía que Javier te localizaría rápidamente —dice—. Eres la perla rara del Paraíso.

Siento una bocanada de orgullo ante sus palabras. Después de meses, incluso años oyendo a Antoine minimizar mis competencias lingüísticas e insistir en mis carencias, este reconocimiento me sienta de maravilla.

—¿Y cómo ha sido trabajar con el gran Diego Álvarez? —pregunta con una sonrisita maliciosa.

—Muy profesional —respondo intentando parecer indiferente—. Es realmente eficaz y organizado.

—Parecía casi relajado. ¿Qué le has hecho?

—No lo sé. Creo que se moría de calor, así que eso le tranquilizó. Sí, debe de ser eso.

—Si tú lo dices —responde, visiblemente poco convencida.

Por la noche, en mi pequeña habitación del personal, me tumbo en mi cama y miro fijamente el techo. El día ha sido extraño, por decir poco.

Repienso en nuestro trabajo en la terraza, en esa conexión inesperada, en la forma en que nuestras ideas encajaban perfectamente. Desde un punto de vista puramente profesional, fue notable.

Repienso en la forma en que Antoine criticaba mi acento español, me decía que no era «lo bastante española» para los clientes sofisticados de su padre. Cómo minimizaba sistemáticamente mis

éxitos académicos, incluso cuando salía entre los mejores de mi promoción. Sin hablar de la vez que cometí el error de hacerle leer uno de mis manuscritos.

Con Diego es diferente. Me trata como a una igual profesional. Escucha mis ideas. Aprecia mis competencias. Y Luna, igual. Me trata como a su igual. Emma tenía razón: empiezo poco a poco a revivir, aquí.

Eso es todo, me convenzo firmemente. Una conexión profesional, nada más.

Mañana presentaremos nuestro plan a Javier. Después, tendremos una semana para poner todo en marcha. Una semana trabajando estrechamente con Diego.

Puramente profesional, me repito como un mantra cerrando los ojos. Puramente profesional.

Pero incluso al dormirme, no puedo evitar notar que es la primera vez desde mi llegada a Ibiza que no pienso en París, en mis fracasos, o en Antoine antes de dormirme.

En lugar de eso, mi mente está llena de listas de tareas, de arreglos florales... y de cierta mirada marrón que se ilumina cuando su propietario sonríe de verdad.

CAPÍTULO 12

Diego

Fijo la mirada en la pantalla de mi portátil, comprobando por tercera vez la lista de vinos franceses que he seleccionado para la recepción de los diplomáticos. Cabernet Sauvignon, Chardonnay, Côtes du Rhône... Me sé esta lista de memoria ya, pero sigo repasándola como si mi vida dependiera de ello.

Es lo que me repito desde hace días: estos preparativos para los diplomáticos me tienen completamente ocupado.

Menuda gilipollez.

El reloj de mi pantalla marca las 22:30. Casi todo el personal se ha marchado, pero Sophie y yo seguimos aquí, en esta pequeña sala de conferencias convertida en cuartel general para el evento, ultimando los últimos preparativos. La luz tenue proyecta sombras suaves en las paredes, y el silencio del hotel dormido solo se ve interrumpido por el tecleo bajo los dedos de Sophie y el crujido de los papeles que manejo.

Mi teléfono vibra por cuarta vez en veinte minutos.

—Joder, pero no puede ser...

Lo cojo y veo sin sorpresa otro mensaje de mi padre.

[Diego, la reunión de accionistas está prevista para septiembre. Espero tu confirmación de asistencia. Es el momento de asumir tus responsabilidades.]

Siento la tensión subir en mí como una ola. Esa jodida lucha entre lo que mi familia espera de mí y lo que realmente quiero. Entre Madrid y sus torres de cristal frías que se alzan sobre tierras áridas, la empresa familiar que me espera como una prisión dorada, e Ibiza, mi isla, mi libertad, la vida que me he construido.

—¿Diego?

La voz de Sophie me saca de mis pensamientos sombríos. Me doy cuenta de que me está mirando, esperando claramente una respuesta a una pregunta que no he oído.

—¿Eh?

—Te preguntaba si preferías las composiciones florales en las mesas o únicamente en el bufé.

—De acompañamiento, está bien.

Frunce ligeramente el ceño.

—Vale, como quieras. ¿Y para la colocación de los invitados? ¿Ponemos al embajador español al lado de su homólogo francés como habíamos previsto o evitamos el efecto «espejo» y mezclamos un poco más a la gente?

—Sí.

—¿Y el menú, mantenemos la carne de dinosaurio?

—Mmm... sí.

Deja el bolígrafo y cierra su portátil con un gesto lento.

—Puedo terminar esto yo sola si quieres. Parece que estás en las nubes.

Esta sugerencia me irrita inexplicablemente. La idea de que pueda pensar que no estoy a la altura me molesta profundamente.

—No. Me quedo.

Mi respuesta ha salido más seca de lo que hubiera querido. Se instala un silencio pesado entre nosotros.

—¿Va todo bien? —pregunta simplemente.

Su pregunta carece de curiosidad entrometida. Solo una interrogación sincera, sin juicio ni lástima. Y extrañamente, es precisamente eso lo que agrieta mi coraza.

Pero el hábito de protegerme es demasiado fuerte.

—¿Por qué me preguntas eso?

Me observa un instante, luego una sonrisa divertida se dibuja en sus labios.

—No sé... Porque acabas de proponer alimentar a los diplomáticos con flores o con carne de dinosaurio, has respondido «sí» a una pregunta de múltiples opciones... Quizá también porque tienes la cara de un tío que acaba de descubrir que su perro se ha comido sus auriculares de 300 euros. O porque tus respuestas desde hace veinte minutos se limitan a gruñidos prehistóricos. «Mmm», «Sí», «Eh», «Bufé»...

Imita mi voz grave con una exageración cómica que me pilla desprevenido.

—O entonces —continúa contando con los dedos—, quizá sea porque miras tu teléfono como si fuera el responsable del calentamiento global. O porque has suspirado exactamente...

Consulta su reloj con una seriedad fingida.

—...diecisiete veces en los últimos quince minutos. O porque has tensado tanto la mandíbula que me preocupo por el estado de tus dientes.

A mi pesar, siento una sonrisa abrirse paso en mi cara.

—No suspiro tanto.

—Claro que sí. De hecho, creo que podrías alimentar un aerogenerador y suministrar electricidad a todo el hotel con la potencia de tus suspiros.

Dejo escapar una risa breve, la primera de la noche. Es tan inesperado, esta forma que tiene de calar mi humor sin acorralarme en mis trincheras.

—Es mi padre —confieso finalmente—. Insiste en que vuelva a Madrid después de la temporada.

Las palabras salen casi a mi pesar. No tengo costumbre de compartir mis problemas. Pero su humor ha creado una brecha en mi muralla cuidadosamente construida.

—Es siempre la misma historia. Para él, mi «trabajito» en Ibiza no es más que una fase de rebeldía prolongada.

Me detengo ahí. No me gusta abrirme, exponer mis debilidades, mis dudas. Pero su mirada —comprensiva sin ser compasiva— me impide replegarse inmediatamente sobre mí mismo como haría habitualmente.

—Lo entiendo. Yo también he estado mucho tiempo privada de vivir mi vida tal como la quería.

Esta confesión me sorprende. Es la primera vez que menciona su vida en Francia.

—Hablas como si tuvieras noventa años.

Se encoge de hombros, un gesto que parece contener mucho más que indiferencia.

—Digamos que las privaciones de libertad son pequeñas eternidades.

Siento que hay mucho más detrás de estas palabras, pero no insisto. Respeto las zonas de sombra en los demás, probablemente porque tengo tantas yo mismo.

—Es curioso de todas formas —añade con una sonrisa de medio lado—. Los dos huimos hacia Ibiza para escapar de nuestras vidas, y nos encontramos atrapados juntos organizando recepciones para diplomáticos.

Esta observación resume tan perfectamente nuestra situación que no puedo evitar sonreír a mi vez.

—La ironía del destino.

—Como si el universo tuviera un sentido del humor particular.

Me mira un instante, luego coge su bolígrafo y tamborilea en su libreta.

—Bueno, entonces... composiciones florales solo en el bufé. Nadie se come las flores, ¿entendido? Mantenemos la colocación de los invitados como estaba previsto, y dos opciones para el menú para ofrecer una elección vegetariana. Anotado, jefe.

Su tono ligero disipa la tensión que me habitaba. Es extraña esta forma que tiene de hacer las cosas más simples, más ligeras, sin por ello banalizarlas.

Retomamos el trabajo, pero el ambiente ha cambiado. Ya no es esa concentración fría y profesional del principio de la noche, sino algo más cómodo, casi íntimo. Seguimos ultimando los preparativos en un silencio puntuado a veces por una pregunta o una sugerencia, pero este silencio ya no tiene nada de pesado. Es tranquilizador, como si ya no necesitáramos llenar cada espacio con palabras.

De vez en cuando, nuestras miradas se cruzan por encima de los papeles y las pantallas, y me sorprendo apreciando esta complicidad tácita que se ha instalado entre nosotros. Este reconocimiento mutuo de nuestras luchas personales ha creado un puente que no había anticipado.

Hacia medianoche, por fin hemos terminado. Sophie recoge sus cosas mientras yo apago las luces de la sala de conferencias. En el pasillo débilmente iluminado, se detiene un instante antes de tomar la dirección de las habitaciones del personal.

—Buenas noches, Diego. Y no dejes que tu padre te amargue el verano, ¿vale? Si Gabriel García Márquez hubiera seguido el consejo de su padre y no su corazón, se habría hecho abogado y nunca habríamos tenido la suerte de conocer sus obras.

—Buenas noches, Sophie.

Se aleja, y me quedo ahí unos segundos, viendo su silueta desaparecer al doblar el pasillo.

CAPÍTULO 13

Sophie

Me ajusto por última vez el vestido azul noche mientras compruebo mi reflejo en el espejo de los aseos del personal. Respiro hondo para calmar los latidos de mi corazón. Esta velada es importante, crucial incluso. Es la primera vez que coordino un evento de esta envergadura, con diplomáticos franceses y españoles nada menos. Mis dos lenguas, mis dos culturas. Por una vez, este mestizaje que tantas veces he tratado de disimular bajo la influencia de Antoine se convierte en mi mayor baza.

—Estás preciosa —me dice Luna al entrar—. Venga, te están esperando.

Su guiño cómplice me da el valor que me faltaba. Al fin y al cabo, ¿no es esto lo que siempre he querido? ¿Ser reconocida por mis competencias en lugar de ser juzgada por mis orígenes?

Los jardines del hotel Paraíso se han transformado en un joyero de elegancia discreta para la ocasión. Unas linternas suspendidas de las ramas de los olivos crean una atmósfera tenue, casi mágica. El aire perfuma las flores de azahar y el jazmín. El champán fluye a raudales en las copas de cristal.

Me deslizo entre los invitados con una seguridad que no me conocía. Alternando francés y español con una fluidez que me sorprende a mí misma, guío a un ministro francés hacia el bufé de especialidades ibicencas, después oriento a un diplomático español hacia la barra de cócteles.

Al otro extremo del jardín, diviso a Diego. Con su traje oscuro perfectamente ajustado, se mueve con una naturalidad que me fascina. ¿Cómo consigue parecer tan a gusto, tan natural en cualquier situación? Su mirada se cruza con la mía un instante. Un asentimiento discreto, una media sonrisa. Nuestro lenguaje silencioso desarrollado a lo largo de los preparativos de este evento.

Mientras un agregado cultural me cuenta sus vacaciones en Valencia, no puedo evitar seguir a Diego con la mirada. Se inclina ligeramente hacia una mujer de cierta edad que debe de ser la

esposa de un embajador. Adopta una postura atenta, esa manera que tiene de escuchar como si su interlocutor fuera la persona más importante del mundo. Su forma de ser me intriga, a la vez distante y atento. Este hombre es un misterio que me cuesta descifrar.

—Señorita Leroy, su equipo es extraordinario.

La voz de Javier me sobresalta. Nuestro director circula entre los invitados, visiblemente satisfecho del desarrollo de la velada.

—Formáis un equipo extraordinario con Diego —murmura con una sonrisa cómplice—. Nunca había visto a Diego colaborar tan eficazmente con alguien. ¿Le has hipnotizado o qué?

Siento que se me encienden las mejillas y me apresuro a minimizar el cumplido:

—Es gracias a su experiencia. Conoce perfectamente las expectativas de este tipo de eventos.

—No subestimes la química, Sophie. Es rara en nuestro oficio.

No tengo tiempo de meditar sobre esta observación enigmática cuando un ligero tumulto atrae mi atención cerca de la fuente. Me disculpo ante Javier y me dirijo hacia el origen del problema.

El diplomático francés, monsieur Durand, tiene la cara roja y parece particularmente agitado frente a su homólofo español, señor Jiménez. Este último levanta las manos en señal de incomprensión mientras el francés masculla furiosamente.

—¿Cómo se atreve a insinuar semejante cosa? —exclama monsieur Durand en francés—. ¡Es... es ultrajante!

—Pero señor, ¡simplemente quería interesarme por su salud! —responde el español en un francés aproximativo—. ¡Está estornudando desde que llegó!

—¡Mi salud intestinal no le incumbe en absoluto! —vocifera el francés, cuya nariz roja atestigua efectivamente una alergia—. ¡Hablamos de política exterior y me pregunta si estoy estreñido!

Comprendo inmediatamente el malentendido y me muerdo el interior de las mejillas para no echarme a reír. *Constipado* en español significa «resfriado» y no «estreñido» como en francés. Un falso amigo lingüístico que se convierte en drama diplomático.

—¡Solo quería ser educado! —se defiende el señor Jiménez, cada vez más confuso—. ¡Es evidente que está usted constipado!

—¡Mi estreñimiento no es evidente! —grita casi el francés, atrayendo la atención de otros invitados—. ¿Y cómo puede deducirlo de mis estornudos? ¡Es una lógica médica que se me escapa completamente!

Me acerco rápidamente, componiendo mi expresión más profesional mientras lucho contra una risa inmimente.

—Señores, permítanme aclarar un malentendido lingüístico.

Los dos hombres se vuelven hacia mí, uno furibundo, el otro desvalido.

—Monsieur Durand, «constipado» en español significa «resfriado». El señor Jiménez simplemente se preocupaba por su catarro, no por... eh... sus funciones intestinales.

Se instala un silencio mientras la información hace su camino en la mente del diplomático francés. Su rostro pasa del rojo cólera al rojo vergüenza. Sí, sí, son matices diferentes.

—Oh... yo... ¿de verdad?

—Sí —añade el señor Jiménez, aliviado—. Quería decir que parece tener un resfriado, ¡un catarro!

—Y yo que pensaba que usted... en fin...

Monsieur Durand estalla de repente en una risa sonora, al que pronto se une su homólogo español. Su hilaridad es contagiosa y pronto, todos los invitados de alrededor comprenden la situación y se suman a ellos.

—He aquí lo que ilustra perfectamente la importancia de la comunicación intercultural —declara monsieur Durand secándose una lágrima de risa—. ¡Y la necesidad de nuestros encuentros informales!

—¡Por la salud de nuestros malentendidos! —grita el señor Jiménez levantando su copa.

—¡Y por nuestros sistemas digestivos respectivos! —apostilla el francés, desencadenando una nueva ola de hilaridad.

Al alejarme discretamente, satisfecha de haber desactivado la situación, me cruzo con la mirada de Diego al otro extremo de la terraza. Por primera vez desde que le conozco, le veo sonreír plenamente. No esa media sonrisa controlada que ofrece a los clientes o esa mueca sarcástica que tantas veces me ha dirigido. No,

una sonrisa verdadera que ilumina todo su rostro y le transforma completamente. Mi corazón pierde un latido, lo cual es perfectamente estúpido.

La velada continúa sin otro incidente diplomático o escatológico. Los invitados empiezan a retirarse hacia las 23 horas, gratificándonos con cumplidos cálidos. Estoy agotada pero eufórica. Nuestro primer evento de envergadura es un éxito total.

Estoy supervisando el inicio de la limpieza cuando una silueta familiar aparece en la entrada de los jardines. Alejandro, aún vestido con su atuendo de DJ —vaqueros negros rotos y camiseta con la imagen de un grupo del que nunca he oído hablar— se dirige directamente hacia Diego. Su aparición desentona completamente con el ambiente sosegado que aún reina.

Se inclina al oído de Diego y le susurra algo que tiene un efecto inmediato. El rostro habitualmente impasible de mi compañero se ilumina de nuevo con esa sonrisa que he vislumbrado antes. Una transformación completa, como si una máscara cayera de repente.

Intrigada, les observo abandonar discretamente la recepción. ¿Quién es realmente este Diego que solo veo en presencia de Alejandro? ¿Esta versión relajada, casi alegre, tan diferente del profesional frío y distante de los primeros días?

Termino de dar mis últimas instrucciones al equipo de limpieza, después vuelvo hacia los cuartos del personal. Estoy agotada pero extrañamente llena de energía, como si hubiera absorbido la electricidad ambiental de la velada.

Luna me intercepta en el pasillo, con una sonrisa maliciosa en los labios.

—¡Cámbiate rápido! ¡Alejandro nos invita a todos a su sesión en Amnesia! Incluso viene Diego, ¡por segunda vez consecutiva, es prácticamente un milagro!

—¿Qué? Pero si son casi las doce y yo...

¿Una salida a una discoteca? ¿Con Diego?

Y con los demás, se apresura a añadir mi cerebro.

Mi cuerpo agotado me suplica que rechace, pero otra parte de mí —una parte que creía haber dejado en París— se despierta ante esta perspectiva.

—Dame quince minutos —capitulo.

CAPÍTULO 14

Diego

La música del Amnesia pulsa en mi pecho como un segundo corazón. Los bajos me atraviesan, sacuden mi cuerpo, y aun así me quedo aquí, inmóvil, apoyado en la barra. No me gustan realmente estos sitios, pero por Alejandro he hecho una excepción. Mi mejor colega está en los platos esta noche y lo está petando. Sus transiciones son impecables, el público está en trance. Debería estar orgulloso, y lo estoy, pero mi atención está en otra parte.

Sophie está en el centro de la pista, y joder, es como si descubriera una nueva faceta de su personalidad. Incluso la última vez que estuvimos en un club fue diferente. En el hotel siempre está impecable, profesional, comedida. Aquí es... otra cosa. La luz estroboscópica captura instantes congelados de su cuerpo que ondula, su pelo que vuela, su rostro transfigurado por el abandono. Baila como si nadie la mirara, mientras que yo solo la veo a ella.

—Deberías ir con ella —me dice Luna dándome un codazo. —Estoy bien aquí.

Mentira. No estoy bien. Estoy torturado entre las ganas de ir hacia ella y las de mantener las distancias. Tomo un trago de mi whisky, dejando que el alcohol me queme la garganta, esperando que también queme esta atracción que se está volviendo cada vez más difícil de ignorar. Luna se va en dirección a Alejandro, no sin antes guiñarme un ojo. Vuelvo mi atención a Sophie. Joder, tengo la sensación de que su baile me hechiza.

Es físico. Puramente físico. Pero eso no hace las cosas más soportables.

Sophie lleva un vestido.

Como muchas otras mujeres, Einstein.

Pero en ella no me produce el mismo efecto. Cuando levanta los brazos, la tela sube ligeramente, desvelando la piel dorada de sus muslos. Se me seca la boca. Aparto la mirada, fijo mi vaso, pero es inútil. Mis ojos vuelven invariablemente hacia ella, como imanes que encuentran su polo opuesto, así que los obligo a posarse en otra

parte, donde sea. En una araña que cuelga del techo, en la pantalla de un tío que juega al Pokémon GO en medio del tumulto.

Ah, soy ese tío.

Y de repente está ahí, delante de mí. Su perfume me envuelve, más perceptible de lo que habría creído posible en este club abarrotado. Sus mejillas están sonrosadas por el esfuerzo, algunos mechones de pelo se le pegan a la frente húmeda.

—Ven a bailar conmigo —me dice tendiendo la mano.

Su sonrisa es una invitación a la que querría ceder. Pero no puedo. No debo.

—No bailo electrónica, lo siento.

Su mirada me atraviesa, como si supiera perfectamente que estoy mintiendo cuando generalmente esta excusa funciona. Antes de que pueda insistir, la música cambia bruscamente. La electrónica deja paso a las primeras notas de una bachata. Levanto los ojos hacia la cabina del DJ y veo a Alejandro que me guiña un ojo, acompañado de Luna. Estos traidores. Debieron ponerse de acuerdo con Sophie.

—¿Y con esto sí bailas? —me pregunta con una sonrisa maliciosa.

Estoy atrapado. Ella lo sabe. Yo lo sé.

—Vale. Un baile, nada más. Y no acepto reclamaciones si pierdes un dedo del pie.

Su mano se desliza en la mía y es como si una corriente eléctrica me atravesara. Ya he sentido esto cuando nuestros dedos se rozaron mientras trabajábamos juntos. La sigo hasta la pista, intentando prepararme mentalmente para lo que va a pasar.

La bachata dominicana no es un baile anodino. Es sensual, íntima, peligrosa cuando intentas negar una atracción. Nuestros cuerpos se enfrentan. Mis manos encuentran naturalmente su lugar: una en su cadera, la otra sosteniendo su mano. Los primeros pasos son comedidos, casi profesionales. Pero la música nos envuelve, dicta nuestros movimientos.

Su pelvis empieza a ondular contra la mía, siguiendo el ritmo lacerante. Sus ojos están clavados en los míos, y veo en ellos un destello que nunca había notado antes: deseo, apenas velado. Nuestros pasos se sincronizan perfectamente. La guío en una

rotación, vuelve contra mí, aún más cerca. Su pecho roza el mío con cada movimiento.

A mi pesar, mi cuerpo reacciona. El calor sube, se concentra en mi bajo vientre. Intento crear una distancia, pero Sophie se acerca aún más, como si buscara deliberadamente reducir el espacio entre nosotros.

—Bailas realmente bien —me murmura al oído, su aliento cálido contra mi cuello.

¡Joder!

Se me acelera el corazón. Siento mi miembro endurecerse, y en esta posición es imposible que no se dé cuenta.

Estreñimiento. Piensa en esa vez que habló de estreñimiento con los diplomáticos.

No, no es suficiente. Sigo igual de duro. Debería estar avergonzado, pero cuando veo sus pupilas dilatarse, solo siento deseo en estado puro.

Nuestros cuerpos siguen ondulando juntos, como si se conocieran desde siempre. Su muslo se desliza entre los míos en una figura perfectamente ejecutada, pero que envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Siento su respiración acelerarse, su perfume embriagarme.

La música se para, pero mi corazón sigue latiendo a todo meter. Tengo que alejarme, ahora.

—Gracias por el baile —digo precipitadamente antes de escabullirme.

Atravieso la multitud, buscando un refugio. Conozco bien el club gracias a Alejandro, y sé exactamente adónde ir. Llego a la puerta marcada «SOLO PERSONAL» y me meto en el pasillo. El camerino de Alejandro está vacío, como esperaba: estará en los platos un buen rato más.

Me encierro en el pequeño baño contiguo y me apoyo contra la puerta, sin aliento. Todo mi cuerpo está en llamas, mi erección dolorosamente comprimida en mis vaqueros. Me desabrocho el pantalón con gestos febriles, liberando mi miembro endurecido por el deseo.

Mi mano se enrolla alrededor de mi verga, y cierro los ojos. La imagen de Sophie se me impone inmediatamente, no la de la recepcionista profesional, sino la de la mujer sensual que acaba de bailar contra mí.

En mi fantasía está ahí, en este pequeño baño. Me mira, sus ojos ardiendo de deseo.

Me acaricio lentamente, imaginando que es su mano la que me toca, la que se desliza a lo largo de mi miembro tenso. Se acercaría aún más, sus labios rozarían los míos.

En mi fantasía la levanto contra la pared. Sus piernas se enrollan alrededor de mi cintura, su vestido sube por sus caderas. No lleva nada debajo: pura invención de mi mente febril. Mi mano acelera su movimiento mientras imagino penetrar a Sophie, sentir su calor envolverme.

Visualizo su rostro transfigurado por el placer, sus uñas hundiéndose en mis hombros, su voz gimiendo mi nombre. Me la follaría contra esta pared, salvajemente al principio, luego más lentamente, saboreando cada sensación.

Mi respiración se vuelve errática, mis movimientos más rápidos, más desesperados. En mi fantasía Sophie se contrae alrededor de mí, al borde del orgasmo.

La tensión sube, insoportable, hasta que llega la explosión. Me muerdo el labio para ahogar mi gemido mientras me corro intensamente, el cuerpo temblando, el nombre de Sophie en la punta de mi lengua.

Durante unos segundos me quedo inmóvil, sin aliento, antes de que la realidad me alcance. Limpio rápidamente todo rastro de mi momento de debilidad, me reajusto la ropa, me echo agua fría en la cara.

En el espejo mi reflejo me devuelve la imagen de un hombre atormentado. ¿Qué coño estoy haciendo? Sophie es una compañera, una temporal que se marchará al final del verano. No puedo permitirme este tipo de distracción.

Salgo del camerino discretamente y vuelvo a la sala principal. Sophie sigue bailando, pero esta vez con Luna y otros miembros del

personal. Me instalo en nuestra mesa, decidido a no moverme en toda la noche.

Alejandro termina su sesión hacia las cuatro de la madrugada, y decidimos todos volver al hotel. En el taxi colectivo evito cuidadosamente sentarme al lado de Sophie. Siento su mirada sobre mí varias veces, pero finjo no darme cuenta.

Al llegar a los cuartos del personal me retraso deliberadamente en la parte trasera del grupo, esperando que todo el mundo vaya directamente a dormir. Pero al pasar por delante de la pequeña terraza común oigo voces. Sophie y Alejandro están sentados ahí, compartiendo una última copa.

—¿Conoces a Diego desde hace mucho tiempo? —pregunta Sophie.

Me paro en seco, disimulado en la sombra del pasillo.

—Desde que éramos críos —responde Alejandro—. Estábamos juntos en el colegio privado, en la Península. Menos mal que decidimos largarnos juntos.

Aprieto los dientes. Esta es exactamente la razón por la que mantengo mi vida privada... privada.

—Tenía que hacerse cargo de la empresa familiar en Madrid —continúa Alejandro—. Su padre le trazó toda su vida. Estudios de empresariales, prácticas bestiales, luego un puesto de dirección. Pero Diego siempre odió eso.

—No me lo imaginaba... —murmura Sophie.

—Oh, no lo demuestra, pero tiene un conflicto de la hostia con su padre. Al lado de eso, Luke Skywalker y su padre es coser y cantar. El viejo Álvarez no entiende por qué su hijo prefiere ser empleado en un hotel de Ibiza antes que directivo en Madrid.

Tengo ganas de intervenir, de hacer callar a Alejandro. Estas historias me pertenecen, no le toca a él contarlas.

Me alejo silenciosamente, dividido entre la irritación y una extraña forma de alivio. Odio que mis asuntos personales sean expuestos así, pero por otro lado... quizás Sophie entienda mejor algunas de mis reacciones.

Vuelvo a mi habitación, agotado físicamente pero con la mente en ebullición. Esta noche en el Amnesia ha cambiado algo. He cruzado

una línea, aunque solo fuera en mi mente.

Y ahora Sophie sabe más sobre mí de lo que habría querido. Ya he empezado a abrirme, es verdad, pero eso no hace las cosas menos raras.

Me tumbo en mi cama, sabiendo que va a ser difícil encontrar el sueño. La imagen de Sophie bailando contra mí está grabada en mi memoria, y me temo que no va a borrarse pronto.

CAPÍTULO 15

Sophie

Ha pasado una semana desde aquella noche loca en Amnesia, y aún sigo flotando en una nube. El evento de los diplomáticos fue un éxito total, e incluso Javier me felicitó personalmente. Mi posición en el equipo se ha consolidado definitivamente, y ya no me siento como la francesa nueva un poco perdida.

Después de un servicio especialmente cargado, me deslizo en la piscina reservada al personal, mi pequeño santuario desde hace unos días. El sol se pone lentamente, proyectando reflejos dorados sobre el agua turquesa. Me concedo este momento de soledad para reflexionar sobre todo lo que ha cambiado en mí desde mi llegada.

París me parece tan lejano ahora. Antoine también. Como si esos años tóxicos pertenecieran a otra vida, a otra Sophie. Es increíble cómo la luz mediterránea ha cicatrizado heridas que la grisura parisina mantenía en carne viva.

—¡Holaaaa chica bonita! —gorjea Pepito desde su percha.

El loro de Javier, rescatado de un refugio hace tres días, se ha convertido en la mascota del personal. Le sonrío y le respondo:

—Hola guapo, ¿cómo estás?

Me quito el pareo que se me pega a la piel —este calor es insoportable incluso al final del día. La piscina parece llamarme, promesa de frescor y de ingravidez. Me zambullo sin dudarlo, saboreando la sensación del agua que envuelve mi cuerpo recalentado.

Bajo el agua, aislada del mundo, mis pensamientos derivan invariablemente hacia Diego. Ese baile en Amnesia... mi cuerpo aún se estremece al recordarlo. Esa bachata nos acercó hasta un punto que jamás habría imaginado. Nuestros cuerpos pegados, moviéndose en perfecta sincronización. Estoy casi segura de haber sentido su excitación contra mí, pero no pondría la mano en el fuego.

Desde entonces, apenas nos hemos cruzado. Él en conserjería, yo clavada en recepción con esta oleada de clientes franceses. Pero

nuestros breves cruces de miradas en los pasillos han bastado para alimentar mis sueños. Sueños tórridos donde sus manos exploran mi cuerpo con una seguridad que me derrite.

Sin aliento, salgo a la superficie, con el pelo pegado a la cara. Me siento como Ariel, la sirenita, pero mucho menos sexy con esta melena que me ciega. Aparto el pelo con un gesto de la mano y...

Diego.

Está ahí, de pie al borde de la piscina, mirándome con una expresión indescifrable. El corazón se me acelera. ¿Puede leer mis pensamientos? ¿Saber que sueño con él casi todas las noches?

—Hola —dice simplemente antes de bajar la mirada, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

Extraño. Nunca le he visto incómodo así. ¿He hecho algo embarazoso? Mi pánico se traduce inmediatamente en un torrente de palabras incontrolable:

—¡Eh! ¡Qué sorpresa! ¿Has terminado tu servicio? ¡Yo sí, por fin! Este día no se acababa nunca, creí que me iba a quedar dormida de pie de tanto registrar pasaportes. ¿Querías nadar también? El agua está perfecta, ni demasiado caliente ni demasiado fría, como las gachas de Ricitos de Oro, ¿conoces esa historia? Dios mío, estoy diciendo tonterías, perdona, debe ser el cansancio, o quizás el sol...

Me interrumpo, cuenta de que debo parecer completamente loca. Diego sigue mirando al suelo, con una toalla en una mano y un libro en la otra. Su actitud me molesta. ¡Es de muy mala educación!

—¿Qué he hecho para que ni siquiera me mires? Al menos podrías fingir que te interesa mi conversación delirante.

Se aclara la garganta, visiblemente turbado.

—Es solo que... estás... cómo decirlo... en topless. Y me incomoda un poco mirarte directamente. No es que no haya visto pechos antes, vivo en Ibiza, después de todo. Es solo que no estaba preparado para ver los tuyos.

—¿Qué?

Convencida de que está bromeando, bajo la mirada y... oh, joder. Mis pechos están completamente expuestos, brillantes por las gotitas de agua bajo el sol poniente. La vergüenza me inunda como

una ola. Inmediatamente me tapo el pecho con las manos, mortificada.

Una ligera sonrisa se dibuja en los labios de Diego. Podría morirme ahí mismo.

—Tu parte de arriba está allí —dice señalando el otro extremo de la piscina.

Diviso mi bikini rojo que flota en la superficie. ¿Cómo he podido quitármelo sin darme cuenta? Debió de soltarse. Empiezo a nadar hacia él, mientras Diego camina por el borde para cogerlo.

Pero justo cuando se inclina, Pepito se lanza desde su percha, se abalanza sobre mi bañador como un misil emplumado, y se va volando con mi parte de arriba en el pico, lanzando gritos de victoria.

—¡Viva la libertad! —grita el volátil alejándose con mi prenda.

Oficialmente estoy en el infierno.

—Voy a matarlo, a ese pajarraco —gruño, aún con las manos pegadas al pecho, atrapada en el agua hasta el cuello. Tiene que haber algún plato ibicenco a base de pollo que pueda adaptar a esta cosa.

—Quédate ahí, voy a intentar pillarlo —propone Diego antes de lanzarse a perseguir al loro ladrón.

Dos minutos después, vuelve con las manos vacías.

—Lo siento, ha desaparecido con tu botín.

Mantiene su toalla extendida hacia mí, mirando obstinadamente en la dirección opuesta.

—Vale, me voy —suspiro.

—No necesitas salir. Voy a sentarme aquí y leer un poco.

Le veo instalarse a la sombra de una palmera, con los pies en el agua, prácticamente dándome la espalda. Dudo un instante, luego decido confiar en él. Después de todo, ha demostrado que es un caballero.

—Gracias —murmuro, agradecida.

Sigo nadando, manteniendo una distancia prudente. El silencio que se instala entre nosotros es extrañamente apacible. Echo un vistazo hacia él y reconozco la portada de su libro —una recopilación de García Márquez de la que habíamos hablado en una rara

conversación personal. Este detalle me conmueve más de lo que me gustaría admitir. Realmente escuchó. Retuvo ese fragmento insignificante de mí misma.

El timbre estridente de un teléfono rompe nuestra burbuja pacífica. Diego contesta inmediatamente, e incluso desde mi posición puedo sentir que se tensa.

—Sí, padre —responde con una voz que no le conozco.

La conversación se desarrolla en español rápido, pero entiendo lo suficiente para captar lo esencial. Su padre insiste en que vaya a Madrid para una reunión importante. Diego se resiste, propone alternativas, pero la presión paterna parece implacable.

Cuando finalmente cuelga, sus hombros se hunden. Mira fijamente el horizonte, con la mandíbula apretada, visiblemente perdido en un conflicto interior que conozco demasiado bien.

Después de unas cuantas brazadas silenciosas, me acerco al borde. Enrollándome su toalla alrededor del pecho, me siento a su lado, nuestros pies rozando la superficie del agua. No digo nada, simplemente ofrezco mi presencia. A veces, eso es todo lo que necesitamos —alguien que esté ahí, sin juicios, sin consejos no solicitados.

El sol poniente nos envuelve en una luz dorada, casi irreal. Las sombras se alargan sobre el agua de la piscina, creando un cuadro digno de una postal.

Después de un largo momento de silencio, Diego murmura:

—Mi padre insiste en que vuelva a Madrid para conocer a los accionistas.

Siento la importancia de lo que comparte, ese conflicto familiar que lleva como un peso invisible.

—Y tú, ¿qué quieres? —pregunto suavemente.

Gira la cabeza hacia mí, visiblemente sorprendido por mi pregunta. Como si nadie se hubiera preocupado nunca por lo que realmente quería. Esta vulnerabilidad repentina en su mirada, amplificada por la luz dorada del atardecer, crea entre nosotros una conexión más profunda que todas nuestras interacciones anteriores.

—No lo sé —admite finalmente—. O quizás lo sé pero no me atrevo a admitírmelo.

Nuestras miradas se cruzan y se enganchan. En sus ojos oscuros, veo un reflejo de mis propias batallas —esa lucha entre las expectativas de los demás y nuestros deseos profundos, entre la seguridad de lo conocido y el riesgo de la autenticidad.

En este instante preciso, con la toalla anudada alrededor del pecho, el pelo mojado y el corazón latiendo, me doy cuenta de que algo esencial ha cambiado. Es este reconocimiento mutuo de nuestras batallas interiores, esta comprensión silenciosa que trasciende las palabras.

El loro culpable vuelve a pasar volando por encima de nosotros, mi bikini rojo aún firmemente sujeto en su pico, pero extrañamente, ya no me importa.

—¿Crees que deberíamos denunciar un robo a la policía? —bromea Diego, rompiendo nuestro momento de intensidad con una sonrisa que transforma completamente su rostro habitualmente serio.

Me río, agradecida por esta ligereza recuperada.

—Imagínate la declaración: «El acusado es un loro reincidente con un fetichismo por la ropa de baño femenina».

Su risa se une a la mía, y en esta armonía perfecta, siento algo florecer en mí —una sensación cálida y luminosa que no había sentido desde hacía tanto tiempo que me cuesta reconocerla.

¿Es esto curar? ¿Esta capacidad de reír, de abrirse, de mantenerse vulnerable sin temer ser destrozada?

CAPÍTULO 16

Diego

Una semana de preparación para un tío que se cree salido directamente del showbiz italiano. Donatello Visconti, diseñador de renombre, ego descomunal y presupuesto ilimitado. Este es el VIP que recibimos hoy. He preparado meticulosamente su suite, comprobado trece veces cada detalle y he dado instrucciones al personal como si esperásemos la visita de un jefe de Estado.

Estoy en la sala de descanso, rodeado por el equipo de la mañana. Sus miradas oscilan entre la diversión y la ansiedad mientras repaso mis instrucciones.

—Escuchadme bien, es el último ensayo. Visconti odia que pronuncien mal su nombre. Es Dona-TELLO y no Dona-TILLO. Henrik, te estoy mirando a ti. La última vez, masacraste el nombre del embajador japonés.

Henrik pone los ojos en blanco.

—Luego, este tío es alérgico a los claveles. Si veis uno solo en un arreglo floral, suprimidlo inmediatamente. No es una alergia real, no va a morirse si se cruza con uno. Vosotros, sí. Se alojará en la suite presidencial y exige agua Évian para su baño. Ni San Pellegrino, ni agua del grifo, ni otra marca francesa. ÉVIAN.

Consulto mi lista, comprobando que no se me olvide nada.

—Ha pedido que su habitación se mantenga a exactamente 22,5 grados. Ni 22, ni 23, 22,5. El mantenimiento ha regulado el termostato, pero manteneos ojo avizor. Y por el amor de Dios, no pronunciéis nunca el nombre de su competidor, Gabriel Montero. Estos dos están en guerra desde el escándalo del desfile de Milán el año pasado.

Luna levanta la mano como si estuviésemos en clase.

—¿Es verdad que viaja con su propio sommelier personal?

—No, eso era el rumor del año pasado. Este año es un nutricionista y un masajista tailandés. Llegarán mañana. Y una última cosa: Visconti dice hablar con fluidez todos los idiomas, pero su español es catastrófico y su francés aún peor. En cuanto a su

inglés... no tengo palabras. Es probable que se dirija a vosotros en lo que él crea que es vuestro idioma. Si no entendéis lo que dice, no hagáis como que sí. Llamad a Sophie o a mí.

Recorro la sala con la mirada.

—¿Alguna pregunta?

Alejandro, que ni siquiera está de servicio hoy pero que anda por aquí para entretenerse, levanta su café.

—¿Está soltero tu diseñador? Pregunto por una amiga.

—¿En serio, tío? —Sacudo la cabeza—. Es exactamente el tipo de información que no quiero conocer sobre nuestros clientes.

Terminada la reunión, me dirijo al vestíbulo. Sophie ya está en recepción, preciosa con su uniforme azul marino. Estas últimas semanas, trabajar con ella se ha vuelto sorprendentemente natural. Nos entendemos con una mirada, anticipamos las necesidades del otro, completamos mutuamente nuestras frases. Es como si hubiésemos trabajado juntos durante años, no semanas.

—¿Lista para el huracán Visconti? —le pregunto al acercarme.

Su sonrisa es ligeramente nerviosa pero segura.

—Me he aprendido su expediente de memoria. Seis tipos de té diferentes, solo frutos rojos en el desayuno y nunca mirarle directamente a los ojos cuando habla de diseño.

No puedo evitar sonreír.

—Impresionante. Has hecho los deberes.

—He tenido un buen profesor —responde con un guiño que me hace olvidar momentáneamente por qué estoy aquí.

El hechizo se rompe con el ruido de un Ferrari que se detiene delante de la entrada.

¡Que empiece el espectáculo!

La llegada de Donatello Visconti es exactamente tan teatral como su reputación hacía presagiar. Primero, irrumpe su asistente, hombrecillo nervioso con un pinganillo, escaneando el vestíbulo como un agente secreto. Luego viene el chófer, descargando una cantidad obscena de equipaje Louis Vuitton. Y finalmente, el maestro en persona baja de su Ferrari rojo, gafas de sol XXL que ocultan la mitad de su cara, traje de un blanco inmaculado que debe de costar más que mi sueldo mensual.

—Bienvenido al hotel Paraíso, señor Visconti —le recibo con mi sonrisa profesional—. Es un honor tenerle con nosotros.

Se quita las gafas de sol con un gesto dramático que debe de haber ensayado delante de un espejo.

—Darling, el honor es mutuo —lanza con un acento italiano exagerado—. Este lugar es exactamente como me lo habían descrito. Mediterráneo, auténtico, exquisito.

Su mirada recorre el vestíbulo y se detiene en seco en Sophie. Veo inmediatamente lo que pasa por su cabeza. Lo he visto mil veces con los clientes ricos y famosos. Esa forma de mirar a una mujer como si fuese una mercancía que evaluar.

—¿Y quién es esta criatura deliciosa? —pregunta acercándose a recepción.

—Sophie Leroy, nuestra recepcionista políglota, que se encargará de los aspectos administrativos de su estancia —respondo, intentando mantener un tono neutro.

Sophie le tiende la mano profesionalmente, pero Visconti la ignora y se inclina para darle dos besos, demasiado cerca para mi gusto.

—Encantada, señor Visconti —dice Sophie con una sonrisa educada que no llega a sus ojos—. He preparado toda su documentación.

—Mademoiselle Leroy, debería posar para mí —declara estudiándola como un cuadro—. Tiene exactamente el perfil que busco. Esos pómulos, esa elegancia natural... es usted un Modigliani viviente.

Veo el ligero endurecimiento de Sophie, la sonrisa que se congela imperceptiblemente en su rostro. Una oleada de proteccionismo me invade, sensación inesperada e inquietante.

—Señor Visconti, si me hace el favor de acompañarme, le enseñaré su suite —intervengo, quizás demasiado rápidamente.

Los días siguientes confirman mis peores temores. Visconti multiplica los pretextos para interactuar con Sophie. Peticiones especiales en recepción. «Problemas» en su suite que requieren específicamente su atención. Invitaciones a almorzar para «hablar de la cultura local». Cada vez, Sophie declina educadamente,

profesionalmente, pero veo cómo su paciencia se va erosionando progresivamente.

Esta mañana, la situación alcanza un nuevo nivel cuando Luna me intercepta en el pasillo.

—No te vas a creer lo que ha hecho el diseñador —me susurra—. Ha enviado un vestido de su colección a las dependencias del personal. Para Sophie. Con una invitación a cenar esta noche.

Se me encoge el estómago.

—¿Cómo ha reaccionado?

—¿Cómo crees? Es súper incómodo. Se siente acorralada. Rechazarlo frontalmente podría crear un incidente con un cliente VIP, pero aceptar...

Ni siquiera necesito que termine la frase. Conozco a Sophie ahora. Entiendo este dilema.

Esta noche, al terminar mi ronda, diviso a Visconti esperando en el vestíbulo, traje impecable, clavel en el ojal, por la ironía, supongo. Su mirada fija la escalera que lleva a las dependencias del personal. Está esperando a Sophie.

Cuando finalmente aparece, noto inmediatamente su expresión. Esa sonrisa tensa, esa postura ligeramente rígida que he aprendido a reconocer cuando está profundamente incómoda. Lleva su propia ropa, no el vestido regalado. Pequeño acto de rebeldía.

Sin reflexionar realmente, me acerco.

—Sophie, perdona que interrumpa lo que estás haciendo, pero Javier ha convocado una reunión urgente para el evento de mañana. Tu presencia es requerida inmediatamente.

Visconti me lanza una mirada irritada.

—¿Esta reunión no puede esperar? Tenemos una reserva en el Cascabel, el mejor restaurante de la isla.

—Desgraciadamente no —respondo con una sonrisa diplomática pero firme—. Es un asunto urgente concerniente a clientes VIP. Seguro que comprende la importancia de este tipo de situaciones.

El diseñador me escudriña, entendiendo perfectamente lo que está pasando, pero demasiado acostumbrado a los juegos de poder para montar una escena. Se vuelve hacia Sophie con una sonrisa forzada.

—En otra ocasión, quizás, bella.

En cuanto se aleja, Sophie y yo nos dirigimos hacia el pasillo administrativo. Una vez fuera de vista, dejo escapar un suspiro de alivio.

Caminamos en silencio por los pasillos, hasta que Sophie me para.

—Entonces, ¿esa reunión?

—No hay ninguna reunión. Pensé que lo habías pillado.

Arquea una ceja desconfiada.

—No me gusta su forma de mirarte, como si fueses un objeto a su disposición, y parecías tener dificultades con él.

Esperaba gratitud, quizás incluso un momento de complicidad. En su lugar, su expresión cambia completamente. Sus ojos se ensombrecen y todo su cuerpo se tensa.

—¿Perdón? —dice, su voz de repente glacial.

—Yo... solo decía que no me gustaba cómo te trataba.

Se cruza de brazos.

—¿Y crees que no me había dado cuenta?

Joder. No me esperaba esto.

—No, no es lo que quería decir. Yo...

—Escúchame bien, Diego —me interrumpe, los ojos brillando de cólera—. No me gusta nada la manera en que Visconti me trata. Es degradante, es inapropiado y es exactamente el tipo de comportamiento que detesto. Pero soy YO quien tiene que actuar, YO quien tiene que solucionar mis problemas.

Levanto las manos en señal de apaciguamiento.

—Solo quería ayudar...

—¡No necesito un jodido caballero andante! —exclama, pasando al francés antes de volver al español—. ¡Puedo salir de la mierda yo sola sin necesidad de que ningún hombre me salve!

—Sophie, lo siento, no pensé...

—¡Exacto, no pensaste! ¿Tú crees que soy qué? ¿Una pobre cosita frágil? Tíos como él, ya he lidiado con ellos. ¿Y ahora intervienes como si fuese incapaz de poner límites por mí misma?

Se para, respira profundamente, visiblemente luchando por calmarse.

—Te agradezco tu ayuda esta noche —dice finalmente con voz más controlada—. Fue útil en esa situación concreta. Pero no se te ocurra volver a tomar decisiones por mí o suponer que no puedo gestionar este tipo de situaciones.

Antes de que pueda responder, da media vuelta y se aleja rápidamente, dejándome allí plantado, completamente perplejo.

La miro marcharse, preguntándome qué acaba de pasar. Claramente he tocado una fibra sensible, ¿pero cuál exactamente? ¿He sido demasiado protector? ¿Demasiado presuntuoso?

¿O es que esta reacción desmesurada oculta algo más profundo, algo relacionado con su pasado del que habla tan raramente?

Sea como sea, aparentemente acabo de cruzar una línea invisible. Y por alguna razón que aún no entiendo del todo, eso me molesta mucho más de lo que debería.

CAPÍTULO 17

Sophie

Quito el polvo a los folletos de recepción intentando no mirar el reloj por decimoquinta vez. Quedan veinte minutos y por fin podré salir de este vestíbulo donde el aire se ha vuelto irrespirable desde que Donatello Visconti ha decidido establecer aquí su residencia permanente. Cada vez que pasa cerca de recepción, siento su mirada desnudándome, y no es una metáfora.

—¿Tienes un minuto para mí, Sophie?

Luna aparece detrás del mostrador, café en mano y esa expresión conspiradora que ya me hace lamentar no haberme tomado el descanso antes.

—¿Te refieres a un minuto para bombardearme con preguntas sobre Diego?

Alza una ceja, con aire falsamente ofendido. Desde que nos vio bailar en Amnesia hace unos diez días, se imagina cosas.

—¿Por quién me tomas? Un minuto y medio, como mínimo.

No puedo evitar sonreír. Luna tiene esa capacidad de hacerme relajar la tensión, incluso cuando tengo la impresión de que mis hombros van a romperse bajo su peso.

—No hay nada que contar —respondo comprobando que no haya oídos indiscretos por los alrededores—. Absolutamente nada.

—Qué raro, porque todo el mundo se ha dado cuenta de cómo te salvó de las garras de Visconti anoche. Muy caballeresco. Muy... ¿cómo decís en francés? ¿Romántico?

Siento mi cara ardiendo a pesar mío.

—Solo fue profesional.

—Profesionalmente celoso, quizás.

Pienso inmediatamente en Antoine y en la forma en que venía sistemáticamente a «salvarme» de las situaciones, para después recordarme lo incapaz que era sin él. Cómo transformaba cada ayuda en deuda, cada intervención en prueba de mi debilidad.

—No tiene de qué estarlo, puesto que no estamos absolutamente nada juntos. Y de todas formas, no tenía ninguna necesidad de

intervenir. Yo controlaba la situación perfectamente sola. Si tengo ganas de cenar con un cliente, es asunto mío, y soy lo bastante mayor para poder rechazar una invitación por mí misma.

Un cliente nos interrumpe, lo que por suerte impide que Luna me haga más preguntas. Se va con esa cara que dice «hablaremos después» y le hago un gesto con la mano que significa «ni lo sueñes» antes de ocuparme del hombre que me pregunta sobre el bufé del desayuno.

Son casi las diez de la noche cuando me instalo en el pequeño despacho adyacente a recepción para finalizar algunos expedientes. El festival que se acerca va a llenar el hotel y quiero que todo esté impecable. La mayoría de los empleados ya se han ido, pero la luz bajo la puerta de conserjería me indica que Diego sigue trabajando.

Intento concentrarme en mis listas, pero mi mente vuelve constantemente a él. Sospecho que ha arreglado discretamente los horarios para que no tenga que cruzarme con Visconti más de lo necesario. A esos pequeños gestos que no piden nada a cambio.

La puerta se abre sin aviso, haciéndome dar un respingo.

—¡Mi querida Sophie!

¡Joder! Donatello Visconti está en el umbral, vestido con su eterno traje blanco inmaculado que parece gritar «míradme». Su perfume invade inmediatamente el espacio, tan sutil como un puñetazo.

—Signore Visconti, no le esperaba tan tarde.

—Donatello, por favor. Estamos muy por encima de las formalidades, ¿no?

Entra en la habitación como si fuera el dueño, cierra la puerta tras él y se sienta en la esquina de mi escritorio. Mi espacio personal se reduce como una piel de zapa.

—Venía a hacerle una propuesta que, estoy seguro, le interesará.

Retrocedo ligeramente la silla, creando unos centímetros salvadores entre nosotros.

—Le escucho.

—El hotel organiza una fiesta VIP para el lanzamiento de la colección de mi amigo Stefano el viernes. Usted asistirá.

Hace una pausa teatral antes de añadir:

—No como personal, sino como mi invitada especial.

Se me encoge el estómago. La manera en que hace hincapié en «especial» me recuerda dolorosamente a Antoine y sus «oportunidades» que no eran más que formas de controlarme.

—Es muy generoso, pero estaré de servicio esa noche.

Su sonrisa se crisp

—Ya he hablado con Javier. Ha dicho que era posible arreglar su horario.

Por supuesto que lo ha hecho. Pasar por encima de mi consentimiento yendo directamente a ver a mi jefe. Antoine habría adorado esta táctica.

—Tengo otros planes esa noche —respondo, mi voz más firme.

—¿Qué planes podrían ser más importantes que conocer a los más grandes nombres de la moda europea?

Ver You en Netflix mientras me atraco de pizza.

Se inclina hacia mí, su tono oscilando entre la incredulidad y el desdén.

—Imagínese lo que esta velada podría hacer por su carrera.

El subtexto está claro como el agua. Mi carrera dependería de mi disposición a ser su accesorio para la fiesta. Probablemente algo más si hay feeling. Este tipo sería un buen personaje de thriller e imagino mil y una maneras de matarlo. Lo que desgraciadamente es ilegal en la vida real.

Me dispongo a formular una negativa que no deje lugar a la ambigüedad cuando la puerta se abre de nuevo.

Diego está en el umbral, su mirada pasando rápidamente de Visconti a mí, evaluando la situación en un instante. Nuestros ojos se cruzan brevemente. No dice nada, esperando una señal de mi parte. Este simple respeto a mi autonomía me da el valor que me faltaba.

Le hago un leve asentimiento con la cabeza, casi imperceptible.

—Signore Visconti —interviene Diego con ese profesionalismo impecable que no traiciona nada de sus pensamientos personales—. Javier le busca sobre los últimos arreglos para la iluminación de la fiesta del viernes.

Donatello se endereza, visiblemente contrariado por la interrupción.

—¿No puede ocuparse él solo?

—Al parecer, hay un problema con los permisos municipales. Necesita su firma inmediatamente.

Donatello duda, luego cede con un suspiro exagerado.

—Retomaremos esta conversación más tarde, Sophie.

La tensión abandona mis hombros en cuanto la puerta se cierra tras él. Diego permanece inmóvil un instante, luego se acerca a la habitación y cierra suavemente la puerta.

Suelto un suspiro que no me daba cuenta de haber contenido.

—Gracias.

Se instala un silencio, ni incómodo ni totalmente apacible. Diego parece luchar con algo que quiere decir.

—Lo siento —acaba soltando—. Por la otra noche.

Le miro, sorprendida por esta apertura inesperada.

—Solo quería ayudarte, no hacer el papel del caballero andante machista. No es... no es lo que soy.

Su vulnerabilidad me toca más que cualquier demostración de fuerza.

—Lo sé —murmuro—. Quizás reaccioné exageradamente.

—Tenías razón. No necesitas que te salven.

Duda, buscando sus palabras.

—Eres una mujer fuerte, inteligente. No tenía por qué echar a ese tipo en tu lugar. Solo actuaré si me lo pides, en el futuro.

Algo se desata en mí. Un nudo cuya existencia ignoraba hasta que se deshizo.

—Quizás a veces necesite ayuda —concedo con una media sonrisa —. Pero me gustaría que fuera mi elección.

—Por supuesto.

Un impulso me empuja a hablarle de Antoine, de esos años en que mi voz fue progresivamente ahogada, en que mis elecciones se convirtieron en las suyas. Pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Ahora no. Todavía no.

En su lugar, le lanzo con una ligereza forzada:

—Y si alguna vez necesitas ayuda, Diego, estaré ahí para patear el culo de quien te moleste. Solo bajo petición, por supuesto.

Su risa, rara y preciosa, ilumina su cara de una forma que me corta momentáneamente la respiración.

—Trato hecho.

Retomamos el trabajo codo con codo, reorganizando los expedientes del festival en un silencio cómodo. Esta complicidad tranquila entre nosotros parece más íntima que cualquier conversación. Nuestras manos se rozan accidentalmente al coger el mismo documento, y una descarga eléctrica me atraviesa de parte a parte. No es la primera vez que me pasa con él, pero siempre es igual de extrañamente agradable.

Nuestras miradas se cruzan, y durante un instante vertiginoso, el tiempo parece suspendido. Sus ojos oscuros se detienen en mi cara con una intensidad que hace acelerar mi pulso. Veo su mirada bajar hacia mis labios, solo una fracción de segundo, antes de volver a mis ojos.

La tensión entre nosotros es tan palpable que tengo la impresión de que se podría cortar con un cuchillo. Es como si el aire a nuestro alrededor se hubiera cargado de electricidad.

—Tengo que comprobar estas reservas —murmuro, rompiendo el hechizo a regañadientes.

—Sí. Por supuesto.

Su voz está ligeramente ronca. Se aclara la garganta y retrocede un paso, creando un espacio entre nosotros que parece a la vez necesario y lamentable.

Mientras finjo concentrarme en la pantalla del ordenador, mi mente está en ebullición. Esta atracción que siento por Diego es diferente a todo lo que he conocido antes. O quizás no. Es solo físico, lo sé bien, pero mi cuerpo, mi corazón y mi mente han estado dormidos durante tanto tiempo que tengo la impresión de que su despertar es brutal. De una brutalidad demasiado agradable, y eso es lo que realmente da miedo.

Con Antoine, todo era cuestión de control y posesión. Con Diego, hay este respeto mutuo, este reconocimiento de quien soy realmente. Y es terriblemente, peligrosamente seductor.

Lo peor es que ni siquiera sé si Diego siente esto también. Quizás esta tensión solo existe en mi cabeza. Quizás para él, no soy más

que una compañera a la que trata con simple decencia humana.

Le miro discretamente mientras clasifica meticulosamente los documentos. Sus manos, fuertes y precisas, manipulan los papeles con una atención que me hace imaginar esas mismas manos sobre mi piel.

Dios mío. Estoy realmente, completamente, jodida.

Creo casi oír la voz de Emma en mi cabeza, que me repite: la mejor forma de resistir a la tentación es sucumbir a ella.

CAPÍTULO 18

Diego

Joder, este calor es insoportable. Este domingo por la tarde, toda la isla se ha convertido en un horno, y por supuesto, tenía que estropearse el aire acondicionado en la zona del personal. Como si no lo estuviéramos pasando ya bastante mal.

Paso distraídamente las páginas de una revista de arquitectura, instalado en un sillón del vestíbulo principal. Al menos aquí la climatización funciona a la perfección: privilegio de los clientes que pagan una fortuna por sus suites. Mi apartamento de servicio debe de rondar los cuarenta grados en este momento, o sea, un horno de pizza. Y en el papel del pepperoni en apuros, estoy yo.

—Imposible quedarse encerrada con este calor.

Esa voz. Levanto la vista y la veo delante de mí. Sophie acaba de terminar su turno cerca del bar de la piscina, donde ha tenido que ir para sustituir a alguien, y está... joder. Lleva el pelo recogido en un moño suelto, dejando al descubierto su nuca donde brillan unas gotas de sudor. Su camiseta ligera se pega ligeramente a su piel, y me esfuerzo por no fijarme en sus curvas.

—Además, el aire acondicionado se ha estropeado en nuestros cuartos —añade abanicándose con la mano—. Creo que voy a acabar derritiéndome.

Algo pasa en mi interior. Un impulso. Unas ganas de compartir lo que normalmente guardo para mí.

—Justamente iba a escaparme —respondo, sorprendido por mis propias palabras—. Hay un sitio donde este calor se vuelve soportable. Puedo enseñártelo, si quieres.

En el mismo momento en que pronuncio estas palabras, las lamento. ¿Qué me da por hacer de tío sociable? Miro al suelo, esperando que rechace educadamente mi invitación. Es lo que pasaría en un mundo normal.

—¿Adónde quieres llevarme? —pregunta, con una chispa de curiosidad en la mirada.

Cierro los ojos un instante, molesto por mi propia estupidez. Tengo que salir de esta situación. Rápido.

—A la playa, pero... —respondo sacudiendo la cabeza—. Era una mala idea. He oído que hoy está infestada de tiburones. También vienen a refugiarse allí por el calor.

¿En serio, Diego? ¿Tiburones? ¿Y por qué no osos de peluche asesinos? Me merezco un Óscar por la peor excusa improvisada de todos los tiempos.

—¿Tiburones? ¿En Ibiza? —se extraña, con una sonrisa en la comisura de los labios.

—Sí, tiburones —confirmo antes de admitir la verdad—. Creo que verte en bañador sería superior a mis fuerzas.

Sus ojos se abren ligeramente, y me dan ganas de darme bofetadas. ¿Acabo de decir eso en voz alta?

—¿Qué?

—¿Eh? No he dicho nada. ¿Por qué? ¿Has oído algo?

Le pongo mi cara más inocente.

—Bueno, si se acerca un escualo, empezará por ti seguro —responde con una sonrisa maliciosa—. Tienes pinta de estar mucho más rico.

Me deja boquiabierto y se dirige hacia los apartamentos del personal con paso ligero.

¿Acaba de decir que tengo pinta de estar rico? Me quedo inmóvil unos segundos, con la revista olvidada en mis rodillas. Esta chica me va a volver loco.

Veinte minutos después, estamos en mi vieja Vespa azul, herencia de mi abuelo. Siento los brazos de Sophie rodeando ligeramente mi cintura mientras salimos del hotel. Cada curva intensifica su agarre, y su presencia contra mi espalda me hace olvidar toda noción de calor sofocante. Su perfume ligero, a base de azahar, me envuelve con cada respiración.

Rodamos durante casi una hora, siguiendo la costa antes de desviarnos por una pequeña carretera serpenteante que pocos turistas conocen. Finalmente aparco la Vespa a la sombra de un olivo centenario.

—Seguimos a pie —le explico tendiéndole la mano para ayudarla a bajar.

El contacto de sus dedos contra los míos envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. La suelto quizá demasiado rápido, pero necesito mantener el control.

—¿Falta mucho? —pregunta ajustándose la bolsa de playa al hombro.

—Cinco minutos. ¿Te fías de mí?

Sophie me mira directamente a los ojos.

—Curiosamente, sí. Más que de los tiburones, desde luego.

Seguimos un pequeño sendero apenas visible, serpenteando entre las rocas y los arbustos de romero silvestre. El aire está impregnado de un olor a pino y sal. Justo antes de llegar, me paro.

—Cierra los ojos —le pido.

—¿En serio?

—Por favor.

Se deja hacer con una pequeña sonrisa escéptica. Tomo su mano —tanto da ya mis resoluciones— y la guío suavemente en los últimos metros.

—Cuando Bestia le hizo esto a Bella, era para enseñarle libros. ¡Solo lo digo!

Qué pesada puede llegar a ser. Pero sonrío de todas formas.

—Ahora ya puedes mirar.

Sophie abre los ojos y su expresión vale todos los tesoros del mundo. Se le entreabre ligeramente la boca, se le iluminan los ojos, y un «oh» silencioso se forma en sus labios.

Ante nosotros se extiende una pequeña cala perfectamente preservada, enmarcada por acantilados ocres que se arrojan a un agua turquesa cristalina. La arena es fina, casi blanca, y no hay ni un alma en el horizonte. Es como si acabáramos de descubrir un mundo paralelo, aislado de la civilización.

—Diego, es... precioso —murmura finalmente.

Siento un orgullo irracional, como si hubiera creado este lugar con mis propias manos.

—¿Tan precioso como una estantería llena de buenos libros?

—Casi. ¿Cómo conoces este sitio? ¿Y por qué no hay nadie? No me digas que hay medusas.

—¿Además de tiburones? No. Mi abuelo me traía aquí cuando era niño. Es difícil de acceder e invisible desde la carretera. Los turistas no conocen su existencia, y los lugareños tienen sus propias calas favoritas que son más accesibles.

Bajamos hacia la playa, y me doy cuenta de que acabo de compartir con ella un lugar que solo me pertenece a mí. Un santuario personal que nunca le he enseñado a nadie más. Ni siquiera a Alejandro. Este pensamiento me turba.

La tarde pasa como en un sueño. Alternamos entre baños en el agua fresca y conversaciones a la sombra de una roca saliente. Por primera vez en años, me sorprendo hablando libremente de mis pasiones.

—Siempre me ha fascinado la arquitectura sostenible —le confieso mientras estamos sentados en nuestras toallas, secándonos al sol—. Mi padre querría que gestionara las finanzas de la cadena familiar, pero lo que realmente me interesa es diseñar hoteles que respeten el medio ambiente, que se integren en su entorno natural.

—¿Por eso estabas leyendo esa revista de arquitectura? —pregunta mordiendo un melocotón jugoso que hemos traído.

—Se te escapa muy poco. Es uno de mis pocos placeres culpables.

Una gota de jugo de melocotón le resbala por la barbilla. Tengo unas ganas locas de limpiársela con el pulgar, pero me contengo.

—¿Y tú? —pregunto para cambiar de tema.

—¿Yo?

—Tendrás sueños, ¿no? Más allá de servir cócteles a turistas borrachos o gestionar los caprichos de clientes cabezones.

Se ríe, y ese sonido me hace algo en el estómago.

—Me gustaría escribir. Novelas, pero no solo. A lo mejor artículos, ensayos. Algo que llegue a la gente.

—¿Ya has empezado?

—Había empezado, sí.

Veo que se le ensombrece el rostro y no sé si va a continuar su historia. Yo tengo ganas de escucharla.

—La persona que leyó mi manuscrito no creía en mí —prosigue fijando la vista en el horizonte—. Decía que era un pasatiempo, nada serio. Como mis estudios en el mundo editorial.

—Se equivocaba. Tienes el don de hacer que todo resulte cautivador.

Mis palabras parecen tocarla, aunque no dice nada. El sol empieza a bajar, bañando la cala de una luz dorada que le da a todo un aura casi mágica. Decidimos darnos un último baño antes de volver.

Es entonces cuando pasa.

Sophie sale del agua justo delante de mí, las gotas de agua brillando en su piel como diamantes bajo el sol poniente. Lleva el pelo mojado peinado hacia atrás, dejando completamente al descubierto su cara. Su bikini azul realza su silueta a la perfección.

—Eres tan guapa —murmuro sin poder evitarlo.

Las palabras se me han escapado, como si una fuerza independiente de mi voluntad las hubiera empujado fuera de mi boca.

Me mira, sorprendida al principio, y después algo cambia en sus ojos. Sin avisar, se acerca a mí en el agua poco profunda, me pasa los brazos alrededor del cuello y me rodea la cintura con las piernas.

Sus labios se estrellan contra los míos con una intensidad que me corta la respiración. Su cuerpo está pegado al mío, su pecho húmedo contra mi torso, sus piernas apretadas a mi alrededor. Pierdo pie, literal y figuradamente. Caemos juntos en el agua poco profunda, sin romper nuestro beso.

Cuando volvemos a salir a la superficie, sigue agarrada a mí, su pelvis presionada contra la mía. Siento que mi excitación crece, imposible de disimular en este bañador.

—Sophie... —empiezo, con la voz apenas audible.

—Cállate —me ordena antes de volver a besarme.

Sus labios están salados por el agua del mar, su lengua baila con la mía. Nunca he sentido un deseo así, una urgencia tal. Mis manos recorren su espalda, su cintura, hasta sus caderas. Gime suavemente contra mi boca, y ese sonido me electriza.

Sin pensar, nos dirijo hacia la orilla, nuestros cuerpos aún entrelazados. Una vez en la arena, se tumba y me atrae sobre ella.

Mis labios dejan su boca para explorar su cuello, su clavícula. Con un gesto fluido, aparto la parte de arriba de su bikini, revelando su pecho perfecto. Sus pechos son magníficos, con las puntas endurecidas por la excitación y el aire fresco.

Los beso, los acaricio, los venero, arrancando a Sophie gemidos que me hacen perder la razón. Sus manos recorren mi espalda, mis hombros, y después bajan hasta mi bañador. Desliza los dedos bajo la tela, rodeando mi sexo duro.

—Sophie... —suspiro contra su piel.

Mi mano baja por su vientre, traspasa la barrera de la parte de abajo de su bikini. Está increíblemente suave, increíblemente húmeda. La acaricio suavemente al principio, y después con más seguridad, guiado por sus suspiros y sus movimientos de caderas.

Su cuerpo se tensa bajo mis dedos, su respiración se acelera. Echa la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, completamente entregada al placer. Es lo más hermoso que he visto jamás.

—Te quiero, ahora —me murmura al oído—. Quiero sentirte dentro de mí.

Estas palabras me devuelven brutalmente a la realidad. Me quedo inmóvil.

—No he traído condón. ¿Tienes tú?

—El cielo quiere nuestra muerte —responde, frustrada.

El momento mágico se rompe. Nos miramos, jadeando, cada uno pendiente de la reacción del otro.

—Ha sido... eh...

—Un momento de extravío —completo, aunque cada fibra de mi ser grita lo contrario.

—Que no se repetirá —añade, como para convencerse a sí misma.

—Evidentemente.

Nos vestimos torpemente, evitando mirarnos a los ojos. El regreso hacia la Vespa se hace en un silencio violento. Mi cuerpo aún duele de deseo insatisfecho, e intuyo que a ella le pasa lo mismo.

Ha caído la noche cuando volvemos al hotel. Tratamos de actuar con normalidad, como si volviéramos de una simple salida entre compañeros. Como si no supiera a qué sabe su piel, como si ella no hubiera gemido bajo mis caricias.

Mientras cruzamos el vestíbulo, Marco del restaurante nos para.

—¡Ah, aquí estáis los dos! Javier os ha estado buscando por todas partes. Quiere veros en su despacho inmediatamente.

Se me acelera el corazón. ¿Es posible que alguien nos haya visto? ¿Que nuestra ausencia simultánea haya parecido sospechosa?

—¿Sabes por qué? —pregunto, tratando de parecer indiferente.

—Ni idea, pero tiene cara de serio.

Intercambiamos una mirada preocupada con Sophie antes de dirigirnos hacia el despacho del director. En el ascensor, me siento como un adolescente pillado en falta.

—¿Crees que sabe que nos hemos liado? —susurra Sophie.

—¿Cómo va a saber que hemos estado a punto de liarnos? No había nadie.

—¿Estás seguro?

No, no estoy nada seguro. La angustia me atenaza el estómago. A lo mejor están prohibidas las relaciones entre compañeros. No tengo ni idea. Nunca he leído esa parte del reglamento porque no me sentía concernido.

Javier nos recibe con su expresión impenetrable habitual.

—Ah, aquí estáis por fin. Sentaos, tengo un anuncio importante.

Mi cerebro se desboca. Me van a echar. O peor, Sophie va a perder su trabajo por mi culpa.

—¿Hay algún problema? —pregunto, con la garganta encogida.

—¿Un problema? —repite Javier alzando las cejas—. No, al contrario. Quería informaros en primicia de que el hotel va a acoger una boda con gran cobertura mediática dentro de dos semanas.

Siento que se me relajan los hombros inmediatamente.

—Ah, entonces no sabéis que...

Le doy una patada a Sophie por debajo de la mesa.

—¿Que no sé qué?

Por suerte, se recompone e inventa una excusa tonta.

—He volcado un jarrón cerca de recepción, pensaba que me iban a echar la bronca.

—No, no. Así que volviendo a la boda, se trata de una estrella de cine internacional y un deportista famoso —continúa Javier con

entusiasmo—. Y he decidido confiaros la coordinación logística general del evento. A vosotros dos.

—¿A nosotros dos? —repite Sophie.

Su tono aterrorizado y su mueca casi dolorosa se parecen a un «¿qué he hecho yo para merecer esto?». Y yo que creía que trabajábamos bien juntos...

—Formáis un equipo extraordinario —explica Javier—. Vuestra colaboración durante la recepción de los diplomáticos fue excepcional.

Si supiera qué tipo de «colaboración» hemos experimentado hoy...

—Tengo plena confianza en vosotros —concluye—. Empezaréis los preparativos mañana mismo. Tenéis que acercaros obligatoriamente el uno al otro.

Es lo que habríamos hecho si hubiéramos pensado en los condones. Pero ahora ya es demasiado tarde.

Cuando salimos del despacho, no sé si reír o llorar. Dos semanas trabajando estrechamente con Sophie después de lo que acaba de pasar. Dos semanas reviviendo mentalmente cada segundo de ese momento en la playa, fingiendo profesionalidad.

—Bueno —dice Sophie con una pequeña sonrisa violenta—. Parece que vamos a pasar mucho tiempo juntos.

—Eso parece, sí.

Nuestras miradas se cruzan, y sé que los dos estamos pensando en lo mismo: mantener esta distancia profesional va a ser la prueba más difícil que hayamos afrontado jamás.

CAPÍTULO 19

Sophie

Estoy concentrada en la pantalla del ordenador, tratando de memorizar la planificación de la semana, cuando Luna irrumpe en recepción. Tiene esa expresión en la cara, la que significa que va a pedirme algo que va a trastornar mi programa cuidadosamente organizado.

—¡Eh, guapa! Tengo una misión para ti.

Le sonrío a modo de ánimo.

—Javier quiere que vayas a conocer a los proveedores de flores para la boda de las estrellas. Están en Santa Eulalia, al otro lado de la isla.

—Vale, ¿cuándo?

—Ahora.

Asiento con la cabeza, aliviada. Una pequeña escapada lejos del hotel me vendrá bien.

—Y... como una alegría nunca viene sola, aquí tienes la continuación: vas con Diego —añade con una sonrisa pícara que no presagia nada bueno.

El corazón me da un vuelco en el pecho. Diego. La simple evocación de su nombre basta para despertar recuerdos que trato desesperadamente de enterrar en lo más profundo de mí. O no necesariamente en lo más profundo, no, mala idea.

—Te va a encantar —prosigue Luna—. Es en una granja antigua reconvertida en vivero, con vistas al mar. Los campos de lavanda justo al lado, rodeados de palmeras datileras. Es tan romántico que las parejas van allí a pedir matrimonio. Una auténtica maravilla al atardecer.

Puntúa su descripción con un suspiro exagerado, mano en el corazón. Su mirada maliciosa me hace comprender que no se deja engañar por mi turbación.

—Luna, no puedo ir con Diego.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? ¿Tienes miedo de que te pida matrimonio? Creo que es un poco pronto, si quieres mi opinión. Y además, tienes

derecho a decir que no.

Escuchando con una oreja distraída la verborrea de Luna, busco desesperadamente una excusa, cualquier cosa que pueda salvarme de esas horas encerrada a solas con él, respirando su perfume, sintiendo su presencia, combatiendo esa atracción que siento. Resistiendo las ganas de abalanzarme sobre él en ese jodido coche para terminar lo que empezamos en la playa.

—Se ha comido un montón de cebollas crudas esta mañana en el desayuno.

Luna se echa a reír.

—¿Perdón?

—¡Sí! ¡Le he visto! Comía cebollas crudas. ¡Como un bárbaro! ¿Te imaginas el olor en un coche cerrado durante más de una hora? Sobre todo si se pone a hablar.

Simulo una arcada que hace que se ría aún más. Los clientes nos echan miradas curiosas.

—Por favor, Luna, ven conmigo. Te lo suplico.

—Sophie, ¿no crees que estás exagerando un poco?

Mimo una asfixia.

—¡Para nada! Tengo el olfato muy sensible. Voy a vomitar. Es seguro.

—Podrías abrir la ventanilla.

—¿Y pillar una pulmonía con las corrientes de aire? ¡No, gracias! ¿Y sabes lo que pasó la última vez que bajé la ventanilla? Una jirafa casi se come el volante.

—¿Una jirafa? ¿En París?

—Era durante un safari. Y le pasó a mi tía. Pero me traumatizó igual. Te lo ruego, no me obligues a abrir esa ventanilla.

Luna se inclina hacia mí, frunciendo el ceño.

—¿Estás segura de que solo es una historia de cebolla?

—¡Absolutamente segura! Hay normas de higiene que respetar cuando se trabaja en la hostelería de lujo, ¿no?

—Vale, vale. Voy a decirle a Diego que te sustituyo.

Contengo un suspiro de alivio.

—Gracias, Luna. Te debo una.

—Oh, sí, me debes una —dice con una mirada cómplice que me hace lamentar casi inmediatamente mi victoria.

Media hora después, circulamos por las carreteras serpenteantes de Ibiza en el viejo Fiat descapotable de Luna. El viento me despeina y el sol me acaricia la cara. Cierro los ojos, saboreando esta libertad momentánea.

—Entonces, ¿esas famosas cebollas? —lanza Luna sin apartar los ojos de la carretera.

Hago una mueca.

—Horrible. Me alegro de estar lejos de ellas y del ogro que estuvo a punto de devorarlas.

—He interrogado a Diego sobre sus gustos alimentarios dudosos.

Me tapo la cara con las manos, mortificada.

—¿Qué ha dicho?

—Ha arqueado las cejas y ha dicho: «Interesante. Nunca en mi vida he comido cebolla cruda».

—Dios mío... ¡Qué mentiroso! Es horrible despotricar así. ¿Crees que es mitómano?

—Y ha añadido: «Dile a Sophie que siento esa alucinación olfativa».

Me hundo en mi asiento mientras Luna se ríe. Es oficial, soy la reina de las idiotas.

—¡Podrías haber encontrado una excusa mejor!

—¡Se me ocurrió así! Me entra el pánico cuando se trata de él.

Luna me dirige una mirada curiosa antes de concentrarse de nuevo en la carretera. Sé que guarda sus preguntas para más tarde. Es demasiado lista como para no aprovechar esta ocasión para sonsacarme confidencias.

El vivero es aún más bonito de lo que Luna había descrito. Enclavado entre colinas y mar, despliega una gama de colores bajo el cielo azul de Ibiza. El olor de lavanda y romero perfuma el aire. Entiendo por qué es un lugar preferido de los enamorados, y durante un segundo, me imagino aquí con Diego, de la mano.

Aparto esa imagen de mi mente. No es momento de fantasear.

Nuestra cita con el proveedor empieza mal cuando confundo las variedades de rosas pedidas por los novios. El propietario, un

hombre de unos cincuenta años con la cara curtida por el sol, me mira como si hubiera insultado a su madre.

—¿Rosas blancas estándar? ¿Para una boda de quinientos mil euros? ¡Jamás!

Por suerte, arreglo mi error evocando las peonías del Cabo que he visto en su catálogo. Se le ilumina la cara.

—¿Conoce las peonías del Cabo? Son magníficas, ¿verdad?

—Absolutamente. Creo que serían perfectas para crear un contraste con las orquídeas blancas de las mesas.

Me lanzo a una descripción detallada de lo que imagino, usando mis recuerdos de las revistas de decoración que coleccionaba mi madre. El proveedor asiente con entusiasmo, garabateando frenéticamente notas.

Luna me mira, impresionada. Le hago un guiño. Ser hija de una apasionada de la decoración de interiores a veces tiene sus ventajas.

Una vez cerrado nuestro trato, Luna me arrastra hacia un pequeño restaurante en la ladera de la colina.

—Aquí no hay turistas —me asegura—. Solo la mejor paella de la isla.

El restaurante es una simple terraza sombreada por vides. Una mujer mayor nos recibe en catalán, besando a Luna en las dos mejillas como a una vieja amiga.

—Carmen es la tía abuela de mi ex —me explica Luna una vez sentadas—. Rompimos hace dos años, pero me quedé con la familia. Cocinan demasiado bien como para dejarlos marchar.

Me río mientras sorbo mi sangría. Luna tiene esa forma de hacer que todo parezca simple, natural. Sin juicios.

—Entonces, ¿me vas a decir por qué te has inventado esa historia ridícula para evitar a Diego?

Y ahí está. Luna ataca. Fijo la vista en mi vaso, trazando arabescos con el dedo en la condensación.

—Es complicado.

—La vida es complicada, querida. Pero eso no explica por qué huyes de un tío buenísimo que te devora con los ojos en cuanto te das la vuelta.

Levanto bruscamente la cabeza.

—¿Hace eso?

Luna pone los ojos en blanco.

—Obviamente. Todo el hotel se ha dado cuenta. Excepto tú, por lo visto.

Suspiro, jugando con mi servilleta.

—Ha pasado algo. En la cala.

—¿La cala? ¿Te refieres a cuando te llevó en su moto para huir de la canícula?

Asiento con la cabeza, sintiendo que se me encienden las mejillas al recordar ese día.

—Pasamos un rato increíble. Hablamos durante horas, nadamos. Y luego...

Me interrumpo, incapaz de formular lo que pasó después.

—¿Y luego qué? —me anima Luna, inclinándose hacia mí, ávida de detalles.

—Nos besamos.

—¡Por fin! ¡Lo sabía! —exclama, golpeando la mesa con el puño, sobresaltando a los clientes vecinos y a las palomas que esperaban pacientemente en la terraza esperando migas—. Perdón —prosigue más suavemente—. ¿Y cómo fue?

Cierro los ojos, abrumada por el recuerdo. Sus labios en los míos, suaves, exigentes. Sus manos en mi pelo. El calor de su cuerpo contra el mío.

—Fue... perfecto.

—Así que huyes de un beso perfecto. Lógico.

Niego con la cabeza.

—No fue solo un beso, Luna.

Abre los ojos como platos, entendiendo de repente.

—¿Habéis...?

—No exactamente. No teníamos preservativo.

Luna deja escapar un silbido de admiración.

—Diego es de los responsables, incluso en el fragor de la acción. Puntos extra para él.

No puedo evitar sonreír.

—Pero eso no nos impidió... bueno, ya sabes. Sus manos estaban...

Me detengo, sonrojándome furiosamente.

—Oh, me lo imagino perfectamente —dice Luna con una sonrisa pícara—. ¿Y tú, has...?

Asiento, incapaz de mirarla a los ojos.

—Para ser una primera vez con alguien, fue... intenso.

—¡Enhorabuena! Has roto la maldición de la primera vez decepcionante. ¡Es toda una hazaña! Aunque, ¿se puede hablar de primera vez cuando no hay penetración? Por supuesto que sí, seamos feministas, ¡joder!

Me río a pesar de todo.

—Pero eso todavía no explica por qué le evitas —prosigue—. Si fue tan bueno, ¿por qué no repetir? Con protección esta vez.

Jugueteo con mi tenedor, buscando las palabras justas.

—Porque no he venido a Ibiza para eso. He venido para encontrarme, para retomar el control de mi vida. No para volver a caer en... en una relación.

—¿Y quién ha hablado de relación? Puedes simplemente disfrutar, ¿no?

—Luna, no sé hacer eso. Divertirme sin encariñarme.

Me mira un largo momento, su expresión se suaviza.

—Nunca es demasiado tarde para aprender.

No es una pregunta. Asiento con la cabeza, con un nudo en la garganta.

—Necesito mantener el control. Protegerme. Después de Antoine, no puedo...

—Lo entiendo —me corta suavemente—. De verdad. Pero déjame hacerte una pregunta: ¿forma parte de tu plan de retomar el control el cortarte de la felicidad y el placer?

Su pregunta me golpea en pleno corazón, como una verdad que me niego a ver. Me quedo en silencio, con los ojos clavados en el horizonte donde el mar se funde con el cielo, tan azul e infinito como mis dudas.

CAPÍTULO 20

Diego

Estoy completamente desbordado. El hotel Paraíso se ha convertido en una zona de guerra, versión lujo. Floristas que se agitan con sus arreglos desmesurados, decoradores que mueven cada mueble tres veces antes de volver a colocarlo en su sitio inicial, y estos jodidos coordinadores externos que llegan con sus listas de exigencias interminables. La boda de estas celebrities ha hecho explotar nuestra rutina bien engrasada.

Y francamente, me viene bien.

Cuanto más ocupado estoy, menos tiempo tengo para pensar en Sophie. Menos tiempo tengo para revivir lo que pasó en esa cala. Sus labios contra los míos. Sus suspiros. Su cuerpo temblando en mis brazos. La forma en que se abandonó...

—¡Diego! ¿Me escuchas?

Parpadeo y vuelvo a la realidad. Javier me mira fijamente, con cara de exasperación.

—Perdón. ¿Decías?

—Decía que los fotógrafos llegarán mañana para los reconocimientos. Tendrás que acompañarlos con Sophie para...

El corazón me da un vuelco al oír su nombre. Como si el universo se divirtiera torturándome.

—Puedo ocuparme yo solo —respondo demasiado rápido.

Javier arquea una ceja, pero no comenta.

—Como quieras. Mientras esté bien hecho.

Se aleja, dejándome con ese nudo familiar en el estómago. Sophie y yo hemos desarrollado un talento particular para evitarnos estos últimos días. Ayer teníamos que ir a conocer a ese florista juntos al otro extremo de la isla. En el último momento, se las arregló para ir con Luna fingiendo que soy un ogro que come cebollas crudas, lo que la habría indispuesto.

Debería sentirme aliviado. Lo estoy. De verdad.

Pero joder, también duele. ¿Habré sido tan malo en la cama?

Mi móvil vibra en el bolsillo. Alejandro. Me invita al Pacha esta noche. A mí y a todo el personal.

Hago una mueca. Lo último que necesito es ver a Sophie en el ambiente de un club, con la música, las luces, el alcohol... todo lo que podría debilitar mis resoluciones.

[No estoy seguro. Mañana tengo un día cargado.]

Su respuesta es inmediata. Un emoji de corazón roto que me hace sonreír.

[Sophie viene. Me pregunto con quién va a bailar si no estás tú.]

Por supuesto que viene. A Sophie le encanta bailar. Descubrí eso en nuestra primera salida al Pacha, cuando vi esa faceta suya que aún no conocía: libre, sensual, completamente entregada al ritmo.

[Puede bailar con quien quiera. Incluso contigo, si está lo suficientemente loca como para correr ese riesgo.]

Mi móvil vuelve a vibrar. Pienso que será una respuesta graciosa de Alejandro, pero es mi padre. Genial. La guinda del pastel.

La conversación es breve y tensa, como siempre. Madrid. La empresa familiar. Mis responsabilidades. Mi futuro que se deteriora en Ibiza. El mismo disco rayado desde hace cinco años.

—No entiendo por qué te empeñas en desperdiciar tu potencial en ese hotel de vacaciones —dice con ese desprecio que me hace hervir la sangre.

—Ese «hotel de vacaciones» es uno de los establecimientos más prestigiosos de las Baleares —respondo secamente.

—Un pez pequeño en un estanque pequeño. Podrías dirigir una división entera en Madrid, pero prefieres hacer de conserje glorificado.

Cuelgo sin despedirme. Típico.

Veinte minutos después, envío un mensaje a Alejandro: [¿A qué hora en el Pacha?]

[Sabía que la imagen de mí bailando con Sophie bastaría para darte ganas de venir. No hay nada como la rivalidad.]

Prefiero dejarle creer lo que quiera. No tengo ninganas ganas de hablar una vez más de mi padre metiéndose en mi vida.

La música es ensordecedora, los graves vibran en mi pecho, y las luces estroboscópicas crean esa atmósfera hipnótica propia de los

clubs de Ibiza. El Pacha está hasta los topes, como siempre en temporada alta.

Localizo a Alejandro en los platos. Me hace una seña con la mano, todo sonrisas, antes de concentrarse de nuevo en su sesión. Gracias a él, todos tenemos pulseras VIP que nos dan acceso a la zona elevada con vistas a la pista.

—¡Diego! ¡Por aquí!

Me giro para ver a Claudia que me llama. Crecimos juntos en Madrid, y nuestros padres son socios. Está en Ibiza unos días de vacaciones.

—¡Qué sorpresa! —exclamo besándola—. Deberías haberme avisado de que venías.

Se ríe, echando hacia atrás su larga melena rubia.

—Fue una decisión impulsiva. Necesitaba escaparme.

Empezamos a charlar, y es fácil con Claudia. Compartimos tanta historia común, tantos recuerdos de la infancia. Conoce a mi familia, mis problemas, mi necesidad visceral de demostrar mi valía por mí mismo.

Estoy tan absorto en nuestra conversación que no me doy cuenta inmediatamente de la llegada de Sophie. Es el cambio en la expresión de Claudia lo que me hace girar la cabeza.

Sophie está a unos metros, preciosa con un vestido negro que deja ver justo lo necesario de su piel dorada por el sol de Ibiza. Luna está a su lado, observándonos con una sonrisa socarrona que no me gusta nada.

Nuestras miradas se cruzan, y el tiempo parece detenerse un instante. Luego su cara cambia imperceptiblemente. Frunce ligeramente el ceño cuando mira a Claudia, que ha puesto familiarmente la mano en mi brazo.

¿Serán celos?

Esta idea me produce una satisfacción ridícula de la que debería avergonzarme.

—¡Diego! —exclama Luna uniéndose a nosotros—. ¿Nos presentas a tu amiga? Porque es solo una amiga, ¿verdad?

Sophie se atraganta. Y tiene motivos. Luna es tan poco discreta como sus conjuntos.

Hago las presentaciones, observando atentamente las reacciones de Sophie, que se mantiene voluntariamente apartada. Sonríe educadamente, pero no es su sonrisa verdadera, esa que ilumina sus ojos y forma ese adorable hoyuelo en su mejilla izquierda.

—Voy a por copas —anuncia Sophie antes de escabullirse hacia la barra.

—Voy a ayudarla —dice Luna lanzándome una mirada significativa que no entiendo del todo—. Obviamente no tiene manos suficientes para llevarlo todo.

Claudia se inclina hacia mí en cuanto se van.

—¿Entonces es ella? ¿La famosa Sophie?

Me pongo tenso.

—¿Cómo tú...?

—Alejandro, por supuesto. No ha podido evitar contarme que el gran Diego Álvarez, terror de los corazones de Ibiza, había sido cazado por fin.

—Exagera, como siempre —refunfuño—. No soy un Pokémon, nadie me caza a mí.

Claudia sonríe, sin tragárselo ni por un segundo.

—Es muy guapa. Y parece que le importas.

—¿Deduces eso de tres minutos de observación? ¿En qué te basas? ¿En cómo se peina?

—En cómo te ha mirado a ti, sí. Y en cómo me ha mirado a mí, como si fuera una pepita de amapola atascada entre los dientes.

No respondo, pero mi mirada busca automáticamente a Sophie entre la multitud. La localizo en la barra, pidiendo. Luna le habla animadamente, y Sophie niega con la cabeza. Daría cualquier cosa por oír su conversación.

Alejandro pone un nuevo tema, y la multitud se enardece instantáneamente. El ritmo es potente, envolvente, y veo a Sophie levantar la cabeza, como si la música la llamara personalmente.

Le dice algo a Luna, deja su copa, y se dirige hacia la pista de baile.

La pierdo un momento de vista en la masa de cuerpos en movimiento, luego la localizo de nuevo. Y ya no puedo apartar la mirada.

Sophie baila como si ya nada más existiera. Tiene los ojos cerrados, los brazos levantados por encima de la cabeza, su cuerpo ondulando perfectamente al ritmo de la música. Parece haber olvidado todas sus inhibiciones, todas sus preocupaciones.

—Deberías ir con ella —me dice Claudia dándome un codacito.

—Últimamente intentamos mantener las distancias.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal va?

Le lanzo una mirada asesina a la que responde con una sonrisa inocente.

En la pista, a Sophie se le acercan unos tipos que no conozco. Uno de ellos se aproxima a ella, bailando en su espacio personal. Ella retrocede ligeramente, manteniendo una distancia educada, pero él insiste.

Siento una oleada de posesividad que me invade, irracional e intensa.

—Disculpa —le digo a Claudia.

No sé exactamente qué voy a hacer. No actuar en su lugar, eso lo tengo claro. Solo sé que mis piernas me llevan hacia la pista de baile, hacia Sophie, como si un imán me atrajera hacia ella.

La multitud se aparta a mi paso, o quizás sea yo quien me abro camino sin miramientos. La música cambia, se vuelve más lenta, más sensual. Las luces viran al azul profundo.

Sophie me ve llegar. Nuestras miradas se entrelazan. Espero que se aleje, que me evite como ha hecho estos últimos días, y claramente le doy la oportunidad de hacerlo. Pero se queda ahí, inmóvil, mirándome acercarme.

El tipo que bailaba cerca de ella debe de sentir mi presencia, porque retrocede y desaparece entre la multitud. Probablemente debería darle las gracias por eso.

Me detengo a unos centímetros de ella. Lo bastante cerca para oler su perfume, para percibir el calor que emana de su cuerpo, pero no lo suficiente para tocarla. Aún no.

—Me evitas —le digo simplemente al oído.

—Tú también —responde, su voz apenas audible por encima de la música.

Su franqueza me desarma. Nos miramos, en medio de esta multitud que baila a nuestro alrededor, en nuestra propia burbuja de tensión eléctrica.

—¿Bailamos? —propongo finalmente.

Una sonrisa incierta aparece en sus labios.

CAPÍTULO 21

Sophie

La música me envuelve como una segunda piel. Cierro los ojos y me dejo llevar por el ritmo, saboreando esta libertad de moverme exactamente como quiero.

Antoine odiaba verme bailar. Decía que era vulgar, la forma en que movía las caderas.

Una mujer de verdad no se exhibe, repetía incansablemente. Siempre bajo la excusa de la protección, de la exclusividad. Nunca de los celos o del control, por supuesto.

Hasta que vi en su historial de búsquedas una buena cantidad de vídeos de mujeres bailando desnudas, vídeos destinados a una página para adultos en la que iba a correrse después de haberme enjaulado y robado toda la estima que tenía por mí misma.

Esta noche, soy libre. Libre de moverme, libre de sentir, libre de dejarme llevar por esta música que late a través de toda la discoteca.

Una sensación extraña me hace abrir los ojos. Lo siento antes incluso de verlo.

Diego está delante de mí.

Mi corazón da un vuelco. Lleva una camisa negra, ligeramente abierta, su pelo está despeinado de una forma que parece calculada para hacerme perder los papeles. Su mirada es diferente —más oscura, más intensa—. Este no es el Diego del Paraíso, siempre profesional y distante. Es otro hombre que he vislumbrado estas últimas semanas, el que me llevó a su cala secreta, el que me hizo correrme, el que lo dio todo por mi placer sin emitir juicio alguno sobre mi persona.

Podría rechazarlo, volver hacia Luna y las demás. Las palabras que me soltó durante nuestra escapada a Santa Eulalia me vuelven: «¿Forma parte de tu plan de recuperar el control alejarte de la felicidad y del placer?»

Me quedo inmóvil, como hipnotizada por su presencia. La música cambia, se vuelve más lánguida, más sensual.

Se acerca. Siento su aliento contra mi oreja.

—Me esquivas.

No es una pregunta. Su voz me hace estremecer. Reúno mi valor y lo miro directamente a los ojos.

—Tú también —respondo, sorprendida por mi propia audacia.

Un destello de sorpresa cruza su mirada, seguido de una media sonrisa que no le conozco. Mi franqueza parece desarmarle tanto como me sorprende a mí. Nos quedamos ahí, en medio de esta multitud que baila a nuestro alrededor, prisioneros de nuestra propia burbuja de tensión eléctrica.

—¿Bailamos? —propone finalmente, rompiendo el silencio que se ha vuelto casi tangible entre nosotros.

Debería decir que no. Debería recordar todas las razones por las que vine a Ibiza —para encontrarme a mí misma, no para caer en brazos del primer hombre que me hace vibrar—. Pero mi cuerpo ya ha tomado su decisión antes que mi cerebro. Le tiendo los brazos, una invitación silenciosa a reducir esta distancia que mantenemos cuidadosamente desde hace días.

Y entonces, la alquimia opera.

Nuestros cuerpos se acercan sin tocarse completamente, como dos imanes cuyos polos se atraen pero permanecen suspendidos en ese espacio eléctrico que precede al contacto. Siento su calor, su energía. La música nos guía en un baile donde cada movimiento es una pregunta, cada mirada una respuesta.

—Bailas bien —me dice, su boca tan cerca de mi oreja que siento sus labios rozar mi piel.

—Tú también. Me sorprende, la verdad.

Una risa breve escapa de su garganta, y ese sonido desencadena algo en mí que creía muerto.

—¿Por qué?

—No te imaginaba como alguien que se suelta.

Su sonrisa se ensancha, revelando una faceta de él que apenas he vislumbrado en el hotel.

—Te sorprenderías de ver todo lo que puedo hacer cuando me suelto.

Sus ojos no se apartan de los míos cuando pronuncia estas palabras, y su intensidad me corta la respiración. La temperatura parece subir varios grados a nuestro alrededor.

La música cambia, se vuelve más lenta, casi sensual. Las parejas a nuestro alrededor se acercan. El momento de la verdad. Quedarme o huir.

Me quedo.

Diego pone delicadamente su mano en mi cintura, un toque tan ligero que parece casi irreal. Mi cuerpo reacciona instantáneamente, como si cada célula estuviera de repente en alerta. Siento que mi respiración se acelera, mi pulso late más fuerte en mis oídos. Por un momento, considero dar ese paso que aún nos separa, quebrantar todas las reglas que me he impuesto al venir aquí.

—¡Sophie!

La voz de Luna rompe nuestra burbuja como un rayo desgarrando la oscuridad. Aparece delante de nosotros, su energía habitual pareciendo aún más eléctrica en el ambiente de la discoteca.

—¡Tengo que presentarte a Mateo! Es el DJ que va a pinchar después de Alejandro y él...

Se interrumpe bruscamente, dándose cuenta por fin de la escena que acaba de interrumpir. Sus ojos se abren ligeramente, pasando de mí a Diego y volviendo a mí.

—Joder, estoy molestando, ¿verdad? Lo siento, no pensaba que vosotros... en fin... haced vuestras cosas, me hago pequeñita y...

—Tranquila, Luna —intervengo rápidamente, sintiendo que la vergüenza me invade—. No íbamos a hacer nada en absoluto.

Le lanzo una mirada de disculpa a Diego que simplemente asiente, su rostro volviendo a esa fachada indescifrable que lleva como una armadura. El hechizo se ha roto.

—Hablaremos con Mateo en otro momento —continúa Luna, intentando torpemente reparar su metedura de pata—. Os voy a dejar...

—No, quédate —dice Diego, su voz neutra no traiciona emoción alguna—. Tengo que ir a ver a Alejandro de todas formas. Nos vemos mañana en el trabajo, Sophie.

Y así, sin más, desaparece entre la multitud, dejándome con esta extraña sensación de vacío y calor mezclados.

—Joder, joder, joder —repite Luna golpeándose la frente—. ¡Soy la peor amiga del mundo! ¿Qué he interrumpido exactamente? Cuando os he visto, olía a feromonas sexuales que apestaba, pero ya era demasiado tarde. Os estabais morreando, ¿verdad?

Me encojo de hombros, intentando parecer más indiferente de lo que estoy.

—Solo era un baile.

—¿Solo un baile? —exclama poniendo los ojos en blanco—. Sophie, he visto cómo te miraba. Y cómo le mirabas tú. Era todo menos «solo un baile». Siento mucho haber estropeado ese momento.

—No has estropeado nada. Solo era el momento, el alcohol, la música.

Luna me mira fijamente con esa mirada suya que siempre ve demasiado claramente a través de mis defensas.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Nada en absoluto. No he venido aquí para eso. Venga, vamos a divertirnos las dos.

Luna duda, pero la arrastro conmigo para un nuevo baile y no le doy ninguna oportunidad de negarse.

—Tengo la sensación de que me estás usando como escudo para no volver con Diego.

—Qué tontería.

Pone sus manos en mis hombros y me mira directamente a los ojos.

—Escucha, no digo que te cases con él ni nada. Pero quizás Diego sea exactamente lo que necesitas ahora. Un hombre que te respeta lo suficiente como para mantener las distancias hasta que estés preparada.

No respondo, pero sus palabras resuenan en mí.

El resto de la noche se transforma en una serie de ocasiones perdidas. Diego y yo nos cruzamos varias veces —en la barra, cerca de la mesa de mezclas donde Alejandro pincha, en el pasillo que lleva a los aseos— pero cada vez, alguien interviene, o uno de

nosotros aparta la mirada, retrocede un paso. Es un baile de acercamiento y evitación cuyas reglas parecen escribirse sobre la marcha.

Hacia las tres de la madrugada, Luna y yo decidimos volver. Busco a Diego con la mirada una última vez, pero ha desaparecido. Una parte de mí se siente aliviada, la otra extrañamente decepcionada.

En el taxi que nos lleva de vuelta al hotel, Luna se queda dormida sobre mi hombro. Miro por la ventanilla las luces de la costa de Ibiza que pasan, pensando en ese baile interrumpido, en ese momento suspendido entre Diego y mí.

¿Me estoy protegiendo manteniéndolo a distancia? ¿O me estoy castigando, privándome de una experiencia que podría ser exactamente lo que necesito para sanar?

Cuando llegamos al hotel, el amanecer apenas empieza a despuntar en el horizonte. Me deslizo silenciosamente en mi habitación, agotada pero electrizada. Al cerrar los ojos, aún siento la ligera presión de su mano en mi cintura, su aliento contra mi oreja.

Me duermo pensando no en lo que huyo, sino en hacia lo que podría avanzar.

CAPÍTULO 22

Diego

El sol ni siquiera ha salido todavía cuando abro los ojos. Mi cuerpo está pesado de cansancio después de la noche en el club, pero mi cerebro funciona a toda máquina, impidiéndome volver a conciliar el sueño. Las imágenes de la velada desfilan en bucle por mi cabeza: Sophie en la pista de baile, sus movimientos hipnóticos, la forma en que nuestros cuerpos se encontraron de manera natural, como atraídos por una fuerza invisible.

Me levanto en silencio, me pongo unos pantalones cortos y una camiseta, y salgo de mi habitación evitando cuidadosamente las tablas que crujen. El aire aún está fresco, cargado de salitre, y la playa del hotel está completamente desierta. Es exactamente lo que necesito: un espacio vacío para organizar el caos de mi mente.

Las olas lamen suavemente la orilla mientras recorro la arena aún fría. Con cada paso, intento racionalizar lo que está pasando, esto que crece en mí a pesar de todos mis intentos por sofocarlo.

—Tranquilízate, tío —murmuro para mí mismo.

Sophie se marchará. Como todos los demás. Como todos los que vienen a Ibiza por una temporada antes de volver a su vida real. París la espera. Sus estudios la esperan. Y yo me quedaré aquí, con otra cicatriz en el corazón si la dejo acercarse demasiado.

Ya cometí este error una vez. Fue suficiente para vacunarme contra los romances veraniegos.

Sin embargo... me atrae, es un hecho. No es una historia de sentimientos, ni algo puramente físico. Es una alquimia. Una alquimia contra la que me cuesta protegerme.

Intento entender qué me atrae tanto de ella. Captar de dónde viene esa diferencia, pero soy incapaz de hacerlo. Así que quizás la mejor forma de ponerle fin es amurallarlo. La tentación, no a Sophie. Relegarla a un rincón de mi mente, fingiendo que no existe.

O bien, ceder ante ella. Por completo. Lo que probablemente me curará de esta obsesión idiota.

No, no es para nada una buena idea.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Alejandro, evidentemente. ¿Quién más estaría despierto a esta hora indecente después de una noche tan larga?

«¿Así que así es como se baila con los compañeros de trabajo? Interesante, muy interesante... 👀»

Guardo mi teléfono sin responder. Este tío nunca pierde la oportunidad de incomodarme. Y lo peor es que tiene razón.

Pasan dos días, durante los cuales evito cuidadosamente quedarme a solas con Sophie. Me las arreglo para modificar sutilmente mis horarios, tomar mis descansos cuando ella está ocupada, quedarme rodeado de otras personas. Una danza de esquive perfectamente coreografiada.

Pero esta mañana, la realidad me alcanza. Javier ha convocado una reunión urgente con todo el equipo para hablar de la boda de las celebridades que se celebrará en unos días. La sala está abarrotada, y por supuesto, Sophie está sentada al otro lado de la mesa, concentrada en sus notas, evitando deliberadamente mi mirada con la misma aplicación que pongo yo en evitar la suya.

—Bueno, tengo una noticia que va a complicar las cosas —anuncia Javier pasándose una mano por su cabello entrecano—. La pareja ha decidido modificar la organización de las suites. Quieren agrupar a su familia cercana en el ala Este en lugar del ala Norte, como estaba previsto inicialmente.

Se elevan suspiros colectivos alrededor de la mesa. Este cambio significa una reorganización completa de nuestra planificación, a tres días del evento.

—Es una pesadilla logística —continúa Javier—. Necesitamos a alguien que pueda gestionar esto inmediatamente, en coordinación con el servicio de pisos.

No sé qué me pasa. De verdad que no. Es como si otra persona tomara posesión temporal de mi cuerpo cuando me levanto ligeramente y suelto:

—Sophie y yo podemos ocuparnos de eso.

Varias cabezas se vuelven hacia mí, incluida la de Sophie, cuyos ojos se abren ligeramente. Siento el calor subiéndome a las mejillas y evito cuidadosamente cruzar su mirada.

—perfecto —dice Javier, visiblemente aliviado—. Sois mi equipo de élite. Sabía que podía contar con vosotros.

En cuanto termina la reunión, Alejandro se inclina hacia mí con una sonrisa burlona en los labios.

—¡Bravo, campeón, qué movimiento estratégico! Estoy impresionado.

—Cállate —siseo entre dientes—. Era profesional, nada más.

—Por supuesto, por supuesto —responde asintiendo con una seriedad exagerada—. Completamente profesional querer pasar horas encerrado en una oficina con una tía por la que estás completamente loco.

Siento la pánico subir. ¿Qué me ha pasado? ¿Cómo voy a poder mantener una distancia de supervivencia después de ese baile de la otra noche? Peor, después de la cala.

No, Diego, no pienses en la cala. Olvida la cala y la manera en que Sophie... ¡No! Te dije que olvidaras, no que fantasearas.

—Búscame una excusa —le pido en voz baja—. Cualquier cosa. Di que tengo un problema con los proveedores del restaurante, para que no parezca que «cambio de opinión cada dos segundos».

Alejandro se echa a reír.

—¿Como la veleta que eres? Ni hablar, tío. Tú solito te has metido en esta situación. Asúmelo. Y además, ha sido demasiado divertido verte con esos ojos como platos en plan «socorro, he metido la pata pero voy a disfrutarlo hasta el final».

—Se supone que no somos colegas.

—Sí, por eso me adoras. Y hago esto por tu bien, precisamente.

Luna se acerca, su cabello azul recién teñido enmarcando su rostro malicioso.

—¿Así que hacemos equipo con nuestra pequeña francesa? —pregunta dándome un ligero codazo.

Ligero en el sentido de que seguramente me va a dejar un moretón. Esta chica no conoce la sutileza.

—No es lo que te crees —refunfuño.

—¿Ah, de verdad? —responde Luna arqueando una ceja—. ¿Y qué me creo exactamente?

—¿Que has perdido completamente la cabeza por ella y que ya no sabes cómo gestionarlo? —añade Alejandro.

Si estos dos se ponen en estéreo, estoy jodido.

—¡¿QUÉ? ¡No! —exclamo demasiado alto, atrayendo la atención de varios compañeros.

Luna se inclina, bajando la voz:

—Diego, cariño. No eres tan sutil como crees. Vi cómo bailabais la otra noche.

—Solo era un baile.

—Un baile tórrido —completa Luna.

—Totalmente decadente —añade Alejandro.

—¡Cerrad el pico los dos! —siseo, sintiendo las mejillas arder.

Luna cruza los brazos, su expresión volviéndose de repente más seria.

—Escucha, Diego, conozco tu numerito. Te interesas, luego te asustas y te echas atrás. Pero Sophie no es...

—No me asusto —corto, irritado—. Solo soy realista. Y me concentro en mi trabajo. Por cierto, todos deberíais hacer lo mismo.

—Ah, pero nosotros lo hacemos. Eres tú el que nos habla de Sophie en lugar de escuchar lo que dice Javier.

Levanto un dedo acusador hacia cada uno de ellos, abro la boca para protestar y la cierro cuando me doy cuenta de que tienen razón.

Javier. Es verdad, joder. Se me había olvidado.

—Prefiero no complicar las cosas en el trabajo, ¿vale? Ahora, si me permitís...

—Dios mío —susurra Alejandro mirando por encima de mi hombro —. Demasiado tarde, tío.

Me doy la vuelta para ver a Sophie, que levanta la mano para hablar.

—Javier, solo quería decirle que puedo encargarme sola de la reorganización de las suites si es necesario.

—¿Cómo? —pregunta Javier, sorprendido—. Diego se ofreció a ayudarte.

Sophie echa un vistazo en nuestra dirección, y estoy seguro de que ha pillado parte de nuestra conversación.

—Sí, pero parece haber... reconsiderado su oferta. Lo entiendo perfectamente. No es problema, puedo gestionarlo.

—¿De qué hablas? —interviene Alejandro en voz alta—. ¡Diego está súper entusiasmado con la idea de trabajar contigo! Está que baila de alegría. ¿Verdad, Diego?

Todas las miradas se vuelven hacia mí, incluida la de Sophie. Sus ojos me desafían abiertamente, como diciendo «Venga, intenta escaquearte ahora».

Luna me da otro codazo que resuena en toda la habitación como un latigazo.

—Por supuesto —respondo, intentando parecer relajado y profesional—. Solo le comenté a Alejandro que también tenía este asunto con los proveedores, pero puedo fácilmente...

—Cobarde —tose discretamente Alejandro en su puño.

Sophie entorna los ojos.

—Javier, creo que Diego está mostrando cierta inmadurez en esta situación. Si no le importa, preferiría realmente...

—¡No! —exclamo, cortando su frase—. No, no hay ningún problema. Fui yo quien propuso que nos ocupáramos de esto juntos, y mantengo esa propuesta.

No es tanto la mirada escéptica de Sophie lo que me molesta, sino más bien la idea de que piense que mi atracción hacia ella podría afectar a mi profesionalidad. Eso no puedo aceptarlo.

—Genial —concluye Javier, claramente perplejo ante nuestra extraña dinámica—. Os dejo que os organicéis, entonces. Necesito que todo esté solucionado para mañana por la noche.

Se aleja, dejándonos a los cuatro en un silencio tenso mientras los demás empleados también se van.

—Bueno —dice Luna aplaudiendo—. Creo que a esto se le llama crear una situación incómoda. ¡Enhorabuena a todos, buen trabajo en equipo!

Sophie me mira fijamente, su expresión indescifrable.

—¿Empezamos dentro de una hora? ¿En la sala de conferencias del segundo piso? —pregunta con voz neutra.

—Perfecto —respondo en el mismo tono.

Da media vuelta y se aleja, la espalda recta como un palo.

—Bien hecho, campeón —murmura Alejandro—. Muy maduro.

—Os odio a los dos —gruño alejándome yo también.

Esto es exactamente lo que quería evitar. Que esta... esta cosa entre Sophie y yo interfiera con mi trabajo. Que la gente empiece a fijarse, a comentar, a analizar. Tengo que recuperar el control de la situación. Ahora. Antes de que se convierta en un verdadero desastre.

Pero mientras me dirijo hacia mi despacho, una vocecita en mi cabeza me recuerda obstinadamente lo hermosa que estaba Sophie la otra noche, bailando bajo las luces estroboscópicas, con los ojos cerrados, su cuerpo moviéndose al ritmo de la música como si no existiera nada más.

Este pensamiento me hace tropezar en un escalón que he subido miles de veces.

Estoy realmente jodido.

CAPÍTULO 23

Sophie

Estoy furiosa. Literalmente. Si las miradas pudieran matar, Diego ya estaría bajo tierra. ¿Pero por quién se cree que es? Primero le anuncia a Javier que va a encargarse de la remodelación de las suites conmigo, después murmura que habría preferido trabajar con otra persona. Y todo eso delante de mí, como si fuera invisible. O peor, como si mi opinión no tuviera ninguna importancia.

—¿Puedes pasarme el planning de las habitaciones? —me pregunta Diego sin levantar los ojos de su tableta.

—Por supuesto, Su Majestad —le digo tendiéndole la carpeta con una sonrisa crispada.

Su mirada se clava en la mía, una ceja levantada.

—¿Algún problema, Sophie?

—¿Yo? Absolutamente no. Todo va perfectamente bien.

Sigo sonriendo, pero mis músculos faciales empiezan a dolerme. Odio que decidan por mí. Me recuerda demasiado a Antoine y su manía de controlarlo todo. Pero Diego no lo sabe, y no tengo intención de contárselo.

—Deberíamos pedir algo de beber, ¿no? —digo inocentemente—. El día va a ser largo.

—Por qué no —responde volviendo a sus papeles.

—¡Perfecto!

Me apodero del teléfono y llamo al servicio de habitaciones.

—Sí, buenas. Un café negro sin azúcar para mí y... un té de menta para el señor Álvarez. Gracias.

Cuelgo, satisfecha. Sé perfectamente que odia la menta. Me lo dijo durante una de nuestras escasas conversaciones personales, cuando se burló de mi chicle de menta.

Un cuarto de hora después, el servicio de habitaciones llama a la puerta. Me apresuro a abrir y vuelvo con la bandeja.

—Aquí tienes tu té —digo poniéndole la taza humeante delante.

Diego mira la bebida verdosa con una mueca apenas disimulada.

—Yo no he pedido esto.

—¿Ah, en serio? Estaba convencida de que adorabas la menta. ¡Qué despistada soy!

Le dedico mi sonrisa más inocente mientras él me observa, suspicaz. Aun así se lleva la taza a los labios y toma un sorbo minúsculo antes de volver a dejarla inmediatamente.

—Me odias, ¿verdad? —pregunta, entre divertido y molesto.

—¡Para nada! Solo estoy distraída.

Mi pequeño momento de satisfacción se ve interrumpido por la llegada de Javier, que nos trae una nueva carpeta.

—Ah, se me olvidaba —dice el director—. Necesitamos a alguien para guiar la visita cultural de mañana. Nuestro guía habitual se ha echado atrás.

Antes de que Diego pueda abrir la boca, exclamo:

—¡Diego sería perfecto! Conoce la isla como la palma de su mano, ¿verdad?

La mirada que me lanza Diego podría derretir el hielo del Ártico.

—No creo que sea posible con todo lo que tenemos que hacer para la boda —dice prudentemente.

—¡Oh, pero me dijiste ayer que siempre habías soñado con hacer eso, ¿no es así? —insisto con una gran sonrisa.

Javier parece encantado.

—¡Perfecto! Cuento contigo, Diego. Gracias por ofrecerte voluntario.

Una vez que Javier se va, Diego se gira hacia mí, con aire furioso.

—Yo nunca te dije eso.

—¿En serio? Entonces debo de confundirme con otra persona... debe de ser muy desagradable verse metido en algo que no has pedido.

Me encojo de hombros y vuelvo a mis papeles. Por el rabillo del ojo, lo veo sacudir la cabeza, exasperado.

La mañana continúa en este ambiente eléctrico. Trabajamos eficientemente, a pesar de todo. Debo reconocer que profesionalmente formamos un buen equipo. Pero en cuanto se trata de comunicación personal, es un desastre.

Después del almuerzo, tenemos que subir a las plantas superiores para comprobar los últimos detalles de las suites. Tomamos el

ascensor de servicio, el que está reservado para el personal.

Las puertas se cierran y empezamos a subir. Entonces, de repente, suena un ruido metálico inquietante y el ascensor se detiene bruscamente. Las luces principales se apagan, sustituidas por la iluminación de emergencia tenue.

—¿Es una broma? —murmuro, incrédula.

Diego pulsa el botón de alarma y habla por el interfono.

—Ascensor de servicio bloqueado entre la segunda y tercera planta.

Una voz crepitante le responde:

—Nos hacemos cargo, pero puede que tarde un poco. Veinte minutos como mínimo.

Genial. Atrapada en un espacio cerrado con el señor Yo-Decido-Por-Ti.

—Parece que el destino se empeña en encerrarnos juntos —dice Diego con un intento de humor que no enmascara del todo su turbación.

—El ascensor también parece decidir por mí —replico, ácida.

Se instala un silencio. Siento su mirada sobre mí.

—¿Estás enfadada conmigo por algo? —pregunta finalmente.

¡Qué perspicacia!

Levanto los ojos hacia él. En la penumbra, su rostro parece más vulnerable. Dudo, luego decido no esquivar más.

—Odio que decidan por mí —suelto—. Puedes tener ganas o no de trabajar conmigo, pero no ponerme ante el hecho consumado. Primero le dices a Javier que podemos encargarnos juntos, luego dos minutos después pareces arrepentirte. ¿Cuál es tu problema?

—No tengo ningún problema —responde, a la defensiva.

—¿Ah, no? ¿Y qué fue esa pequeña escena de indecisión de esta mañana? ¿No sabes lo que quieres? ¿Cambias de opinión cada cinco minutos?

Su rostro se cierra, luego se suaviza.

—¿Y tú, Sophie? ¿Sabes lo que quieres?

Esta pregunta me pilla desprevenida. Me quedo en silencio, incapaz de responder. ¿Sé lo que quiero? Con Antoine, pasé dos

años haciendo lo que él quería, siendo la que él quería que fuera. Y ahora... ¿ahora qué?

El silencio se alarga entre nosotros. Tomo conciencia de nuestra proximidad. En este espacio reducido, bajo la luz tenue, algo cambia. El aire se vuelve eléctrico. Siento su mirada intensificarse, descender hacia mis labios.

—Dime que sabes dónde estás tú. Dime que no te obsesiona saber qué habría pasado, tú y yo, en esa cala.

No respondo. No puedo mentir. Sí, lo que pasó, o más bien lo que no pasó, ocupa todos mis pensamientos.

Lo miro y no logro medir la magnitud de esta atracción que me atrae hacia él como un imán.

No sé cuál de los dos dio el primer paso, pero de repente estamos el uno contra el otro. Lo empujo contra la pared del ascensor y aplasto mis labios sobre los suyos con una urgencia que me sorprende a mí misma. Él responde a mi beso con la misma intensidad, sus manos agarrando firmemente mi cintura.

Contra mi vientre, siento su deseo manifestarse, duro e insistente. Un calor familiar me invade, concentrándose entre mis muslos.

Me aparto ligeramente, sin aliento.

—Esto es lo que quiero —murmuro contra sus labios—. Unos minutos de placer para curarme de esta obsesión idiota por tu cuerpo, si estás de acuerdo.

Mi mano desciende, acariciando su erección a través del pantalón.

—Y algo me dice que lo estás —añado siguiendo el contorno de su virilidad con la punta del dedo.

—Me vuelves loco —susurra antes de volver a apoderarse de mi boca.

Nuestras manos se activan frenéticamente. Las suyas suben por debajo de mi vestido, acariciando mis muslos, mientras yo desabrocho su camisa, ávida por sentir su piel. Me hace girar, pegándome a mi vez contra la pared. El instinto toma el control, y enrollo mis piernas alrededor de su cintura. Se aprieta contra mí, su sexo duro frotando exactamente donde lo necesito.

Bajo mi mano hacia su bragueta y la desabrocho, liberando su erección. Él desliza su mano bajo mis bragas y me acaricia

íntimamente, arrancándome un gemido de placer.

Sonríe contra mi piel, luego me deposita suavemente en el suelo. Saca un preservativo de su cartera.

—¿Te paseabas con eso esperando pillarme en un ascensor? —pregunto, burlona.

—Ahora que conozco exactamente el sabor de la peor frustración que existe, prefiero estar preparado para cualquier eventualidad —responde rasgando el envoltorio.

Se pone la protección y luego me levanta de nuevo como si no pesara nada. Su mirada busca la mía, una pregunta silenciosa. Esta atención, esta petición de consentimiento a pesar de nuestra locura del momento, me toca profundamente.

—Sí —susurro, impaciente.

Me penetra con un movimiento fluido que me arranca un grito de placer. Nuestros cuerpos encuentran inmediatamente su ritmo, como si se conocieran desde siempre. Sus vaivenes se vuelven más rápidos, más intensos. Siento mi placer subir inexorablemente.

—Diego... —gimo, al borde del orgasmo.

Intensifica sus movimientos, y me sumerjo en el éxtasis, mordiendo su hombro para ahogar mi grito. Unos instantes después, él me acompaña en el goce, su cuerpo tensándose contra el mío.

Permanecemos así abrazados, sin aliento, cuando de repente el ascensor emite un ruido mecánico y vuelve a moverse.

—¡Mierda! —maldigo desenredándome precipitadamente.

Es el pánico. Diego se sube el pantalón a toda prisa, a punto de tropezar. Yo tiro de mi vestido arrugado, intentando desesperadamente alisarlo. Él trata de abrocharse la camisa pero se equivoca completamente con los botones, creando un desfase ridículo.

—Tu pintalabios —me avisa señalando mi cara.

Froto frenéticamente el rincón de mis labios, donde mi maquillaje se ha corrido, con el dorso de mi mano, mientras él se pasa los dedos por el pelo alborotado. Noto una marca de pintalabios en su mejilla y se la limpio rápidamente. Él hace lo mismo con mi cuello, borrando las huellas de sus besos.

El ascensor se detiene y las puertas se abren. Alejandro está ahí, con una sonrisa burlona en los labios.

—Vaya, habéis tardado bastante —dice examinándonos.

Me doy cuenta de que Diego todavía tiene los botones mal abrochados y la camisa arrugada.

—El ascensor estaba bloqueado —respondo con una indiferencia fingida.

—Mmm-hmm —hace Alejandro, claramente poco convencido—. ¿Y eso explica por qué la camisa de Diego está mal abrochada?

Diego baja la vista y maldice suavemente al constatar su error.

—Las luces de emergencia... muy débiles —balbucea rectificando rápidamente su camisa.

—¿Y ese pelo alborotado es por una tormenta en el ascensor? —continúa Alejandro, visiblemente divertido.

—Estaba... estresada, así que me hice un moño y... luego me lo deshice —improviso lamentablemente—. Cada uno tiene su forma de calmar sus angustias.

—Por supuesto —dice Alejandro con un guiño marcado—. Entiendo perfectamente ese estrés. ¡Si alguna vez os apetece compartirlo conmigo, tenéis mi número!

Nos alejamos rápidamente, dejando a Alejandro con su sonrisa cómplice. El resto del día transcurre en un ambiente extraño, mezcla de incomodidad y miradas cómplices.

Al final del día, Diego me acompaña hasta mi habitación. Delante de mi puerta, se detiene, vacilante.

—¿Estás bien? —pregunta de repente, pillandome desprevenida.

Me esperaba cualquier cosa menos eso. Comentarios salaces, una propuesta para repetir, o incluso incomodidad, pero no esta preocupación sincera.

—Sí, estoy bien —respondo, sorprendida por mi propia honestidad —. ¿Y tú?

—También estoy bien —dice con una ligera sonrisa antes de alejarse.

Una vez sola en mi habitación, me desplomo en mi cama y agarro mi almohada, en la que doy un grito extático. No me había sentido tan viva desde hacía mucho tiempo. Esta locura en el ascensor era

exactamente lo que necesitaba. Un paréntesis de puro placer sin ataduras, sin complicaciones.

Con un poco de suerte, habrá bastado para exorcizar esta obsesión ridícula que tengo por él. Porque no puede ser más que eso. Una simple atracción física, nada más.

Mi teléfono vibra en la mesilla de noche. Alargo la mano para cogerlo, esperando un mensaje de Luna o quizás incluso de Diego.

Pero el nombre que aparece me hiela la sangre.

Antoine.

Después de meses de silencio, reaparece con un mensaje tan breve como perturbador: Te echo de menos.

Me quedo mirando la pantalla, con la garganta anudada. Este pasado que me esfuerzo por superar acaba de resurgir brutalmente, como para recordarme que nada termina nunca realmente.

Dejo el teléfono sin responder y me giro hacia la ventana, donde el mar de Ibiza centellea bajo el sol poniente. Unas horas antes, en ese ascensor, sentí una libertad embriagadora. Antoine ya no tiene ese poder sobre mí. Ya no.

Y sin embargo, su mensaje sigue ahí, como una sombra que planea sobre este momento de claridad.

CAPÍTULO 24

Diego

El día D ha llegado por fin. Nuestro hotel se ha transformado en un jodido decorado de cuento de hadas para multimillonarios. Reviso por última vez la lista en mi tableta mientras cruzo el vestíbulo principal. ¿Lámparas de araña relucientes? Check. ¿Arreglos florales de diez mil euros cada uno? Check. ¿Personal adicional con uniforme impecable? Check.

—Diego, ¿dónde quieres que instalemos la barra de hielo para el champán?

Levanto la vista hacia Marco, concentrado en mi respuesta hasta que un movimiento en recepción capta mi atención. Sophie. Está ahí, preciosa con su traje negro, recibiendo a los invitados VIP con esa sonrisa que transforma su rostro. Joder. Me pierdo contemplándola, otra vez.

—¿Diego?

Parpadeo, volviendo bruscamente a la realidad.

—¿Eh? Ah sí, la barra de hielo. En la terraza este, cerca de las buganvillas.

Esto es lo que me pasa constantemente desde nuestro momento en el ascensor. Unos minutos atrapados juntos, su respiración contra mi cuello, su perfume invadiendo el espacio confinado, y pierdo todo el profesionalismo en cuanto entra en mi campo de visión.

Se suponía que debía librarme de esta... obsesión. Sacármela de la cabeza cediendo a esta tensión. Claramente no está funcionando como esperaba. Se va. Creo que tiene que ir donde un socio, o algo así, para arreglar un detalle de última hora. ¡Detalles de última hora, no hacemos más que eso desde hace un montón! La miro de nuevo cuando vuelve y se dirige al despacho de Javier.

Consulto mi reloj, ya agotado, como todos los empleados. 15:30. La ceremonia empieza dentro de una hora y media, y la pareja estrella aún no ha llegado para el ensayo final. Javier va a tener un infarto.

Mi teléfono vibra. Al ver el nombre de Sophie en pantalla, mi corazón da un salto ridículo en el pecho. Joder, parezco un adolescente.

—Diego, tenemos un problema. El séquito de la novia acaba de llamar. El helicóptero no puede despegar de Formentera por un problema mecánico.

Su voz está calmada pero tensa. Me encanta esa forma que tiene de mantenerse profesional ante las catástrofes.

—¿Cuánto tiempo para repararlo?

—No pueden. Hay que encontrar una solución alternativa, ahora.

—Joder. Me reúno con Javier en su despacho.

Cuando llego, es el pánico total. Nuestro director recorre la habitación gesticulando al teléfono, mientras Sophie y Luna están inclinadas sobre un mapa marítimo.

—¡Me niego a decirle a Alicia Martínez que tendrá que coger un ferry público el día de su boda! —grita Javier colgando violentamente.

—¿Podríamos requisar el yate del jeque Al-Thani? Está amarrado en nuestra bahía —propone Sophie.

—Imposible, sale dentro de una hora hacia Mallorca —respondo automáticamente.

Luna chasquea los dedos.

—Tengo una idea completamente loca.

Veinte minutos después, me encuentro en el puerto, incrédulo ante el espectáculo que se desarrolla ante mis ojos. Sophie y Luna han requisado la flotilla de pescadores locales de Santa Eulalia —todos primos o amigos de la infancia de Luna, por supuesto—. Están transformando seis barcas tradicionales en séquito nupcial con una eficiencia militar.

—¡Más flores aquí! ¡Más cintas allí! —ordena Sophie.

Pescadores barbudos de manos callosas atan delicadamente ramos de lirios blancos a sus embarcaciones, con aire entre divertido e intimidado por esta francesa que habla un español perfecto y no tolera ninguna aproximación.

Luna me localiza y hace un gesto triunfal.

—¿Ves? ¡Problema resuelto! ¡Transformamos la catástrofe en "experiencia mediterránea auténtica"!

Sophie se vuelve hacia mí, con una corona de flores en la mano. Sus mejillas están sonrosadas por el sol y la emoción.

—¿Qué te parece? —pregunta, con un dejo de incertidumbre en sus ojos verdes.

Se supone que yo soy el responsable experimentado aquí, el que encuentra las soluciones, no el que admira cómo una empleada temporal resuelve los problemas.

—Es brillante —admito finalmente.

Su sonrisa me llega directo al pecho. Aparta rápidamente la mirada y vuelve a dirigir su ejército de pescadores.

Contra todo pronóstico, funciona. Cuando Alicia Martínez, superestrella internacional del cine, llega al embarcadero del hotel en una procesión de barcas tradicionales decoradas como para una fiesta local ancestral, los fotógrafos se vuelven locos. Su prometido, el futbolista portugués Cruz, la espera en la orilla, visiblemente emocionado.

—¡Es muchísimo más auténtico que un helicóptero! ¡Como un cuento de pescadores enamorados! —se extasía la estrella ante los periodistas.

Observo a Sophie y Luna chocándose discretamente las manos. Javier parece haber rejuvenecido diez años ahora que la crisis se ha evitado.

La ceremonia se desarrolla perfectamente. La pareja intercambia sus votos al atardecer. Los cuatrocientos invitados aplauden. Las redes sociales ya se están incendiando con las fotos de la "boda más auténtica y romántica de Ibiza".

La velada está en pleno apogeo. He supervisado el servicio de la cena, gestionado una pelea de protocolo entre dos actores rivales y coordinado el timing perfecto de los fuegos artificiales. Mi cerebro funciona a tope desde hace quince horas seguidas.

Necesito aire.

Me escabullo discretamente y me dirijo a la terraza oeste, la que da a la cala aislada. Nadie viene nunca aquí durante los eventos —es

mi refugio secreto cuando necesito respirar y no tengo tiempo de abandonar el perímetro del hotel.

La luna está casi llena esta noche, dibujando un sendero plateado sobre el mar. Me aflojo la corbata y me apoyo en la barandilla. El contraste entre el caos controlado de la recepción y esta tranquilidad es exactamente lo que necesitaba.

Oigo pasos ligeros detrás de mí. Reconozco inmediatamente su forma de caminar.

—Oh, perdona. No sabía que estabas aquí.

Sophie está en el umbral de la puerta, visiblemente sorprendida. Su moño profesional se ha deshecho un poco después de este día maratón. Algunos mechones enmarcan su rostro, dándole un aire más dulce, casi vulnerable.

—Puedes quedarte, no voy a morderte —respondo tratando de parecer indiferente.

Se acerca y se coloca a mi lado, dejando una distancia prudente entre nosotros.

—Misión cumplida —dice simplemente.

Su perfume ligero me llega. Sutil, pero imposible de ignorar, exactamente como ella.

—Has gestionado esa historia de las barcas de manera impresionante.

—Gracias, pero sobre todo fue idea de Luna.

—No, fue idea de las dos, pero tú transformaste barcos de pesca en séquito real en menos de una hora. Te juzgué mal al principio.

Me mira, sorprendida por mi franqueza.

—Me gustas cuando eres honesto así. No debe de ser fácil admitir que uno se ha equivocado.

—No te confundas, Leroy. Solo admito que no eres la turista superficial que creía.

Se ríe suavemente.

—Y yo admito que no eres el capullo arrogante que pensaba. Bueno, no todo el tiempo.

No puedo evitar sonreír.

—Solo el 80% del tiempo.

—El 85%, como mínimo —corrige con seriedad fingida—. Y eso cuando te esfuerzas.

Se instala un silencio cómodo entre nosotros. La música de la fiesta nos llega, amortiguada por la distancia.

—Entonces, dime, Sophie, ¿has conseguido librarte de tu obsesión conmigo después de nuestro pequeño momento en el ascensor? —pregunto con una sonrisa de medio lado, tratando de parecer despreocupado.

Suelta una risa cristalina.

—¿Qué obsesión? Ah, ¿hablas de esa cosa insignificante que pasó? Ni siquiera me acordaba.

—¿En serio? —insisto, picado a pesar de mí.

—Absolutamente. Ahora solo pienso en ti para el trabajo. "¿Dónde está Diego? ¿Ha validado la planificación? ¿Va a criticar otra vez mi forma de doblar las servilletas?" Ese tipo de cosas profesionales.

Debería sentirme aliviado. Es exactamente lo que quería. Sin embargo, siento una punzada de decepción irracional.

—¿Y tú? —pregunta volviéndose hacia mí, su expresión de repente más seria—. ¿Has conseguido librarte de tu obsesión conmigo?

—Totalmente curado —respondo quizás demasiado rápido—. Ya no pienso en ti para nada.

—Estupendo.

—Perfecto.

—Genial.

—Excelente.

Nos miramos fijamente. Algo eléctrico pasa entre nosotros.

—Por cierto, podría tocarte sin sentir nada —continúo, mi voz traicionando ligeramente mi mentira.

—¿Ah sí? —lanza, arqueando una ceja en señal de desafío.

—Absolutamente. Incluso podría besarte y que no me hiciera ni puto caso.

—Eso crees tú.

—Voy a demostrarte lo inmunizado que estoy contra ti.

Me acerco lentamente a ella, dándole todo el tiempo para apartarse si quiere. Pero permanece inmóvil, su mirada anclada a la

mía, su respiración ligeramente más rápida único indicio de su turbación.

—Por razones puramente científicas, por supuesto —murmuro.

—Por supuesto. La ciencia ante todo —responde, su voz apenas audible.

Cuando nuestros labios se tocan por fin, tengo la intención de mantener el control. De demostrarle que puedo besarla sin perder el control. Durante medio segundo, casi lo consigo.

Luego todo se desploma.

Su suspiro contra mi boca destruye todas mis resoluciones. Mis manos encuentran su cintura como si ya conocieran su lugar. Ella se agarra a mi camisa, arrugando la tela impecable que he tardado una eternidad en planchar esta mañana.

El beso que debía ser breve y demostrativo se vuelve profundo. Desesperado. Como si ambos hubiéramos contenido la respiración durante semanas y por fin pudiéramos respirar.

—Te odio —murmura contra mis labios.

—Yo también —respondo antes de besarla de nuevo.

Se ríe contra mi boca, lo que me hace sonreír a mí también, y de repente nos reímos los dos como idiotas, frente contra frente.

—Somos realmente malos en este juego —constata.

—Completamente patéticos —asiento.

Un ruido de cristal roto seguido de aplausos nos llega desde el lugar de la recepción.

—Probablemente deberíamos volver antes de que alguien note nuestra ausencia —sugiere apartándose ligeramente.

Asiento con la cabeza, pero mis manos se niegan a soltarla.

—Era para la ciencia, ¿verdad? —pregunta con una sonrisa traviesa.

—Absolutamente. Un experimento muy concluyente.

—¿Y cuál es tu conclusión, señor científico?

Acaricio su mejilla, colocando delicadamente un mechón rebelde detrás de su oreja.

—Que estoy completamente jodido.

Su risa me acompaña mucho después de que haya abandonado la terraza para volver a la fiesta, dejándome solo con la luna, el mar y

la certeza turbadora de que esta chica va a complicar definitivamente mi vida bien ordenada.

CAPÍTULO 25

Sophie

Aún no me lo puedo creer. Ese beso en la terraza, después de la recepción de la boda. Como si todas las murallas que habíamos construido se hubieran derrumbado en unos pocos segundos. Y ahora hacemos como si no hubiera pasado nada.

Tres días que dura esto. Tres días representando la comedia perfecta delante de todo el mundo en el hotel. Buenos días profesionales, sonrisa de circunstancias, y esa distancia cuidadosamente calculada entre nuestros cuerpos cuando nos cruzamos en un pasillo.

Pero nuestras miradas... nuestras miradas nos delatan completamente.

Cada vez que nuestros ojos se encuentran, es como una descarga eléctrica. Una promesa silenciosa. Una dulce locura que solo nosotros somos capaces de entender y compartir.

Estoy archivando documentos en recepción cuando siento su presencia antes incluso de verle. Es una locura el efecto que tiene sobre mí. Todo mi cuerpo es una antena que capta sus movimientos, como si hubiera desarrollado un sexto sentido especial Diego Álvarez.

—Sophie, ¿puedes comprobar si la suite Mediterránea está lista para esta noche? —me pregunta con ese tono profesional que me dan ganas de reír y de besarle a la vez.

—Por supuesto, Diego, me encargo inmediatamente.

Luna, a mi lado, nos observa con una sonrisa maliciosa. No se la damos con queso. Probablemente nadie se la dé. Pero esta fachada, este jueguecito... forma parte de la emoción.

Al pasar junto a él, rozo deliberadamente su mano. Un contacto de una fracción de segundo. Sus dedos reaccionan instintivamente, acariciando los míos. Después se acaba, y continúo mi camino como si no hubiera pasado nada.

—Espera, ¿quieres decir que os habéis besado como en una película, bajo las estrellas, después de una boda de famosos, y

desde entonces hacéis como si nada? Joder, Sophie, ¡tu vida se ha convertido en una novela romántica!

Emma me mira fijamente a través de la pantalla de mi móvil, con la cabeza ladeada, sus rizos rebotando con cada movimiento. Mi mejor amiga tiene el don de reducir mis crisis existenciales a clichés literarios, y sinceramente, por eso precisamente la quiero.

—No es tan sencillo —respondo, asegurándome de que nadie pueda oírme en este rincón apartado de la terraza donde me tomo mi descanso para comer—. He venido aquí para reconstruirme, no para lanzarme a otra relación.

—Ah sí, la famosa reconstrucción post-Antoine-el-tóxico que implica quedarte sola contemplándote el ombligo mientras el español más sexy de la costa mediterránea te come con los ojos.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

—Simplificas todo.

—¡Y tú lo complicas todo! —exclama Emma agitando su tenedor hacia la cámara—. ¿Sabes a qué me recuerdas? A aquella vez cuando éramos pequeñas y te negabas a subirte a la montaña rusa porque tenías miedo, pero que te morías de ganas de subir. ¿Te acuerdas de lo que te dije?

—«Cierra el pico y súbete al vagón» —recito riéndome.

—¡Exacto! Y te lo pasaste pipa, ¿no? Es igual ahora. ¡Estás en Ibiza, joder! No en un monasterio. Has conocido a un tío que te gusta, que evidentemente no es un capullo manipulador como el otro gilipollas, y os gustáis mutuamente. ¡Así que cierra el pico y súbete al vagón, Sophie! Bueno, no lo cierres, quiero que me lo cuentes todo, y tienes derecho a quejarte por supuesto, ¡pero súbete a ese puto vagón, joder!

Su metáfora me hace estallar de risa. Emma siempre ha tenido ese don para simplificar las cosas cuando me enrollo con mis cuestionamientos.

—¿Crees que debería dejarme llevar sin más?

—Creo que deberías dejar de pensar que cada vez que sientes algo por un tío, va a acabar inevitablemente como con Antoine. Diego no es Antoine. Y la Sophie de hoy ya no es la misma que hace seis meses.

Sus palabras resuenan en mí. Tiene razón, por supuesto. Ya no soy la misma. Esa chica que se esforzaba por desaparecer, por ocupar el menor espacio posible, por no contradecir nunca, se ha desvanecido un poco más cada día desde que puse el pie en esta isla.

—Además —añade Emma con un guiño sugerente—, ¿cuánto tiempo hace que no has...?

—¡Emma! —grito sonrojándome, mirando a mi alrededor para comprobar que nadie ha oído.

—¿Qué? Es una pregunta con sentido. Si hace más de seis meses, está clínicamente demostrado que tu cerebro empieza a funcionar mal. Es por tu salud mental por lo que me preocupo.

—Hace apenas unos días —admito bajando la voz—. Pero eso no impide que piense en ello todo el tiempo.

—¡Razón de más para lanzarte de cabeza!

Unas horas más tarde, miro fijamente el trocito de papel entre mis dedos.

«Medianoche. Playa privada.»

Eso es todo. Sin firma, pero no la necesito. Reconocería esta letra entre mil, después de haber pasado semanas comprobando sus anotaciones en los expedientes de los clientes.

El corazón me late a mil por hora mientras miro la hora en mi móvil. 23:42. ¿Voy a ir? ¿A quién pretendo convencer? Por supuesto que voy a ir.

La conversación con Emma da vueltas en mi cabeza. «Cierra el pico y súbete al vagón.» Una parte de mí entra en pánico ante la idea de lo que podría pasar esta noche. Otra parte, más fuerte, se muere de impaciencia.

Me miro en el espejo. Me he puesto un vestido ligero color melocotón, ese que guardo normalmente para mis días libres. Llevo el pelo suelto. ¿Es demasiado evidente? Me da igual. Estoy harta de fingir que no sé exactamente qué va a pasar esta noche.

La noche es cálida, envolvente. Me escabullo de los barracones del personal, procurando no hacer ruido. La luna está casi llena, bañando el camino con una luz plateada que hace innecesaria cualquier linterna.

La pequeña cala reservada a los empleados está desierta a esta hora, como esperaba. Al borde del agua, una silueta se recorta contra el horizonte marino. El corazón me da un vuelco en el pecho.

Diego está allí, contemplando el mar, con las manos en los bolsillos. Lleva una simple camiseta blanca y unos bermudas oscuros. Tiene el pelo ligeramente alborotado por la brisa marina. Está terriblemente guapo en esa sencillez.

Se da la vuelta al oír mis pasos en la arena. Nuestras miradas se cruzan, y por primera vez desde ese beso en la terraza, ya no tenemos que fingir.

—Has venido —dice simplemente.

No es una pregunta, más bien una constatación teñida de alivio.

—He venido —confirmo acercándome.

Nos quedamos cara a cara, separados por apenas unos centímetros. El aire entre nosotros parece vibrar con una electricidad tangible.

—He pensado en ti todo el día —murmura—. De hecho, no he parado de pensar en ti desde...

—Yo también —le interrumpo suavemente.

Sus ojos son dos pozos oscuros que reflejan las estrellas. Podría ahogarme en ellos.

—Sophie —empieza—, sé que no habías venido a Ibiza para...

Pongo un dedo en sus labios, interrumpiendo sus justificaciones.

—Sé lo que hago, Diego. Y sé lo que quiero. O quizás no. Pero sé de qué tengo ganas.

El tiempo parece suspendido mientras nos miramos. Después, como atraídos por una fuerza invisible, colmamos simultáneamente el espacio entre nosotros.

Sus labios encuentra los míos con una urgencia que me corta la respiración. Sus manos enmarcan mi rostro, después se deslizan por mi pelo, mi nuca, mi espalda, como si quisiera memorizar cada centímetro de mí. Mi cuerpo se inflama instantáneamente, respondiendo a su toque con una intensidad que me sorprende a mí misma.

No es un beso vacilante como en la terraza. Es una rendición. Un abandono total a este deseo que nos consume desde hace semanas.

Mis dedos se agarran a su camiseta, después se deslizan por debajo, ávidos de sentir su piel. Está ardiendo bajo mis palmas. Un gemido se escapa de mi garganta cuando sus labios abandonan los míos para explorar mi cuello, la curva de mi hombro.

—Te deseo —susurra contra mi piel—. Desde el primer día.

Estas palabras desencadenan una ola de deseo tan intensa que mis piernas amenazan con ceder. Sus manos encuentran el dobladillo de mi vestido, vacilan.

—Sí —murmuro—. Por favor.

La toalla de playa es suave bajo mi espalda cuando me tumba delicadamente. Encima de nosotros, millones de estrellas parecen observarnos. La brisa marina acaricia mi piel que Diego va desvelando poco a poco, con una reverencia que me conmueve.

Con Antoine, el sexo se había convertido en una actuación, una obligación, al menos en lo que a mí me concernía. Un terreno donde me sentía constantemente juzgada, nunca suficiente. Pero aquí, bajo el cielo de Ibiza, en brazos de Diego, redescubro mi cuerpo como un territorio de placer. Cada caricia, cada beso es una celebración. Un diálogo donde nuestras dos voces tienen la misma importancia.

Su mirada busca constantemente la mía, observando mis reacciones, asegurándose de mi placer. Y cuando nuestros cuerpos se unen por fin, es una liberación. Un maremoto de emociones y sensaciones que me sumerge.

Después, nos quedamos tumbados uno al lado del otro, nuestras respiraciones calmándose progresivamente. Diego deposita un beso en mi frente, después se levanta para coger su camisa que coloca sobre mis hombros.

—¿Estás bien? —pregunta dulcemente.

Asiento con la cabeza, envuelta en su olor.

—He venido a Ibiza para reencontrarme después de una historia complicada. No pensaba para nada que iba a tener una relación con alguien. Me atraes, Diego. Casi tanto como me irritas —lanzo en tono de broma—. Pero no sé dónde estoy.

Diego traza delicadamente el contorno de mi hombro, sus dedos dejando una estela de escalofríos en mi piel aún hipersensible.

—A veces, lo que no buscamos es exactamente lo que necesitamos —dice con una sonrisa maliciosa—. Propongo que tomemos las cosas como vengan. Sin grandes promesas, sin castillos en el aire.

—Sin expectativas —añado girándome hacia él.

—Exacto —confirma—. Solo tú y yo, aquí y ahora.

—¿Y en el trabajo? —pregunto, de repente pragmática—. ¿Qué hacemos?

Se echa a reír.

—¿Continuamos nuestro número de actores profesionales ultra-serios? —propone alzando una ceja—. «Buenos días Sophie, ¿podrías comprobar la disponibilidad de la suite Real mientras que todo lo que realmente quiero es llevarte a dicha suite y hacerte el amor en cada mueble?»

Estallo de risa dándole un manotazo en el hombro.

—¡Eres tonto! Pero... quizás sea mejor así, sí. No tengo ganas de convertirme en el tema de todos los cotilleos del hotel.

—Discretos, entonces —concluye asintiendo—. Y sin compromiso —añade después de una vacilación—. Sé que vuelves a París al final del verano, y yo...

—Sin compromiso —confirmo rápidamente, ignorando la punzada en el corazón que provocan estas palabras—. Solo dos adultos que se lo pasan bien juntos.

—Que se lo pasan muy bien juntos —corrige con una sonrisa carnívora que me hace sonrojar inmediatamente.

Los primeros destellos del amanecer empiezan a aclarar el horizonte cuando nos separamos, intercambiando un último beso antes de regresar a nuestros respectivos alojamientos por caminos diferentes.

En mi habitación, me dejo caer en mi cama, con una sonrisa incontrolable en los labios. Por una vez, he decidido escuchar a Emma.

He cerrado el pico y me he subido al vagón.

CAPÍTULO 26

Diego

Una semana. Siete días desde aquella noche en la playa que lo cambió todo entre Sophie y yo. Siete jodidos días en los que navego a la deriva entre deseo y razón, como un alcohólico que sabe que debería dejarlo pero que vuelve a pedir más de todas formas.

El sol apenas ha salido, y ya me encuentro observando a Sophie que duerme a mi lado. Su pelo castaño extendido sobre mi almohada como una mancha de tinta. Su respiración regular. La curva de su hombro desnudo que se asoma por la sábana. Me resisto a las ganas de tocarla, de despertarla para tener un poco más de ella antes de que empiece el día y volvamos a ser compañeros, solo compañeros.

Es la primera vez que pasa toda la noche en mi apartamento. Normalmente, nos separamos antes del amanecer para evitar las miradas, las preguntas. Pero anoche perdimos la noción del tiempo y se quedó dormida contra mí antes de que pudiera sugerir que volviera a su habitación.

Pienso en estos últimos siete días, en esos momentos robados en los que hemos explorado nuestros cuerpos como tierras desconocidas. La cala desierta donde me sorprendió quitándose el bañador bajo el agua antes de atraerme hacia ella. La suite 402, que se suponía estaba en reforma, donde nos encontramos durante nuestra pausa para comer, haciendo el amor sobre las sábanas de plástico que protegían la cama. Anoche, aquí mismo.

Me deslizo fuera de la cama sin despertarla. Las seis y media. Mi turno empieza a las ocho. Me doy una ducha rápida, agua fría para volver a poner las ideas en su sitio. Para recordar las reglas que establecimos juntos.

Regla número uno: nadie debe saberlo. Regla número dos: nada de expectativas, nada de promesas. Regla número tres: todo se acaba al final de la temporada.

Simple. Claro. Perfecto para una aventura veraniega sin complicaciones.

Entonces ¿por qué ya estoy contando las semanas que nos quedan? ¿Por qué duele pensar en septiembre, cuando ella vuelva a París y yo me quede aquí?

Cuando salgo del baño, está despierta, sentada en mi cama, con la sábana subida hasta el pecho, su pelo revuelto enmarcando su cara. Tiene esa expresión vulnerable del despertar, antes de que se pongan en marcha las máscaras sociales. Me hace algo raro en el pecho.

—Buenos días —dice con una sonrisita tímida. Creo que me quedé dormida.

—No pasa nada, consigo dormir a pesar de tus ronquidos.

Me lanza una almohada a la cara, que esquivo con un movimiento ágil. Le ofrezco una taza de café que acepta antes de desaparecer a su vez en el baño. Desayunamos juntos, y es extrañamente doméstico, casi normal, como si hiciéramos esto todos los días. Lleva una de mis camisas, demasiado grande para ella, y no puedo evitar encontrarla sexy como el infierno.

—Quizá deberías irte antes de que los demás empiecen a levantarse —le digo al final, aunque tengo ganas de que se quede.

—Tienes razón.

Se cambia rápidamente, y la miro hacerlo, memorizando la forma en que se muerde el labio cuando se pone los vaqueros, cómo se recoge el pelo en un moño rápido para tener aspecto presentable. Esos pequeños detalles que solo me pertenecen a mí.

—Hasta luego —dice antes de darme un beso rápido.

Y luego se va, dejándome solo con el olor de su perfume que aún flota en el apartamento.

El hotel está en plena efervescencia esta mañana. Acaba de llegar un grupo de turistas alemanes, y la mitad de las habitaciones aún no está lista. Coordino el caos desde el desayuno, organizando los equipos de limpieza, tranquilizando a los clientes impacientes, resolviendo los problemas técnicos.

Es en estos momentos cuando sobresalgo. Me gusta la adrenalina de las situaciones de crisis, encontrar soluciones rápidas, ser aquel con quien todo el mundo cuenta. He construido mi reputación sobre este profesionalismo intachable.

Y entonces levanto la vista y veo a Sophie en recepción.

Lleva el uniforme del hotel —blusa blanca, falda azul marino— pero lo único que veo es su cuerpo desnudo bajo mis manos anoche. La forma en que echó la cabeza hacia atrás cuando se corrió, sus labios entreabiertos, su respiración entrecortada. La sensación de sus uñas clavándose en mis hombros.

Nuestras miradas se cruzan un segundo. Un jodido segundo, y siento el calor subir por mi cuerpo. Se ruboriza ligeramente antes de volver a su ordenador, pero ese breve intercambio ha bastado para desconcentrarme completamente.

—¿Diego? La habitación 217 vuelve a tener un problema con el aire acondicionado.

Me vuelvo hacia Henrik, el camarero sueco, que me mira con insistencia, esperando una solución.

—Cambiadlos a la 225, está libre. Y subidles una botella de cava con mis disculpas.

Asiente con la cabeza y se aleja. Me obligo a concentrarme de nuevo en mi tarea, ignorando deliberadamente la recepción y a esa chica francesa que ha jodido completamente mi equilibrio habitual.

—Entonces, ¿tú y Sophie?

Casi me sobresalto al oír la voz de Alejandro detrás de mí. Me ha pillado en un pasillo desierto cerca de las oficinas administrativas, y su sonrisa dice mucho sobre lo que cree saber.

—¿De qué hablas?

Mi tono es más defensivo de lo que querría. Alejandro pone los ojos en blanco.

—Tío, ¿en serio? Te conozco desde que teníamos doce años. Te he visto mirarla esta mañana como si quisieras devorarla viva. Y sobre todo, tenías la mirada de quien ya se la ha comido. ¿No se te olvida contarme algo?

—Qué tonterías.

—Ni siquiera niegas bien, eso demuestra hasta qué punto te ha trastornado el cerebro.

Suspiro, vencido. Negar es inútil. Alejandro me lee como un libro abierto.

—Vale, vale. Nos acostamos. ¿Contento?

—Mucho. ¿Y desde cuándo?

No respondo a esa pregunta. Su sonrisa se ensancha aún más.

—¡Lo sabía! Luna me debe veinte euros, pensaba que aguantaríais al menos hasta final de mes para ceder.

—Habéis apostado por... espera, ¿Luna también lo sabe?

La idea de que nuestro lío supuestamente secreto ya sea conocido por nuestros amigos me da sudores fríos.

—Tranqui, solo lo sabemos nosotros.

Genial. Me paso una mano por la cara.

—Es solo físico —puntualizo, como si eso cambiara algo—. Nos pusimos de acuerdo. Nada serio.

Alejandro me mira con esa expresión de gran sabio que pone cuando piensa que me miento a mí mismo.

—Está guay, tío. Me alegro por ti. Te estás implicando más de lo que quieres admitir, pero está guay.

Me da una palmada en el hombro y se aleja, dejándome con esa frase que da vueltas en mi cabeza como un disco rayado. Te estás implicando más de lo que quieres admitir.

En la tranquilidad de mi despacho, contemplo el calendario de pared como si contuviera los secretos del universo. Agosto acaba de empezar. La temporada termina a finales de septiembre. Sophie mencionó que su semestre en la Universidad de La Sorbona empieza a principios de octubre.

Ocho semanas. Cincuenta y seis días. Eso es todo lo que nos queda.

Se me encoge el pecho con ese pensamiento. Trato de convencerme de que es mejor así. Las relaciones a distancia nunca funcionan. Y además, no estoy hecho para los compromisos serios. Me gusta mi libertad, mi vida aquí, el equilibrio que he encontrado entre mi trabajo y mi independencia duramente ganada frente a mi familia.

Sophie vuelve a París, yo me quedo en Ibiza. Ese era el trato desde el principio.

Entonces ¿por qué me resulta tan raro pensar en ello?

Al llegar la noche, nos encontramos en mi apartamento. Tenemos unas horas por delante.

Nada más cerrar la puerta, Sophie está en mis brazos. Nuestros besos son hambrientos, casi desesperados. Como si tratáramos de absorber al otro, de memorizar cada sensación.

La levanto, sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura mientras la llevo hasta mi habitación. Nuestra ropa desaparece por el camino, abandonada en el suelo en nuestras prisas.

Esta noche, me tomo mi tiempo con ella. Descubro cada centímetro de su piel con mi boca, mis manos. La hago gemir, suplicar, gritar mi nombre. Quiero darle placer como nunca, hacerle olvidar a todos los amantes que haya podido tener antes que yo, a todos los que tendrá después.

La poseo con una intensidad que nos sorprende a los dos, marcando su cuerpo con mis besos, imprimiendo mi presencia en ella.

Después, cuando nuestros cuerpos están agotados y brillantes de sudor, se acurruca contra mí. Su cabeza descansa sobre mi pecho, su pelo me hace cosquillas en la barbilla. Su respiración se va ralentizando progresivamente hasta ese ritmo regular que indica que se ha quedado dormida.

Me quedo despierto, mirando fijamente al techo en la oscuridad. Mi brazo rodea sus hombros, manteniéndola contra mí como si tuviera miedo de que se evaporara durante la noche.

Cincuenta y seis días. Voy a pasar los cincuenta y seis mejores días de mi vida. Y después, ya veremos. Es un trato excelente, ¿no? ¿Quién no querría un verano así?

Entonces ¿por qué tengo tanto la sensación de que estoy jodido?

CAPÍTULO 27

Sophie

Luna me observa por encima de su plato de paella, su pelo azul enmarcando su rostro como un cuadro viviente. Reconozco esa expresión: la que dice que ha descubierto un secreto que yo creía bien guardado.

—Estás radiante —me dice durante nuestra pausa para el almuerzo, sus ojos brillando con malicia—. ¿Quién es la causa de ese cutis luminoso y de ese pelo tan brillante como el de Blake Lively?

Pongo los ojos en blanco, fingiendo exasperación mientras mi corazón da un salto ridículo en mi pecho.

—Como si no lo supieras.

Se ríe con disimulo, apartando su tenedor para inclinarse hacia mí con la sutileza de un elefante en una cacharrería.

—No, pero quiero decir... ¿te lo estás tirando de verdad? ¿En serio en serio?

Me echo a reír a mi pesar, casi atragantándome con el agua.

—Sabes perfectamente que me acuesto con él, te lo he contado todo.

—No. Sé que estuviste a punto de tirártelo en una cala. Y que lo hicisteis en el ascensor. Pero hay algo más —insiste entornando los ojos—. Ahora es diferente.

Mi risa se desvanece lentamente. Su comentario me afecta más de lo que me gustaría admitir.

—¿Diferente cómo?

—Sonríes sola. Miras el móvil cada cinco minutos. Llevas tu collarito de la suerte que solo te pones cuando te sientes bien. Y está esa manera en la que miras hacia conserjería cuando crees que nadie te ve...

—Qué tontería —murmuro, tocándome inconscientemente el pequeño colgante de plata que mi madre me regaló por mis veinte años.

—Y además pensáis que sois discretos, pero todo el mundo se ha dado cuenta de vuestras miraditas. Alejandro y yo hemos hecho

apuestas sobre vosotros.

—¿Alejandro? Dios mío, matadme ahora mismo.

Luna se carcajea, visiblemente encantada con mi turbación.

—Entonces, ¿qué tal es con el Señor Perfección? Cuéntame todos los detalles jugosos.

—Es intenso.

—¿Intenso cómo? ¿Del tipo que se toma su tiempo o del tipo huracán?

—¡Luna!

—¿Qué? Vivo a través de ti, ¡déjame al menos eso!

Niego con la cabeza, pero una sonrisa traidora se instala en mis labios.

—Es las dos cosas, según el momento. A veces es lento, casi metódico, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi cuerpo. Y otras veces es...

Me interrumpo, las imágenes de nuestras noches regresando en oleadas cálidas.

—¿Es...? —me anima Luna, con los ojos muy abiertos.

—Es como si el mundo exterior no existiera. Como si fuéramos las dos únicas personas en la tierra y solo tuviéramos unos minutos para demostrarlo.

Luna suelta un suspiro dramático.

—Dios mío, es aún mejor que en las novelas románticas. ¿Y qué tal va fuera de la cama?

Esta pregunta me devuelve a la realidad. Jugueteo con mi tenedor, de repente menos entusiasmada.

—No hay nada fuera de la cama. Bueno, si excluyes la cala, el ascensor, la ducha, el...

—¿De verdad crees que entre vosotros solo hay sexo?

—Sí. Hicimos una especie de pacto. Solo sexo, hasta el final de las vacaciones.

Luna asiente con la cabeza, como si lo entendiera perfectamente.

—Eso es muy de él. El Señor Misterio con sus compartimentos estancos.

Me observa unos segundos antes de añadir, más suavemente:

—¿Tienes cuidado al menos? ¿No te encariñas demasiado?

Fuerzo una risa que suena falsa, incluso a mis oídos.

—Por supuesto que no. Es solo físico. Sé perfectamente dónde estoy.

—¿Ah sí? ¿Y dónde es exactamente?

—En un acuerdo temporal que nos conviene a los dos. Yo me vuelvo a París al final del verano, él se queda aquí. Todo está claro.

Luna me mira con esa expresión que odio: la que dice que ve a través de mi rollo.

—Si tú lo dices, querida.

El día ha sido infernal. Un grupo de futbolistas británicos celebrando su victoria en el campeonato ha convertido el vestíbulo en un campo de juego, y ha hecho falta toda la diplomacia de Diego y la autoridad de Javier para mantener un mínimo de orden. Estoy agotada, pero extrañamente electrizada cuando Diego me propone pasar la noche en su casa.

Apenas se cierra la puerta de su apartamento, me atrae contra él con una intensidad que me corta la respiración. Sus labios encuentran los míos en un beso que no tiene nada de dulce. Es hambriento, casi desesperado. Mis dedos se enredan en su pelo como por reflejo, mi cuerpo respondiendo instantáneamente al suyo.

—He pensado en esto todo el día —murmura contra mi cuello, su voz más ronca de lo habitual.

—Mentiroso —sonrío contra sus labios—. Pensabas en cómo calmar a los futbolistas ingleses.

—Pensaba en cómo hacer que gritaras más fuerte que ellos.

Este Diego, el de las puertas cerradas, me hace perder todos mis puntos de referencia. Sus manos bajan por mis muslos, subiendo mi vestido en un movimiento fluido. Mi cuerpo ya conoce la coreografía, arqueándose contra el suyo por anticipación.

—Ducha —jadeo entre dos besos—. Necesito una ducha.

Una sonrisa depredadora ilumina su rostro.

—Excelente idea.

El cuarto de baño de Diego es ridículamente pequeño comparado con el resto de su apartamento, pero la ducha italiana ofrece espacio suficiente para dos. El agua caliente apenas empieza a correr

cuando sus manos ya están por todas partes, trazando caminos ardientes sobre mi piel húmeda.

Me empuja contra los azulejos fríos, el contraste con el agua caliente arrancándome un gemido. Sus labios descienden lentamente, trazando una línea de besos por mi cuello, entre mis pechos, hasta mi vientre. Me agarro a sus hombros, mis uñas clavándose ligeramente en su piel bronceada.

—Diego...

—Paciencia —murmura contra mi piel, y puedo sentir su sonrisa.

Pero la paciencia no está en el programa esta noche. No cuando sus dedos me encuentran, precisos y seguros, sabiendo exactamente cómo hacerme temblar. No cuando su boca reemplaza a sus dedos, haciéndome ver estrellas bajo mis párpados cerrados.

Agarro su pelo, tirando de él hacia mí con una urgencia que no me conocía. Su mirada se encuentra con la mía, oscura e intensa, mientras se endereza. En un movimiento fluido, me levanta, mis piernas rodeando instintivamente su cintura. El agua sigue corriendo sobre nosotros, transformando cada contacto en una sensación multiplicada.

Cuando me penetra, es con una lentitud deliberada que me hace perder la cabeza. Querría que acelerara, que cediera a esta frenesí que nos consume, pero mantiene ese ritmo tortuosamente lento, sus ojos bloqueados en los míos.

—Estás preciosa así —murmura, y algo en su voz, esa vulnerabilidad inesperada, me toca más profundamente que el placer físico.

Cierro los ojos, incapaz de sostener la intensidad de su mirada. Es demasiado. Demasiado íntimo, demasiado profundo, demasiado todo.

El ritmo finalmente se acelera, nuestros cuerpos encontrando esa armonía perfecta que siempre me fascina. Cada movimiento, cada respiración parece sincronizada como si nuestros cuerpos se conocieran desde hace vidas. El placer sube en espiral, cada vez más intenso hasta explotar en oleadas sucesivas que me dejan temblorosa y jadeante contra él.

Cuando alcanza su propio placer unos instantes después, su rostro hundido en mi cuello, siento esa conexión que supera la atracción física, esa alquimia inexplicable que me aterroriza cada vez más.

Diego se ha dormido casi inmediatamente después de que nos secáramos y nos desplomáramos en su cama. Yo permanezco despierta, incapaz de conciliar el sueño a pesar del agotamiento de mi cuerpo.

En la penumbra de su habitación, su rostro dormido tiene una dulzura que nunca le veo cuando está consciente. Sus rasgos habitualmente tan controlados están relajados, casi vulnerables. Un mechón rebelde cae sobre su frente, y debo reprimir las ganas de apartarlo suavemente.

Es ahí, en el silencio de la noche, cuando la verdad me golpea como un puñetazo: me estoy encariñando. O más bien, estoy desarrollando una forma de adicción que se parece peligrosamente al cariño.

El pánico sube en mí como una ola fría. No estaba previsto. No estaba en el contrato tácito que establecimos. «Divirtámonos sin compromisos, sin promesas». Se suponía que sería simple, físico, temporal.

Sin embargo, aquí me sorprendo buscando su mirada a través del hotel, memorizando sus costumbres, impregnándome de su olor en las almohadas. Y sobre todo, ya solo espero estos momentos robados. ¿Sigo siendo la misma Sophie que se había jurado no volver a ponerse nunca más en posición de vulnerabilidad después de Antoine? ¿La misma Sophie que quería ante todo recuperar su independencia?

Me levanto lo más silenciosamente posible, recogiendo mi ropa esparcida. Mis bragas siguen húmedas en el cuarto de baño; las meto en mi bolso y me pongo el vestido directamente sobre la piel desnuda. Cada movimiento está calculado para no despertarlo.

Al cerrar suavemente la puerta de su apartamento, me siento como una ladrona escapando de la escena de un crimen. Excepto que lo que he robado es un trozo de mi corazón que había jurado mantener intacto.

El trayecto hasta mi habitación en los dormitorios del personal me parece interminable. Una vez dentro, me desplomo en mi cama, mirando el techo en la oscuridad.

La ironía de mi situación me golpea como una bofetada: vine a Ibiza para escapar de una relación tóxica, para encontrarme, para retomar el control. Y aquí estoy, apenas unos meses después, potencialmente atrapada en una nueva dinámica desequilibrada.

No es amor —rechazo categóricamente esa posibilidad—. Es más bien una forma de obsesión, un apego físico que me hace dependiente de las sensaciones que me procura. Como una droga de la que aumento progresivamente la dosis.

Y como toda dependencia, esta podría destruirme si no tengo cuidado. Diego ha establecido claramente los límites: es excelente en el arte de erigir muros. Me da su cuerpo pero mantiene su alma cuidadosamente cerrada.

Debo tomar distancia antes de perderme completamente. Limitar nuestros encuentros, quizás. Reafirmar las fronteras de nuestro acuerdo. Recordarme por qué vine aquí: para reconstruirme, no para estrellarme de nuevo contra los arrecifes de una relación desigual.

CAPÍTULO 28

Diego

Me despierto solo. Otra vez. Mis dedos recorren automáticamente el lado vacío de la cama, buscando un calor que ya no está.

Han pasado dos días desde la partida nocturna de Sophie, y apenas hemos intercambiado algo más que fórmulas de cortesía profesional. La excusa perfecta: el hotel está a tope. No hay tiempo para distracciones. No hay tiempo para nosotros.

Cuando llego a recepción, la veo inmediatamente. Se mantiene erguida, su uniforme impecablemente planchado, explicando algo a un cliente con esa sonrisa profesional que no revela nada. Nuestras miradas se cruzan una fracción de segundo. Asiente cortésmente antes de volver a concentrarse en el cliente.

Alejandro se une a mí en el pasillo que lleva a las oficinas con su puntualidad habitual —o tiene un sexto sentido para saber cuándo pillarme desprevenido, o me vigila con cámaras ocultas. Con este tío loco, mitad DJ, mitad factótum del hotel Paraíso, nada me extraña.

—Tío, en serio, ¿qué pasa entre Sophie y tú? Os rondáis como dos imanes a los que obligan a repelerse.

Suelto un suspiro exasperado.

—No pasa nada. Absolutamente nada.

—Ese es precisamente el problema, listillo —replica dándome una palmada en el hombro—. Tenéis claramente una tensión sexual que podría alimentar de electricidad a toda Ibiza y sus clubs, y sin embargo os comportáis como dos desconocidos. Deberías hablar con ella.

—¿Hablar de qué exactamente? «Oye Sophie, perdona si ronco, o si mi presencia te resulta tan insoportable que prefieres largarte en plena noche antes que dormir cerca de mí, te juro que no he comido ajos a escondidas»?

Alejandro pone los ojos en blanco.

—Eres desesperante. De verdad. Es increíble cómo puedes ser tan competente profesionalmente y un desastre semejante en el amor.

—No tengo problemas sentimentales porque no tengo sentimientos hacia Sophie, muchas gracias.

—Por supuesto, y yo soy el rey de España. Anda, lárgate, creo que te vibra el móvil.

Efectivamente, mi teléfono se agita en mi bolsillo. El nombre en la pantalla me hace sonreír inmediatamente: Abuela Dolores.

—¡Hola abuela! Qué sorpresa.

—¡Diego, cariño! ¡Estoy en Ibiza!

Su voz cálida me transporta instantáneamente a los recuerdos de la infancia, cuando pasaba mis veranos en la isla con ella y mi abuelo. Volvió a vivir a su tierra natal después del fallecimiento de mi abuelo.

—¿Cómo que estás en Ibiza? ¿Desde cuándo?

—Cogí el ferry esta mañana desde Valencia. Quería darte una sorpresa. Después de todo, a los 78 años, ya no me queda mucho tiempo para formalidades. ¿Puedes comer con tu vieja abuela hoy?

Mi corazón se calienta inmediatamente. Mi abuela es la única persona de mi familia que nunca ha intentado moldearme según un patrón preestablecido. Siempre ha respetado mis decisiones, incluso cuando mi padre las calificaba de «rebeldía pueril».

—Por supuesto, abuela. Deja que lo arregle con mi director y te mando un mensaje con el sitio y la hora.

Javier me concede generosamente mi tarde cuando le explico la situación. «Te has ganado unas horas libres», me dice con un guiño que me hace sospechar que también ha notado mi tensión con Sophie.

Genial, aparentemente todo el hotel está al corriente de mi vida sentimental inexistente. O quizás me estoy volviendo paranoico.

Quedo con mi abuela en Casa María, un pequeño restaurante del puerto que los turistas suelen pasar por alto, escondido en una callejuela empedrada apartada de las grandes avenidas. Cuando la veo, mi corazón da un vuelco. No ha cambiado —siempre ese porte altivo, esos ojos chispeantes de picardía, y esa elegancia natural que no tiene nada que ver con la ropa que lleva.

—¡Mi nieto guapo! —exclama abrazándome con una fuerza sorprendente para su edad.

La beso en las dos mejillas, respirando su perfume familiar de azahar y canela.

—Abuela, estás preciosa como siempre.

Rechaza el halago con un gesto de la mano, pero su sonrisa se amplía.

—Basta de lisonjas, jovencito. Siéntate y cuéntamelo todo.

Pedimos tapas y una jarra de sangría. El sol se filtra a través de la pérgola cubierta de parra virgen, proyectando sombras danzantes sobre nuestra mesa. Le hablo del hotel, de los proyectos de expansión, de los desafíos cotidianos. Escucha atentamente, haciendo preguntas perspicaces que revelan su comprensión innata del sector hotelero —después de todo, gestionó durante años una pequeña pensión en la isla antes de que mi abuelo cayera enfermo. Ambos evitamos hablar de mi padre, a cuyos llamadas no respondo últimamente.

Pero siento su mirada escrutadora que busca algo más. Inclina ligeramente la cabeza, un gesto que conozco demasiado bien —el que precede a una observación que habría preferido evitar.

—Pareces distinto, Diego —observa finalmente mientras sorbe su sangría—. ¿Hay alguna chica?

Por poco me atraganto con mi pan con ajo.

—¿Qué? ¡No! Solo estoy ocupado con la temporada alta, eso es todo.

Su ceja se alza imperceptiblemente —la famosa «ceja de la duda» que me aterrorizaba de niño cuando intentaba mentirle sobre la misteriosa desaparición de las magdalenas recién salidas del horno.

—Diego Álvarez, prácticamente te he criado yo. ¿De verdad crees que puedes mentirme?

Suspiro, vencido de antemano.

—No hay nada que contar, abuela. De verdad.

—Entonces, ¿por qué te sonrojas como cuando tenías ocho años y declaraste que ibas a casarte con la niña de los vecinos?

—¡No me sonrojo! Es... el sol. Y la sangría.

Se echa a reír, esa risa cálida que suena como campanillas.

—Por supuesto, y yo voy a hacer una audición para ser bailaora de flamenco profesional. Venga, cuéntaselo a tu abuela. ¿Cómo se

llama?

—¡No hay nadie!

Se toca la sien con el índice.

—El radar del amor de una abuela nunca falla. Es un don que todas las abuelas recibimos al nacer nuestro primer nieto.

No puedo evitar sonreír a pesar de todo.

—No es amor, solo es sexo.

Me arrepiento de mis palabras nada más salir de mi boca. No voy a contarle mis historias de cama a mi abuela, ¿verdad?

—Todo tiene un principio.

—Eres imposible.

—No, soy observadora. Tienes ese brillo en los ojos —el mismo que tenía tu abuelo cuando me miraba. Una mezcla de deseo, admiración y puro terror.

—¿Terror?

—¡Por supuesto! El amor es lo más aterrador que existe. Te hace vulnerable como nada más.

Niego con la cabeza, deseoso de cambiar de tema.

—¿Quieres visitar la isla esta tarde? Puedo llevarte a esa playa que tanto le gustaba al abuelo.

Acepta con entusiasmo, y me permito respirar. Misión cumplida: he conseguido desviar la conversación sin revelar nada sobre Sophie.

Después de un paseo nostálgico por las playas de mi infancia, le propongo inocentemente a mi abuela enseñarle el hotel donde trabajo. ¿Por qué no? Siempre le han encantado los establecimientos elegantes, y el Paraíso es uno de los más refinados de la isla. Y sobre todo, Sophie probablemente esté ocupada en otra parte a esta hora, o quizás incluso se haya marchado. Ningún riesgo de que se crucen.

En el instante en que este pensamiento me cruza la mente, debería haberme acordado de que al universo le encanta burlarse de mis certezas.

Entramos en el vestíbulo majestuoso del Paraíso, mi abuela extasiándose con el juego de luces a través de los inmensos

ventanales. Le enseño orgulloso los diferentes espacios, el restaurante con vistas panorámicas, los jardines en cascada.

Y entonces, como a cámara lenta, veo que gira la cabeza hacia recepción. Su mirada se ilumina como un árbol de Navidad. Y ahí está Sophie, preciosa con su uniforme, su larga melena castaña recogida en un moño elegante, concentrada en la pantalla de su ordenador.

—Oh, ¿quién es esa encantadora jovencita? —pregunta inocentemente mi abuela, pero su tono demasiado despreocupado no me engaña.

—Una compañera de trabajo —respondo rápidamente—. Ven, te voy a enseñar la terraza donde...

Demasiado tarde. Mi abuela ya se dirige hacia recepción con un paso sorprendentemente rápido para su edad. La sigo, presa del pánico, intentando alcanzarla sin parecer que corro como un loco por el vestíbulo del hotel.

—¡Abuela, espera!

Ignora completamente mis protestas y se planta delante del mostrador. Sophie alza los ojos, sorprendida, su mirada pasando de mi abuela a mí con expresión confusa.

—Buenos días, señorita —declara mi abuela en español con una gran sonrisa—. Debe de ser la novia de mi nieto. O su lío. Da igual. Está cordialmente invitada a cenar con nosotros esta noche.

¡Dadme una cuerda!

Siento que mi cara se enciende instantáneamente. Sophie abre los ojos como platos, sus mejillas tiñéndose de un delicado tono rosado que me fascinaría en otras circunstancias, pero que ahora mismo no hace más que amplificar mi bochorno.

—¡Abuela! Yo no... Nosotros no... —balbuceo patéticamente antes de volverme hacia Sophie—. Te juro que no le he hablado de ti. Solo... adivina cosas. Es una bruja. Una adorable bruja valenciana que va a hacer que me muera de vergüenza.

Mi abuela me da una palmadita en el brazo.

—No seas ridículo, Diego. No he adivinado nada. Tu cara es como un libro abierto en cuanto la has mirado.

—¡Pero si ni siquiera la he mirado! —protesto, sintiendo que mi dignidad se evapora a cada segundo.

—Sí, lo has hecho. Tres veces en diez segundos. Y tu expresión era exactamente como la de tu abuelo cuando me veía en vestido de noche.

Sophie ahoga una risita detrás de la mano, sus ojos danzando de diversión.

—Es un placer conocerla, señora Álvarez —dice en español perfecto, para mi gran sorpresa—. Me llamo Sophie Leroy.

—Dolores —replica mi abuela tendiéndole la mano—. Dolores Álvarez. ¡Y habla admirablemente bien el español para ser francesa!

—Mi madre es de Valencia —explica Sophie con una sonrisa.

Los ojos de mi abuela se iluminan aún más, si es que es posible.

—¡De Valencia! ¡Como yo! Es el destino, ¿ves, Diego? ¡El destino!

Querría desaparecer bajo el suelo reluciente del vestíbulo. ¿Cómo he podido ser tan ingenuo como para pensar que podía ocultarle algo a esta mujer?

—Escucha, no hay nada entre Sophie y yo, ¿vale? Solo pasamos un poco de tiempo juntos.

Muy buen tiempo.

Y además, creo que ya se acabó. Mi abuela abre unos ojos encantados.

—¿Tú pasas tiempo voluntariamente? ¿Y te atreves a decirme que no hay nada entre vosotros?

—También paso tiempo con Alejandro y nunca has insinuado que haya algo entre nosotros.

—Y es una pena, es un joven muy divertido. ¿Habéis pensado en hacer un trío?

Sophie se muerde las mejillas. Estoy al borde de la agonía.

—No.

—No me des las gracias por la idea, es gratis —asiente mi abuela con un guiño nada sutil—. ¿Y esa cena entonces? Insisto. Quiero conocer a la joven que hace brillar los ojos de mi nieto.

Estoy a punto de presentar más excusas torpes cuando Sophie me sorprende completamente.

—Será un placer, señora Álvarez. Termino mi turno a las siete.

Mi abuela aplaude como una niña.

—¡Perfecto! Diego conoce los mejores restaurantes de la isla. ¿Verdad, cariño?

Asiento mecánicamente, aún en shock. Sophie acaba de aceptar. Sophie, que huyó de nuestra habitación hace dos noches, que me evita cuidadosamente desde entonces, acaba de aceptar cenar con mi abuela y conmigo.

Mientras nos alejamos, mi abuela se agarra a mi brazo con una sonrisa satisfecha.

—¿Ves? No era tan difícil. La vida es demasiado corta para lo que no se dice, Diego. Créete la experiencia de una vieja.

Niego con la cabeza, pero no puedo evitar sonreír. Y preguntarme por qué, a pesar del bochorno monumental que acabo de sufrir, mi corazón late de repente mucho más ligero ante la idea de esta cena que se avecina.

CAPÍTULO 29

Sophie

La invitación de Dolores me da vueltas en la cabeza mientras termino mi turno en recepción. Una clienta americana me pregunta por tercera vez en el día si puede tener una habitación con mejores vistas, y le repito por tercera vez que el hotel está completo. Mi sonrisa profesional empieza a tensarse, pero la idea de esa cena me ayuda a aguantar.

En cuanto termina mi turno, salgo disparada hacia la habitación de Luna. Llamo a su puerta casi dando saltitos, incapaz de contener por más tiempo esta historia completamente loca.

—¡Entrad a mi humilde morada! —grita Luna desde dentro.

Empujo la puerta para descubrir a mi compañera sentada con las piernas cruzadas en su cama, pintándose las uñas de un azul eléctrico a juego con su pelo.

—Tengo algo increíble que contarte —le digo dejándome caer a su lado.

—Te escucho, guapa. Pero cuidado con mis uñas, acabo de terminar la mano izquierda.

—La abuela de Diego ha venido a verme a recepción hace un rato.

Luna levanta bruscamente la cabeza, con el pincel de esmalte suspendido en el aire.

—Espera, ¿la abuela de Diego? ¿O sea, la familia de Diego? ¿Nuestro Diego? ¿El señor guardo-mi-vida-privada-en-caja-fuerte?

—¡Exacto! Una señora mayor súper simpática, con una pinta impecable y un perfume que huele a lujo discreto, y al mismo tiempo completamente chiflada, como nos gustan. Por lo visto, está de visita unos días.

—¡Oh! ¡Quiero todos los detalles jugosos!

Me incorporo, emocionada como una niña.

—Vino directamente a recepción y pidió conocerme. ¿Te lo imaginas? Se presentó como la abuela de Diego y me invitó a cenar esta noche.

Luna deja caer el bote de esmalte, que por suerte permanece cerrado.

—¡No me lo puedo creer! ¿Estaba Diego?

—Llegó justo después, iba corriendo detrás de su abuela, ¡y si hubieras visto su cara! Creo que nunca lo he visto tan avergonzado en toda mi vida. Estaba rojo como un tomate, tartamudeando... Era a la vez tierno e hilarante.

Luna sacude la cabeza, visiblemente tan pasmada como yo.

—Espera, ¿hablamos del mismo Diego? ¿El tío que podría anunciar el fin del mundo sin cambiar de expresión?

—¡Te lo juro! Y lo mejor es cuando su abuela soltó, así, súper natural: «Entonces, ¿tú eres la novia o el rollo de mi nieto?»

Luna se atraganta de risa.

—¡No! ¡No dijo eso!

—¡Sí! Diego casi se ahoga en el momento. Le dijo algo en español súper rápido, pero ella solo se encogió de hombros con una sonrisita maliciosa.

—Esta mujer es mi nueva ídola —declara Luna volviendo a pintarse las uñas—. Y por supuesto, declinaste educadamente, ¿no?

Me muero el labio.

—En realidad... acepté.

Luna vuelve a parar el gesto, mirándome con ojos como platos.

—¿Qué?

—Dije que sí. Vamos a cenar juntos esta noche, los tres.

—¿Pero no me habías dicho que querías mantener las distancias con Diego? ¿Que era solo una aventura de verano sin importancia? ¿Que no querías encariñarte para nada?

Me tumbo en su cama suspirando.

—Ya lo sé, ya lo sé... Pero su abuela es tan... No sé. Hay algo en ella que me ha recordado a mi propia abuela. ¡Y además, me dijo que venía de Valencia, como mi madre! Parecía una señal.

Luna me mira con aire escéptico.

—¿Una señal de que deberías ignorar todos tus propios consejos y tirarte de cabeza a una relación complicada con tu compañero sexy pero emocionalmente estreñido?

—¡No! Una señal de que debería... ¿hacer una excepción por esta noche? Por su abuela, no por él, obviamente. Escucha, es solo una cena. No es como si fuera a conocer a toda su familia antes de irme de luna de miel.

Luna termina su última uña y sopla sobre ella.

—Ajá. ¿Y qué te vas a poner para esta «simple cena»?

Se me descompone la cara. Ni siquiera he pensado en eso.

—¡Joder, Luna! ¡No he planeado nada! La familia de Antoine siempre me miraba como si fuera una guarra, llevara lo que llevase. Y aunque Diego y yo no seamos pareja...

—Y aunque probablemente no vuelvas a ver a su abuela nunca más, quieres causar buena impresión —completa Luna con una sonrisa cómplice.

—Es solo que... no quiero quedar en ridículo.

Luna se levanta de un salto y se dirige a su armario.

—Deja que te ayude. Mientras busco el conjunto perfecto, ¿puedes terminar de hacerme esta pulsera que empecé? Es para el hermano pequeño de Alejandro, viene mañana.

Me lanza una pulsera de la amistad a medio terminar, con hilos de colores que ya forman un bonito dibujo.

—Por supuesto —respondo cogiendo los hilos—. No sabía que Alejandro tenía un hermano pequeño.

—Tiene catorce años y le encantan las pulseras. Le hago una en cada visita —explica Luna rebuscando en su armario.

Mis dedos retoman el trenzado donde Luna lo había dejado, mientras ella saca diferentes conjuntos.

—Entonces, cuéntame, esa abuela... ¿cómo es, aparte de directa?

—Desprende algo majestuoso, pero al mismo tiempo súper pícaro. Se nota que debió de ser una rebelde tremenda en su juventud.

—Al contrario que su nieto, que debió de nacer con traje y corbata y un palo metido por el culo —comenta Luna sosteniendo un vestido verde contra ella.

Me echo a reír.

—¡Exacto! Pero es raro, cuando está con ella, parece diferente. Más relajado, a pesar de su vergüenza.

—No, este riñe con tus ojos —murmura Luna rechazando el vestido—. Diego tiene un lado misterioso, ¿eh? Como que parece que oculta un montón de cosas.

—Como todo el mundo, ¿no? —respondo trenzando los hilos con concentración.

—No como tú, Señorita Libro Abierto.

—¡Eh! —protesto—. ¡Soy muy misteriosa!

—¡Venga ya! —exclama Luna riéndose—. Te ruborizas en cuanto Diego te mira y tu cara expresa literalmente cada uno de tus pensamientos. Toma, pruébate esto.

Me lanza un vestido azul noche sencillo pero elegante.

—Es perfecto para una cena en un restaurante elegante, sin pasarse.

Cojo el vestido y me lo pongo delante en el espejo.

—¿Tú crees? ¿No es un poco demasiado sugerente?

—Sophie, es un vestido normal con un escote decente. El hecho de que lo encuentres sugerente demuestra hasta qué punto ese cabrón de Antoine te metió en una caja.

Hago una mueca reconociendo la verdad en sus palabras. Antoine criticaba constantemente mis conjuntos, encontrándolos ora demasiado provocativos, ora no lo bastante elegantes.

—Tienes razón. Me lo voy a poner.

—Y mientras te cambias, me vas a decir por qué exactamente dijiste que sí a esta invitación. La razón de verdad.

Suspiro mientras me pongo el vestido.

—¿Sinceramente? No lo sé. Quizá porque Diego estaba demasiado mono todo avergonzado. Quizá porque su abuela me recuerda a la mía. O quizá...

—¿O quizá porque empiezas a tener sentimientos por él? —sugiere Luna con una sonrisa ladina.

—¡No! Bueno... Es complicado.

Luna se acerca para ayudarme a subir la cremallera.

—El amor siempre es complicado, cariño. Pero ¿sabes qué es sencillo? Admitir que te estás engañando pretendiendo que es solo sexo.

—No es... —empiezo antes de interrumpirme al cruzar su mirada en el espejo—. Vale, quizá no sea solo sexo. Pero no puede ser más. Sabes que vuelvo a París al final del verano.

—¿Y las relaciones a distancia no existen?

Niego con la cabeza.

—Para mí no. Ahora no. Y no es negociable.

Luna suspira pero no insiste.

—Venga, deja que me ocupe de tu pelo. Y en lugar de comerte el coco, disfruta la velada, ¿vale?

El restaurante está en una colina con vistas al mar, en un antiguo molino reconvertido. Las paredes de piedra, las vigas vistas y las vistas espectaculares crean un ambiente a la vez rústico y sofisticado. Diego ha venido a buscarme al hotel, y durante todo el trayecto en coche, he sentido su mirada sobre mí cuando creía que no me daba cuenta.

Dolores ya nos espera en la mesa, preciosa con un vestido coral que realza su tez bronceada y su pelo plateado. En cuanto me ve, se levanta para recibirme, besándome en las dos mejillas como si fuéramos viejas amigas.

—¡Ah, por fin llega la bella Sophie! —exclama en español—. Mi nieto no me había mentido sobre tu belleza.

Me ruborizo al instante mientras Diego parece querer desaparecer bajo tierra.

—Abuela, por favor... —murmura.

—Oh, deja de hacerte el tímido, Diego. ¡Así no he criado yo a los niños de esta familia!

No puedo evitar reírme ante su aire falsamente exasperado.

—Gracias por invitarme, señora Álvarez —respondo en español.

—¿Señora Álvarez? Llámame Dolores, cariño. O Lola, como me llamaban mis amantes en mi juventud.

Diego casi se atraganta con el agua que acaba de beber.

—¡Abuela!

—¿Qué? No siempre he sido una mujer mayor, ¿sabes? A tu edad, ya había roto una docena de corazones.

El camarero llega para tomar nuestros pedidos, salvando momentáneamente a Diego de su bochorno. Dolores insiste en pedir

vino local y varios platos para compartir.

—Entonces, Sophie, ¿tu madre viene de Valencia? —pregunta una vez que se ha ido el camarero.

—Sí, exacto. Pasé varios veranos allí cuando era pequeña.

Los ojos de Dolores se iluminan.

—¡Qué casualidad tan maravillosa! ¿Qué barrios conoces?

Me lanzo a describir mis recuerdos de la infancia en Valencia —las calles estrechas del casco antiguo, los mercados de colores, las tardes en la playa de la Malvarrosa. Dolores asiente con entusiasmo, añadiendo sus propias anécdotas y preguntándome por detalles que solo una local podría conocer.

Durante la conversación, sorprendo varias veces la mirada de Diego puesta en mí. No esa mirada de deseo que ahora conozco bien, sino algo diferente, más profundo. Me escucha atentamente, como si bebiera cada una de mis palabras, descubriendo una parte de mí que aún no conocía.

—¿Y esos recuerdos, los has usado para escribir? —me pregunta de repente durante una pausa en la conversación.

Su pregunta me pilla por sorpresa.

—¿Te acuerdas de que escribo?

Levanta una ceja, visiblemente sorprendido por mi reacción.

—Claro que me acuerdo. Me dijiste que estudiabas literatura comparada y que querías escribir y trabajar para una editorial.

Siento un calor extendiéndose por mi pecho. Antoine se burlaba constantemente de mis ambiciones literarias, calificándolas de «afición mona». Que Diego no solo se acuerde, sino que parezca sinceramente interesado me toca más de lo que me gustaría admitir.

—¿Entonces? —insiste suavemente—. ¿Has usado esos recuerdos?

—He empezado a garabatear algunas cosas, sí —respondo bajando los ojos hacia mi copa—. Nada serio.

—Es modesta —interrumpe Dolores dándome palmaditas en la mano—. Se ve en tus ojos cuando cuentas esas historias, cariño. Tienes el don de una narradora, nos has cautivado a todos. Tus lectores van a tener mucha suerte.

Cruzo la mirada de Diego, y por un instante, algo pasa entre nosotros —un entendimiento, una conexión que va más allá de la

atracción física que compartimos desde hace semanas.

En este preciso instante, me doy cuenta de que estoy a punto de cruzar una línea peligrosa. Ya no es solo un juego, una aventura sin consecuencias. Empiezo a ver a Diego —al Diego de verdad, no solo el compañero sexy con el que comparto cama— y este descubrimiento es mucho más aterrador de lo que quería admitir.

CAPÍTULO 30

Diego

No consigo apartar la mirada de la escena que se desarrolla ante mí. Mi abuela y Sophie están inclinadas la una hacia la otra, como si compartieran secretos de Estado, sus risas resonando en este pequeño restaurante enclavado en el corazón de Ibiza. Un antiguo molino reconvertido que siempre he guardado como mi refugio personal, lejos de los turistas y del bullicio del hotel.

Y aquí estoy, habiendo traído a Sophie.

—Y tú, Diego, ¿por qué nunca dijiste que Sophie era escritora? —me pregunta mi abuela con esa mirada pícara que conozco demasiado bien.

Veo algo que se ilumina en los ojos de Sophie, un destello que aún no le conocía, y siento que mi corazón da un vuelco en el pecho. Su expresión me golpea como un puñetazo en pleno esternón. Reconocimiento. Vulnerabilidad. Alguien de su entorno se ha pasado el tiempo menospreciándola, lo siento, porque a mí me ha pasado lo mismo con mi padre. No la interrogo al respecto, será cosa suya contármelo si quiere. La conversación continúa con algunas anécdotas sobre la escritura de su manuscrito.

—Y si te falta inspiración, siempre puedes venir a mi casa —le dice mi abuela—. Con mi nieto o sin él, pero con él es mejor.

Sophie busca mi reacción, pero elijo mantenerme al margen, consciente de que esta noche no es más que un paréntesis, y que todo volverá a la normalidad cuando termine.

—No digo que sí, pero tampoco digo que no —concede.

Una sonrisa ilumina el rostro arrugado de mi abuela, más radiante de lo que la he visto en años. Su aprobación es evidente, y en lugar de tranquilizarme, intensifica mi malestar. ¿Qué coño estoy haciendo? Al invitar a Sophie a conocer al único miembro de mi familia cuya opinión realmente me importa, he cruzado una línea que me había jurado respetar.

Las temporeras siguen siendo temporeras. Siempre se van. Es la regla número uno.

—Es tarde, creo que deberíamos irnos, abuela. El ferry no espera.

Mi abuela consulta su reloj y asiente a regañadientes.

—Es verdad, Diego. Qué noche tan deliciosa, de verdad.

En el camino al puerto, permanezco en silencio, conduciendo con una concentración excesiva. Por el retrovisor, puedo ver a Sophie en el asiento trasero, mirando por la ventanilla, su perfil delicadamente iluminado por las luces de la ciudad. Me pregunto en qué estará pensando.

En el muelle, frente al ferry iluminado que llevará a mi abuela de vuelta a Valencia, comienzan las despedidas.

—Mi pequeño Diego —comienza mi abuela tomando mi rostro entre sus manos—. No te conviertas como tu padre, te lo suplico. Siempre ha tenido miedo de lo que sentía.

—Abuela...

—No, escúchame por una vez. Levantas muros más altos que las murallas de Dalt Vila. ¿Crees que no lo veo?

—Soy perfectamente feliz como estoy.

—Mentiroso —sonríe dándome unos golpecitos en la mejilla—. Eres tan mal mentiroso como tu abuelo. Es decir, patético. No olvides que él pretendía que no había perdido las gafas, que había sido el perro quien se las había llevado.

—Cuando no teníamos perro —completo.

No puedo evitar reírme a mi pesar. Luego se vuelve hacia Sophie, abrazándola con una familiaridad que aún me sorprende.

—Mi querida Sophie, qué placer haberte conocido. Tendrás que venir a verme a Valencia sin falta.

Me aclaro la garganta.

—Abuela, Sophie vuelve a Francia al final del verano.

Mi abuela desecha mi objeción con un gesto de la mano.

—¿Y qué? Valencia no está en la luna. Hay aviones, trenes. Ya no estamos en la Edad Media, Diego.

—La señora Álvarez tiene razón —interviene Sophie con una sonrisa—. Me encantaría visitarla.

—Dolores, cariño. Llámame Dolores —insiste mi abuela—. O abuela, eso también me gustaría mucho.

Casi me atraganto.

—¡Abuela!

—¿Qué? —exclama con aire falsamente inocente—. ¿No puedo adoptar una nieta si me apetece?

Finge la inocencia con tanta gracia que es difícil mantenerse serio ante ella.

—Nos conocemos desde hace tres horas —señala Sophie, divertida.

—¿Y qué? Conocí a tu abuelo después de dos vasos de sangría y eso no me impidió casarme con él tres semanas después y permanecer a su lado hasta que la muerte me lo arrebató —me confía Dolores con un guiño—. Cuando se sabe, se sabe.

—¿Estabas borracha cuando conociste al abuelo? —exclamo, conmocionado.

—¡Oh, deja de poner esa cara! Como si hubiera sido una santa. La juventud está hecha para los errores magníficos, no para calcular cada paso como un contable. ¿Verdad, Sophie?

—Totalmente de acuerdo —aprueba Sophie con una sonrisa que me hace algo en el estómago.

—Bueno, basta de charla, el barco va a salir. Besaos, amaos, haced tonterías. La vida es corta.

Mi abuela nos abraza una última vez, luego sube la pasarela con esa elegancia que nunca ha perdido a pesar de sus setenta y ocho años. Antes de desaparecer, se vuelve y grita:

—Sophie, te espero en Valencia antes de Navidad. Diego, tienes mi autorización para acompañarla.

Luego desaparece, dejándonos plantados ahí, entre la vergüenza y la risa.

El regreso al hotel se hace en un silencio extraño. Ni pesado ni ligero. Solo... cargado. A través del parabrisas, la luna llena ilumina la costa de Ibiza, transformando el paisaje familiar en algo casi irreal. Los acantilados blancos se recortan sobre el mar de tinta, y las curvas serpenteantes parecen conducirme hacia un lugar que aún no conozco.

Echo un vistazo a Sophie. Su perfil está iluminado por la luz de la luna, y durante un segundo, tengo la impresión de verla realmente por primera vez. No la temporera francesa que había decidido

mantener a distancia. Ni siquiera la amante apasionada que comparte mi cama desde hace unas semanas. Solo Sophie. Con sus contradicciones, sus heridas en vías de curación, su inteligencia que me sorprende cada día.

Aparco en el parking reservado al personal, al abrigo de las miradas. El motor se para, y de repente, el silencio se vuelve demasiado evidente. No sé qué hacer. ¿Subir directamente? ¿Invitarla a mi casa? ¿Hacer como si esta noche no hubiera cambiado algo entre nosotros?

—Gracias —digo finalmente, rompiendo el silencio—. Por venir esta noche.

—Soy yo quien te da las gracias —responde suavemente—. Hacía mucho que no pasaba una noche tan buena.

Alzo una ceja, fingiendo indignación para disimular lo mucho que me toca su frase, y elijo el humor para ocultar mi turbación.

—Me siento ligeramente ofendido. Yo que pensaba que te hacía correrte con regularidad, resulta que prefieres a mi abuela.

Se echa a reír, esa risa franca que siempre me hace algo en el estómago.

—No es lo que quería decir, idiota.

—¿Entonces sí que consigo hacerte correrte?

—¡Diego! —exclama golpeándome ligeramente el hombro, pero veo que reprime una sonrisa.

—¿Qué? Es una pregunta legítima. Soy un profesional, necesito feedback para mejorar mis servicios.

Esta vez, su risa resuena en el habitáculo, y me sorprendo riéndome con ella. Luego vuelve el silencio, diferente esta vez. Más íntimo.

—Tu abuela es increíble —murmura.

—Te ha adoptado en tiempo récord. Creo que es un nuevo récord personal para ella.

—Me recuerda a mi madre. Pero más extrovertida.

La miro, sorprendido.

—¿En serio?

—Esa forma de ver a través de las personas. De decir exactamente lo que hace falta.

Parece a punto de añadir algo más, luego se lo piensa mejor. Nuestras miradas se cruzan, y siento esa tensión familiar entre nosotros. Pero esta noche es diferente. Ya no es solo deseo. Es más complejo, más profundo. Casi aterrador.

Sophie desvía la mirada primero, fijándose en sus manos.

—Quizás deberíamos...

No termina la frase, como si ella misma no supiera qué deberíamos hacer.

Y yo me encuentro aquí, en esta encrucijada que no había previsto. Podría hacer lo que siempre he hecho: mantener las distancias, conservar las fronteras, protegerme. En unas semanas, Sophie se habrá ido. Vuelta a su vida parisina, a sus estudios, a un mundo donde yo no existo.

Pero esta noche es un paréntesis dentro del paréntesis que hemos creado.

Me inclino hacia ella, lentamente, dándole todo el tiempo para retroceder si quiere. Nuestras miradas se encuentran, y lo que leo en la suya —esa vulnerabilidad mezclada con deseo— me anima a continuar.

Sin una palabra, atraigo a Sophie hacia mí. Cuando mis labios encuentran los suyos, es con una dulzura que me sorprende a mí mismo, como si temiera que se rompiera entre mis manos. Esta dulzura se transforma rápidamente en una urgencia que ya no puedo controlar. La beso como si tratara de decirle todo lo que no consigo formular —esa confusión entre el deseo físico que me consume y esa conexión emocional que no había previsto, que no sé gestionar, pero que ya no puedo ignorar.

Sus manos se aferran a mi camisa, como si ella también tuviera miedo de que me escape. Porque eso es lo que va a pasar. Nos escaparemos, el uno como el otro.

CAPÍTULO 31

Sophie

El sol apenas se alza sobre Ibiza cuando abro los ojos. Me quedo un momento tumbada en mi cama estrecha, mirando fijamente el techo de mi habitación. Esta habitación mía, no la de Diego. La norma que establecí hace unos días me parecía lógica: nada de noches juntos. Le solté sin la menor piedad que roncaba tan fuerte como un ejército de motosierras arrasando el Amazonas. Pero la verdadera razón es que me gustaría evitar que parezcamos una pareja. Para no perder mi independencia. Para no encariñarme. Un beso de despedida en su puerta, y luego cada uno en su cama. Como adultos razonables que saben que todo esto no es más que temporal.

Pero esta mañana, mi cama me parece terriblemente vacía.

Mi teléfono vibra sobre la mesilla de noche. Un mensaje de Diego:

[Café listo abajo. Trae ese culito.]

Sonrío a mi pesar y tecleo rápidamente una respuesta:

[Mi culito está en camino. Guárdame café.]

Quince minutos después, empujo la puerta de la sala común. Diego ya está allí, llenando una taza.

—¿Has dormido bien, princesa? —me pregunta tendiéndomela.

—Como un bebé —miento oliendo el aroma del café—. ¿Y tú?

Se encoge de hombros con esa media sonrisa que me derrite cada vez.

—En realidad no. Supongo que mis ronquidos me han debido de impedir dormir.

Por poco me atraganto con el café.

—¿Has probado los tapones para los oídos? Parece que hacen milagros.

Su sonrisa se ensancha, y veo el brillo burlón en sus ojos.

—Entonces, deberías probarlos tú también.

¿Y buscar otra excusa? ¿Y compartir esa cama que ya no querré dejar?

—Diego, yo...

—Porque tú no roncas, guapa, ¡pero cómo te tiras pedos!

Le doy un manotazo en el hombro, consciente de que mis mejillas se están volviendo rojas como tomates.

—¡Ni de coña!

—Pues claro que sí: quien no se tira pedos ni eructa está condenado a explotar. Pero a mí no me molesta.

Le saco la lengua como una cría de cinco años. Muy madura, Sophie.

—¿Quedamos con Alejandro y Luna en la playa antes del servicio? —me propone—. Tenemos tiempo de desayunar juntos.

Dudo una fracción de segundo. Esto es exactamente el tipo de cosas que debería evitar: estos momentos de intimidad compartida, estos instantes de complicidad que crean vínculos. Vínculos que voy a tener que cortar cuando vuelva a París. Pero la perspectiva de quedarme encerrada en la habitación mientras él disfruta con sus amigos me parece absurda.

—Por supuesto, ¿por qué no?

Veinte minutos después, estamos sentados en la playa privada del personal. Luna ya está allí, extendiendo un mantel sobre la arena, mientras Alejandro desempaqueta bollería y donuts de chocolate de una bolsa de papel.

—¡Mirad quién llega! —exclama Alejandro al vernos—. ¡Los tortolitos han salido del nido!

Luna le da un codazo con su falta de discreción habitual, pero su sonrisa dice mucho sobre lo que piensa. Siento que mis mejillas se sonrojan de nuevo. Diego, él, permanece imperturbable.

—¿Sabes lo que se dice de los pájaros que se burlan de otros? —replica sentándose junto a Alejandro.

—No, pero presiento que me va a tocar escuchar una máxima de abuela —responde su amigo poniendo los ojos en blanco.

Me instalo junto a Luna, que me tiende un vaso de café.

—No hagas caso a estos dos —me dice—. Son así desde el instituto. Dos niños grandes.

—¿Perdona? —se ofende Alejandro llevándose una mano al corazón—. ¡Soy un artista! ¡Un creador! ¡Un...

—Un coñazo —completa Diego robándole un donut—. No me des las gracias por la rima.

—Habla por ti, señor Soy-tan-serio-que-hasta-mis-calzoncillos-están-planchados —replica Alejandro.

Me echo a reír imaginándome la escena.

—¿Es verdad eso? —le pregunto a Diego intentando mantener la compostura—. ¿Planchas los calzoncillos?

Diego me lanza una mirada que dice claramente «me las vas a pagar», antes de volverse hacia su amigo.

—¿Vas a hablar en serio de ropa interior? Porque Luna podría contarnos la historia de tu bóxer de «la suerte»...

Alejandro se atraganta con su café mientras Luna se echa a reír.

—¡No se atrevería! —dice lanzando una mirada de pánico hacia Luna.

—Por supuesto que sí —responde esta con un guiño—. Bóxer rojo con corazoncitos, regalo de su yaya para sus 18 años. Se lo pone en cada actuación importante.

—¡TRAICIÓN! —grita Alejandro lanzándose sobre Luna, que cae hacia atrás riéndose a carcajadas.

Diego se vuelve hacia mí, con una gran sonrisa en los labios.

—Bienvenida a la familia —dice simplemente.

Esa palabra —familia— me golpea en pleno corazón. Antoine nunca me integró realmente en su círculo de amigos. Yo estaba allí, por supuesto, pero siempre un poco en la periferia. La novia a la que se tolera. Nunca realmente incluida en las bromas, las referencias, los recuerdos compartidos.

Aquí, en el espacio de unas pocas semanas, me siento más aceptada que durante mis dos años con él. Luna me defiende como si nos conociéramos de toda la vida. Alejandro me toma el pelo como a una hermana pequeña. Y Diego...

Diego me mira como si estuviera exactamente donde debería estar.

—¿Quién quiere oír la historia de la primera borrachera de Diego? —pregunta de repente Alejandro sentándose.

—Nadie —responde Diego lanzándole un trozo de pan.

—¡Yo! —exclamo al mismo tiempo que Luna.

—¡Traición! —grita Diego, imitando perfectamente el tono dramático de Alejandro de hace unos instantes.

—Déjame contarte, Sophie —prosigue Alejandro ignorando a su amigo—. Fue al final del instituto. Diego, siempre el más serio, nunca había probado ni una gota de alcohol...

—Lo cual sigue siendo el caso de la mitad de los adolescentes normales —murmura Diego.

—Chis, cuentas fatal —le riñe Alejandro antes de volverse hacia mí —. Entonces, estábamos en esta fiesta en la playa, y alguien —no diré nombres, pero puede que fuera yo— tuvo la idea brillante de preparar un ponche especial. Dos horas después, nuestro Diego aquí presente decidía que era urgente bañarse completamente desnudo.

Abro los ojos como platos, sin conseguir imaginarme al Diego que conozco haciendo algo así.

—¡Tonterías! —protesta Diego—. ¡No fue así!

—Oh sí, lo confirmo —dice Alejandro asintiendo vigorosamente con la cabeza—. Tengo fotos que lo demuestran.

—Las fotos se pueden trucar. Lo sabes mejor que nadie con la piel de bebé que te ponen en los carteles cuando vas a pinchar.

—Tuvieron que agarrarlo tres tíos antes de que llegara al agua. Y después...

—Y después, puede que paremos aquí —le interrumpe Diego, visiblemente mortificado.

Me echo a reír viendo su expresión, y me lanza una mirada falsamente traicionada.

—Muy bien, ahora me toca a mí contar una historia embarazosa sobre ti —amenaza.

—No me conoces desde hace suficiente tiempo —le provoco.

—Oh, pero tengo una informadora muy buena —dice mirando mi teléfono apoyado sobre el mantel—. Una tal Emma de París, que se ha suscrito a mi cuenta.

—¡No te atreverías!

—¿Tú crees?

Su mirada es tan juguetona, tan cómplice, que mi corazón da un salto en el pecho. ¿Cómo ha conseguido hacer eso? ¿Colarse bajo mi piel en apenas unas semanas?

El desayuno continúa en el mismo ambiente alegre. Luna nos cuenta sus peores experiencias con clientes, Alejandro imita a los DJ pretenciosos que se cruza en los clubes, y Diego... Diego se ríe. De verdad. No esa media sonrisa controlada que ofrece a los clientes, sino una risa profunda, sincera, que ilumina toda su cara. Y cada vez, busca mi mirada, como para asegurarse de que comparto este momento con él.

Cuando nos separamos para ir a prepararnos para el servicio, tengo las mejillas doloridas de tanto reír y el corazón extrañamente ligero.

Esa sensación de ligereza no dura.

De vuelta en mi habitación, al ponerme el uniforme, me doy cuenta de que hay un sobre que han deslizado por debajo de mi puerta. El membrete de la Universidad de París me salta inmediatamente a la vista.

Me siento en mi cama estrecha para abrirlo, aunque ya sé lo que contiene. El documento detalla el programa del próximo semestre. Asignaturas que he elegido con cuidado, profesores que he seleccionado por su reputación. Mi futuro cuidadosamente planificado.

Que empieza en exactamente seis semanas.

Seis semanas.

Miro fijamente el papel oficial, sintiendo el peso de las decisiones inminentes abatirse sobre mis hombros. Hace apenas unos minutos, estaba sentada en una playa con gente que me hace sentir más viva de lo que he estado en años. Con un hombre que me mira como si fuera especial. Única.

El encuentro con Dolores, la abuela de Diego, ha cambiado algo en mí. Esta mujer a la vez chiflada y elegante me ha mirado no como la chica que comparte la cama de su nieto durante el verano, sino como alguien que podría formar parte de su vida. De su familia.

Esta perspectiva, por seductora que sea, entra en colisión directa con mis planes iniciales. Con esa libertad e independencia que vine a buscar a Ibiza después de la relación asfixiante con Antoine.

Me dirijo hacia la sala común donde Luna prepara el café matutino. Me sonríe, inconsciente del trastorno que me habita. Le

devuelvo la sonrisa maquinalmente.

En recepción, veo a Diego supervisando la llegada de un grupo de clientes italianos. Su profesionalidad es impecable, sin dejar trasparentar nada de la noche apasionada que compartimos después de la cena con su abuela. Pero cuando nuestras miradas se cruzan brevemente, siento esa intimidad que nos une ahora, ese secreto que compartimos.

Se me encoge el estómago.

Meto la carta en mi taquilla, como si pudiera encerrar allí también la decisión que inevitablemente tendré que tomar. Por ahora, elijo sumergirme en el presente, en esta burbuja ibicenca que, día tras día, se parece cada vez menos a un simple paréntesis.

Pero una voz en mi cabeza, que se parece extrañamente a la de Antoine, me recuerda que todas las burbujas acaban por explotar.

CAPÍTULO 32

Diego

El festival internacional de música electrónica de Ibiza. El Santo Grial para los juerguistas, el apocalipsis para el personal hotelero. Y por supuesto, es hoy cuando todo comienza.

Termino de responder un correo cuando oigo un barullo inusual procedente del vestíbulo. Cierro los ojos un segundo, inspiro profundamente, y me preparo mentalmente antes de salir de mi despacho.

Ya sabíamos que íbamos a alojar a algunos. Pero ese algunos se ha convertido en horda cuando las tuberías del hotel Pino donde se suponía que se hospedarían han decidido hacer de las suyas. Obviamente, Javier no ha querido dejar que esa gente durmiera en la calle, y ha hecho correr la voz de que el Paraíso podía acogerlos a todos.

A todos.

Un gesto bastante simpático que ahora le da a nuestro hotel aires de Arca de Noé.

La visión que me recibe al comenzar mi turno es exactamente lo que temía. Una marea humana de maletas multicolor, de sombreros extravagantes y de gafas de sol llamativas invade cada centímetro cuadrado del lujoso vestíbulo del hotel Paraíso. Detrás de la recepción, Luna me lanza una mirada de angustia mientras intenta explicar algo a un grupo de británicos con el pelo teñido de rosa flúor.

Me acerco, componiendo mi expresión profesional más segura.

—¿Puedo ayudarles?

—¡Por fin alguien que parece un responsable! —exclama un hombre de unos treinta años que luce un tatuaje de palmera en el cuello—. Nuestro hotel ha tenido una avería de agua, y nos han dicho que vengamos aquí.

—Entiendo, señor. Déjeme verificar qué podemos hacer.

Es la primera vez que oigo hablar de esta situación. Me giro hacia Luna, que articula silenciosamente «estamos jodidos» antes de

señalar con el dedo hacia el despacho de Javier. Por supuesto. Nuestro director de gran corazón probablemente ha aceptado acoger a estos clientes sin preocuparse por los detalles prácticos como, oh, no sé, ¿la ausencia completa de habitaciones disponibles?

Cruzo el vestíbulo, zigzagueando entre los festivaleros. Un joven de barba perfectamente recortada me agarra del brazo.

—Tío, ¿dónde está el bar? Necesito un bloody mary urgentemente.

—A su derecha, señor, después de la fuente, pero el servicio no empieza hasta las...

Ya se ha ido antes de que termine la frase. Observo a Sophie al otro extremo del vestíbulo, portapapeles en mano, que intenta organizar una cola. Nuestras miradas se cruzan. Le hago un gesto con la cabeza que me devuelve con una pequeña sonrisa que, incluso en este caos, consigue desestabilizarme.

—¡Diego! ¡Te necesito para los VIP! —grita Alejandro que acaba de aparecer, visiblemente sin aliento.

—¿Qué VIP?

—¡El equipo de Carl Baker, ya sabes, el DJ del set principal! Acaban de llegar con quince maletas y tres perros. ¡Perros, tío!

—No aceptamos animales.

—Es exactamente lo que he dicho, pero el mánager me ha enseñado un correo de Javier autorizando todo.

Cierro los ojos un segundo, inspirando profundamente por centésima vez hoy.

—¿Dónde están?

—Entrada VIP. Te lo suplico, ven antes de que uno de los caniches se alivie sobre el mármol italiano.

Tres horas después, he conseguido meter a los perros en una suite con su cuidador personal, redirigir al equipo técnico hacia las habitaciones reservadas, y calmar una disputa entre dos influencers que querían absolutamente la misma habitación con vista a la cala. Mi teléfono no ha dejado de vibrar con peticiones cada cual más absurda.

De repente, Sophie aparece delante de mí, tendiéndome una botella de agua.

—Pareces necesitarla.

Cojo la botella, nuestros dedos se rozan. Este simple contacto me electriza, como siempre.

—Gracias. ¿Cómo va por tu lado?

—He conseguido alojar a veinte clientes del Pino en habitaciones que guardábamos en reserva. Luna se ocupa de los siguientes veinte.

—Eres increíble.

Las palabras se me escapan antes de poder retenerlas. Su sonrisa se amplía, iluminando su rostro cansado.

—Nada mal para una empleada de temporada, ¿no?

—Has superado esa etapa hace mucho tiempo.

Un destello pasa por sus ojos, pero antes de que pueda responder, nos interrumpe un grito procedente del bar. Un festivalero, visiblemente ya ebrio, acaba de tirar una bandeja entera de mojitos sobre una clienta vestida de blanco.

—Me ocupo —dice alejándose ya.

La veo alejarse, admirando a mi pesar su capacidad para mantener la calma en la tormenta. Estas últimas semanas, desde nuestro acercamiento, he descubierto una Sophie que nunca habría sospechado. Profesional, eficaz, pero también divertida, vulnerable a veces. Nuestra relación... Ni siquiera sé cómo calificarla. Nunca hemos puesto realmente palabras sobre ella. Momentos robados en calas aisladas, noches apasionadas en mi habitación antes de que vuelva a aislarse en la suya. Pero siempre manteniendo una distancia en el hotel, una separación clara entre nuestra intimidad y nuestra vida profesional.

Una separación que he mantenido cuidadosamente. Hasta ahora.

Al final del día, cuando la situación empieza por fin a estabilizarse, recibo un mensaje de Javier pidiéndome que pase por su despacho. Me dirijo hacia allí, esperando que no se trate de una nueva catástrofe que gestionar.

Cuando entro, Javier está de pie ante la ventana, la mirada fija en el mar. Se gira hacia mí con una expresión que me alerta inmediatamente.

—Diego, gracias por tu trabajo de hoy. Sé que no ha sido fácil.

—Nada que no podamos gestionar.

—Precisamente. Por eso confío en ti para lo que viene.

Esto pinta mal.

Me tiende una hoja de papel. La cojo, el corazón acelerándoseme inexplicablemente.

—¿Qué es esto?

—Debemos liberar ciertos alojamientos del personal para acomodar al equipo técnico adicional de Carl Baker. Son más numerosos de lo previsto.

Recorro la lista con los ojos. Una decena de nombres de miembros del personal seguidos de sus nuevas asignaciones. Mi mirada se paraliza de repente.

Diego Álvarez + Sophie Leroy - Habitación de servicio 8B

Releo varias veces, como si las palabras pudieran cambiar. Una habitación. Con Sophie. Durante dos semanas. Una habitación con una sola cama, si mi memoria no me falla.

—¿Hay algún problema? —pregunta Javier, notando mi silencio prolongado.

—No, es solo que... la habitación 8B es bastante pequeña para dos personas, ¿no?

—Es la más grande de las habitaciones de servicio, y vosotros dos sois los responsables de la coordinación durante el festival. Me parecía lógico.

Por supuesto. Lógico para alguien que ignora completamente la naturaleza de mi relación con Sophie. Lógico para alguien que no sabe que estoy aterrorizado ante la idea de compartir mi espacio personal de forma permanente, incluso con ella. Especialmente con ella.

—Entiendo —respondo, intentando mantener una voz neutra.

La puerta se abre bruscamente y Alejandro entra sin llamar, como es su costumbre.

—Javier, necesito... Oh, perdón, no sabía que estabas ocupado.

—Entra, Alejandro, precisamente hablábamos de los nuevos arreglos para el alojamiento.

Mi amigo se acerca y echa un vistazo por encima de mi hombro. Siento que su respiración se bloquea brevemente cuando localiza mi nombre junto al de Sophie.

—¿Estos cambios son necesarios? —pregunta inocentemente.

—Desgraciadamente sí —suspira Javier—. El equipo de Baker necesita más habitaciones de las previstas.

Me giro hacia Alejandro, una idea cruzándome la mente.

—¿Por qué no comparto tu habitación mejor? Tienes una cama doble.

Alejandro abre los ojos de par en par, luego una sonrisa diabólica se dibuja en su rostro.

—Ah no, imposible, hermano. No puedo compartir mi cama contigo.

—¿Por qué no? Bien que dormiste en mi cama cuando estabas demasiado borracho para volver a casa el mes pasado.

—Sí, pero roncas —declara con seriedad fingida.

—¿Qué os pasa, a Sophie y a ti, con decir que ronco? Ni siquiera es verdad.

—Sí, como un oso. Y ocupas todo el sitio. Y hablas dormido.

—¡Eso es completamente falso!

—Incluso pronunciaste cierto nombre la otra noche...

Le lanzo una mirada asesina que ignora completamente.

—Por otra parte, ya he propuesto compartir con Marco. Ya nos hemos arreglado.

—¿Con Marco? ¿No duerme ya con Ella?

—Ya sabes lo que dicen. Cuantos más seamos...

Javier nos observa con una sonrisa divertida.

—Lo siento, Diego, pero está decidido. Informaréis a todos vuestros compañeros concernidos. La mudanza debe efectuarse antes de mañana al mediodía.

Salgo del despacho, la mente en ebullición, Alejandro pisándome los talones. Apenas cerrada la puerta, explota de risa.

—¡Dios mío, tu cara! ¡Ha sido épico!

—Eres el peor de los amigos, ¿lo sabes?

—Al contrario, soy el mejor. Acabo de ofrecerte dos semanas con la chica de la que estás claramente loco, aunque te niegues a admitirlo.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo esperado. ¿Loco por Sophie? Es ridículo. Aprecio su compañía, su cuerpo, su inteligencia.

Pero ahí se acaba. Debe acabar ahí.

—No es tan simple —murmuro.

—¿Qué no es simple? Ya estáis juntos, ¿no?

—Follamos juntos, eso es todo.

—Bueno, follaréis aún más. Es genial, ¿no?

—No. No es genial.

Alejandro sacude la cabeza, su expresión volviéndose de repente seria.

—Diego, te conozco desde que tenemos doce años. Lo compartimentas todo. Trabajo por un lado, placer por el otro. Sentimientos en una cajita bien cerrada en el fondo de tu cerebro.

—Y ha funcionado muy bien hasta ahora.

—¿En serio? ¿Por eso huyes a la playa cada vez que algo se vuelve demasiado real?

No respondo, irritado por su perspicacia. Alejandro suspira y luego pone una mano en mi hombro.

—Sophie es diferente de las demás. Lo vi desde el primer día. Y tú también, aunque trates desesperadamente de fingir lo contrario.

Se aleja, dejándome solo con mis pensamientos. Me dirijo instintivamente hacia la playa privada, como él había predicho. El sol empieza a declinar, tiñendo el mar de reflejos dorados. Me siento en la arena, tratando de poner orden en mis emociones.

La idea de Sophie en mi espacio personal, en mi intimidad cotidiana —no solo durante nuestros momentos de pasión elegidos, sino en la banalidad del despertar, en los pequeños rituales de la mañana, en nuestros hábitos más ordinarios— me llena de una angustia inexplicable. Pero bajo esta aprensión late algo más, una expectación que no me atrevo a examinar demasiado de cerca.

Fijo la mirada en el horizonte, buscando en el ritmo de las olas una calma que se me escapa. ¿Cómo voy a sobrevivir a esta convivencia forzada sin que los muros cuidadosamente construidos alrededor de mi corazón se derrumben completamente?

CAPÍTULO 33

Sophie

El anuncio cae como un rayo durante la reunión del personal.

—Debido al festival y la llegada de los equipos técnicos de los artistas, debemos reorganizar temporalmente los alojamientos del personal —anuncia Javier con su voz tranquila pero autoritaria.

Mis ojos siguen su dedo sobre la lista que hace circular. Siento que se me para el corazón cuando veo mi nombre asociado al de Diego. Habitación 8B. Miro a mi alrededor, buscando desesperadamente su mirada, pero él se queda fijo mirando al suelo.

La reunión termina y todo el mundo se dispersa. Me quedo ahí plantada, con la lista aún temblando en mi mano.

—Solo son dos semanas —me susurra Luna al oído con una sonrisa que calificaría de demasiado divertida para la situación.

Le lanzo una mirada asesina.

—La habitación 8B solo tiene una cama, Luna. Una sola cama.

—Ah —hace, fingiendo sorpresa mientras su sonrisa se ensancha —. Qué tragedia tener que compartir cama con el tío más bueno del hotel, con el que ya te has acostado no sé cuántas veces.

—Es diferente —protesto—. No dormimos juntos. No es lo nuestro.

Y es verdad. Nuestros encuentros siempre han sido intensos, apasionados, pero temporales. Uno de nosotros siempre acaba marchándose a su propio espacio. Así es como funcionamos. Así es como me protejo.

Luna me acompaña hasta mi habitación para ayudarme a hacer el equipaje. Doblo mecánicamente mi ropa, intentando ignorar el nudo que se me forma en el estómago.

—El destino se está metiendo por medio —canturrear Luna mientras mete mis productos de belleza en una bolsa—. Reconoced los dos que es el universo el que os está empujando hacia el otro.

—El universo podría meterse en sus asuntos —refunfuño, lo que la hace estallar en carcajadas.

Me sobresalto cuando llaman a mi puerta. Diego está en el marco, más tieso que un palo de escoba.

—Ya te has enterado, supongo —empieza, con las manos en los bolsillos.

—Difícil no enterarse.

Se instala un silencio incómodo. Luna nos observa como si fuera un partido de tenis especialmente entretenido.

—Os voy a dejar hablar —dice finalmente guiñándome un ojo nada sutil—. He metido los condones en la bolsa gris, por si los buscáis.

Una vez solos, Diego se aclara la garganta.

—Ya he dejado algunas cosas en la... nuestra habitación temporal.

—Genial —respondo, intentando parecer indiferente—. Ya casi he terminado aquí.

—Puedo dormir en el suelo si prefieres —propone de repente.

Levanto la vista de mi bolsa, sorprendida.

—No seas ridículo. Somos adultos. Podemos compartir una cama sin hacer un drama.

Sobre todo después de todo lo que ya hemos compartido.

—Por supuesto —responde demasiado rápido—. Es solo... profesional.

—Exactamente. Puramente logístico.

—Absolutamente.

—Un arreglo temporal.

—Práctico.

—Práctico —confirmo.

Nos miramos, ninguno de los dos pareciendo convencido por esta retahíla de justificaciones.

—Entonces, ¿hasta luego? —propone.

—Hasta luego.

Asiente con la cabeza y se escabulla. Me desplomo en mi cama vacía, con el corazón latiéndome a mil. ¿Cómo se supone que voy a sobrevivir a esto?

La habitación 8B está bajo las buhardillas, en la última planta del edificio principal. Respiro hondo antes de girar el pomo. La

habitación es más pequeña de lo que me imaginaba, con vigas vistas y un techo inclinado. Una cama de matrimonio ocupa la mayor parte del espacio, y constato con una pizca de diversión que Diego ya ha organizado sus cosas en el lado derecho.

Su ropa está alineada en el armario abierto con precisión militar, clasificada por color y por tipo. Sus zapatos están perfectamente ordenados bajo la cama, como si hubiera usado una regla. En la mesilla de noche, un libro, su móvil y su cargador están dispuestos en ángulo recto.

No puedo contener una sonrisa. ¿Quién habría dicho que Diego Álvarez, el hombre de las miradas ardientes y las manos tan aventureras en la oscuridad de las calas apartadas, sería un maniático del orden?

Dejo mi bolsa en el lado izquierdo de la cama y me acerco al pequeño balcón. La vista es impresionante: el Mediterráneo se extiende hasta perderse de vista, brillando bajo el sol de la tarde.

—¿Te gusta?

Me sobresalto. Diego está en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos.

—La vista es increíble —respondo girándome hacia el mar para ocultar mi turbación.

—Es la única ventaja de esta habitación —dice entrando—. Es minúscula, pero nadie quiere dormir aquí en verano por el calor bajo el tejado, que ni siquiera el aire acondicionado consigue combatir. Ahora mismo es soportable.

Se acerca, manteniendo una distancia prudente.

—Me he quedado con el lado derecho, espero que te parezca bien.

—Perfecto —respondo, como si el lado de la cama tuviera la más mínima importancia.

Nos quedamos ahí, contemplando el mar el uno al lado del otro, separados por treinta centímetros de aire cargado de tensión.

—Tengo una reunión con Javier dentro de veinte minutos —anuncia por fin—. Ponte cómoda.

Se escabulle antes de que pueda responder. Me dejo caer en la cama con un suspiro. ¿Cómo vamos a sobrevivir a dos semanas de este baile torpe?

Al caer la noche, nos encontramos en una coreografía extraña. Diego me deja usar el baño primero. La diminuta habitación apenas contiene una ducha, un váter y un lavabo, pero está impecablemente limpia.

Sus productos están alineados en la estantería: un champú-gel básico, un cepillo de dientes, un desodorante sin marca particular, una crema hidratante sencilla. Nada superfluo, nada fantasioso. Típico de Diego.

Cuando salgo, vestida con unos shorts y una camiseta que me sirven de pijama, él está sentado al borde de la cama, consultando su móvil. Levanta la vista y su mirada se detiene un segundo de más antes de que se levante rápidamente.

—No tardaré —dice dirigiéndose hacia el baño.

Oigo correr el agua mientras me meto bajo las sábanas, lo más cerca posible del borde izquierdo, como si corriera el riesgo de electrocutarme al tocar su lado.

Cuando sale, vestido con una simple camiseta y unos shorts también, con el pelo aún húmedo, mi corazón da un salto ridículo. Miro fijamente mi móvil.

—Buenas noches —dice apagando la luz principal, dejando solo la pequeña lámpara de su mesilla de noche.

—Buenas noches —respondo, con la voz más aguda de lo normal.

Siento el colchón hundirse bajo su peso. Estamos tumbados el uno al lado del otro, tiesos como palos, separados por treinta centímetros de tierra de nadie que nadie se atreve a cruzar. Es absurdo. Hemos compartido las intimidades más profundas en la oscuridad de su coche, en una playa desierta, en una habitación de hotel desocupada. Sin embargo, esta cama parece más íntima que todo lo que hemos vivido hasta ahora.

—Puedes apagar tu lámpara cuando quieras —susurro.

—Vale —responde antes de sumirnos en la oscuridad.

El silencio solo se rompe por nuestras respiraciones. Intento relajarme, pero cada movimiento me parece ensordecedor. Percibo su perfume, esa mezcla de jabón y olor natural que me vuelve loca cuando estamos cerca.

Acabo durmiéndome, pero mi sueño es agitado.

Me despierto sobresaltada, desorientada. La habitación está sumida en la oscuridad, pero la luz plateada de la luna se filtra a través de las cortinas entreabiertas. Extiendo instintivamente la mano hacia el otro lado de la cama, pero está vacío.

Me incorporo, parpadeando. La puerta del balcón está entreabierta, dejando entrar una ligera brisa marina. Me levanto y me acerco, aún entumecida de sueño.

Diego está ahí, apoyado en la barandilla, vestido únicamente con sus shorts. A la luz de la luna, su perfil parece esculpido en mármol. Contempla el mar, inmóvil como una estatua.

Me acerco en silencio.

—¿No duermes? —pregunto suavemente.

Pregunta tonta, lo admito.

Gira ligeramente la cabeza, no realmente sorprendido por mi presencia.

—A veces me cuesta dormir —responde simplemente.

Me coloco a su lado, nuestros codos rozándose en la barandilla. El mar se extiende ante nosotros, negro e infinito, salpicado de reflejos plateados.

—A mí también —confieso—. Sobre todo en un sitio nuevo.

Permanecemos en silencio un momento, escuchando el ruido lejano de las olas. Siento el calor que emana de su cuerpo, tan cerca del mío. La tensión entre nosotros es casi palpable, como un hilo invisible que nos conecta y nos atrae el uno hacia el otro.

Siento su mirada sobre mí, intensa incluso en la oscuridad. Lentamente, con cuidado, pongo mi mano sobre la suya. Su piel está caliente bajo mis dedos. Lo siento tensarse un instante, luego relajarse.

Se gira hacia mí, su cara a medias en sombra. Sin una palabra, levanta su mano libre y la pone en mi mejilla. Su pulgar acaricia suavemente mi pómulo, mandando escalofríos por todo mi cuerpo.

Nuestras caras se acercan, como atraídas por una fuerza invisible. Sus labios encuentran los míos en un beso al principio vacilante, luego cada vez más profundo. Me agarro a sus hombros mientras sus brazos me envuelven, apretándome contra él como si temiera que me fuera a volar.

Este beso es diferente a todos los que hemos compartido antes. No hay la urgencia habitual, el frenesí de los momentos robados. Hay algo más profundo, más vulnerable.

Sin romper nuestro abrazo, me levanta. Mis piernas se enroscan alrededor de su cintura mientras me lleva dentro. La débil luz de la luna dibuja sombras en su piel bronceada cuando me tumba delicadamente en la cama.

Sus manos encuentran el borde de mi camiseta, deteniéndose un instante, una pregunta silenciosa en sus ojos. Asiento con la cabeza y me la quita de un gesto fluido. Sus ojos se oscurecen contemplando mi pecho desnudo. Sus dedos rozan mis pechos, trazando círculos alrededor de mis pezones que se endurecen inmediatamente bajo su toque.

—Eres preciosa —murmura, su voz ronca de deseo.

Se inclina y toma uno de mis pezones en su boca, chupándolo suavemente. Se me escapa un gemido mientras su lengua dibuja círculos, mandando ondas de placer que bajan directamente entre mis muslos. Su mano se ocupa de mi otro pecho, pellizcando ligeramente, haciéndome arquear bajo él.

Tiro de su camiseta, ávida de sentir su piel contra la mía. Se incorpora lo justo para quitársela, revelando su torso esculpido que tantas veces he admirado. Mis dedos recorren ávidamente sus músculos, trazando cada contorno, saboreando el calor de su piel.

Su boca desciende por mi vientre, depositando besos ardientes hasta la goma de mis shorts. Me mira, esperando mi aprobación. Asiento con la cabeza, levantando las caderas para ayudarle. En un instante, estoy completamente desnuda bajo su mirada ardiente.

Sus dedos suben lentamente por mis piernas, parándose justo antes de llegar al sitio donde más lo deseo. Gimo de frustración, separando instintivamente mis muslos.

—¿Impaciente? —pregunta con una sonrisa que no le conocía.

Como única respuesta, lo atraigo hacia mí para un beso apasionado. Mis manos bajan audazmente hacia sus shorts, haciéndoselos deslizar por las piernas. Tomo su sexo duro en mi mano, saboreando su gemido contra mis labios.

Nos acariciamos mutuamente, nuestras respiraciones cada vez más erráticas. Sus dedos encuentran mi intimidad húmeda, haciéndome gemir cuando empieza a acariciarme con una precisión que me vuelve loca. Ya conoce mi cuerpo, sabe exactamente cómo tocarme para hacerme perder la cabeza.

—Te deseo, ahora —susurro contra sus labios.

Se coloca entre mis piernas, mirándome directamente a los ojos mientras se hunde lentamente en mí. Echo la cabeza hacia atrás, abrumada por la sensación de sentirlo llenándome completamente. Se queda inmóvil un instante, como para saborear esta conexión.

—Sophie —suspira, casi con reverencia.

Nuestros cuerpos empiezan a moverse al unísono, encontrando naturalmente un ritmo perfecto. Me besa profundamente mientras sus caderas ondulan contra las mías. Sus manos sujetan las mías por encima de mi cabeza, nuestros dedos entrelazados como si tuviéramos miedo de perdernos.

Enrosco mis piernas alrededor de su cintura, cogiéndolo aún más profundamente. Cada embestida me acerca al borde. Cambia ligeramente de ángulo, tocando un punto en mí que me hace gritar su nombre.

—Sí, ahí, exactamente ahí —jadeo, mis uñas hundiéndose en su espalda.

La intensidad sube en espiral, nuestros movimientos volviéndose más urgentes, más desesperados. Siento la tensión familiar acumulándose en mi bajo vientre, como una ola a punto de romper. Diego desliza una mano entre nuestros cuerpos, su pulgar encontrando mi punto más sensible, acariciándolo en círculos precisos.

Sus ojos oscuros capturan los míos en el momento exacto en que el orgasmo me golpea. Mi cuerpo se tensa como un arco, ondas de placer intensas atravesándome mientras grito su nombre. Él continúa sus movimientos, prolongando mi placer hasta que su propio goce lo abruma. Entierra su cara en mi cuello, gimiendo sordamente mientras se libera profundamente en mí.

Permanecemos abrazados, nuestros corazones latiendo al unísono, nuestras pieles húmedas tocándose de la cabeza a los pies. Acaricia

suavemente mi pelo, depositando ligeros besos en mi frente.

No hace ningún gesto para marcharse. No tengo ganas de que lo haga.

—Ya ves —susurro contra su cuello, con una pequeña sonrisa en los labios—. Hemos resistido casi tres horas.

Su risa silenciosa hace vibrar su pecho contra el mío.

—Todo un récord —responde, sus dedos dibujando círculos perezosos en mi espalda.

Me duermo así, acurrucada contra él, su respiración regular arrullándome como el dulce murmullo de las olas de Ibiza.

CAPÍTULO 34

Diego

Miro fijamente al techo mientras escucho la respiración regular de Sophie a mi lado. Cinco días. Cinco jodidos días de convivencia y mi vida bien organizada se ha ido al traste.

Ya no reconozco nuestra habitación. Mi espacio, normalmente tan ordenado, tan militarmente organizado, ahora está salpicado de indicios de su presencia. Su perfume ligero impregna las sábanas. Sus productos de belleza han invadido el diminuto cuarto de baño. Sus libros se amontonan sobre la mesita de noche en una pila informe que amenaza con desplomarse en cualquier momento. Y lo más desconcertante es que no me molesta en absoluto.

Giro ligeramente la cabeza. Su pelo castaño se extiende en abanico sobre la almohada, algunos mechones rozan mi hombro. Me resisto al impulso de tocarlos. Esta intimidad no sexual es quizá lo que más me perturba: esa familiaridad cotidiana que se instala insidiosamente entre nosotros.

Se mueve mientras duerme, su rostro se gira hacia mí. Sin maquillaje, con esa expresión apacible, parece más joven, más vulnerable. No debería mirarla así, pero no puedo evitarlo. Observo la curva de su mejilla, la ligera constelación de pecas que nunca había notado antes, el movimiento de sus párpados que sugiere que está soñando.

Joder. ¿Qué me está pasando?

Me levanto con cuidado para no despertarla. Su despertador marca las 5:30 —demasiado temprano, pero imposible volver a dormirme con todos estos pensamientos dándome vueltas en la cabeza. Me deslizo al cuarto de baño tratando de hacer el menor ruido posible.

Bajo la ducha, dejo que el agua fría aclare mis ideas. Es solo una situación temporal, me repito. Una convivencia forzada por las circunstancias. Nada más. Sin embargo, cuando salgo y veo su cepillo de dientes junto al mío, algo se me encoge en el pecho.

Las ocho. El hotel está en plena efervescencia. El festival internacional transforma nuestra clientela habitualmente selecta en una mezcla explosiva de juerguistas, VIPs excéntricos y estrellas. Mantengo mi máscara de eficiencia profesional, dirigiendo al personal como un director de orquesta, anticipando las peticiones más absurdas.

—Señor Álvarez, el DJ sueco de la habitación 304 pide un baño de leche de almendras a temperatura exacta de 37 grados para su perrito.

Ni siquiera pestañeo.

—Contactad con el spa para la leche de almendras y usad el termómetro de cocina.

Mi nueva becaria asiente con la cabeza, impresionada por mi sangre fría. Si supiera que mi verdadero desafío hoy no es ese baño canino sino evitar que mis ojos busquen constantemente a Sophie por el vestíbulo...

Y por supuesto, justo cuando pienso en ello, aparece ella, acompañando a una pareja de clientes. Su forma de moverse —profesional pero con esa calidez natural que la caracteriza— me fascina. Lleva el uniforme del hotel como nadie, dándole una elegancia sin esfuerzo que nuestros diseñadores probablemente no habían previsto.

Nuestras miradas se cruzan brevemente. Mantengo mi expresión neutra, pero algo pasa entre nosotros: ese conocimiento compartido de cómo se estira como un gato al despertarse, cómo mascullo en español cuando me concentro. Detalles íntimos que nadie más conoce.

Veo a Alejandro que nos observa, con una sonrisa burlona en los labios. Me doy la vuelta bruscamente, sumergiéndome de nuevo en mis archivos. Este maldito festival nos está volviendo locos a todos.

—¡Diego! ¡Una urgencia en la suite Mediterránea!

Me dirijo hacia el ascensor, agradecido por esta distracción.

La «catástrofe» resulta ser una estrella de cine americana completamente colocada que ha decidido transformar su bañera en un acuario improvisado. Encuentro seis peces tropicales nadando

desesperadamente en el agua tibia mientras la actriz, en ropa interior y gafas de sol, me jura que le hablan.

—Estaban tristes en su bolsita, ¿entiendes? ¡Me dijeron que querían más espacio!

Respiro profundamente, evitando cuidadosamente mirar su atuendo minimalista.

—Por supuesto, señora. Lo entiendo perfectamente. Pero nuestra bañera no está equipada con el sistema de filtración adecuado para peces tropicales. Permítame organizar una solución más apropiada.

Dos horas después, tras haber hecho entregar un acuario auténtico, contactado con un veterinario especializado y convencido a la estrella de que los peces preferían su nuevo hogar, me concedo un descanso en mi despacho.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Sophie.

«No te vas a creer lo que el tío de la 207 acaba de pedirme... Un cura exorcista para su portátil poseído. 😂»

Sonrío a mi pesar, imaginando su expresión ante esta petición. Escribo rápidamente una respuesta.

«Dile que tenemos un técnico informático que hizo unas prácticas en el Vaticano. Eso debería tranquilizarlo.»

Su respuesta es inmediata: «¡Eres un genio! Te lo debo para esta noche... 😉»

Estos mensajes anodinos, este compartir las absurdidades cotidianas, esta complicidad que se ha instalado entre nosotros... todo esto me hace darme cuenta de que hemos superado la fase de simples compañeros que comparten cama por necesidad.

El resto del día pasa en un torbellino de peticiones extravagantes, problemas que resolver y diplomacia que ejercer. El festival siempre atrae su cuota de personalidades difíciles, pero este año parece batir todos los récords.

—Señor, me interpela mi nueva becaria, el grupo de la 512 ha tirado un sofá por la ventana a la piscina. Dicen que es una protesta artística y el influencer del bungalow 3 pregunta si podemos hacer callar a las cigarras porque están arruinando su podcast.

Con cada nueva absurdidad, me imagino contándole la historia a Sophie esta noche, visualizando su risa, la forma en que sus ojos se

entrecierran ligeramente cuando algo le divierte de verdad. Esta perspectiva hace que cada situación ridícula sea más soportable.

Vuelvo a nuestra habitación antes de lo previsto. Sophie está todavía de servicio durante dos horas, lo que me deja solo en nuestro espacio compartido. Me detengo en el umbral, impactado por el desorden creativo que ha dejado tras de sí.

Hay ropa tirada sobre el sillón, su diario está abierto sobre la cama, y tres tazas de té medio vacías están desperdigadas por la habitación. El Diego de antes se habría irritado por este caos. El Diego de hoy...

Me sorprendo recogiendo sus cosas, doblando cuidadosamente su camiseta favorita —esa con el eslogan feminista en español que se pone para dormir. Recojo sus tazas, marco la página de su libro que se ha deslizado al suelo, y reorganizo sus notas esparcidas.

Mis manos se detienen en una hoja que lleva mi nombre. No debería leer, pero una frase me llama la atención: «No sé cómo definir lo que está pasando con D. Es como si su imagen pública y el hombre privado fueran dos personas distintas, y yo soy quizá la única que conoce las dos versiones.»

Dejo el papel precipitadamente, sintiéndome como un intruso. Sin embargo, sus palabras resuenan en mí. Ella me ve —realmente me ve— de una forma en que nadie me ha mirado desde hace mucho tiempo.

Me siento en el borde de la cama, contemplando esta pequeña habitación bajo el tejado. El sol poniente se filtra a través de la ventana, bañando el espacio con una luz dorada. Hace algún tiempo, consideraba este arreglo como una prueba que soportar. Ahora...

Ahora me sorprendo imaginando otras mañanas con su pelo extendido sobre la almohada junto al mío. Otras noches observándola enrollar ese mechón de pelo alrededor de su dedo mientras lee. Otros momentos de complicidad silenciosa cuando estamos demasiado agotados para hablar pero lo suficientemente conectados para comunicarnos con simples miradas.

Este pensamiento debería aterrorizarme. Siempre me he protegido de los vínculos afectivos, especialmente con las empleadas estacionales que inevitablemente se marchan. He construido mi vida

en Ibiza sobre cimientos sólidos pero solitarios: mi trabajo, mi independencia, mi resistencia a los planes de mi padre.

Sin embargo, en lugar de pánico, siento una curiosidad tranquila. ¿Y si...? ¿Y si esta convivencia forzada no fuera solo un paréntesis temporal sino un atisbo de una posibilidad? ¿Y si Sophie...?

Me detengo en seco en mis pensamientos. Ella va a volver a Francia al final de la temporada. Tiene su vida, sus estudios, su futuro trazado lejos de Ibiza. Y yo me quedo aquí, anclado en mi isla, en mi rebelión permanente contra las expectativas familiares.

Pero ¿y si cambiara de opinión? Si decidiera quedarse, ¿querría yo que se quedara?

Me paso la mano por la cara, de repente agotado por estas preguntas sin respuestas. Mejor no pensar en ello. Mejor disfrutar de esta extraña intimidad mientras dure, sin proyecciones ni expectativas.

Oigo la llave girar en la cerradura. Aparece Sophie, su pelo ligeramente alborotado por el viento, sus mejillas sonrosadas por el calor.

—No te vas a creer el día que acabo de tener —empieza diciendo mientras tira su bolso sobre el sillón que acabo de despejar.

Y así, sin más, todas mis reflexiones filosóficas se desvanecen. Solo queda este momento presente, esta chica extraordinaria que llena nuestra habitación con su presencia vibrante, y esta extraña sensación de volver a casa que siento cada vez que cruza esa puerta.

Quizá algunas preguntas no necesitan respuestas inmediatas, después de todo.

CAPÍTULO 35

Sophie

El estruendo del trueno me despierta sobresaltada. Me incorporo, desorientada, antes de recordar dónde estoy. En nuestra pequeña habitación bajo el tejado del hotel Paraíso. Y lo que es más importante, en la cama que comparto desde hace unos días con Diego.

Mi mirada se posa en el hombre tumbado a mi lado. Aún duerme, su rostro habitualmente tan serio relajado por el sueño. Las gotas de agua martillean el tejado con una violencia sorprendente. Me levanto para echar un vistazo por la ventana y descubro un espectáculo impresionante: el Mediterráneo, habitualmente tan apacible, se ha transformado en una extensión gris y desencadenada.

Mi teléfono vibra sobre la mesilla de noche. Me precipito para cogerlo antes de que el ruido despierte a Diego.

—¿Diga?

—¿Sophie? Soy Luna. El agua empieza a filtrarse en el sótano. Necesitamos todas las manos disponibles, ¡aunque sea vuestro día de descanso!

—Vamos para allá.

Me giro hacia Diego y pongo una mano en su hombro.

—¿Diego? Despiértate, tenemos una emergencia en el sótano.

Sus ojos se abren inmediatamente, pasando del sueño al estado de alerta en una fracción de segundo. Es una de las cosas que he aprendido sobre él estas últimas semanas: no tiene estado intermedio. O está completamente dormido, o perfectamente despierto.

—¿Qué pasa? —murmura, su voz aún ronca por el sueño.

—Inundación en el sótano. Luna nos llama al rescate.

Cinco minutos más tarde, bajamos corriendo las escaleras de servicio. Diego simplemente se ha puesto unos vaqueros y una camiseta, su pelo aún húmedo de la ducha rápida que se ha dado. Le he imitado, optando por un conjunto sencillo y práctico: unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta.

Al llegar al sótano, descubrimos un espectáculo caótico. Luna y Alejandro ya están allí junto con otros miembros del personal, intentando como pueden contener el agua que se filtra por una puerta de servicio. Hay cubos alineados para recoger las goteras del techo, y fregonas esparcidas por el suelo.

—¡Por fin! —exclama Luna al vernos—. ¡No conseguimos mantener la puerta cerrada, el agua empuja demasiado fuerte!

Diego se precipita inmediatamente para ayudar a Alejandro, que lucha contra la puerta de servicio. Yo me dirijo hacia Luna, que intenta colocar sacos de arena contra la abertura.

—¿Cómo podemos tener sacos de arena en Ibiza? —pregunto, perpleja.

—Son sacos de ropa sucia llenos de toallas —me explica Luna con un guiño—. ¡Improvisamos!

Durante dos horas, luchamos contra los elementos. El agua siempre encuentra una manera de filtrarse, y nosotros la echamos incansablemente. En un momento dado, Alejandro resbala espectacularmente en el suelo mojado y se estampa cuan largo es, arrastrando a Diego en su caída. Verlos a los dos, empapados y cubiertos de espuma (uno de los bidones de detergente se volcó en su caída), es tan cómico que Luna y yo estallamos en una risa incontrolable.

—Si habéis terminado de divertiros como críos —dice Diego levantándose con dignidad—, aún tenemos trabajo.

Pero veo perfectamente que se está conteniendo para no sonreír. Este Diego, el que acepta ensuciarse, resbalar y reír, aún es nuevo para mí. Es una versión de él que descubro cada día un poco más desde que compartimos esta habitación.

Después de asegurar la estanqueidad del sótano e instalar bombas de emergencia, por fin nos liberan. Alejandro nos saluda con una reverencia teatral.

—Vuestro día de descanso puede continuar, valientes míos. Os invito a todos a tomar algo en el bar cuando pase esta maldita tormenta.

Luna decide quedarse para supervisar las bombas, y Diego y yo subimos hacia nuestra habitación, agotados y empapados.

Una vez de vuelta en nuestro pequeño refugio bajo el tejado, la realidad de la situación me golpea: estamos atrapados aquí para todo el día. La tormenta sigue rugiendo, quizás incluso con más intensidad. La lluvia martillea el tejado con una violencia casi hipnótica.

—Voy a ducharme —anuncia Diego cogiendo ropa seca.

Mientras él se lava, me cambio rápidamente y me instalo en el borde de la cama, con mi teléfono en la mano. No hay cobertura. La tormenta debe de estar perturbando las conexiones.

Cuando Diego vuelve, con el pelo húmedo y un olor fresco de champú flotando a su alrededor, se tumba en la cama, apoyado en las almohadas, y coge el libro que empezó hace unos días.

El silencio que se instala entre nosotros no es incómodo. Es una de las cosas más sorprendentes de nuestra relación: esta capacidad de existir juntos sin necesidad de hablar constantemente. Le observo a hurtadillas. Su perfil concentrado, la forma en que sus cejas se fruncen ligeramente cuando lee un pasaje complicado, cómo su mano pasa las páginas con delicadeza.

Un nuevo relámpago desgarra el cielo, seguido casi inmediatamente de un rugido ensordecedor. Me sobresalto a pesar de mí misma.

—¿Te dan miedo las tormentas? —pregunta Diego, levantando los ojos de su libro.

—No, no realmente. Es solo impresionante.

Cierra su libro y lo pone en la mesilla de noche.

—¿Tienes hambre? Puedo prepararnos algo con lo que tenemos.

—¿Sabes cocinar?

Una sonrisa de medio lado aparece en su rostro, revelando ese hoyuelo que he aprendido a adorar.

—No te sorprendas tanto. Tengo algunos talentos ocultos.

Se levanta y se dirige hacia la pequeña nevera del rincón de nuestra habitación. No tenemos realmente cocina, solo una mini nevera, un microondas y un hervidor eléctrico.

—Sándwich mejorado estilo Álvarez, ¿te apetece?

—Tengo curiosidad por ver eso.

Le observo mientras prepara nuestro almuerzo improvisado. Hay algo extrañamente íntimo en verle realizar esta tarea banal. Sus movimientos son precisos, eficaces, igual que en su trabajo. Pero también hay una fluidez, casi una ternura, en su forma de manipular los ingredientes.

Unos minutos más tarde, comemos sentados en la cama, nuestras espaldas contra la pared, nuestros hombros casi tocándose. El sándwich está delicioso: jamón serrano, queso manchego, tomates secos y una salsa misteriosa que Diego se niega a explicarme.

A través de la ventana empañada, contemplamos el mar desencadenarse. Las olas se estrellan contra las rocas de abajo con una violencia fascinante.

—Me recuerda a una tormenta cuando era pequeña, en Valencia —murmuro casi sin darme cuenta.

Diego gira su rostro hacia mí, interesado.

—Cuéntamelo.

—Tenía ocho años. Estábamos de vacaciones en casa de mi abuela, por parte de mi madre. Una tormenta como esta estalló de repente. Estaba aterrorizada. A mi primo Pablo se le ocurrió la idea brillante de escondernos en el viejo faro abandonado cerca de la playa.

Sonrío al recordar ese recuerdo.

—Nos quedamos atrapados allí cuando la tormenta se intensificó. El faro parecía vibrar bajo los embates del viento, y con cada relámpago, las sombras danzaban en las paredes como fantasmas. Estaba muerta de miedo.

—¿Cómo salísteis de allí?

—Mi madre nos encontró después de dos horas de búsqueda. Estaba empapada, agotada, pero en lugar de gritarnos, se sentó con nosotros y nos contó historias hasta que pasó la tormenta. Nos enseñó a contar los segundos entre el relámpago y el trueno para saber si la tormenta se alejaba. Fue ese día cuando entendí lo que era realmente el amor maternal.

Siento la mano de Diego coger la mía suavemente.

—Tu madre parece ser una mujer extraordinaria.

—Lo es. Te encantará cuando la conozcas.

Las palabras han salido solas, y me quedo helada al darme cuenta de lo que acabo de implicar. Conocer a mi madre. Como si tuviéramos un futuro más allá de este verano.

Un relámpago particularmente violento ilumina la habitación, seguido inmediatamente de un trueno que hace temblar las paredes. Me sobresalto y me encuentro instintivamente contra Diego, que pasa un brazo alrededor de mis hombros.

El gesto es protector, tierno, diferente de nuestros abrazos habitualmente apasionados. Esta ternura me turba más profundamente que el deseo.

Al incorporarme, mi mirada cae en un cuaderno que sobresale de su maleta entreabierta. La cubierta de cuero gastado deja entrever bocetos.

—¿Es tu cuaderno de arquitectura? —pregunto suavemente.

Diego sigue mi mirada y asiente, cierta vacilación visible en sus ojos.

—Sí. Ideas, esbozos... nada extraordinario.

—¿Puedo verlo?

Parece reflexionar un instante, luego se levanta para coger el cuaderno. Me lo tiende con una vulnerabilidad que nunca le he visto.

—No es muy profesional... Son solo dibujos así, sin más.

Paso delicadamente las páginas y descubro docenas de bocetos detallados: edificios armoniosamente integrados en su entorno, estructuras innovadoras que juegan con la luz y el espacio.

—Diego, es increíble. Tienes un verdadero talento.

Se encoge de hombros, pero veo perfectamente que mi cumplido le llega.

—Mi padre siempre ha dicho que era un pasatiempo fútil.

—Tu padre es un capullo. Eeh, perdón. Tu padre está equivocado —matizo.

Diego fija la ventana un largo momento antes de volver a hablar.

—Mi padre es... complicado. Autoritario, frío en apariencia, pero no del todo malo.

Toma una respiración profunda.

—Cuando tenía seis años, sufrí una enfermedad rara y potencialmente mortal. Los médicos españoles no daban abasto. Mi

padre lo vendió todo: sus acciones, nuestra casa, incluso su reloj de familia, para llevarme a tratarme a Estados Unidos.

Esta revelación me sorprende. Cojo su mano en la mía, animándole silenciosamente a continuar.

—Después de mi curación, reconstruyó su empresa desde cero, pero algo en él se había apagado. Como si hubiera visto la fragilidad de todo lo que había construido y se hubiera jurado no volver a ser vulnerable nunca más. Se amuralló en ese silencio autoritario, esa obsesión por los negocios.

—¿Por eso estás tan dividido cuando se trata de trabajar para él en Madrid?

—Exactamente. Le debo la vida, literalmente. Pero no puedo vivir la vida que él ha elegido para mí.

El silencio que sigue es cómodo, lleno de comprensión mutua. Me doy cuenta de que aún seguimos de la mano, nuestros dedos entrelazados como si fuera lo más natural del mundo.

La tormenta sigue rugiendo, pero parece alejarse progresivamente. A través de la ventana, veo un claro que perfora las nubes negras.

Me siento extrañamente vulnerable, como si la tormenta hubiera arrastrado algunas de mis defensas. Ya no es solo la atracción física lo que me une a Diego: esta conexión emocional que crece entre nosotros me parece a la vez maravillosa y aterradora.

Diego me mira, sus ojos oscuros más expresivos de lo que los he visto nunca. Y entiendo de repente que la verdadera tormenta no es la que se desencadena fuera, sino la que ruge en nosotros, esa fuerza inexorable que nos empuja el uno hacia el otro a pesar de todas nuestras resistencias.

CAPÍTULO 36

Diego

Un gemido desgarra el silencio de la noche. Me despierto sobresaltado, momentáneamente desorientado. La ventana deja filtrar el débil resplandor plateado de la luna, suficiente para distinguir la silueta de Sophie a mi lado. Su cuerpo se tensa, sus manos se aferran convulsivamente a las sábanas, su rostro está contraído por una expresión de puro terror. Esta visión me encoge el corazón.

—Sophie —murmuro posando suavemente mi mano sobre su hombro tembloroso.

No responde, aún prisionera de su pesadilla. Siento su cuerpo recorrido por escalofríos bajo mis dedos.

—Sophie, despierta. Solo es una pesadilla.

Sus ojos se abren bruscamente, llenos de un miedo visceral que me retuerce las entrañas. Nunca he visto tal vulnerabilidad en ella, ni siquiera en nuestros momentos más íntimos. Durante unos segundos, su mirada enloquecida me atraviesa sin verme, luego el reconocimiento se instala progresivamente en sus rasgos.

—Diego... —susurra.

Sin reflexionar, la atraigo hacia mí, envolviéndola en mis brazos. Se aferra a mi camiseta como si fuera su salvavidas, su cuerpo aún sacudido por temblores. Acaricio suavemente su cabello, sintiendo su respiración errática contra mi cuello. Permanecemos así, en silencio, hasta que nuestras respiraciones se sincronizan en la oscuridad de nuestro dormitorio improvisado.

—Lo siento —murmura al fin.

—No te disculpes. ¿Quieres hablar de ello?

Permanece en silencio tanto tiempo que pienso que se ha vuelto a dormir. Luego su voz, apenas audible, se eleva en la oscuridad.

—Era Antoine. Otra vez.

Antoine. Su ex. Un nombre que ha mencionado raramente, pero cuya sombra planea constantemente a su alrededor como un fantasma tenaz. Aprieto instintivamente mi abrazo.

—¿Te hacía daño, en tu sueño?

La simple idea de imaginar a un tipo levantándole la mano me resulta insoportable.

—No físicamente. Nunca lo hizo.

Se endereza ligeramente, su rostro a unos centímetros del mío. Sus ojos brillan en la penumbra.

—Era casi peor, de hecho. Nunca gritaba, no me pegaba. Sus ataques eran diferentes. Más insidiosos.

—¿Cómo?

—¿Conoces el tipo de persona que puede hacerte sentir como una mierda absoluta con solo una sonrisa condescendiente? Ese era él. Maestro en el arte de menospreciarme sin alzar jamás la voz.

Siento mi mandíbula tensarse involuntariamente. Continúa, su voz cobrando seguridad, como si contar se volviera súbitamente necesario.

—Tenía esta forma de criticar mis elecciones de vestuario. *No vas a ponerte eso, ¿verdad? Te engorda, ¿no te das cuenta? Pero te lo digo por tu bien, ¿eh?* Siempre con esa risita, como si fuera una niña que no sabía vestirse correctamente.

Su mano juega distraídamente con el borde de mi camiseta.

—Un día, tenía que presentar una exposición sobre García Márquez en la facultad. Había trabajado en ella durante semanas. Estaba tan emocionada de mostrársela. La leyó, luego me miró con esa especie de lástima en los ojos. *Es tierno que pienses que has entendido algo de la literatura sudamericana. Simplemente así, con un tono ligero. Como si mi trabajo ni siquiera mereciera una crítica real. Déjame explicarte.*

La rabia sube en mí, sorda y profunda, hacia un hombre que nunca he conocido.

—¿Ves?, no necesitaba levantarme la mano. Tenía tanto dominio sobre mí.

Su voz se quiebra ligeramente.

—Criticaba mi forma de hablar en público. Mi forma de comer. Mis ambiciones de escritura sobre todo, que encontraba adorablemente ingenuas. Siempre tenía esa jodida sonrisa de medio lado cuando lo decía. Como si fuera simplemente insignificante. Y al lado de eso,

me daba pequeñas lecciones, como si solo él pudiera permitirme convertirme en una mejor versión de mí misma. Era una forma de volverme adicta a él.

Siento una lágrima caer sobre mi pecho desnudo y aprieto mi abrazo.

—También me aislaba. Sutilmente. *Emma solo te usa para sus fiestas, lo sabes, ¿no? o ¿Por qué pierdes el tiempo con esas clases de escritura? Esa gente no está a tu nivel.*

—Emma, ¿es tu mejor amiga?

—Sí. La única que se quedó a pesar de todo. Vio lo que pasaba mucho antes que yo. Al principio, no la creía cuando me decía que él me manipulaba. Estaba tan ciega.

Acaricio suavemente su espalda, sintiendo cada vértebra bajo mis dedos.

—¿Cómo saliste de ahí?

Inspira profundamente.

—Es estúpido, pero fue una velada literaria lo que desencadenó todo. Había escrito un relato, y Antoine había organizado generosamente una lectura en un círculo literario que frecuentaba. Mientras leía, vi su expresión... Estaba incómodo. Por mí. Como si fuera una distracción embarazosa. Después, me llevó aparte y me dijo que necesitaba mucha más práctica antes de exponerme así. Que no estaba preparada.

Se endereza completamente ahora, sentada en la cama, las rodillas recogidas contra su pecho.

—Entendí esa noche que nunca sería suficiente para él. Que hiciera lo que hiciera, siempre encontraría algo que criticar, que mejorar. Rompí al día siguiente.

—Estoy orgulloso de ti —murmuro, sinceramente impresionado por su fuerza.

Alza los ojos hacia mí, sorprendida.

—¿En serio?

—Por supuesto. Hace falta un valor inmenso para salir de ese tipo de relación. Eres mucho más fuerte de lo que crees, Sophie.

Se instala un silencio, ni incómodo ni pesado, solo un momento de calma compartida. Luego, sin previo aviso, se inclina hacia mí y me

besa. No un beso dulce o vacilante, sino algo más urgente, más hambriento. Sus manos enmarcan mi rostro con una determinación que me sorprende.

—Te necesito —susurra contra mis labios—. Ahora.

—¿Estás segura? Quizás no sea...

Pone un dedo sobre mis labios.

—Estoy segura. Necesito sentirme viva. Sentirme yo misma.

Su mirada no deja lugar a ninguna duda. Asiento con la cabeza, comprendiendo instintivamente lo que busca. No es tanto sexo como una reafirmación, una recuperación del control.

Me besa de nuevo, luego sus manos descienden por mi pecho. Sus movimientos son deliberados, precisos, como si estuviera cartografiando cada centímetro de mi piel. La dejo hacer, comprendiendo que necesita dirigir esta danza.

Se quita mi camiseta, luego desliza su propia camiseta por encima de su cabeza. El resplandor de la luna ilumina su silueta, creando un contraste impactante de sombras y luz sobre su piel desnuda. Su belleza me corta la respiración, pero es la determinación en sus ojos lo que me hipnotiza.

Sus manos exploran mi cuerpo con una seguridad nueva. Me empuja suavemente contra las almohadas, tomando el control de una manera que nunca había osado antes. Esta Sophie es diferente —no frágil o insegura, sino poderosa y decidida.

—Te quiero —dice simplemente.

Desliza mi bóxer a lo largo de mis piernas antes de quitarse sus bragas de encaje en un gesto fluido. Sus senos desnudos rozan mi pecho mientras sube por mi cuerpo. Mis manos se posan naturalmente en sus caderas, pero ella las toma para colocarlas por encima de mi cabeza.

—Aún no —murmura contra mis labios—. Déjame saborearte.

Sus labios trazan un sendero ardiente a lo largo de mi cuello, deteniéndose en el punto sensible justo bajo mi oreja. Me estremezco cuando su lengua se aventura más abajo, dibujando motivos húmedos sobre mi pecho. Sus dedos siguen a sus labios, explorando cada contorno de mis músculos con una deliciosa lentitud.

Desciende aún más, su boca rozando mi vientre, mis caderas, luego aventurándose más abajo. Contengo la respiración cuando sus labios me envuelven, creando un calor húmedo que me hace aferrar los puños alrededor de las sábanas. Su lengua me acaricia con una precisión que me hace gemir, mientras sus manos exploran el resto de mi cuerpo.

—Sophie... —jadeo, al borde de un punto sin retorno.

Se detiene y sube hasta mi rostro, una sonrisa satisfecha en los labios. Sin apartarme la mirada, se instala a horcajadas sobre mí. Su cabello cae como una cortina oscura alrededor de su rostro mientras se posiciona. Puedo sentir el calor húmedo de su intimidad contra mí, preparada e impaciente.

—Quiero sentirte dentro de mí —susurra apoderándose de mi sexo.

Se baja lentamente, centímetro a centímetro, uniéndonos en un movimiento que nos arranca un gemido simultáneo. La sensación es indescriptible —su calor envolviéndome completamente, sus músculos íntimos apretándose a mi alrededor.

—No te muevas —ordena suavemente—. Déjame hacerlo.

Asiento, colocando mis manos en sus caderas sin ejercer presión. Comienza a moverse, encontrando su propio ritmo —primero lento y controlado, luego cada vez más audaz. Sus senos rebotan ligeramente con cada movimiento, perfectos bajo la débil luz lunar.

Miro fascinado cómo cambia su expresión a medida que el placer sube. Sus ojos se velan, su boca se entreabre con suspiros cada vez más profundos. Se apoya en mi pecho, modificando el ángulo para ofrecerse más sensaciones. Un gemido más intenso se le escapa cuando encuentra el punto perfecto.

—Eres magnífica —murmuro, incapaz de retener estas palabras.

Sonríe, ralentizando deliberadamente sus movimientos para torturarnos a ambos. Sus caderas describen ahora círculos sensuales, manteniéndome profundamente en ella mientras estimula su propio placer. Siento sus temblores sutiles, signos de su excitación creciente.

La dejo dirigir, admirando a la mujer fuerte y sensual que revela ser. Esta noche, en la intimidad de nuestro dormitorio compartido,

Sophie se reapropia de algo que le robaron —su confianza, su poder, su sensualidad sin vergüenza ni juicio.

El placer sube, inexorable. Sus movimientos se aceleran, se vuelven más profundos, más intensos. Su respiración se hace jadeante, entrecortada por gemidos que ya no trata de contener. La visión de su abandono total, de su placer tan evidente, me empuja a los límites de mi contención.

—Déjate llevar, Sophie —murmuro—. Estoy aquí.

Sus ojos se anclan en los míos con una intensidad ardiente. Su mano desciende entre nuestros cuerpos para intensificar su placer, y este gesto de autoafirmación me electrifica completamente. Siento su cuerpo tensarse, sus músculos íntimos palpitar a mi alrededor. Echa la cabeza hacia atrás, exponiendo la curva perfecta de su cuello mientras un grito ronco se le escapa. La visión de su éxtasis, combinada con la sensación física de sus espasmos a mi alrededor, desencadena mi propio orgasmo. Una ola de placer bruto me sumerge, pareciendo durar una eternidad mientras nuestros cuerpos temblorosos permanecen conectados, compartiendo cada pulsación, cada escalofrío.

Después, se desploma contra mi pecho, su aliento cálido contra mi piel. La envuelvo en mis brazos, acariciando suavemente su espalda, sintiendo la fina capa de sudor que perla en ella. Permanecemos así, en este capullo de calor compartido, hasta que su respiración se vuelve más profunda, más regular.

Se ha dormido, pero yo permanezco despierto, fijando la mirada en el techo en la penumbra. Algo ha cambiado profundamente en mí esta noche. No es solo la pasión física o esta alquimia sexual que compartimos desde el principio. Es más profundo, más turbador también.

Esta vulnerabilidad que me ha mostrado, estas confidencias que me ha ofrecido, esta fuerza que ha revelado... todo eso me ha tocado de una forma que nunca había experimentado. Habitualmente, la vulnerabilidad de la gente me incomoda, me dan ganas de huir. Esta noche, es lo contrario. Siento una extraña plenitud al tenerla contra mí, al protegerla.

No me atrevo a ponerle nombre a este sentimiento que crece en mí. Es demasiado aterrador, demasiado definitivo quizás. Pero sé que esta noche marca un punto de inflexión. Algo se ha roto entre nosotros —no en el sentido de una ruptura, sino más bien como un muro que se derrumba, revelando un espacio aún inexplorado.

Sophie se mueve ligeramente en su sueño, acurrucándose más cerca de mí. Deposito un beso en su frente y cierro por fin los ojos.

CAPÍTULO 37

Sophie

La luz matutina se filtra a través de las cortinas entreabiertas, arrancándome suavemente de los brazos de Morfeo. Me estiro, mi mano busca instintivamente el calor de Diego a mi lado. Pero las sábanas están frías. El hueco vacío.

Me incorporo, aún empañada por el sueño, y es entonces cuando la veo: una taza de té humeante puesta sobre la mesilla de noche, acompañada de un pequeño papel doblado. Sonrío a pesar de mí misma. Este gesto, tan simple y sin embargo tan atento, me conmueve más de lo que me gustaría admitir.

«Mañana ocupada. ¿Quedamos para comer? D.»

Apenas unas palabras y sobre todo nada romántico, pero viniendo de él, me hace ilusión. Me llevo la taza a los labios: el té está exactamente como me gusta, no demasiado dulce, con esa pizca de limón que notó desde nuestra tercera mañana juntos.

Los recuerdos de anoche vuelven a la superficie, calentándome aún más que el té. Mi pesadilla. Antoine que me menospreciaba, me controlaba, me vaciaba de mi esencia. El terror helado que me despertó sobresaltada. Y luego los brazos de Diego envolviéndome sin una palabra, su calor sólido contra mi espalda temblorosa. Su paciencia mientras le confiaba, palabra tras palabra, la prisión emocional que había sido mi relación con Antoine.

Diego no respondió con esos tópicos que se suelen servir. Nada de «te mereces algo mejor» o «qué cabrón». Se limitó a escuchar, escuchar de verdad, su cuerpo a la vez cercano y respetuoso con el mío.

Y después, cuando terminé de hablar, me dio la impresión de que me veía realmente, tal como soy en el fondo. No tal como debería ser para él.

Lo que siguió... Siento que se me encienden las mejillas al recordar nuestros cuerpos uniéndose en la penumbra. No era nuestra primera vez juntos, ni mucho menos. Pero fue diferente.

Más lento. Más profundo. Como si hubiésemos cruzado juntos una frontera invisible.

Aparto las sábanas y me levanto, observando la habitación que compartimos desde hace ya diez días. Nuestras cosas se entremezclan en un caos ordenado que me hace sonreír. Mi chaqueta de punto azul tirada sobre su silla. Sus notas profesionales junto a mi novela en curso. Mi perfume cerca de su loción para después del afeitado en la estantería del baño.

Esta convivencia forzada por las circunstancias ha revelado un Diego que poca gente conoce. Lejos de la imagen del conserje impecable y distante que proyecta en el hotel, he descubierto a un hombre atento a los detalles, sorprendentemente ordenado —al contrario que yo, que esparzo mis cosas por todas partes— y apasionado de la arquitectura sostenible.

Me acerco al pequeño escritorio donde están esparcidos sus bocetos. Líneas elegantes que abrazan el paisaje en lugar de dominarlo. Estructuras que parecen emerger naturalmente de su entorno, como si siempre hubiesen pertenecido a él. Acaricio distraídamente el papel, como para tocar esa parte de él que habitualmente mantiene oculta.

Mientras preparo mi uniforme, no puedo evitar fijarme en esta extraña coreografía que hemos desarrollado sin ni siquiera consultárnoslo. Cómo nuestros cuerpos se rozan, se esquivan, se reencuentran en el espacio confinado de esta habitación que se ha convertido en nuestro mundo.

Bajo la ducha, cierro los ojos, dejando que el agua caliente se lleve las últimas briznas de mi pesadilla. Me siento a la vez más ligera y más asentada que ayer. Como si haber compartido mis demonios con Diego los hubiese exorcizado en parte.

Cuando llego al vestíbulo del hotel, la energía es eléctrica. Clientes con ojeras pero ojos brillantes de emoción vuelven de los clubs, mientras que otros se preparan para un día de playa antes de la próxima noche de fiesta.

—Señorita, ¿podría recomendarnos un sitio para comer? Algo auténtico, no estas trampas para turistas —me pregunta una pareja

de alemanes, con aire ligeramente ojeroso después de lo que visiblemente había sido una larga noche.

—¡Por supuesto! Les aconsejo el pequeño restaurante El Chiringuito, a diez minutos a pie. Pidan la paella de bogavante, es la especialidad del chef Miguel.

Mientras les dibujo un pequeño plano en un mapa del hotel, vislumbro por el rabillo del ojo a un grupo de jóvenes británicos que se acercan, tambaleándose ligeramente.

—¡Hey, beautiful! —exclama uno de ellos apoyándose pesadamente en el mostrador—. Buscamos un after. ¿A qué hora terminas?

Su aliento cargado de alcohol me hace arrugar la nariz, pero mantengo mi sonrisa profesional.

—Lo siento, señor, pero no puedo ayudarle con eso. En cambio, nuestro conserje seguramente podrá indicarle los mejores sitios para descansar antes de la próxima noche.

Hago una señal discreta a Henrik, el camarero sueco que pasa por allí, y comprende inmediatamente la situación.

—¡Eh, chicos! —les grita con entusiasmo—. ¿Habéis probado nuestro bar de batidos detox? ¡Exactamente lo que necesitáis después de una noche como la vuestra!

Mientras los arrastra hábilmente hacia el bar, una mujer de negocios americana se acerca, con aire apresurado e importante.

—Necesito un taxi. Inmediatamente. Y asegúrese de que el conductor conozca el camino hacia Marina Botafoch. La última vez perdí veinte minutos porque su conductor no hablaba inglés.

Asiento educadamente, a pesar de las ganas de recordarle que estamos en España y que lo mínimo sería quizás aprender algunas palabras en el idioma local. Pero me limito a:

—Por supuesto, señora. Me ocupo personalmente.

Es en ese momento preciso cuando vislumbro a Diego atravesando el vestíbulo, perfectamente cómodo en su traje oscuro a pesar del calor. Nuestras miradas se cruzan brevemente, y siento un escalofrío eléctrico recorrer mi columna vertebral. Su expresión permanece profesional, pero sus ojos —esos ojos oscuros que me

devoraban anoche— se demoran un segundo de más, y siento que se me encienden las mejillas.

—Vaya, vaya —murmura una voz familiar en mi oído—. ¡Alguien ha pasado una buena noche!

Me giro para encontrar a Luna justo detrás de mí, su habitual cabellera azul hoy adornada con pequeñas estrellas plateadas. Su sonrisa maliciosa y su mirada perspicaz me dicen que ha captado perfectamente lo que acaba de pasar entre Diego y yo.

—No empieces —le digo intentando parecer severa, pero fracasando lamentablemente.

—¿Empezar qué? Simplemente constato que tu piel está particularmente radiante esta mañana, y que nuestro querido responsable de conserjería parece tener dificultades para apartar los ojos de ti. Eso es todo.

Pongo los ojos en blanco pero no puedo reprimir una sonrisa. Luna tiene esa manera de ver a través de la gente que es a la vez molesta y reconfortante.

—En serio, Sophie —continúa bajando la voz—, me alegro por vosotros dos. Diego es complicado. Pero es un buen hombre.

—Solo compartimos habitación, por el festival —digo automáticamente, pero incluso a mis oídos la excusa suena falsa.

Luna suelta una carcajada.

—Por supuesto, cariño. Y supongo que esos chupetones en tu cuello también son «por el festival».

¡No ha hecho eso!

Mis manos vuelan instintivamente a mi cuello, y Luna ríe aún más.

—¡Estoy bromeando! ¡Pero deberías verte la cara!

Se aleja riendo, dejándome medio divertida, medio mortificada. Es entonces cuando me doy cuenta de las miradas curiosas de algunos colegas que dejan de susurrar súbitamente cuando giro los ojos hacia ellos.

Esta constatación provoca en mí una extraña mezcla de emociones. Por un lado, un orgullo casi infantil: sí, es Diego Álvarez, el misterioso y seductor responsable que todas las temporeras encuentran inaccesible, quien comparte mi cama. Por el otro, una

aprensión: esta relación naciente es aún tan frágil, tan nueva. Exponerla a las miradas y los cotilleos parece arriesgado.

Mientras trato mecánicamente las peticiones de los clientes, mi mente se va hacia el fondo de mi taquilla, donde la carta de la universidad parisina espera aún una respuesta. Esa carta que detalla el programa del próximo semestre, que fija una fecha límite de inscripción, que representa el plan cuidadosamente elaborado de mi vida antes de Ibiza. Antes de Diego.

Por primera vez, la idea de volver a París no me llena de expectación. Al contrario, siento una extraña melancolía ante la idea de dejar esta isla, este hotel. De dejarlo a él.

Este pensamiento me hace hacer una pausa. ¿No huí precisamente de París para escapar de una relación donde había empezado a definirme en relación con un hombre? ¿No juré no volver jamás a dejar que mis ambiciones personales fuesen eclipsadas por un nosotros?

Sin embargo, lo que siento por Diego parece fundamentalmente diferente de lo que viví con Antoine. Diego no busca controlarme o menospreciarme. Al contrario, cada día pasado a su lado me da la impresión de volverme más yo misma, no menos.

Esta reflexión me acompaña toda la mañana, mientras navego entre las peticiones de los clientes y las tareas administrativas. Y al mirar mi reloj, constatando que es casi la hora de reunirme con Diego para comer, me sorprendo sonriendo de expectación, mi corazón acelerándose ligeramente.

CAPÍTULO 38

Diego

Siento sus miradas antes incluso de verlos. En los pasillos, en recepción, en el bar... por todo el hotel Paraíso, los ojos curiosos me siguen. Y he comprobado mi reflejo: ni mancha de café en la camisa, ni lechuga entre los dientes, y me he subido la cremallera. Es otra cosa. Desde que Sophie y yo compartimos habitación, es como si tuviera una jodida luz de neón parpadeando encima de la cabeza.

Mi vida privada siempre ha sido... bueno, privada. Una fortaleza impenetrable. ¿Y ahora? Ahora soy el protagonista del culebrón romántico del verano para todo el personal.

—Entonces, Romeo, ¿has dormido bien? —me suelta Luna al pasar cerca de mí con una bandeja de desayunos.

Me limito a una sonrisa educada. No alimentar los rumores es mi nueva religión.

En la pausa del almuerzo, me instalo en una mesa apartada del comedor del personal. Paz ilusoria: Alejandro me localiza inmediatamente y se lanza hacia mí, con su eterna sonrisa maliciosa en los labios.

—Tío, oficialmente eres la estrella del hotel —anuncia sentándose frente a mí.

Fijo la vista en mi tortilla de patatas sin levantar los ojos.

—¿Qué estrella? Solo superviso un festival como todos los años.

—Déjate de teatro. Hablo de ti y de Sophie.

Por fin levanto la cabeza, sintiendo ya cómo sube la irritación.

—No hay nada que...

—Ahórrame el discurso —me interrumpe—. Todo el mundo sabe que compartes tu habitación con ella, la miras como si fuera la última botella de agua en el desierto, y desaparecéis misteriosamente a la vez. ¿Sabes que el personal ha montado hasta una porra?

Casi me atraganto con el vino.

—¿Una porra?

—Sí. El gran clásico de las parejas de verano, que consiste en adivinar hasta dónde llegará el lío secreto de Diego y Sophie. Henrik ha apostado 50 euros a que os separaréis en cuanto termine el festival. Ava apuesta a que vas a rajarte y dimitir para seguirla a París. Marco piensa que os vais a fugar juntos a una isla aún más pequeña.

—Espero que estés de broma.

—Y Lucas del bar ha creado incluso un cóctel en vuestro honor: el Sophiego. Vodka, zumo de naranja sanguina y un toque de misterio español.

Me paso una mano por la cara, buscando en vano una manera de gestionar esta pesadilla.

—Es ridículo.

—Lucia lleva las cuentas. El bote está ya en más de 300 euros.

—¿Y tú a qué has apostado? —pregunto a mi pesar.

Su sonrisa se amplía aún más.

—A que te vas a enamorar perdidamente y que vas a luchar por ella. ¡Pero me estás haciendo perder dinero, tío! ¡Esperaba más pasión española por tu parte!

—Eres un amigo terrible, ¿lo sabes?

—El mejor que tienes. Y no solo porque sea tu único amigo de verdad. Entonces, ¿dónde estáis?

Debería estar furioso. Indignado. Mi vida privada siempre ha sido sagrada, y ahora se ha convertido en entretenimiento para todo el personal.

Pero extrañamente, siento que mi irritación se disipa como una ola que se estrella contra la orilla y se retira. Y lo que queda en su lugar es casi una satisfacción. Como si su reconocimiento hiciera todo esto más real.

—Estamos... no sé dónde estamos —acabo admitiendo.

Alejandro se recuesta en su silla, con aire de repente más serio.

—Precisamente por eso he apostado por ti. No estarías en este estado si fuera solo una aventura de verano.

Miro por la ventana, hacia la cala turquesa, tratando de ordenar el caos de mis pensamientos.

—Tengo que irme. La gala de clausura del festival no se va a organizar sola.

Al cruzar el vestíbulo para dirigirme a la terraza, veo a Sophie en plena conversación con Javier, explicando algo con las manos que dibujan formas en el aire. Su francés sale a relucir cuando se anima, esa ligera entonación que hace que ciertas palabras suenen más cantarinas.

Javier la escucha atentamente, luego me ve. Y entonces hace algo que nunca habría anticipado de su parte: me dirige una pequeña sonrisa cómplice y un gesto de aprobación con la cabeza. Como una jodida bendición paterna.

¡Socorro!

Sophie se da la vuelta, me ve, y su cara se ilumina brevemente antes de recomponer una expresión profesional. Ese pequeño momento, esa fracción de segundo en que sus emociones se transparentan antes de que las controle... me hace algo en el estómago. Algo cálido y eléctrico a la vez. Algo de lo que debería huir.

Salvo que, contra toda expectativa, me siento tranquilo. Como si su reconocimiento colectivo validara lo que apenas comenzaba a confesarme.

—Diego, momento perfecto —me interpela Javier—. Le estaba diciendo precisamente a Sophie que habéis hecho un trabajo notable juntos para el festival.

—Gracias, pero es sobre todo el equipo —respondo automáticamente—. Todo el equipo. No solo nosotros dos.

—Vuestro equipo de los dos —precisa con una mirada de complicidad—. El hotel nunca ha funcionado tan bien.

Sophie se muerde ligeramente el labio inferior, gesto que he aprendido a reconocer como señal de nerviosismo o turbación. No soy el único al que esta situación le molesta.

—Tengo que volver —dice disculpándose.

Se aleja, y la miro marcharse. Javier me observa con diversión no disimulada.

—Estáis bien juntos, Diego. Profesionalmente y... bueno, eso no es mi terreno.

—Javier...

—No te preocupes. Mientras el trabajo esté hecho y bien hecho, tu vida privada te pertenece.

Más tarde por la tarde, mientras compruebo la disposición de las mesas para la gala, mi teléfono vibra. La pantalla muestra simplemente «Padre». Como siempre, mi estómago se contrae ligeramente. Reflejo pavloviano.

Respondo alejándome hacia un rincón tranquilo de la terraza.

—Hola, Padre.

—Diego, buenos días. ¿Has recibido los documentos que te ha enviado mi asistente?

Directo al grano, como siempre. Nada de «¿Cómo estás?» o «¿Qué tal va el festival?».

—Sí, pero aún no he tenido tiempo de examinarlos en detalle. El festival está en pleno apogeo.

—Termina en dos días, ¿no? Quiero que estés en Madrid la semana que viene. La reunión con los accionistas es crucial.

Por costumbre, me mantengo en lo vago.

—Voy a ver qué puedo hacer con mi agenda.

—Esto no es una petición, Diego. Es tu futuro, tu herencia. No puedes estar eternamente jugando a ser conserje en esta isla de juerguistas.

Sus palabras, tan familiares, deberían ponerme furioso o hacerme sentir culpable como de costumbre. Pero hoy hacen nacer en mí algo diferente. Una reticencia más profunda, más visceral.

Ya no es solo mi independencia lo que defiendo quedándome en Ibiza. También es Sophie. La idea de marcharme, de dejarla atrás, crea una ansiedad nueva, un vacío anticipado que no consigo racionalizar.

—Padre, no es tan simple. Tengo responsabilidades aquí.

—¿Responsabilidades? —se burla—. ¿Quieres hablar de responsabilidades? He construido un imperio para ti, Diego. Lo he sacrificado todo. Cuando estabas enfermo, ¿quién lo dejó todo para llevarte a Estados Unidos? ¿Crees que habría podido pagarte los mejores médicos si hubiera tenido un sueldo de conserje?

La culpabilidad, su arma favorita. Y funciona siempre, aunque la vea venir a kilómetros.

—Lo sé, Padre. Te estoy agradecido por todo.

—Entonces sé un hombre y asume tu papel. Madrid. La semana que viene.

Cuelga antes de que pueda responder. Clásico. Me quedo inmóvil unos instantes, fijando la vista en el horizonte mediterráneo. Mi padre no es un monstruo, solo un hombre que se ha vuelto autoritario y glacial con el tiempo. Un hombre que efectivamente lo sacrificó todo por mí cuando era niño, cuando la enfermedad atacó, cuando los médicos españoles estaban desbordados.

¿Cómo hacerle entender que puedo estar agradecido y al mismo tiempo elegir mi propio camino?

El resto del día funciono en piloto automático: supervisar al personal, confirmar los últimos detalles con los proveedores, gestionar una crisis menor con el catering.

Cuando por fin regreso a nuestra habitación compartida, es tarde. Sophie aún no ha vuelto. Me detengo en el umbral, de repente impactado por la visión que tengo delante.

Nuestra habitación. Nuestra habitación. No mi habitación donde Sophie se aloja temporalmente. Nuestras cosas entremezcladas en este espacio reducido, coexistiendo en una armonía sorprendente.

Su libro de mesilla de noche, una novela en francés que no puedo leer pero cuya historia me ha contado, escrita por una tal Tamara Balliana. Su perfume, sutil pero omnipresente, como una huella invisible en la almohada. Sus notas desperdigadas sobre el pequeño escritorio, esa escritura inclinada y elegante, característica de su espíritu analítico.

No es solo una habitación de hotel. Se ha convertido en un hogar. Esta realización me golpea con la fuerza de una ola imprevista. De repente asocio el concepto de «hogar» no a un lugar, sino a una persona. Como cuando iba a casa de mis abuelos y me sentía en casa, aquí en Ibiza.

Es tan aterrador como emocionante. Porque este hogar improvisado, esta burbuja que hemos creado, tiene fecha de

caducidad. El festival termina. La temporada se acaba. Madrid me espera. París la reclama.

¿Cómo puede algo tan frágil, tan temporal, parecer tan esencial?

Me siento en el borde de la cama, nuestra cama, y tomo su funda de almohada entre mis manos. Me la acerco a la cara y respiro profundamente su olor. Como un adolescente patético. Como un hombre que empieza a entender que está perdiendo algo que aún no ha reconocido plenamente.

La puerta se abre y vuelvo a colocar precipitadamente la almohada, sintiéndome ridículo.

Sophie entra, cansada pero sonriente.

—Hola —murmura simplemente.

—Hola —respondo.

Y en este simple intercambio, en la manera en que se mueve por el espacio como si siempre hubiera pertenecido a él, entiendo que las apuestas del personal, las miradas de Javier, incluso las presiones de mi padre, todo eso es secundario frente a la verdad que se cristaliza en mí y que no tengo la menor gana de admitir.

Sophie Leroy, ni se te ocurra hacer que me enamore de ti.

CAPÍTULO 39

Sophie

La sombrilla nos protege del sol implacable de Ibiza mientras Luna y yo vamos sorbiendo nuestros cócteles «especial personal» en la terraza trasera del hotel. No consigo recordar la última vez que me reí tanto. Quizás antes de Antoine. Quizás nunca.

—¡Y ahí tendrías que haber visto la cara de ese tío cuando le expliqué que no, el hotel no podía hacer que le llevaran una bañera llena de champán a su habitación! —se descojona Luna echándose el mechón azul por detrás de la oreja.

Por poco me atraganto con mi mojito sin alcohol.

—¿Estás de broma?

—¡Para nada! Me enseñó fotos en su móvil. Por lo visto, es un «imprescindible» en no sé qué hotel de Dubái. ¡Ese tío se pensaba de verdad que podíamos transportar una bañera entera y llenarla de Dom Pérignon en menos de dos horas!

Niego con la cabeza, divertida por lo absurdo de algunas peticiones de los clientes.

—Me recuerda a esa mujer de la semana pasada. Ya sabes, la del chihuahua en el bolso de Hermès. Me preguntó si podíamos repintar las paredes de su habitación de rosa pálido porque su perro se sentía más cómodo en ese ambiente, ya que le recordaba al útero de su madre.

Luna se echa a reír, con la cabeza echada hacia atrás.

—¡No! ¿Y qué le respondiste?

—Que podía hacer algo para ayudarla, ¡y entonces le traje unas gafas rosas de la tienda del spa!

Nos partimos de risa sin control. Estos momentos con Luna son preciosos: nada de ansiedad, nada de reflexiones existenciales, solo dos chicas compartiendo los disparates cotidianos de nuestro trabajo.

—Pero nada superará jamás la historia de Diego y Alejandro con el príncipe saudí —dice Luna con una sonrisa maliciosa.

Me incorporo inmediatamente, intrigada. Diego nunca me cuenta este tipo de anécdotas profesionales.

—¡Cuenta! No estoy al tanto.

Luna se inclina hacia mí como para compartir un secreto de Estado.

—Fue el año pasado, o sea, no el mismo príncipe que este año. Llega un príncipe saudí con su séquito y pide una demostración de buceo en nuestra piscina desbordante. Alejandro estaba de servicio ese día para las actividades náuticas.

Me lo imagino perfectamente, Alejandro con su sonrisa arrebatadora explicando las bases del buceo a un príncipe.

—Solo que el príncipe quería ver antes de probarlo. Así que exigió que un miembro del personal buceara para enseñárselo. ¿Y adivina quién era el único disponible en ese momento?

—¿Diego?

—¡Exacto! —responde Luna chasqueando los dedos—. Solo que tu Diego, señorita, se olvidó de mencionar un pequeño detalle: odia meter la cabeza debajo del agua.

Por poco escupo lo que tengo en la boca.

—¿Estás de broma? ¿Diego?

—¡Te lo juro! Pero como era un cliente ultra VIP...

—Tuvo que bucear de todas maneras —termino, visualizando perfectamente la escena.

—Se puso una máscara, un tubo, y se tiró a la piscina intentando parecer profesional. Alejandro me contó que nunca había visto a nadie hacer semejante planchazo. Hizo un ruido... no sé. Como cuando se te cae un huevo de la encimera y se estrella en el suelo. Luego verle debatirse tan elegantemente en el agua, fue mágico. Mantenía la cara impasible, ¡pero las piernas se le movían como un molino de viento debajo del agua! Parecía un calamar colocado.

Explotamos de risa otra vez. La imagen de Diego, siempre tan dueño de sí mismo, haciendo como que sabe bucear, es para troncharse.

—Lo mejor es que el príncipe se quedó tan impresionado con su técnica única que quiso probarlo él también. ¡Ahora mismo puede que haya ricos saudíes que naden con el método Diego!

Me río tanto que me duelen las costillas. Luna tiene ese don para contar historias, para encontrar el humor en cada situación.

Mi móvil vibra en la mesa. Echo un vistazo distraído: probablemente Diego preguntándome si quiero cenar juntos esta noche.

Pero no es él. Es mi madre.

Frunzo el ceño. Carmen nunca llama en pleno día, sabe que estoy trabajando. Descuelgo rápidamente, pero la llamada salta al buzón de voz.

—Mierda, tengo que devolver la llamada a mi madre.

—Venga, de todas formas tengo que volver a recepción. Javier ha pillado mi ausencia, me está haciendo aspavientos —dice Luna levantándose—. ¡Este mojito sin alcohol estaba divino, habrá que darle las gracias a Henrik!

Se aleja con paso bailongo y consulto mi buzón de voz.

«¡Sophie, cariño! ¡Soy mamá!» La voz alegre de Carmen resuena en mi oído, y sonrío automáticamente. «¡No te vas a creer lo que ha pasado! ¡He encontrado un vuelo a Ibiza tirado de precio, un verdadero milagro en plena temporada! Y un hotelito monísimo no muy lejos del tuyo. ¡Llego dentro de cuatro días y me quedo una semana! Por fin vamos a poder vernos, corazón mío. ¡Estoy emocionadísima! Quiero verlo todo, conocer todo de tu vida ahí... ¿y quizás conocer a gente importante para ti? Me has hablado de esa Luna. ¿Y quizás me vas a presentar a alguien más? Bueno, ¡ya hablaremos! ¡Te mando un besazo, cariño!»

Por poco se me cae el teléfono de las manos.

Mi madre. En Ibiza. Dentro de cuatro días. Necesariamente se va a cruzar con Diego cuando venga a verme al hotel. Carmen es una mujer un poco excéntrica, del mismo estilo que Dolores. Pero bajo sus aires un poco locos, tiene un verdadero radar para todo lo que tiene que ver con las emociones de los demás. Va a pillar lo nuestro enseguida.

¡Socorro!

Al abrir la puerta de nuestra habitación compartida, me recibe el caos habitual que Diego y yo hemos creado. Sus zapatos perfectamente alineados a un lado contrastan con mi ropa

desperdigada. Sus libros de arquitectura cuidadosamente apilados en la mesilla de noche conviven con mis novelas tiradas sin más en la cama. Cojo la de Alix Parks, que me encanta, pero me obligo a dejarla inmediatamente. Tengo cosas más urgentes que hacer.

Me pongo a ordenar frenéticamente, como si mi madre fuera a aparecer en los próximos minutos. Es ridículo —probablemente no vea nunca esta habitación—, pero no puedo evitarlo.

¿Qué le voy a decir? ¿Cómo le voy a presentar a Diego?

Mamá, te presento a Diego, mi... ¿mi qué exactamente?

¿Mi lío? ¿Mi novio? ¿Mi relación complicada del verano?

Nunca he puesto etiqueta a lo que compartimos. Hemos evitado cuidadosamente cualquier conversación sobre el después, como si ponerle nombre a nuestra relación pudiera romper su encanto.

Mis manos se detienen en mitad del proceso de ordenar. Tengo una de sus camisetas contra mí, aspirando discretamente su olor. Esta habitación, esta proximidad cotidiana, estas costumbres compartidas: todo esto va a acabar cuando termine el festival. Dentro de unos días, volveremos a habitaciones separadas.

Esta idea, que me habría aliviado al principio de nuestra convivencia forzosa, ahora me encoge el corazón.

Podría sugerirle que siguiéramos viviendo juntos. Las palabras están ahí, a punto de salir de mis labios, pero no me atrevo a pronunciarlas. ¿Y si dijera que no? ¿Y si estuviera esperando con ganas recuperar su espacio personal?

Y luego, está esta otra realidad que alejo desesperadamente: el final del verano. La separación inevitable. Yo en París, él en Ibiza. O en Madrid.

A menos que...

Niego con la cabeza. No. No voy a volver a caer en ese patrón. No voy a reconstruir mi vida alrededor de un hombre, por maravilloso que sea. Es exactamente lo que hice con Antoine, y mira adónde me llevó.

Tiro la camiseta al cesto de la ropa sucia y abro mi taquilla personal, sacando la carta de la universidad que había enterrado en el fondo. El papel grueso, el logo prestigioso, el programa detallado

del próximo semestre en París... todo esto me parece de repente que pertenece a otra vida, a otra Sophie.

Esa Sophie que había planificado cada etapa de su carrera académica, que tenía ambiciones claras y una trayectoria bien definida. Esa Sophie existía antes de Ibiza, antes de Diego, antes de esta transformación que siento en lo más profundo de mí.

Me siento en el borde de la cama, la carta entre las manos, abrumada por una oleada de confusión.

¿Quién soy ahora? ¿Qué es lo que quiero realmente?

Durante el servicio de la tarde, hago lo que se espera de mí. Sonrío, recibo, informo a los clientes con un profesionalismo automático, pero mi mente está en otra parte. Cuando por fin llega mi descanso, me escapo hacia la terraza que da al mar.

El sol empieza su descenso, transformando el Mediterráneo en una extensión de diamantes resplandecientes. Esta vista nunca se desvanece, ni siquiera después de meses. Me pregunto si Diego sigue sintiendo esa misma emoción después de años aquí.

Diego.

Se me acelera el corazón solo de pensar en él. No se suponía que iba a pasar así. Se suponía que iba a venir aquí para encontrarme, no para perderme otra vez en alguien más.

Pero no es lo mismo que con Antoine, ¿verdad? Antoine quería moldearme según su visión, integrarme en su mundo como un accesorio. Diego... Diego me ve. De verdad. Respeta mis silencios, valora mis opiniones, se maravilla con mis habilidades en lugar de minimizarlas.

Cierro los ojos, dejando que la brisa marina me acaricie la cara. La verdad se me aparece con una claridad dolorosa: cada vez me gusta más.

Esta revelación, en lugar de liberarme, me llena de un terror glacial. He puesto mi corazón exactamente donde puede volver a romperse. Dentro de unas semanas, cuando vuelva a París, ¿qué quedará? ¿Recuerdos? ¿Promesas imposibles de cumplir? ¿Una relación a distancia condenada al fracaso?

O peor aún: ¿y si para él no es más que una aventura de verano? ¿Si está esperando educadamente a que termine la temporada para

decirme adiós sin pena?

Abro los ojos otra vez, fijándome en el horizonte donde el cielo se encuentra con el mar. He pasado meses reconstruyendo mis cimientos después de Antoine. No estoy segura de poder sobrevivir a otro derrumbe.

Mi madre lo va a ver todo, lo va a entender todo en un instante. Carmen siempre ha tenido ese don inquietante de leerme como un libro abierto. Va a hacer las preguntas que evito cuidadosamente. Me va a obligar a ponerle nombre a lo que siento, a plantearme el futuro que me niego a imaginar.

El sol continúa su descenso, tiñéndolo todo de un resplandor dorado. Me gustaría poder congelar este instante, este paréntesis suspendido entre el día y la noche. Entre el verano y el otoño. Entre el sueño y la realidad.

Pero el tiempo se niega a detenerse, y pronto, muy pronto, voy a tener que enfrentarme a estas verdades que he evitado tan cuidadosamente:

Diego no es una simple aventura estival. Diego no es un rebote después de Antoine. Diego se ha convertido, a pesar de todas mis resoluciones, en el centro de gravedad alrededor del cual mi mundo se ha reorganizado.

Y esta constatación me aterroriza más que nada.

CAPÍTULO 40

Diego

Estoy revisando la lista de clientes VIP previstos para el fin de semana cuando Sophie aparece en el marco de la puerta de mi despacho. Se muerde el labio inferior, señal de que algo la preocupa. Tiene el pelo recogido en un moño suelto, algunos mechones se escapan y enmarcan su rostro. Está preciosa, incluso con esa expresión inquieta.

—Diego, ¿puedo hablarte un minuto?

Su voz es ligeramente más aguda de lo habitual. Una alarma se dispara inmediatamente en mi cabeza. Conozco ese tono. Es el de los anuncios importantes. De las bombas de relojería emocionales.

Mi cerebro da un salto hacia adelante y aterriza en la peor conclusión posible.

Oh, mierda. ¿Está embarazada o quiere romper conmigo? Bueno, para romper, tendríamos que estar juntos, lo cual nunca hemos definido claramente.

Siempre nos hemos protegido, pero nada es fiable al cien por cien, ¿verdad? Me sorprendo escrutando su vientre, como si pudiera detectar un embarazo con mis propios ojos a través de su blusa de uniforme y su carne.

—¿Por qué me miras el vientre así? —pregunta frunciendo el ceño.

Entro en pánico y digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Me preguntaba si habías sido tú quien se comió el bollo que reservaba para esta noche.

Su expresión pasa de la preocupación a la indignación en una fracción de segundo.

—¿En serio, Diego? ¿De verdad crees que vendría a verte con esta cara de funeral porque me he comido tu bollo?

Me paso una mano por la nuca, avergonzado.

—Vale, de acuerdo. Me preguntaba si estabas... ya sabes... embarazada.

Abre los ojos como platos y luego suelta una risa nerviosa.

—Vaya. No. Es peor que eso.

—¿Peor que un embarazo no deseado? ¿Tienes alguna enfermedad de la que te has olvidado de contarme?

—Mi madre viene a visitarme —anuncia con voz grave.

Espero la continuación. El verdadero problema. Pero me mira fijamente como si acabara de anunciar el apocalipsis.

—¿Eso es todo? ¿Tu madre viene a verte? ¿Por eso tienes cara de alguien que acaba de enterarse de que le quedan tres días de vida?

Sophie suspira y se sienta en el borde de mi escritorio, con las piernas balanceándose ligeramente.

—No lo entiendes. Mi madre no es una madre normal.

—¿Eh?

—Es como un detector de mentiras ambulante, acoplado a un escáner de rayos X emocional. Lo ve todo, lo siente todo. Una vez, cuando tenía doce años, me miró durante exactamente tres segundos antes de decirme: «Has besado al hijo del vecino detrás del cerezo.» Tenía razón. ¿Cómo lo sabía? Misterio. Nunca revela sus trucos. Estoy segura de que tiene poderes mágicos. Poderes de los que claramente no he heredado.

No puedo evitar sonreír.

—Parece temible.

—No tienes ni idea. Y eso sin contar que es española, lo que significa que entenderá todo lo que digas, así que nada de mensajes en clave.

—¿Viene específicamente a interrogarme? —pregunto con un deje de inquietud en la voz.

Sophie se muerde el labio de nuevo.

—No exactamente. Pero sabrá lo nuestro. Esta cosa, ¿sabes? —dice haciendo un gesto vago entre ella y yo.

Esta cosa indefinida que nunca hemos llegado a nombrar realmente. Esta cosa que empezó siendo una atracción física y se ha transformado en algo que ya no consigo compartimentar adecuadamente en mi vida.

—Podría esconderme —propongo medio en serio—. Hacerme pasar por un cliente. O fingir que estoy de vacaciones.

—Se me había ocurrido —confiesa con una sonrisita culposa—. Incluso pensé en alquilar a otro tío para que fingiera ser tú. O decirle

que te habías ido de misión a la península.

—Entonces, ¿voy a ser presentado a tu madre como...?

Vacila, buscando claramente las palabras.

—Como tú. Como Diego. El tío con el que comparto habitación desde hace dos semanas.

—Y con el que también compartes cama —completo con una sonrisa pícara.

—No necesita saber todos los detalles —dice sonrojándose ligeramente—. Pero me haría ilusión que la conocieras. Es importante para mí.

Esas últimas palabras resuenan en mi despacho. *Es importante para mí.* Siento que algo se me encoge en el pecho. Una emoción que no he sentido desde hace mucho tiempo.

—Por supuesto que voy a conocerla. Estaré ahí para ti. No te voy a fallar.

Su sonrisa ilumina toda su cara, y joder, es como si alguien acabara de encender el sol en mi despacho. Sin las quemaduras y la gravedad loca, por supuesto.

—Gracias, Diego. Eres genial.

—Lo sé —respondo con un guiño para disimular lo mucho que me afectan sus palabras—. ¿Cuándo llega?

—En cuatro días.

¿Qué? Pero si no voy a estar nunca preparado.

—Perfecto.

Se ríe y baja del escritorio, calando esa falta de seguridad que intento disimular.

—Te va a adorar, estoy segura.

—Todo el mundo me adora —respondo con una falsa arrogancia que la hace poner los ojos en blanco.

—Tengo que volver al trabajo. ¿Nos vemos esta noche?

—Por supuesto.

La veo marcharse, la puerta se cierra tras ella, y de repente me golpea una realización que me deja sin aliento: voy a ser presentado a la madre de Sophie. Una línea invisible acaba de cruzarse en esta relación sin etiqueta.

El nerviosismo me invade a medida que pasan las horas. Es completamente irracional. ¿Por qué me preocupa tanto conocer a la madre de Sophie? No es como si estuviéramos en una relación seria y definida. Nunca hemos puesto palabras a lo que compartimos. Es solo... intenso. Y sin embargo, me sorprendo reorganizando mi agenda de la semana que viene para estar disponible durante la visita de Carmen, como si fuera lo más natural del mundo.

El festival termina hoy. Lo que también significa el final oficial de nuestra convivencia forzada. Técnicamente, deberíamos volver a nuestros alojamientos separados mañana mismo. Este pensamiento, en lugar de traerme el alivio que habría sentido hace unas semanas, me deja un sabor amargo en la boca. Me he acostumbrado a sus cosas desperdigadas por la habitación, a su perfume en la almohada de al lado, a su presencia constante.

En mi escritorio me espera una carta de mi padre. Ni siquiera necesito abrirla para saber lo que contiene. Más recordatorios sobre mis responsabilidades en Madrid.

Abro el sobre a regañadientes. Bingo. Una reunión crucial con los principales accionistas. Y la fecha... La compruebo dos veces. Coincide exactamente con la visita de Carmen.

Timing perfecto, papá, como siempre.

Mi teléfono vibra. Alejandro.

—Tío, ¡última sesión en el club esta noche para cerrar el festival! Vienes, ¿no? Tu presencia es obligatoria, está en tu contrato de amistad, cláusula 3, párrafo 2.

Sonrío a mi pesar.

—Lo siento, Ale. Esta noche no.

—Espera, ¿qué? ¿Tienes fiebre? ¿Te estás muriendo? ¿O es que Sophie te ha trastornado completamente el cerebro?

—Solo tengo otros planes.

—Con Sophie, me imagino.

No hay acusación en su voz, solo una constatación divertida.

—Puede que sí —respondo evasivamente.

—Tío, estás jodido. En el buen sentido. Ya hablaremos cuando estés preparado para admitirlo.

Cuelgo sacudiendo la cabeza. Alejandro me conoce demasiado bien.

Al salir del hotel para mi descanso, me cruzo con Donatello Visconti, ese diseñador italiano cuya estancia interminable empieza a fastidiarme en serio. Su mirada siempre se demora demasiado en Sophie.

—Señor Álvarez —dice con su acento italiano exagerado—. Buenas noticias, me voy en unos días. Mis negocios me reclaman en Milán.

Asiento, esforzándome por parecer profesional mientras una oleada de alivio irracional me invade.

—Esperamos que su estancia haya sido agradable, señor Visconti.

—Muy agradable. Su personal es particularmente encantador —añade con una sonrisita que me dan ganas de hacerle tragar sus dientes blancos perfectos.

Me conformo con una sonrisa tensa y sigo mi camino.

Al caer la noche, encuentro a Sophie en nuestra habitación. Está sentada en la cama, con un bolígrafo en la boca, concentrada en una lista que está redactando. «Sitios que enseñar a mamá» está escrito en la parte superior de la página. La observo en silencio, fascinado por esos pequeños detalles que he aprendido a conocer estas últimas semanas. La forma en que mordisquea el bolígrafo cuando piensa. La pequeña arruga que se forma entre sus cejas cuando se concentra. Esos hábitos que se me han vuelto tan familiares como los míos.

Me tumbo a su lado sin decir nada, saboreando simplemente su presencia. La realización me golpea con una claridad turbadora: la idea de Sophie volviendo a París al final del verano, de esta habitación vaciada de su presencia, de esas mañanas sin su pelo esparcido por la almohada de al lado, crea en mí un dolor anticipado que ya no puedo ignorar.

Más tarde, en la oscuridad de la habitación, con su respiración regular a mi lado, por fin me permito admitir en silencio una verdad que he intentado rechazar durante semanas: me importa Sophie de una manera que supera todo lo que he conocido hasta ahora. Ya no es solo deseo, ya no es solo atracción. Es algo más profundo, más aterrador.

No estoy preparado para llamarlo amor. Todavía no. Pero definitivamente es algo que me da miedo y me exalta al mismo tiempo.

Y ahora voy a conocer a su madre.

Mierda.

CAPÍTULO 41

Sophie

El sol de Ibiza pega ya fuerte a pesar de la hora matutina cuando vislumbro a mi madre franquear las puertas del aeropuerto. Mi corazón da un vuelco en el pecho. Carmen está ahí, deslumbrante con su vestido de verano color azafrán y su sombrero de paja de ala ancha, encarnando ella sola esa mezcla de París y España que también me define a mí.

—¡Sophie, mi niña! —exclama al verme.

Me precipito hacia ella, y su perfume me envuelve inmediatamente: esa dulce mezcla de jazmín y cítricos que arrulló mi infancia. Pero hoy se mezcla con las fragancias mediterráneas, como si la isla ya acogiera a mi madre en su abrazo perfumado.

—Estás preciosa —le digo echándome hacia atrás para admirarla —. Te sienta bien el sol.

—¡Y tú entonces! Has cambiado, Sophie. Algo en tu mirada...

Aparto la vista, de repente consciente de su observación perspicaz. Mi madre siempre ha tenido ese don fastidioso de leerme como un libro abierto.

—Es solo el bronceado —respondo cogiendo su maleta—. Venga, ven, he pedido prestado el coche de Luna para enseñarte un poco antes de ir a tu hotel.

En el pequeño Fiat descapotable, hago de guía turística improvisada. Es extraño redescubrir esta isla a través de sus ojos. Las colinas verdosas, las casas blancas con contraventanas verdes, las calas secretas... todos estos paisajes que ahora forman parte de mi día a día recuperan su magia original ante el asombro de mi madre.

—Es increíble lo bien que conoces los sitios —comenta mientras le enseño un mirador espectacular sobre el mar—. Hablas de esta isla como si hubieras vivido aquí siempre.

Su comentario me sorprende a mí misma. ¿Cuándo se volvió Ibiza tan familiar? ¿Tan importante?

Nos paramos en una pequeña cafetería con terraza que domina el mar. La brisa marina juega con nuestro pelo mientras saboreamos cafés helados con canela y limón, como en Valencia.

—Bueno, cuéntamelo todo sobre este trabajo. El hotel, los compañeros... —empieza mi madre, evitando cuidadosamente pronunciar el nombre de Antoine, como si esa simple palabra pudiera invocar su fantasma en nuestra mesa.

Le hablo de Luna y su pelo azul, de Alejandro el DJ, de Javier el director benévolo. Describo los clientes excéntricos, las veladas del personal en la playa privada, los desafíos cotidianos en recepción.

—Y está Diego —se me escapa finalmente, intentando adoptar un tono despreocupado—. El responsable de conserjería. Trabajamos juntos a menudo para los eventos especiales.

Mi madre alza una ceja, y sé instantáneamente que mi intento de indiferencia ha fracasado lamentablemente. Su sonrisa de complicidad dice todo lo que no formula.

—¿Diego? —repite como si estuviera probando la sonoridad del nombre en su lengua—. ¿Y es simplemente un compañero?

—Es complicado —concedo, sintiendo que se me colorean las mejillas—. Ha aceptado cenar con nosotras esta noche, podrás formarte tu propia opinión.

—Tengo ganas —dice simplemente, pero su mirada brilla con una curiosidad apenas contenida.

La aprensión crece en mí a medida que nos acercamos al hotel Paraíso. Nunca he presentado Diego a nadie importante en mi vida, aparte de a Emma por videollamada. Este encuentro entre mi madre y él me parece de repente terriblemente significativo, como si oficializara algo que aún no me he atrevido a nombrar.

—Es precioso —suspira mi madre al descubrir la arquitectura elegante del hotel enclavado en su cala privada.

Y ahí, de pie en el vestíbulo inmaculado, está Diego. Mi corazón da un salto ridículo. Se ha puesto su camisa azul marino, la que resalta perfectamente la anchura de sus hombros y el bronceado de su piel. Lleva el pelo peinado con más esmero que de costumbre, y me doy cuenta de que se ha esforzado especialmente para este encuentro.

—Buenos días, soy Diego Álvarez —dice acercándose hacia mi madre con una sonrisa cálida que no le veo a menudo en contexto profesional—. Encantado de conocerla, señora Leroy.

—Carmen, por favor —responde mi madre estrechándole la mano, su mirada evaluadora no se pierde ni un detalle.

La ansiedad me hace un nudo en el estómago, y me pongo a hablar sin poder parar, soltando anécdotas sin pies ni cabeza sobre el hotel.

—Y ahí, es el bar donde un día, un cliente inglés pidió ocho mojitos seguidos antes de ponerse a cantar flamenco, lo cual es irónico ya que el flamenco ni siquiera es de Ibiza, y luego intentó convencer a todo el mundo de que era primo lejano del príncipe Harry, pero nadie se lo creyó por supuesto, sobre todo cuando intentó pagar con tarjetas de fidelidad de supermercados...

Me interrumpo, mortificada, al darme cuenta de que estoy contando cualquier cosa. Diego y mi madre me miran con una mezcla de diversión y ternura.

—La presión siempre te hace contar historias inverosímiles —observa mi madre con una sonrisa cómplice a Diego—. Cuando tenía diez años, le explicó a su profesora que no había terminado los deberes porque un flamenco había entrado por la ventana y se había comido sus apuntes.

—¡Mamá! —exclamo, horrorizada.

Diego se echa a reír, un sonido rico y pleno que oigo demasiado poco.

—No me extraña —dice con un guiño en mi dirección—. Su hija tiene una imaginación desbordante, como toda autora que se precie. Es lo que la hace especial.

La palabra queda suspendida entre nosotros, cargada de significado.

Para la cena, Diego nos lleva a un pequeño restaurante junto al mar, lejos de las zonas turísticas. El establecimiento está enclavado en una cala discreta, sus mesas dispuestas directamente sobre la arena.

—Es un sitio que solo conocen los lugareños —explica—. El propietario, Manuel, pesca él mismo todas las mañanas.

El malentendido empieza cuando el camarero, un hombre mayor con la cara curtida por el sol, se acerca hablando rápidamente en catalán. Mi madre responde con entusiasmo, mientras yo me quedo confusa, siendo mi catalán muy limitado.

—Dice que sois sus invitados de honor esta noche —traduce mi madre—. Por lo visto, nos ha confundido con... eh... ¿la familia real de España?

—¿Qué? —exclamo, perpleja.

Diego frunce el ceño, luego su cara se ilumina de comprensión.

—¡Ah! Es culpa mía —se ríe—. Llamé para reservar y mencioné que traía a una invitada muy especial de Valencia. Manuel debió de pensar que hablaba de la infanta Elena que estuvo en Ibiza la semana pasada y que tiene raíces valencianas. ¡Por favor, decidme que no me parezco a ella!

El camarero vuelve con una botella de champán y empieza a tratarnos con una deferencia cómica, inclinándose casi a cada frase y llamando a mi madre «Su Alteza».

—¿Qué hacemos? —susurro, avergonzada.

Diego se levanta con una sonrisa traviesa y se dirige al camarero en catalán fluido. Me señala, luego a mi madre, hace un gesto que evoca claramente la escritura, después enseña su placa de empleado del hotel Paraíso. La cara del viejo pasa por todas las emociones: confusión, comprensión, y finalmente, hilaridad absoluta.

—Cree que es lo más divertido que ha pasado desde que el alcalde se cayó de un barco el verano pasado —traduce Diego volviendo a sentarse—. Nos regala el champán de todas formas por la buena historia que podrá contar.

Nos echamos todos a reír, y el hielo se rompe definitivamente.

Lo que me llama la atención después es la facilidad con que Diego se dirige a mi madre en español, avivando sus raíces valencianas que a veces tiende a dejar de lado en París. Le habla de los festivales tradicionales, de los platos regionales, y los observo intercambiar expresiones típicas que nunca he oído.

—¿Te acuerdas de aquel pueblecito cerca de Valencia donde la abuela preparaba la verdadera paella? —pregunta mi madre con nostalgia.

Asiento con la cabeza.

—¡Con el arroz cultivado en las marismas de la Albufera, sí!

—Ah, me encantaba ese sitio. Mi abuela Dolores me llevaba allí cuando era niño —interviene Diego.

Los observo, fascinada por esta conexión inesperada. Es como si compartieran una geografía emocional común, un territorio de recuerdos al que yo solo tengo acceso parcialmente.

—Sophie me ha dicho que habéis elegido Ibiza contra la opinión de vuestra familia —dice mi madre suavemente—. Es valiente.

Diego duda un instante, luego habla con una honestidad que me llega profundamente.

—A veces hay que saber escuchar el instinto, aunque todo el mundo te diga que te equivocas —responde mirándome—. He encontrado mi sitio aquí. Ciertos encuentros confirman que fue la decisión correcta.

La mirada que intercambian me dice que mi madre comprende perfectamente lo que no dice explícitamente.

La velada transcurre en una armonía que nunca me habría atrevido a esperar. Entre los platos de marisco recién pescado, las historias de la infancia, y las anécdotas sobre España, me doy cuenta de repente de la importancia de este momento. No es una simple presentación; es la primera vez que integro deliberadamente a Diego en el círculo íntimo de mi familia. Y está claro que no se integra a los rollos de una noche en la familia.

Cuando Diego cuenta cómo aprendió a navegar con su abuelo en las aguas de Ibiza, veo en los ojos de mi madre esa aprobación silenciosa que vale todos los discursos. Y cuando ella evoca mis intentos desastrosos de aprender español de niña, mezclando las expresiones con un acento parisino marcado, veo en la mirada divertida de Diego una ternura que me derrite.

Al final de la velada, mientras caminamos descalzos por la playa, mi madre se adelanta un poco, dejándonos deliberadamente un momento de intimidad.

—Creo que le caigo bien —murmura Diego tomando mi mano entre las suyas.

—Me temo que sí —respondo con una sonrisa—. Ahora me va a preguntar constantemente por ti.

Se para, de repente serio.

—¿Te molestaría? Tener noticias que darle... a largo plazo?

La pregunta flota entre nosotros, cargada de posibilidades. Miro nuestras manos entrelazadas, luego la silueta de mi madre que contempla el mar, y finalmente la cara de Diego, esperando mi respuesta con una vulnerabilidad inusual.

Entonces, mientras busco una manera de dejar salir esa respuesta que se resiste a franquear el umbral de mis labios, su risa se alza en la noche marina y comprendo que no era más que una broma.

CAPÍTULO 42

Diego

No había previsto que estos pocos días con Carmen y Sophie cobrarían tanta importancia en mi vida.

Hoy recorremos Dalt Vila, y me sorprendo redescubriendo mi propia isla a través de sus ojos. Carmen se extasía ante cada detalle y me siento extrañamente en mi sitio entre estas dos mujeres que comparten la misma mirada.

—¡Mira esas murallas, Sophie! —exclama Carmen señalando las fortificaciones—. Datan del siglo XVI, es increíble que estén tan bien conservadas.

Las guío por las callejuelas empedradas, donde cada piedra cuenta una historia que creía conocer de memoria. El sol acaricia las fachadas blancas, proyecta sombras sobre las escaleras empinadas. Las buganvillas estallan en cascadas rosas contra los muros, y el olor del mar nos persigue incluso a esta altura.

—Es diferente cuando se visita con alguien que conoce realmente el lugar —observa Carmen mirándome—. ¿Creciste aquí, Diego?

—No exactamente. Pasé todos mis veranos aquí con mis abuelos. El resto del tiempo estaba en Madrid.

Sophie inclina ligeramente la cabeza hacia un lado, ese gesto que ahora conozco de memoria. Carmen hace exactamente el mismo movimiento cuando algo le intriga. La herencia es fascinante.

—¿También les hacías visitas por la isla? —me pregunta Sophie.

—Era más bien al revés. Mi abuelo conocía cada rincón de Ibiza. Me llevaba a todas partes, lejos de los turistas. Esos recuerdos son probablemente los más felices de mi infancia.

Llegamos a un mirador que domina la bahía. El panorama es para quitarse el aliento: el Mediterráneo se extiende hasta perderse de vista, de un azul tan intenso que parece irreal. Los barcos parecen juguetes, y la ciudad abajo forma un mosaico de tejados ocres y callejuelas sinuosas.

—Es magnífico —susurra Carmen.

Sophie y su madre intercambian algunas frases en francés, luego se echan a reír. Esta complicidad entre ellas me fascina y me recuerda dolorosamente lo que siempre ha faltado entre mi padre y yo. Las observo, sentado en un murete antiguo, mientras se hacen fotos juntas.

—¡Ven, Diego! —me grita Sophie—. Queremos una foto contigo.

Me acerco, ligeramente incómodo. Carmen nos hace una foto, luego un turista que pasaba inmortaliza a nuestro trío. Esta escena banal —posar para una foto de vacaciones— me parece extrañamente significativa, como si entrara en un círculo familiar del que siempre había estado excluido.

Mientras continuamos nuestra visita, los recuerdos afloran a la superficie. Me vuelvo a ver, niño pequeño, corriendo por estas mismas callejuelas. Luego viene ese período oscuro, cuando tenía ocho años. La enfermedad, los hospitales americanos, esa sensación de haberme convertido en una carga.

—Pareces ausente —observa Sophie tocándome ligeramente el brazo.

—Pensaba en mi padre —reconozco—. En cómo han cambiado las cosas entre nosotros.

—Nunca hablas de él —dice suavemente.

—No hay mucho que decir. Era diferente antes de mi enfermedad. Más presente, más simpático. Después, como ya sabes, tuvo que vender gran parte de su empresa para pagar los tratamientos en Estados Unidos. Lo reconstruyó todo después, pero algo se rompió en él.

Las palabras salen con una facilidad que me sorprende.

—Empiezo a entender que me tenía como responsable de todo. No directamente, nunca explícitamente, pero creo que en el fondo siempre lo he sentido así. Yo era el niño que había hecho desplomarse su imperio.

Sophie desliza su mano en la mía. Un gesto sencillo, pero que me conmueve más de lo que querría admitir.

Bajamos hacia la plaza principal, donde Carmen nos invita a hacer una pausa para tomar café en la terraza de un restaurante pintoresco. El lugar es turístico, pero las vistas merecen la pena. Los

camareros se agitan alrededor de las mesas coloridas, las conversaciones en diferentes idiomas crean un ambiente internacional.

—Entonces, Sophie, ¿retomas los estudios en París a principios de octubre? —pregunta Carmen sorbiendo su café.

La pregunta me golpea como un puñetazo. Octubre. Ya casi estamos. Por supuesto, sabía que Sophie estaba aquí para la temporada, pero oírlo formular tan claramente me produce el efecto de una ducha fría. Intento mantener una expresión neutra, pero algo debe de traslucirse porque Carmen me echa una mirada extraña, casi cómplice.

—Aún no he decidido —responde Sophie, sorprendiéndome—. La universidad espera mi confirmación, pero...

Deja la frase en suspenso. Un camarero pasa con una bandeja cargada de pasteles, rompiendo momentáneamente nuestra conversación. Sophie se disculpa para ir al baño, dejándonos solos a Carmen y a mí.

—Siempre ha sido indecisa —dice Carmen mirándola alejarse—. Desde pequeñita. No por falta de carácter, sino porque piensa demasiado, porque considera todos los escenarios posibles.

Asiento, sin saber muy bien qué responder. Carmen me mira directamente a los ojos.

—Me enamoré de un francés en 1994. En aquella época, una llamada telefónica entre España y Francia costaba una fortuna. Internet no existía para el gran público, y los vuelos estaban fuera de precio.

De repente entiendo adónde quiere llegar.

—¿Sabes lo que hacíamos? —continúa—. Nos escribíamos cartas. De verdad, en papel. Una vez, él condujo durante veinte horas seguidas para verme, solo por un fin de semana.

Sonríe, perdida en sus recuerdos.

—Recuerdo un incidente particularmente divertido. Henri —el padre de Sophie— había venido a verme a Valencia. No hablaba ni una palabra de español, y yo, mi francés era espantoso. Estábamos en un restaurante y él quiso pedir pescado. Pero en lugar de pedir «pescado», dijo «pecado». ¡La cara del camarero!

Me echo a reír, imaginando la escena.

—Mi punto de vista es que —continúa poniéndose seria— si dos personas quieren realmente estar juntas, encuentran la manera. Y hoy en día, con los vuelos low cost, internet, las videoconferencias... la distancia ya no es lo que era.

Sophie vuelve en ese momento exacto, y nuestra conversación toma otra dirección. Pero el mensaje de Carmen está claro como el agua. Me ha visto, ha entendido, y extrañamente, parece animarme.

El resto de la tarde visitamos una pequeña galería de arte, luego cenamos en un restaurante de mariscos en el puerto. Las luces se reflejan en el agua oscura, los barcos se balancean suavemente en sus amarres. Es una velada perfecta.

De vuelta al hotel, reviso mi teléfono, ignorado durante mucho tiempo. Cinco llamadas perdidas de mi padre, tres mensajes de voz, y un SMS lacónico: «La reunión de accionistas se ha celebrado sin ti. Hablaremos de tu futuro en la empresa a tu vuelta».

Extrañamente, no siento ninguna ansiedad. Le avisé de mi ausencia, así que no tengo nada que reprocharme. Antes, un mensaje así me habría sumido en un abismo de culpabilidad y angustia. Esta noche, constato simplemente que mis prioridades han cambiado. He elegido pasar el día con Sophie y su madre, y no me arrepiento ni un segundo.

Mientras preparo mi informe para la noche, me doy cuenta de que algo fundamental ha cambiado en mí. Lo que siento por Sophie ya no es una simple atracción estival, una de esas aventuras que se apagan con los últimos fuegos artificiales de la temporada. Es más profundo, más duradero. Casi aterrador en su intensidad.

Sophie se ha quedado dormida en mi sofá, agotada por nuestro día. La luna proyecta sombras suaves a través de las cortinas entreabiertas. Observo su perfil, la curva de su mejilla, sus pestañas que tiemblan ligeramente en su sueño.

La distancia, las carreras, las familias... Todos estos obstáculos parecen de repente superables. Pero queda una pregunta, punzante: ¿siente ella lo mismo? Y sobre todo, ¿cómo preguntárselo sin volverme completamente vulnerable? Lo intenté cuando estábamos

en la playa una noche, hace unos días. Como tardaba en responder, me asusté y me reí, dejando creer que era una broma.

Mi padre se quedaría consternado de verme así, pendiente de los sentimientos de otra persona, incapaz de controlar la situación. Quizás ha influido en mí más de lo que quería admitir. Suspiro suavemente. Mañana, tal vez, tendré el valor de tener esta conversación. O tal vez no.

Cierro los ojos, arrullado por el sonido lejano de las olas y la presencia de Sophie a mi lado. Por ahora, me basta con esto.

CAPÍTULO 43

Sophie

Mi madre ha transformado Ibiza en un terreno familiar, como si estas calles soleadas siempre hubieran formado parte de nuestra historia común. Desde su llegada, una serenidad inesperada me envuelve. Carmen, con su risa fácil y su curiosidad insaciable, se ha integrado perfectamente en este pequeño mundo que me he construido lejos de París.

Lo que más me conmueve es la complicidad natural que se ha establecido entre ella y Diego. Los observo charlar en español con una soltura que no les conocía, compartiendo anécdotas sobre Valencia y riéndose juntos como viejos amigos. Cada vez que sus miradas se vuelven hacia mí, leo en ellas una ternura que me hace un nudo en la garganta.

Esta mañana, mi madre se ha ido a visitar el mercado local, prometiéndome volver para el almuerzo. Superviso el check-out de un grupo de británicos ruidosos pero simpáticos, concentrada en mi trabajo cuando una silueta familiar cruza el vestíbulo del hotel.

Se me hiela la sangre al instante.

Antoine.

Impecable con su traje de lino claro, camisa blanca ligeramente entreabierta, gafas de sol de diseño subidas negligentemente sobre sus cabellos perfectamente peinados. Su sonrisa segura está intacta, como si nunca hubiera destruido mis sueños, aplastado mi confianza, manipulado mis emociones durante dos largos años.

Me agarro al mostrador para no tambalearme, mientras un vértigo de pánico me invade. No es posible. No aquí. No ahora.

Se acerca con paso despreocupado, ese paso característico que adopta cuando quiere parecer relajado pero sigue siendo calculado en cada movimiento. Respiro profundamente, forzando mi rostro a permanecer neutro. Profesional. Distante.

—¡Qué casualidad increíble, Sophie! —exclama con esa sonrisa que en su día iluminaba mis jornadas y que hoy me dan ganas de huir.

Su voz me transporta brutalmente hacia atrás, a nuestro apartamento parisino, a las cenas mundanas donde yo era su trofeo silencioso, a esos momentos donde cada crítica venía envuelta en un «es por tu bien».

—Antoine. Qué sorpresa —digo con una voz que me parece extrañamente calmada pese a la tormenta interior.

—Estás aún más guapa que en mis recuerdos. El sol de Ibiza te sienta bien, evidentemente.

Su mirada me escruta, evaluando cada detalle, desde mi uniforme hasta mi pelo recogido en una sencilla coleta.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, ignorando deliberadamente su piropo.

Apoya los codos en el mostrador, inclinándose ligeramente hacia mí como para compartir un secreto.

—Un viaje de negocios imprevisto. Promotores inmobiliarios muy interesados en un proyecto en la isla. Ya sabes cómo funciona esto, las oportunidades no avisan.

Sus explicaciones suenan falsas. Antoine nunca hace nada imprevisto. Planifica, calcula, organiza todo hasta el más mínimo detalle.

—¿Y has elegido precisamente este hotel? ¿Por casualidad?

Un destello de diversión cruza su mirada. Sabe que no me trago el cuento.

—Digamos que cuando supe dónde trabajabas, pensé que era la ocasión perfecta para ver cómo estabas. Me has hecho falta, Sophie.

Estas últimas palabras se pronuncian con una dulzura estudiada que antes me daba escalofríos. Hoy me dan náuseas.

—Estoy bien, gracias, como puedes ver. Tengo que terminar con estos clientes...

—Me quedo con una suite durante dos semanas —me interrumpe —. Tendremos tiempo de sobra para ponernos al día.

Dos semanas. Se me acelera el corazón. Diego está en Madrid hoy, para una reunión con su padre que ya no podía posponer más.

—Si quieres registrarte, puedo llamar a un compañero —digo haciendo señas a Luna que me observa con curiosidad desde el otro extremo del vestíbulo.

—Siempre tan profesional —sonríe—. Es lo que siempre he apreciado de ti. Aunque, francamente, ¿recepcionista? ¿Con tu potencial? Podrías haberme llamado, te habría encontrado algo mucho más apropiado.

Su condescendencia no ha cambiado. Esa forma de minimizar mis decisiones, de sugerir que sin él, no soy nada especial.

—Me gusta este trabajo, Antoine. Y no necesitaba tu ayuda.

Levanta las manos en señal de apaciguamiento, pero su sonrisa se ha crispado ligeramente.

—Por supuesto, por supuesto. Veo que necesitas esta fase de independencia. Es sano, supongo. Una experiencia veraniega antes de volver a la vida real.

La vida real. Esa que había trazado cuidadosamente para mí, donde cada uno de mis movimientos debía alinearse con sus expectativas.

—No es una fase, Antoine. Es mi vida.

Luna llega en mi auxilio, con su sonrisa profesional puesta, pero veo en sus ojos que ha entendido quién se encuentra delante de mí.

—¿Puedo ayudarle, señor?

Antoine se endereza, recuperando instantáneamente su encanto social.

—Antoine Mercier. Tengo una reserva para la suite Mediterráneo.

Mientras Luna se ocupa de él, me alejo hacia la oficina trasera, con las piernas temblándome ligeramente. Cierro la puerta tras de mí y me apoyo contra ella, respirando profundamente.

¿Cómo se atreve? Aparecer así, imponerse en el espacio que me he creado, lejos de él y de su dominio. Repienso en estos meses pasados aquí, en la confianza que he reconstruido lentamente, en Diego que ha sabido respetar mis límites, mis decisiones, mis deseos sin buscar nunca controlarme.

El contraste entre ellos nunca ha sido tan evidente.

Luna me alcanza unos minutos más tarde, con expresión preocupada.

—¿Es él? ¿El ex tóxico?

Asiento, incapaz de hablar.

—Ha preguntado por tu horario, como si fuera normal. Le he dicho que era confidencial. Qué capullo más pretencioso.

Sonrío a pesar de todo. La indignación protectora de Luna es exactamente lo que necesito.

—Gracias. Yo... no esperaba verle aparecer aquí.

—¿Quieres que avise a Diego?

La pregunta me hace dudar. Diego ya está estresado por esta reunión con su padre.

—No, ahora no. Vuelve esta noche, se lo contaré.

La tarde se alarga como un elástico tenso al extremo. Evito cuidadosamente los espacios comunes, refugiándome en tareas administrativas que me mantienen lejos de la mirada de Antoine. Pero esto es Ibiza, no París: la isla es pequeña y el hotel aún más.

Mi madre tenía que pasar a recogerme para almorzar, y me doy cuenta con horror de que no he tenido tiempo de avisarla. Cuando vislumbro su silueta elegante cruzando el vestíbulo, es demasiado tarde. Antoine está ahí, saboreando un cóctel en la terraza principal.

Me precipito, pero la escena que temía ya se está desarrollando ante mis ojos.

Carmen se ha quedado paralizada al reconocer a Antoine. Su expresión, habitualmente cálida, se ha transformado en una máscara de cortesía glacial. Antoine, por su parte, exhibe su sonrisa más encantadora, esa que reserva para los padres y los superiores jerárquicos.

—¡Señora Leroy! ¡Qué maravillosa sorpresa! —exclama levantándose para darle dos besos.

Mi madre se deja besar en las mejillas, pero su cuerpo permanece rígido.

—Antoine. No esperaba verte aquí.

—Viaje de negocios. ¿Y usted? ¿De visita con Sophie?

—Exactamente.

El tono de mi madre es cortante como el cristal. Nunca le hizo frente directamente durante nuestra relación, respetando mi vida privada pese a las preocupaciones que yo adivinaba. Pero hoy, su mirada lo evalúa sin complacencia.

—¿Qué le parece nuestra pequeña Sophie de recepcionista? —pregunta con esa ligereza condescendiente que me hace hervir la sangre—. Un trabajo de verano divertido, ¿verdad?

Los ojos de mi madre se entrecierran imperceptiblemente.

—Encuentro a mi hija floreciente y competente en lo que ha elegido hacer. Que es lo esencial, ¿no crees?

El énfasis en la palabra elegido no se le escapa a nadie.

Por fin me uno a ellos, con el corazón palpitando.

—¡Mamá! Veo que te has cruzado con Antoine.

—En efecto. Me estaba contando precisamente sus negocios en la isla.

Antoine me sonríe, ignorando la frialdad ambiental.

—Estaba invitando a tu madre a acompañarme a almorzar. Como en los buenos tiempos.

Los buenos tiempos. Esas veladas donde yo permanecía en silencio mientras él monopolizaba la conversación, donde cada opinión que me atrevía a emitir era dulce pero firmemente corregida.

—Gracias, pero ya hemos previsto otra cosa —responde Carmen antes incluso de que yo abra la boca—. Sophie me ha prometido hacerme descubrir un restaurante local auténtico.

—En otra ocasión, quizás —insiste él.

—Quizás.

Mi madre desliza su brazo bajo el mío, arrastrándome delicada pero firmemente hacia la salida. Siento la mirada de Antoine siguiéndonos, y sé que esto es solo el principio.

Al salir del hotel, me doy cuenta de que todo el mundo nos observa. Luna, cuyos ojos lanzan destellos. Javier, con el ceño fruncido de preocupación. Alejandro, que se nos ha unido y cuya expresión interrogativa lo dice todo.

La presencia de Antoine y la tensión que genera no se le escapa a nadie.

—No me habías dicho que estaba aquí —comenta suavemente mi madre una vez en la calle.

—No lo sabía hasta esta mañana. Ha aparecido sin avisar.

Me aprieta la mano.

—¿Cómo te sientes?

Reflexiono un instante, buscando las palabras justas.

—Como si un fantasma hubiera invadido mi presente. Un fantasma que cree que aún tiene derechos sobre mí.

Mi madre asiente, comprensiva.

—¿Y Diego?

—Está en Madrid hoy. Aún no lo sabe.

Caminamos en silencio unos instantes antes de que ella retome:

—Sabes, a veces la vida nos confronta con nuestro pasado para mostrarnos hasta qué punto hemos crecido. Para que podamos por fin mirarlo de frente y darnos cuenta de que ya no tiene poder sobre nosotros.

Sus palabras resuenan en mí con una verdad profunda. Me doy cuenta de que me encuentro en una encrucijada decisiva. Antoine representa un pasado donde yo estaba disminuida, controlada, dulce pero seguramente borrada. Diego encarna un presente donde he redescubierto mi voz, mi fuerza, mis deseos.

Esta noche, Diego volverá de Madrid. Tendré que contarle que Antoine está aquí. Temo esta confrontación con mi pasado. Pero en algún lugar, me atrevo a esperar que ya no soy la Sophie que se marchó de París hace unos meses.

Me atrevo a soñar que el sol de Ibiza no solo ha bronceado mi piel, sino que también ha reavivado esa llama en mí que Antoine casi había conseguido apagar.

CAPÍTULO 44

Diego

Después de una noche demasiado corta, aún tengo los párpados pesados cuando empujo la puerta de la conserjería. El vuelo Madrid-Ibiza debería haber sido una formalidad, pero seis horas de retraso después, estaba tan reventado al llegar que ni siquiera me atreví a pasar a ver a Sophie. Con el móvil muerto en el bolsillo, apenas tuve fuerzas para arrastrarme hasta mi antiguo estudio y desplomarme en la cama.

Esta mañana, la ducha fría solo me ha permitido mantenerme en pie sin derrumbarme. No he tenido tiempo de cargar el móvil ni de consultar mis mensajes. El deber me llama, como diría mi padre. Y los Álvarez nunca llegan tarde.

El hotel ya bulle de actividad cuando llego. Saludo a Luna en recepción, que me lanza una mirada extraña que no consigo descifrar.

—¡Diego, por fin estás aquí! —exclama con un alivio raro—. ¿Cómo ha ido Madrid?

—Rápido y eficaz. He solucionado los problemas con los proveedores. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo aquí?

Abre la boca para responder cuando se abren las puertas del ascensor. Sale un tío, treintañero, camisa blanca impecable sobre un pantalón de lino beige, mocasines italianos sin calcetines: el look perfecto del parisino de vacaciones que quiere demostrar que tiene pasta. Algo en su forma de caminar me eriza el vello inmediatamente. Esa seguridad afectada, esa manera de recorrer el espacio con la mirada como si estuviera evaluando el valor de mercado de todo lo que ve. Se acerca al mostrador de la conserjería.

—Querría reservar una excursión privada en barco para mañana —anuncia sin ni siquiera mirarme a los ojos, sin saludarme, concentrado en la pantalla de su móvil de última generación.

—Por supuesto, señor. ¿A qué nombre debo hacer la reserva?

—Mercier. Antoine Mercier, suite Mediterráneo.

Se me contrae el estómago violentamente. Antoine. ¿Como el ex de Sophie? Quizá sea solo una coincidencia, pero desde luego tiene la actitud que Sophie me había descrito. Lo observo más atentamente y las piezas del puzzle encajan. El tío del que Sophie me habló durante horas bajo el cielo estrellado de Ibiza está delante de mí, ignorando totalmente quién soy.

—¿Para cuántas personas, señor Mercier? —pregunto esforzándome por mantener un tono profesional.

Por fin se digna a levantar la vista y me evalúa de pies a cabeza.

—Dos personas. Un barco cómodo, con patrón, por supuesto. Tengo intención de impresionar a alguien especial.

Se me hiela la sangre, pero mantengo la calma.

—Ya veo. Tenemos varias opciones. Puedo proponerle...

—Escuche —me corta consultando su reloj suizo que probablemente vale tres meses de mi sueldo—, no tengo tiempo para un catálogo completo. Propóngame simplemente lo mejor. El dinero no es problema.

Siento cómo se me tensan las mandíbulas, pero fuerzo una sonrisa.

—Por supuesto, señor. Si lo prefiere, puedo preparar algunas opciones premium y enviárselas directamente a su suite.

—Perfecto —dice con una sonrisita satisfecha—. Es agradable ver que algunos empleados comprenden la importancia de la eficacia. ¿Es usted nuevo aquí?

—No, señor. Soy el responsable de la conserjería desde hace casi tres años.

—¿Ah, en serio? —dice alzando una ceja con desdén—. Habría creído que para un establecimiento de este nivel, habrían elegido a alguien más... ¿cómo decirlo...? ¿experimentado?

La insinuación está clara. Demasiado joven, demasiado español quizá. Me trago el orgullo.

—Le aseguro que conozco perfectamente la isla y todos sus secretos, señor Mercier.

—Estoy seguro —sonríe, condescendiente—. Pero conocer los bares de turistas y conocer las verdaderas joyas ocultas son dos

cosas diferentes. Yo vengo de un entorno donde la excelencia no es una opción, es un estándar.

—Lo entiendo, señor. Haré todo lo posible por satisfacer sus expectativas.

Y por no atarle una piedra al cuello y tirarlo desde un acantilado.

—¿Dónde ha estudiado, por cierto? —prosigue como si me estuviera entrevistando.

—En la escuela de hostelería de Madrid.

—Ah, España. Es... encantador. Yo, HEC París, después un MBA en Columbia. No todos tenemos las mismas oportunidades en la vida, ¿verdad?

Capullo. Mantengo mi sonrisa profesional mientras me pica la gana de estamparle el puño en la cara. Y de repente, una voz que reconocería entre mil me llega.

—¿Diego?

Me vuelvo para ver a Sophie, petrificada a unos metros de nosotros. Está pálida como la cera, con los ojos como platos pasando frenéticamente de mí a él. Lleva el uniforme del hotel, pero parece de repente diminuta dentro, como encogida.

—¡Sophie! —exclama Antoine con una sonrisa radiante que me da náuseas—. Llegas en buen momento. Justamente estaba charlando con vuestro... conserje.

Su vacilación antes de pronunciar mi título es deliberada, una pequeña puñalada verbal para recordarme mi lugar. Pero lo que realmente me preocupa es la expresión de Sophie. Parece aterrorizada.

—Has... has vuelto —murmura mirándome—. Te he enviado mensajes.

—Se me había muerto el móvil —respondo suavemente—. Llegué tarde anoche.

Se instala un silencio incómodo. Antoine lo rompe con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Bueno, Sophie, ¿no nos presentas? Creo entender que os conocéis.

Veo a Sophie tragar saliva. Le tiemblan ligeramente las manos.

—Diego es el responsable de la conserjería. Y un... un amigo.

—¿Un amigo? —repite Antoine alargando la palabra como un chicle—. ¿Qué clase de amigo exactamente?

¿En serio?

—Del tipo que no tiene que justificarse ante clientes indiscretos —replico antes de poder contenerme.

La sonrisa de Antoine se ensancha, revelando unos dientes perfectos. Parece encantado con mi reacción, como si acabara de hacerme caer en una trampa.

—Oh, ya veo. Un amigo protector. Encantador. Sophie siempre ha tenido debilidad por los... ¿cómo se dice en español...? ¿los machos?

Pronuncia la palabra con un acento francés exagerado. Aprieto los puños bajo el mostrador.

—Antoine, para —susurra Sophie, al borde de las lágrimas.

—¿Qué? Solo estoy conociendo al personal. Después de todo, estaré aquí dos semanas, más vale crear vínculos, ¿no?

Dos semanas. Este tío va a quedarse dos jodidas semanas. Siento que se me anuda más el estómago. A nuestro alrededor, me doy cuenta de que varios empleados y clientes observan la escena con curiosidad.

—Si me disculpa, señor Mercier, tengo otros clientes que atender —declaro, profesional hasta la punta de las uñas a pesar de las ganas de arrancarle su cabeza de empollón.

—Por supuesto, por supuesto. El deber ante todo. Sophie, ¿nos vemos para almorzar? He reservado en el restaurante de la playa.

No es realmente una pregunta. Se da la vuelta sin esperar su respuesta y se aleja con la tranquila seguridad de un hombre que nunca ha tenido que luchar por nada en su vida.

En cuanto está fuera del alcance del oído, rodeo rápidamente el mostrador para reunirme con Sophie, que parece a punto de desplomarse.

—Oye, ¿estás bien? —murmuro resistiendo las ganas de abrazarla.

—No —susurra—. Lo siento, Diego. Traté de avisarte. Llegó ayer, por sorpresa. Me quedé en shock.

—No es culpa tuya.

—Supo donde trabajaba por amigos comunes. Dice que quiere explicarse y arreglar las cosas, pero...

Se le quiebra la voz. Echo un vistazo a nuestro alrededor. Demasiados ojos y oídos indiscretos.

—Hablaremos esta noche, ¿vale? —propongo suavemente—. Por ahora, trata de aguantar. No tienes por qué almorzar con él si no quieres.

—Lo sé, pero es complicado. Conoce a mis padres, a mis amigos de París. Si lo rechazo demasiado bruscamente...

Entiendo mejor su malestar. Este tío tiene poder sobre ella, no solo emocional sino social. La pequeña estudiante y el rico heredero parisino: la ecuación está desequilibrada desde el principio.

—Haz lo que tengas que hacer —le digo—. Pero no olvides que ya no estás sola. Ahora estoy aquí, aunque no me necesites necesariamente, porque eres mucho más fuerte de lo que crees.

Asiente débilmente con la cabeza, luego se aleja hacia recepción donde Luna la observa con inquietud. Vuelvo a mi puesto, con la mente en ebullición. Durante la mañana, me ocupo de los clientes, sonrío, hago reservas, todo mientras vigilo de reojo las idas y venidas de Antoine por el vestíbulo.

A mediodía, durante mi descanso, me encuentro con Carmen, que me lleva discretamente a un rincón.

—Entonces, ¿lo has conocido? —me pregunta sin preámbulos.

—¿Al ex de Sophie? Sí. Un auténtico niño de papá pretencioso.

—Le dio cien euros de propina a Manuel solo por llevar sus maletas. Y le preguntó a todo el personal dónde podía encontrar a la guapa francesa.

Siento que se me endurece el rostro.

—Ha venido a recuperarla.

No es una pregunta. Carmen asiente gravemente.

—Me temo que ella sea vulnerable ante él, Diego. Sabe exactamente qué botones tocar.

Echo un vistazo a Sophie, que mantiene una fachada profesional impecable en recepción, pero reconozco esa tensión en sus hombros, esa manera que tiene de mordisquearse el labio inferior cuando está estresada.

—No voy a dejar que vuelva a hacerle daño —murmuro, más para mí mismo que para Carmen.

Por la tarde, mientras cruzo el vestíbulo para dirigirme al bar, veo a Antoine en animada conversación con Donatello Visconti. Se ríen juntos como viejos amigos, copas de champán en mano. Visconti le da palmaditas en el hombro con familiaridad.

La pieza que faltaba del puzzle. Así es como pudo conseguir una suite tan fácilmente en plena temporada. Ya se conocían. No es una visita impulsiva: es un plan cuidadosamente orquestado.

Al llegar la noche, espero a Sophie en nuestra habitación —bueno, su habitación que oficialmente comparto desde el final del festival—. Cada minuto se alarga como una hora. Cuando por fin entra, tiene el rostro cerrado, los movimientos mecánicos.

—Hola —digo suavemente.

—Hola —responde evitando mi mirada.

Deja su bolso, se quita los zapatos y se sienta en el borde de la cama, con la espalda encorvada como si llevara un peso invisible.

—¿Cómo ha ido tu almuerzo? —pregunto, tratando de mantener un tono neutro.

—Como te puedes imaginar. Antoine en todo su esplendor. Encantador, elocuente, atento... hasta que desliza un comentario sobre el personal local con el que me divierto durante mi estancia.

La rabia sube en mí, pero me la trago.

—Sophie, mírame.

Por fin levanta los ojos. Están rojos, como si hubiera llorado.

—Solo puede hacerte daño si se lo permites —le digo suavemente —. Ese tío no tiene poder sobre ti más que el que tú le des.

—No lo entiendes, Diego. Él no funciona a base de fuerza bruta. Es más sutil. Un comentario por aquí, una insinuación por allá. Puede destruir tu confianza en ti misma sin levantar jamás la voz.

—Lo entiendo mejor de lo que piensas —respondo sentándome a su lado—. Mi madre estuvo con un hombre así antes de conocer a mi padre. Un manipulador de primera.

Apoya la cabeza en mi hombro y siento que su cuerpo se relaja ligeramente.

—¿Qué vamos a hacer? —murmura.

Tomo su mano en la mía, entrelazó nuestros dedos.

—Vamos a hacer exactamente lo que él no quiere: vamos a ser felices, juntos, delante de sus narices. No me voy a esconder, Sophie. No voy a fingir ser solo un empleado del hotel. No sé exactamente qué somos, pero sé que quiero estar contigo.

—Eso lo va a poner furioso.

—Mejor.

Una sonrisa tenue aparece en sus labios.

—Aún no lo conoces.

—Y él tampoco me conoce a mí. Cree que se las ve con un simple conserje intimidado por su riqueza y su educación. No tiene ni idea de quién soy realmente, ni de lo que soy capaz de hacer para proteger lo que me importa.

Pongo mi mano en su mejilla, la vuelvo suavemente hacia mí. Sus ojos se suavizan, y por primera vez en el día, reencuentro a mi Sophie, la que se ríe bajo las estrellas y que me desafía al billar. La que entró en mi vida como un huracán y lo cambió todo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —insiste.

—Le enseñamos exactamente lo que ha perdido —respondo antes de besarla.

La guerra está declarada, señor Mercier.

CAPÍTULO 45

Sophie

Odio el efecto que Antoine tiene sobre el hotel. En solo tres días, ha transformado mi refugio de paz en un campo de minas emocional. Cada pasillo se ha convertido en un espacio donde corro el riesgo de tropezármelo. Cada rincón de recepción podría ocultar su silueta, su sonrisa calculadora, sus ojos que me siguen con esa intensidad malsana.

Esta mañana, atravieso los jardines del hotel con mi madre. Las buganvillas estallan de colores contra las paredes blancas, pero incluso esta belleza parece empañada por la presencia de Antoine.

—Siempre me han encantado estas flores —dice mi madre rozando un pétalo—. Me recuerdan a nuestros veranos en Valencia.

Sonrío, agradecida por esta normalidad, cuando mi mirada se ve atraída por dos siluetas cerca de la piscina. Mi corazón se encoge instantáneamente.

Diego y Antoine.

Incluso a esta distancia, la tensión entre ellos es palpable. Diego se mantiene erguido, los hombros tensos, los puños cerrados a lo largo del cuerpo. Antoine, en cambio, exhibe esa sonrisa condescendiente que conozco demasiado bien: la que reservaba para las personas que consideraba inferiores a él.

—Madre mía —murmura mi madre siguiendo mi mirada—. Se huele la testosterona hasta aquí.

Quiero apartar la vista, seguir mi camino como si no hubiera visto nada, pero es imposible. Estoy paralizada, cautivada por esta confrontación silenciosa.

La mano de mi madre se posa suavemente sobre mi hombro, cálida y reconfortante.

—No tienes por qué sentirte responsable de esto, querida.

—¿Cómo no iba a serlo? Antoine está aquí por mi culpa.

—No. Antoine está aquí por culpa de Antoine. Porque no acepta que una mujer pueda decirle que no.

Sus palabras tocan algo profundo en mí, una verdad que me ha llevado meses aceptar. Antoine nunca ha soportado la idea de que yo pudiera tener voluntad propia. Cada decisión, cada pensamiento, cada sueño tenía que pasar por su filtro de aprobación.

Diego, en cambio... Miro a este hombre que le planta cara a mi ex sin siquiera saber que le estoy observando. Diego nunca me ha pedido que sea otra cosa que yo misma.

La jornada pasa en una neblina de tareas profesionales. Mi madre visita el casco antiguo mientras yo termino mi turno. Me encanta verla descubrir Ibiza a través de sus ojos de expatriada que reencuentra sus raíces españolas.

Al final de mi turno, mientras registro mis horas en el sistema, una presencia familiar se materializa cerca del mostrador. No necesito levantar la vista para saber que es él.

—¿Has terminado por hoy? —pregunta Antoine con esa falsa desenvoltura que domina tan bien.

Me tomo mi tiempo para terminar lo que estoy haciendo, concediéndome unos segundos para prepararme mentalmente.

—Sí, voy a reunirme con mi madre.

—No te entretengo mucho. Solo quería saber si habías reflexionado sobre nuestra conversación de ayer.

Nuestra conversación. Como si se tratara de un intercambio normal y no de un monólogo donde me explicaba por qué estábamos destinados a estar juntos.

—No hay nada que reflexionar, Antoine.

Su rostro se endurece imperceptiblemente.

—¿Estás segura? ¿Este pequeño flirteo estival es realmente lo que quieres? ¿Un tío que no será más que un recuerdo cuando vuelvas a París?

Sus palabras me erizan, pero mantengo la calma.

—Lo que yo quiera ya no es problema tuyo.

Da un paso hacia mí, bajando la voz.

—Sabes que no te toma en serio, ¿verdad? He visto cómo se comporta cuando no estás.

Mi corazón se acelera a pesar de mí misma.

—¿De qué hablas?

—Esa rubia, anoche. En el bar de la piscina.

Inclina la cabeza, estudia mi reacción como un científico observaría un experimento.

—Le vi acariciarla discretamente. Su mano bajo la mesa, en su muslo. Y luego más tarde, en el pasillo de los aseos...

Se interrumpe deliberadamente, saboreando mi malestar.

—Te lo estás inventando —respondo, con la garganta cerrada.

—Entre nosotros, Sophie, nunca has sido particularmente... creativa en la cama. Yo he sido indulgente, pero estos hombres mediterráneos tienen otras expectativas.

La bofetada mental es tan violenta que siento casi arder mi mejilla. Ahí está el Antoine que conozco: el que sabe exactamente dónde clavar el cuchillo.

—Eres patético —murmuro.

—¿En serio? —pregunta, imperturbable—. Entonces, ¿por qué tiemblas?

Luna aparece como un ángel de la guarda, su mirada pasando rápidamente de mí a Antoine.

—Sophie, Javier te busca —dice con un profesionalismo glacial.

Es una mentira, lo sabemos los tres, pero Antoine no puede decir nada sin parecer grosero.

Me escabullo lejos de él, lanzando una mirada agradecida a Luna.

—Nos vemos luego —lanza Antoine detrás de mí, como una promesa amenazante.

Preferiría arrancarme los ojos.

No he visto a Diego en todo el día después de esa confrontación matutina. Cuando entro en nuestra habitación compartida esa noche, le encuentro sentado en el balcón, contemplando el mar.

—Hola —digo suavemente.

Se vuelve hacia mí, y algo en su mirada hace derretir todas mis inquietudes. No importan las mentiras de Antoine, no tienen ningún poder ante esta conexión entre nosotros. Su dominio no alcanza este paréntesis dulce que vivo con Diego.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta.

—Le encanta Ibiza. Está triste por marcharse mañana.

Asiente con la cabeza, luego da unas palmaditas al espacio junto a él en el pequeño banco.

—He visto que nos has visto esta mañana. A Antoine y a mí.

Me siento cerca de él, nuestros hombros se tocan ligeramente.

—¿Qué quería?

Diego se pasa una mano por el pelo, un gesto que traiciona su frustración.

—Advertirme de que no me inmiscuyera en vuestra historia. Al parecer, estáis destinados a estar juntos.

Se me escapa una risa amarga.

—¿Te dijo eso?

—Entre otras cosas, sí.

Se instala el silencio, solo perturbado por el ruido lejano de las olas y el canto de las cigarras. Apoyo mi cabeza en su hombro, respirando su olor familiar que se ha convertido, en tan poco tiempo, en sinónimo de seguridad.

—También intentó hacerme creer que estuviste flirteando con una clienta anoche —murmuro.

Diego se tensa contra mí.

—¿Qué?

—Una rubia, al parecer. En el bar de la piscina.

Se vuelve hacia mí, tomando mi rostro entre sus manos.

—Sophie, estuve en reunión con Javier anoche hasta las once.

Por supuesto que le creo. Pero oír estas palabras de su boca disipa los últimos rastros de duda que Antoine había intentado sembrar.

—Lo sé —respondo simplemente.

Sus ojos recorren mi rostro, buscando el menor rastro de incertidumbre. Luego, lentamente, se inclina hacia mí. Sus labios rozan los míos, suaves y vacilantes, como si me pidiera permiso.

Respondo a su beso con una urgencia que me sorprende a mí misma. Mi mano se agarra a su nuca, atrayéndole más cerca. Necesito sentirle, recordar lo que compartimos, ahuyentar las sombras que Antoine ha intentado proyectar sobre nosotros.

Diego me atrae a sus rodillas, sus manos firmes sobre mis caderas. El beso se profundiza, se vuelve más desesperado, como si ambos necesitáramos anclarnos en este momento.

—He tenido miedo todo el día —murmura contra mis labios—. Miedo de que te convenciera, de que te hiciera dudar.

—Nunca —respondo, mi frente contra la suya.

Sus manos se deslizan bajo mi camiseta, acariciando mi piel desnuda, aventurándose más arriba hasta rozar el encaje de mi sujetador. Me estremezco cuando sus dedos encuentran mis pechos, acariciándolos a través de la tela fina. Cada caricia borra un poco más la huella envenenada de las palabras de Antoine, reemplazando las dudas por un deseo ardiente.

—Necesito sentirte —murmuro contra sus labios.

Con un movimiento fluido, Diego me levanta. Instintivamente, enrosco mis piernas alrededor de su cintura, sintiendo su erección contra mí a través de nuestra ropa. Me lleva al interior, hacia nuestra cama, sus labios sin abandonar nunca los míos, como si temiera que desapareciera si se alejara aunque fuera solo un instante.

Me deposita sobre el colchón y se incorpora para quitarse la camiseta. Me deleito con la visión de su torso bronceado, musculoso sin exceso. La línea de vello oscuro que desciende desde su ombligo hacia el cinturón de sus vaqueros atrae mi mirada. Me sorprende observándole y una sonrisa sensual estira sus labios.

—Te toca —dice con voz ronca.

Me incorporo y me quito lentamente la camiseta, saboreando la forma en que sus pupilas se dilatan al ver mi sujetador de encaje azul. Se arrodilla entre mis piernas, sus manos remontando a lo largo de mis muslos hasta el cierre de mis pantalones cortos. Nuestras miradas permanecen ancladas una en la otra mientras me los hace deslizar a lo largo de las piernas, dejándome en ropa interior.

—Estás preciosa —susurra.

Me siento poderosa bajo su mirada admirativa, deseada de una forma que no tiene nada que ver con la posesividad malsana de Antoine.

Sus manos remontan a lo largo de mis piernas, deteniéndose en el interior de mis muslos, peligrosamente cerca de mi intimidad sin llegar nunca a tocarla del todo. Esta espera deliberada hace subir mi deseo a un nivel casi insoportable.

—Diego, por favor —gimo.

Se inclina y besa mi vientre, descendiendo lentamente hacia el borde de mis bragas. Luego, con un gesto fluido, engancha sus dedos en el elástico y las hace deslizar a lo largo de mis piernas. Una vez desaparecida la tela, separa suavemente mis muslos, exponiendo mi intimidad a su mirada ardiente.

—He soñado con esto todo el día —murmura antes de bajar la cabeza.

El primer contacto de su lengua me hace arquearme violentamente. Me mantiene firmemente por las caderas, mientras su boca explora, saborea, tortura deliciosamente. Su lengua traza círculos precisos alrededor de mi clítoris antes de aplicar una presión que me hace ver las estrellas. Inserta un dedo en mí, luego un segundo, curvándolos de manera experta contra ese punto que me hace perder la razón.

—Oh, Dios mío, Diego...

Intensifica su ritmo, su lengua y sus dedos trabajando en perfecta armonía. Siento la tensión subir, inexorable, un placer tan intenso que se vuelve casi doloroso. Cuando el orgasmo me golpea, es como una ola que me sumerge por completo. Mi cuerpo se tensa, mis muslos se aprietan alrededor de su cabeza, mis manos se agarran a su pelo.

Continúa suavemente, prolongando mi placer hasta que le aparto, demasiado sensible. Luego se incorpora, una sonrisa satisfecha en los labios. Sus ojos no abandonan los míos mientras se desnuda por completo, revelando su erección impresionante.

Me incorporo sobre los codos, atrayéndole hacia mí. Quiero saborearle a mi vez, darle el mismo placer que acaba de ofrecerme, pero niega ligeramente con la cabeza.

—Ahora no —murmura—. No aguantaría.

Se tumba sobre mí, el peso de su cuerpo creando una presión deliciosa. Nuestras pieles desnudas se tocan por fin sin barrera, electrizando cada punto de contacto. Me besa profundamente, y puedo saborearme en su lengua, mezcla íntima que reaviva inmediatamente mi deseo.

Siento su sexo duro contra mi entrada, burlón, paciente. Espera, incluso ahora, incluso consumido por el deseo. Paso mi mano entre nuestros cuerpos, guiándole donde más le necesito.

—Ahora —suplico casi.

Cuando entra en mí, lentamente, centímetro a centímetro, gemimos al unísono. Esta sensación de plenitud, de completud, me corta la respiración. Nuestros cuerpos se conocen ahora, saben exactamente cómo encajar, pero esta noche hay algo diferente. Una intensidad nueva, una necesidad más profunda.

Empieza a moverse, primero lentamente, saboreando cada movimiento. Luego su ritmo se acelera, respondiendo a mis caderas que se alzan para encontrarle en cada embestida. Sus movimientos son a la vez tiernos y posesivos, como si quisiera imprimir su marca en lo más profundo de mí.

Me agarro a sus hombros, dejando que mis uñas marquen ligeramente su piel, reclamándole como mío. Desliza una mano bajo mis nalgas, modificando ligeramente el ángulo, y de repente toca un punto en mí que me hace gritar.

—Eso es —murmura contra mi oído, su aliento cálido enviando escalofríos a lo largo de mi columna vertebral—. Déjate llevar, Sophie.

Nuestras respiraciones se aceleran, sincronizadas en esta danza íntima. El sudor perla en su frente, sus músculos tensos por el esfuerzo y el placer contenido.

—Mírame —ordena suavemente.

Abro los ojos, sumergiéndome en su mirada. Esta conexión visual, mientras nuestros cuerpos están unidos, crea una intimidad vertiginosa. Veo todo: su deseo, su vulnerabilidad, ese afecto que aún no se atreve a decir su nombre. Ya no es solo físico: es una comunión de almas.

Desliza su mano entre nuestros cuerpos, su pulgar encontrando mi clítoris, aplicando una presión circular que me hace ver las estrellas. El placer sube en espirales cada vez más intensas. Siento mi cuerpo tensarse de nuevo, al borde de un precipicio delicioso. Diego también lo siente, intensificando sus movimientos, llevándome más alto, más lejos.

—Juntos —murmura, su voz tensa por el esfuerzo.

Cuando el orgasmo me sumerge por segunda vez, es con su nombre en mis labios, una oración, una súplica, una declaración. Me sigue casi inmediatamente, su cuerpo poniéndose rígido contra mí, un gruñido ronco escapándose de su garganta mientras se derrama en mí.

Se desploma suavemente sobre mi cuerpo, su peso parcialmente soportado por sus antebrazos. Su frente descansa contra la mía, nuestros alientos erráticos se mezclan. Murmura palabras tiernas en español que apenas comprendo en la neblina de mi placer.

Permanecemos abrazados, piel contra piel, respiraciones jadeantes calmándose progresivamente. Trazo motivos indistintos sobre su espalda húmeda de sudor, saboreando el peso tranquilizador de su cuerpo sobre el mío. Esta conexión, este momento de paz después de la tormenta, vale todas las palabras de amor del mundo.

—Te a... —empieza antes de interrumpirse bruscamente.

Mi corazón se detiene un instante. Esas palabras que nunca hemos pronunciado flotan entre nosotros, no dichas pero casi tangibles.

—Me alegro de que estés aquí —dice finalmente, besando mi frente.

Más tarde, mientras preparo mis cosas para acompañar a mi madre al aeropuerto mañana, noto un sobre deslizado bajo nuestra puerta. Mi nombre está escrito en él con letras elegantes.

Lo abro, curiosa. Dentro, un documento oficial en papel con membrete: una oferta de empleo en una editorial, acompañada de una carta de recomendación para mí, escrita por una autora española de la que Diego me ha hablado ya. El puesto es en Madrid pero puede hacerse en teletrabajo.

Fijo la vista en el papel, incrédula. La posición parece hecha a mi medida: localizar los éxitos franceses para traducir al español, utilizando mis competencias lingüísticas y mi formación literaria. El sueldo es generoso, las ventajas numerosas.

Diego nunca ha hablado de ello. Ni una sola vez. Supongo que propuso mi currículum a esta empresa pero que no le dio continuidad. Porque no sabe cómo proponérmelo. Porque él mismo

no sabe lo que quiere. Diego nunca se ha inmiscuido en mis asuntos y es algo que aprecio. Y yo, ¿qué es lo que quiero?

Me siento en el borde de la cama, la mente dando vueltas con las posibilidades. París y mis estudios. Madrid y este puesto. O incluso Ibiza, que se ha convertido en mucho más que un simple refugio temporal.

No es solo una elección de lugar o de carrera lo que se perfila. Es una elección de quién quiero ser. ¿La Sophie que sigue dócilmente un camino preestablecido? ¿La que toma riesgos por algo —alguien — que podría merecer la pena?

Miro a Diego dormido, sus rasgos relajados en la penumbra. Este hombre que respeta lo suficiente mis decisiones como para ofrecerme una opción sin exigencia, sin ultimátum.

Doblo cuidadosamente el documento y lo guardo en mi diario. Mañana acompañaré a mi madre al aeropuerto. Y durante ese viaje, quizás encuentre por fin la claridad que busco.

CAPÍTULO 46

Diego

El aeropuerto de Ibiza es un puto caos a esta hora del día. Odio estos sitios. Demasiado ruido, demasiada gente, demasiadas emociones a flor de piel. Y sin embargo, me encuentro mirando fijamente a Sophie y a su madre que se abrazan una última vez antes de que Carmen desaparezca tras los controles de seguridad.

No esperaba sentir esta punzada en el pecho al observarlas. Su complicidad es evidente: esa forma que tiene Carmen de acariciar el pelo de Sophie, como si fuera todavía una niña pequeña. Este gesto maternal me recuerda dolorosamente a Dolores, mi abuela, la única persona de mi familia que me ha entendido jamás.

—Me llamas cuando llegues, ¿vale? —grita Sophie mientras su madre se aleja.

Carmen se da la vuelta una última vez, su mirada pasando de Sophie a mí antes de dirigirnos una sonrisa cómplice que me pone extrañamente incómodo. Como si supiera exactamente lo que está pasando por mi cabeza.

Y joder, ojalá yo mismo lo supiera. ¡Podría haberme dado un decodificador!

En el coche, de camino de vuelta, Sophie permanece en silencio, perdida en sus pensamientos. Me gustaría saber qué le pasa por la mente, pero no me atrevo a preguntar. El silencio entre nosotros es diferente ahora. Más pesado. Cargado de todo lo que no nos decimos.

Le echo un vistazo, su perfil recortándose sobre el paisaje que desfila.

—¿Estás bien? —me pregunta de repente, sacándome de mis pensamientos.

—Sí, solo... cansado. ¿Y tú?

Se encoge de hombros.

—Voy a echar de menos a mi madre.

—Es genial. Tienes suerte de tenerla.

—Lo sé.

La conversación se detiene ahí, y me concentro en la carretera serpenteante. Joder, hace ni siquiera un mes habría dado cualquier cosa por tener este tipo de relación con mi familia. Ahora ya no estoy tan seguro de lo que quiero.

En el hotel, la realidad me alcanza como una bofetada. Alejandro me interpela nada más llegar.

—Diego, tu padre ha llamado tres veces esta mañana, dice que no conseguía localizarte en el móvil. Dice que es urgente.

Se me hace un nudo en el estómago inmediatamente.

—Gracias, Alejandro. Le llamaré desde mi despacho.

Sophie me lanza una mirada interrogante.

—Ve —me dice—. ¿Nos vemos luego?

Asiento antes de dirigirme hacia mi despacho. Una vez cerrada la puerta, saco mi teléfono y me quedo mirando el nombre de mi padre en la pantalla durante lo que me parece una eternidad. Finalmente, me decido a pulsar la tecla de llamada.

Descuelga al primer timbrazo.

—¡Por fin! —exclama sin ni siquiera saludarme—. La situación se está volviendo insostenible, Diego. Los accionistas quieren respuestas claras, y ya no puedo seguir diciéndoles que estás reflexionando. O vuelves a Madrid y asumes tus responsabilidades, o van a empezar a vender sus participaciones. Está en juego todo el patrimonio de tu familia.

Típico de mi padre. Nada de «¿cómo estás?», solo exigencias y chantaje emocional.

—Hola a ti también, papá —respondo, irritado—. Necesito tiempo para...

—¡Ya no tienes tiempo! —me corta—. Te he dejado cinco años para jugar a los rebeldes en Ibiza. ¡Cinco años! Es más que suficiente para estas chiquilladas. Eres un Álvarez, joder. Actúa como tal.

Me paso la mano por el pelo, frustrado. Una parte de mí sabe que tiene razón. No puedo huir eternamente de mis responsabilidades. Pero la otra parte, la que se ha construido aquí, en Ibiza, se rebela ante la idea de abandonarlo todo.

—Te llamo mañana —digo finalmente—. Necesito pensármelo.

—Diego...

Cuelgo antes de que pueda añadir nada más. Sé que me las pagará más tarde, pero por ahora necesito respirar.

Apenas he dejado el teléfono cuando alguien llama a mi puerta. Es Javier, el director del hotel.

Pero ¿qué me quieren todos hoy?

—¿Tienes un minuto? —me pregunta al entrar.

—Por supuesto.

Se sienta frente a mí, con una carpeta en la mano y una amplia sonrisa en los labios. Esto pinta bien.

—Tengo una propuesta que hacerte —anuncia—. El grupo abre un nuevo establecimiento en Barcelona, basado en la arquitectura sostenible y una concepción más ecológica del turismo. Buscan a alguien para supervisar el lanzamiento y la puesta en marcha de los equipos. He propuesto tu nombre.

Parpadeo, sorprendido. Barcelona. No Madrid, sino Barcelona. Un compromiso casi perfecto entre lo que quiere mi padre y lo que quiero yo.

—Es inesperado —murmuro.

—Eres el mejor elemento que tengo, Diego. Has demostrado aquí que tienes las competencias necesarias. Barcelona sería un trampolín ideal para ti. Más responsabilidades, pero manteniendo esa libertad que buscas.

Me tiende la carpeta. La cojo, pero mi mente ya está en otra parte. Barcelona está a una hora de vuelo de Ibiza, y también está el ferry. Podría volver los fines de semana. Y Madrid no está mucho más lejos. Si Sophie aceptara el puesto allí...

Joder, ¿qué estoy haciendo? Estoy calculando distancias como si Sophie y yo tuviéramos un futuro juntos. Como si lo que compartimos fuera más que una aventura de verano.

—Piénsatelo —me dice Javier levantándose—. Quieren una respuesta antes del final de la semana.

Sale, dejándome solo con mis pensamientos caóticos. La carta para Sophie, el ultimátum de mi padre, la oportunidad en Barcelona... Todo se mezcla en mi cabeza en un lío monumental.

El resto del día pasa como en una nebulosa. Hago mi trabajo mecánicamente, sonriendo a los clientes, resolviendo problemas, pero mi mente está en otra parte. Me cruzo con Antoine cerca de la piscina, su sonrisa suficiente me dan ganas de estamparle el puño en la cara. Nuestro enfrentamiento de ayer me viene a la memoria: sus insinuaciones sobre Sophie, su forma de hablar de ella como si aún le perteneciera.

—Disfruta de tu velada, Álvarez —me suelta al pasar a mi lado—. Ciertas cosas están destinadas a acabar.

Aprieto los puños pero no respondo. Este tío no vale la pena.

Cuando por fin regreso a nuestra habitación compartida, Sophie ya está durmiendo. La luz tenue de la lámpara de la mesilla ilumina su rostro apacible. Me acerco en silencio y me siento en el borde de la cama, observándola. Duerme de lado, una mano bajo la mejilla, su largo pelo castaño extendido sobre la almohada. Ahora conozco cada detalle de su cara: la pequeña cicatriz cerca de la ceja izquierda, la forma en que su nariz se respinga ligeramente cuando sonríe, la constelación de pecas apenas visibles que salpican sus mejillas en verano.

Es increíble cómo uno puede acostumbrarse a la presencia de alguien en tan poco tiempo. Cómo su respiración regular se ha convertido en el sonido más tranquilizador que conozco. Cómo la idea de no volver a oírla me retuerce el estómago.

Saco la carta del bolsillo y la contemplo largamente. ¿Se la doy? ¿Le hablo de Barcelona? ¿Tengo derecho a pedirle que construya su vida en torno a la mía cuando nos conocemos desde hace apenas unos meses?

Y luego está esa pregunta que no me atrevo ni a hacerme: ¿la amo?

Porque si es así, estoy realmente jodido.

Finalmente guardo la carta en el cajón de mi mesilla y me desvisto en silencio antes de meterme en la cama a su lado. Se mueve ligeramente en sueños, acercándose instintivamente a mí. Le paso un brazo por la cintura y la estrecho contra mí, inhalando el perfume de su pelo.

Cierro los ojos, pero ya sé que el sueño me eludirá esta noche. ¿Cómo dormir cuando cada respiración me recuerda que todo lo que he construido aquí —mi vida en Ibiza, mi relación con Sophie— podría derrumbarse de un momento a otro?

Me siento completamente perdido. Yo, que siempre he sabido lo que quería —o al menos lo que no quería—, me encuentro en una encrucijada sin brújula.

Una sola cosa está clara en todo este lío: lo que siento por Sophie supera todo lo que he conocido hasta ahora. Y eso me aterroriza más que todo lo demás.

CAPÍTULO 47

Sophie

La partida de mi madre deja un vacío extraño en mí. Como si se hubiera llevado consigo una parte de mi seguridad, de mi ancla.

Sus últimas palabras aún resuenan en mi cabeza. Me cogió entre sus brazos, me estrechó fuerte contra ella y me susurró al oído mientras Diego esperaba a unos metros de distancia: «Sigue a tu corazón, no a tus miedos, cariño. No dejes que el fantasma de ese cabrón de Antoine te robe tu presente».

Me pasé todo el trayecto de vuelta en silencio, la frente apoyada contra la ventanilla, observando el paisaje pasar sin verlo realmente. Diego no insistió en hablar. ¿Es por respeto o por desinterés? Ya no lo sé. Parece diferente desde hace unos días, como si hubiera levantado un nuevo muro entre nosotros.

El vestíbulo del hotel Paraíso bulle de actividad cuando llego para mi turno, a la mañana siguiente. Me esfuerzo por sonreír, por parecer profesional, mientras mi mente es un campo de batalla. Pienso en el sobre que contiene esa misteriosa oferta de trabajo en Madrid. No me he atrevido a abordar el tema directamente, por miedo a que crea que he fisgoneado entre sus cosas. Pero me hago un montón de preguntas que necesitan respuestas. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Es su manera de decirme que quiere que me quede cerca de él, o por el contrario, busca simplemente deshacerse de mí elegantemente?

Mis dedos tamborilean nerviosamente sobre el teclado del ordenador de recepción. Ha llegado incluso a pedir una carta de recomendación a una escritora que apreciamos los dos, a quien le ha hablado de mis sueños, de mis manuscritos, de mi gusto por la lectura y de mis estudios literarios. Ha hecho todo eso, y luego no me ha dicho nada en absoluto. ¿Por qué? ¿Se avergüenza ahora? ¿Se arrepiente de haber intentado encontrarme un puesto? Me siento tan vulnerable, como si estuviera en equilibrio sobre un alambre por encima del vacío.

Le veo cruzar el vestíbulo con Javier. Discuten intensamente, demasiado absortos para fijarse en mí. Diego lleva ese traje azul marino que le sienta tan bien, el que hace resaltar el tono oliva de su piel. Mi corazón da un salto estúpido en mi pecho antes de encogerse dolorosamente. Apenas nos hemos dirigido unas pocas palabras desde el regreso del aeropuerto.

—¿Todo bien, Sophie?

Luna está detrás de mí, con su eterna sonrisa en los labios, pero sus ojos delatan su preocupación.

—Sí, solo cansada. La partida de mi madre, ya sabes...

—Por supuesto.

No insiste, pero su mirada me dice que no es tonta. Durante las horas que siguen, finjo no darme cuenta de cómo Diego me evita. Pasa por recepción cuando estoy de descanso. Coge el otro ascensor cuando me ve esperando. Hace sus llamadas en rincones apartados, hablando en voz baja en español rápido.

«Es exactamente como con Antoine», susurra una vocecita pérfida en mi cabeza. Las mismas señales, la misma distancia progresiva, la misma sensación de haberse vuelto invisible de repente. ¿Soy yo el problema?

—¡Sophie! Esperaba cruzarme contigo.

Me pongo tensa al instante. Hablando del rey de Roma, aquí viene a cagar en mi felpudo. Antoine está delante de mí en el pasillo que lleva a los vestuarios del personal, impecable con su traje blanco que grita «soy rico y lo sé». ¿Cómo se las arregla para encontrarme siempre cuando estoy sola? Esto empieza a ser sospechoso.

—Tengo prisa, Antoine.

—Cinco minutos. Me voy pronto, solo me gustaría aclarar ciertas cosas entre nosotros.

Algo en su tono me empuja a pararme. Quizás la ligera vulnerabilidad que no estoy acostumbrada a escuchar en él.

—Pareces diferente —empieza, examinándome con esa intensidad que antes me ponía tan incómoda—. Más tú misma, si eso tiene sentido.

No me esperaba esto.

—¿Se supone que es un cumplido?

—Una observación. He sido injusto contigo, Sophie. He intentado moldearte según una imagen que tenía en mente, en lugar de ver quién eras realmente.

Me mantengo recelosa, buscando la trampa, la manipulación.

—¿Por qué has venido realmente a Ibiza, Antoine?

Su sonrisa se desvanece un poco.

—Al principio, para recuperarte, honestamente. Estaba convencido de que tu partida no era más que una fase, una rebelión pasajera.

Se apoya contra la pared, de repente menos seguro de sí mismo.

—¿Y ahora?

—Ahora veo que has construido algo aquí. Una versión de ti misma que nunca habrías podido ser conmigo.

Siento que se me cierra la garganta. Probablemente es lo más honesto que Antoine me ha dicho jamás.

—No volveré a París contigo, si es lo que aún esperas.

—Lo sé. Pero París no es tu única opción, ¿verdad?

Su mirada es demasiado penetrante, como si supiera cosas que yo ignoro.

—¿Qué quieres decir?

—Tu crush. Ese español. Diego, creo. Se me había olvidado su nombre. No te ha hablado de Barcelona, ¿o sí?

Se me para el corazón.

—¿Qué pasa con Barcelona?

La sonrisa de Antoine recupera su seguridad habitual.

—Quizás deberías preguntárselo directamente.

Ahí está. Una vez más era falsa amabilidad. Su objetivo era sembrar la duda en mi mente.

—Quizás deberías cerrar el pico —le replico.

La mirada reprobatoria de un cliente me obliga a bajar el tono mientras Antoine se da la vuelta. Paso el resto de la mañana en estado de shock, hasta que puedo irme de descanso con mi colega favorita.

—¡Parece que nuestro Diego nos va a dejar por las luces de Barcelona!

La voz de Luna me sobresalta. Estamos sentadas en una mesa de la cafetería del personal terminando de comer. Hago lo que puedo

por mantener una expresión neutra, pero siento que se me va la sangre de la cara.

—¿Barcelona?

—¿No lo sabías? —se extraña, alzando sus cejas azules con sorpresa—. Javier le ha propuesto supervisar la apertura del nuevo establecimiento de la cadena. Un puesto enorme, por lo visto. Todo el mundo está hablando de ello.

Todo el mundo excepto la persona que comparte su cama. La persona a quien le ha dado esperanzas con un puesto en Madrid. La persona a quien besa cada noche antes de dormirse.

—No, yo... no me ha dicho nada.

Mi voz suena extrañamente distante a mis propios oídos. Luna pone su mano sobre la mía.

—Joder, ¿he metido la pata? Creía que... dada vuestra relación...

Niego con la cabeza, incapaz de hablar. La traición es como una hoja helada entre mis costillas. No tanto la decisión en sí —Diego tiene perfecto derecho a aprovechar semejante oportunidad— sino el silencio. Este puto silencio me mata.

La carta de la universidad en mi taquilla me viene a la mente. Tres días para dar mi respuesta definitiva. Tres caminos que se abren ante mí:

París y mis estudios, el camino seguro, el que había planeado antes de que todo se torciera. Madrid y ese misterioso puesto que Diego ha arreglado para mí, una opción que ahora parece absurda si él se va a Barcelona. O seguir a Diego a Barcelona, sin garantías, sin red.

No son solo ciudades en un mapa. Son versiones diferentes de mi vida, de mi futuro, de la mujer que podría llegar a ser.

Mientras ordeno distraídamente unos documentos en recepción, veo a Antoine en gran conversación con Javier cerca del bar. Su intercambio parece sorprendentemente profesional. Antoine gesticula con animación, enseñando algo en una tableta, mientras Javier asiente, con aire interesado. No es la primera vez que los veo juntos estos últimos días.

—El señor Mercier tiene ideas interesantes para nuestro desarrollo ecoturístico —me confía más tarde Henrik, el camarero sueco—. Por

lo visto, su familia ha invertido en varios proyectos similares en Francia.

¿Antoine, defensor del ecoturismo? ¿El hombre que se burlaba de mis preocupaciones medioambientales? Esto no cuadra con la imagen que tengo de él. Una pieza más se añade al puzle ya complejo de mi situación.

El crepúsculo transforma el mar en un espejo dorado. Me quedo inmóvil en la terraza del personal, hipnotizada por este espectáculo cotidiano que sin embargo nunca deja de maravillarme. Cada puesta de sol me acerca a una fecha límite inevitable, a una decisión que ya no puedo posponer.

Siento más que oigo a alguien acercarse. El olor familiar de su after shave me dice que es Diego antes incluso de que me dé la vuelta. Se para a mi lado, rozándose nuestros codos sobre la barandilla. Contemplamos el horizonte en silencio durante un largo momento.

—Echo de menos a tu madre ya —dice finalmente—. Tiene una presencia tranquilizadora.

Asiento con la cabeza, incapaz de responder sin que la voz me traicione.

—Sophie, yo...

Se interrumpe, buscando visiblemente sus palabras. Me giro para mirarle a la cara, decidida a no huir más de esta conversación.

—¿Te vas a Barcelona?

Su expresión sorprendida confirma lo que Luna me ha dicho. Durante un instante, parece desestabilizado, luego su cara se cierra.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No importa. Lo que cuenta es que no has sido tú.

Me cruzo de brazos, protegiéndome instintivamente.

—Iba a hablarte de ello.

—¿Cuándo? ¿Cuando tuvieras las maletas hechas? Al fin y al cabo, no es como si nos hubiéramos prometido algo, tú y yo. Solo soy un crush de verano.

Odio la amargura en mi voz, pero no puedo contenerla.

—No es tan simple, Sophie.

—Al contrario, es muy simple. Tomas decisiones que nos conciernen a los dos sin incluirme en el proceso. Exactamente como...

Me paro, pero demasiado tarde.

—¿Como Antoine? —termina él, su expresión ensombreciéndose.

El silencio que sigue es insoportable y no tengo fuerzas para romperlo. El sol ha desaparecido casi por completo ahora, dejando solo una fina línea dorada en el horizonte. Como nuestras posibilidades de encontrar un terreno común, quizás.

—Tengo que irme —murmura finalmente—. Hablaremos más tarde.

Se aleja, dejándome sola frente al mar y a mis pensamientos caóticos. Los últimos rayos del sol se apagan sobre el agua, y sé que se está pasando una página. Queda por saber si es el final de nuestra historia o simplemente un nuevo capítulo difícil de escribir.

Una cosa está clara: no dejaré nunca más que nadie decida mi futuro en mi lugar. Ni Antoine, ni Diego, ni nadie más. Por primera vez en mucho tiempo, siento una determinación nueva afianzarse en mí.

CAPÍTULO 48

Diego

El despacho de Javier está bañado de luz matutina cuando entro. Joder, hasta el sol parece querer iluminar cada detalle de mi cobardía. Los documentos están extendidos sobre el escritorio como una sentencia: planos arquitectónicos de líneas elegantes en armonía con la naturaleza, proyecciones financieras prometedoras, calendario de apertura preciso. Todo está ahí, concreto, real. Barcelona. Mi futuro ya trazado.

—Diego, siéntate. ¿Has tenido tiempo de revisar el expediente que te envié ayer?

Javier me señala el sillón frente a él con esa sonrisa orgullosa que me dan ganas de desaparecer. Me instalo en él intentando parecer entusiasmado.

—Por supuesto. Es un proyecto impresionante.

Mi voz suena falsa, incluso a mis propios oídos. A través del ventanal, vislumbro a Sophie en recepción. Su postura está ligeramente tensa. Ordena documentos evitando cuidadosamente mirar hacia el despacho de Javier. Lo sabe. Obviamente que lo sabe. Luna no ha podido mantener la boca cerrada, y ahora Sophie me odia. Y tiene razón.

—Es una oportunidad excepcional, Diego —continúa Javier hojeando los planos—. La cadena familiar nunca ha invertido en un proyecto tan ambicioso en Barcelona. Y te quieren a ti al frente.

Un cumplido que debería llenarme de orgullo pero que solo me dan ganas de vomitar. Asiento mecánicamente.

—Debo admitir que me sorprende que hayas aceptado tan rápidamente —añade mirándome por encima de las gafas—. Pensaba que nos harías esperar un poco más.

—Las oportunidades como esta no se presentan todos los días.

Palabras vacías. Palabras que no son mías. Palabras que salen de mi boca como un guion aprendido de memoria.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Un mensaje de Alejandro: [Antoine acaba de ser visto en las oficinas administrativas de la cadena en

Ibiza Ciudad. Raro, ¿no?]

Frunzo el ceño. ¿Qué coño puede estar tramando ese cabrón con nuestra administración? Guardo el teléfono, pero la información se me queda en la cabeza. Primero este gilipollas aparece como por casualidad en el Paraíso, luego ronda a Sophie, y ahora se mezcla con nuestra administración.

—¿Estás con nosotros, Diego?

La voz de Javier me devuelve bruscamente a la realidad.

—Perdón, un mensaje importante.

—Como te decía, la transición se haría progresivamente. Tendrías tres semanas para formar a tu sustituto aquí antes de instalarte definitivamente en Barcelona.

Tres semanas. Veintiún días. La cuenta atrás antes de abandonar esta isla. Antes de abandonar a Sophie.

Sophie a quien no he tenido cojones de avisar yo mismo. Sophie que se ha enterado por Luna de que me voy a marchar. Sophie que ahora me mira como a un extraño cuando hace apenas unos días su cuerpo se entrelazaba con el mío cada noche.

—¿Diego?

—Sí, tres semanas, perfecto.

Me levanto, incapaz de permanecer sentado ni un minuto más.

—Te dejo que valides los últimos detalles con Madrid, donde está la sede. ¿Hablamos esta tarde?

Javier asiente, y salgo de su despacho como si me ahogara. En el vestíbulo, me cruzo con la última persona a la que tengo ganas de ver: Antoine. Está ahí, con su puto traje impecable, charlando con uno de los clientes como si estuviera en su casa. Cuando nuestras miradas se cruzan, su sonrisa se ensancha. Una sonrisa suficiente, victoriosa, como si supiera algo que yo ignoro.

—¡Vaya, Diego! —exclama acercándose a mí—. He oído que nos dejas pronto por Barcelona. Enhorabuena.

Su voz es melosa, falsamente amistosa. Tengo ganas de meterle el puño en la cara, pero me conformo con un asentimiento de cabeza frío.

—¿Qué hacías en nuestras oficinas administrativas?

Su sorpresa es fugaz, pronto sustituida por esa sonrisa calculadora que me dan ganas de matar.

—Oh, simples negocios. Me interesan algunas... digamos, oportunidades inmobiliarias en la región. Mi familia siempre ha tenido un excelente olfato para las inversiones.

Aprieto los dientes. Hay algo turbio ahí debajo, pero no consigo poner el dedo en la llaga.

—Que disfrutes de la estancia, entonces.

Me alejo antes de decir o hacer algo de lo que pueda arrepentirme profesionalmente.

Asisto a las reuniones, contesto las llamadas y tomo las decisiones, pero mi mente está en otra parte. Está con Sophie, con lo que debería haberle dicho, con lo que no he tenido valor de afrontar.

A las 17:00, suena mi teléfono. Es mi padre. Descuelgo con reticencia.

—¡Hijo! Javier me ha confirmado que has aceptado Barcelona, un puesto digno de tu apellido. ¡Por fin una decisión sensata por tu parte!

Su voz está impregnada de esa satisfacción paternalista que siempre me ha puesto incómodo.

—Aún no es oficial, padre.

—Vamos, no juegues a eso conmigo. Los contratos están listos. Es un paso importante para ti, para nosotros, para la empresa familiar. Tu madre está encantada de tenerte pronto más cerca de Madrid, ella que odia coger el avión.

Cierro los ojos. La aprobación paterna. Lo que he buscado durante años sin obtenerla realmente nunca. Y ahora que está ahí, me parece tan vacía como una concha abandonada en la playa.

—Siempre supe que acabarías por entender cuál era tu lugar —continúa—. Esta rebelión en Ibiza era... necesaria, quizás. Una fase. Pero ahora vuelves al buen camino.

Cada palabra es como un clavo en el ataúd de mi libertad. Me doy cuenta con una claridad aterradora de que he pasado mi vida navegando entre dos extremos: o plegarme completamente a las

expectativas familiares, o rechazarlas totalmente. Nunca he encontrado el equilibrio.

—Y esa chica de la que me ha hablado Javier, esa francesa... también era una fase, imagino.

Se me encoge el corazón. Sophie. Reducida a una «fase» por mi padre.

—Se llama Sophie, y no es una fase.

Mi voz es más dura de lo que habría querido. Se instala un silencio sorprendido al otro lado de la línea.

—No importa cómo se llame, Diego. En tres semanas estarás en Barcelona. Estas aventuras veraniegas nunca duran.

Cuelgo sin responder. La rabia pulsa en mis venas, pero no va dirigida contra mi padre. Va dirigida contra mí mismo. Porque tiene razón en una cosa: ¿dónde estará Sophie en tres semanas? ¿Y qué he hecho para que quiera quedarse conmigo?

Al dirigirme hacia nuestra habitación —no, mi habitación ahora, puesto que ella duerme en casa de Luna—, oigo su voz. Sophie está en el pasillo adyacente, al teléfono. Me detengo, incapaz de mostrarme, pero incapaz también de alejarme.

—Sí, entiendo que la universidad necesita una respuesta definitiva... No, aún no he decidido...

Su voz oscila entre determinación e incertidumbre. Habla de París, de su regreso, de sus estudios.

—Es solo que... muchas cosas han cambiado este verano... Ya no estoy segura de que...

Una pausa. Mi corazón late tan fuerte que tengo miedo de que lo oiga.

—Sí, por supuesto. Les daré mi respuesta final en tres días. Gracias por su comprensión.

Cuelga. Oigo sus pasos alejarse hacia la habitación de Luna.

Me quedo allí, apoyado contra la pared, con esta verdad que me golpea de lleno: nuestros caminos se están separando. Yo hacia Barcelona, ella probablemente hacia París. Dos ciudades, dos vidas, separadas por mucho más que kilómetros.

Y todo porque no he tenido el valor de decirle lo que siento realmente. Porque he dejado que el miedo dicte mis decisiones, una

vez más.

En el bolsillo, siento mi teléfono vibrar de nuevo. El contrato para Barcelona acaba de llegar por correo. Todo está listo. Solo falta mi firma para que todo se oficialice.

Para perder a Sophie definitivamente.

Para volver a ser lo que mi padre siempre ha querido que sea.

Saco el teléfono y fijo la pantalla sin verla realmente. En mi cabeza, dos voces libran batalla. La de la razón, del deber, de la expectativa familiar. Y la del corazón, del deseo, de lo que realmente quiero.

CAPÍTULO 49

Sophie

Se dice a menudo que los hoteles son como teatros, los empleados actores y los clientes el público. Estos últimos días, me he convertido en la reina de la improvisación en una obra titulada: *Cómo evitar a Diego en 10 lecciones.*

Esta mañana, he divisado su silueta al final del pasillo y me he zambullido en el armario de las toallas como si mi vida dependiera de ello. Dos minutos después, Luna me ha descubierto rodeada de sábanas limpias, fingiendo hacer inventario.

—¿Qué coño haces exactamente? —me ha preguntado, alzando una ceja.

—Estoy comprobando que las toallas estén correctamente dobladas —he respondido con toda la convicción de una cría de cinco años pillada con la mano en el tarro de las galletas.

Su mirada hastiada me ha hecho comprender que no se la colaba.

—¿Sabes que vais a tener que hablar en algún momento, ¿no?

—Hoy no, Satanás.

He escapado llevándome una pila de toallas que no necesitaba para nada. El día no hacía más que empezar.

Después del episodio del armario, he desarrollado otras técnicas de evitación sofisticadas. He memorizado su horario para anticipar nuestros posibles cruces. Incluso me he inventado una alergia repentina a la sala de descanso cuando he oído su voz dentro. Esta táctica ha culminado cuando me he encontrado reptando bajo el mostrador de recepción porque atravesaba el vestíbulo.

Alejandro me ha pillado en esta posición poco gloriosa.

—Si buscas los formularios de llegada, están guardados en el cajón, no debajo del escritorio —ha comentado con una sonrisa burlona.

—Muy gracioso. Se me ha caído un pendiente.

—¿Ese que llevas en las dos orejas?

Le he lanzado una mirada asesina antes de levantarme con toda la dignidad que me quedaba, es decir, poca cosa.

Cierto, mi comportamiento es ridículo. Pero ¿cómo se supone que voy a hacer frente a Diego cuando tengo la sensación de que un elefante baila salsa encima de mi corazón? Mi respuesta a la universidad —pidiendo un plazo adicional— refleja perfectamente mi estado de ánimo actual: incapaz de tomar la menor decisión.

Estimada administración, ¿podrían pausar mi vida mientras entiendo este follón sentimental? *Gracias de antemano. Una estudiante en plena crisis existencial.*

Por la tarde, me dirijo hacia los jardines para mi descanso, esperando encontrar un poco de calma. El sol de Ibiza acaricia mi piel mientras me aventuro entre las plantas de buganvillas. Es entonces cuando oigo unas voces familiares detrás del seto de cipreses.

Aminoro el paso instintivamente. Antoine. Está hablando con alguien cuya voz teñida de acento italiano es inmediatamente reconocible: Donatello Visconti, el diseñador que se pasa el tiempo rondando a las empleadas como un tiburón hambriento.

No soy de las que espían... excepto cuando la situación lo exige claramente. Y esta lo exige. Me pongo en cuclillas detrás de un macizo de lavanda, felicitándome por haber optado por zapatillas deportivas hoy en lugar de los zapatos de tacón reglamentarios que me habrían delatado al primer crujido.

—El proyecto avanza según lo previsto —dice Antoine—. Las autorizaciones estarán finalizadas pronto.

—¿Y la zona protegida? —pregunta Donatello.

—Un detalle administrativo. Nada que un poco de influencia no pueda resolver.

Mi corazón late más fuerte. ¿De qué están hablando exactamente?

—¿Y el hijo de los Álvarez? —prosigue Donatello.

El apellido de Diego me hace aguzar el oído aún más atentamente.

—Pronto estará en Barcelona —responde Antoine con una satisfacción mal disimulada—. Su padre está encantado de que se una por fin a la empresa familiar. Una vez que se haya marchado, tendremos el campo libre aquí. Sin él para defender sus preciosas

calas preservadas, el consejo de administración aprobará nuestra propuesta.

—Brillante —comenta Donatello—. ¿Y tu francesita en todo esto?

Aprieto los puños tan fuerte que las uñas se me clavan en las palmas.

—Un daño colateral, desafortunadamente —responde Antoine con una desenvoltura que me dan ganas de vomitar—. Ya acabaré recuperándola, sobre todo ahora que su ligue de verano la ha dejado tirada como a un trapo. Da igual. Este proyecto con la cadena Álvarez representa millones de euros. Sophie es un plus, nada más.

El puzle se recompone en mi mente. Antoine no ha venido a Ibiza por mí. Ha venido por un proyecto inmobiliario que amenaza visiblemente las zonas preservadas de la isla, en colaboración con la familia de Diego. Y cuenta con su marcha a Barcelona para tener el campo libre.

Retrocedo lentamente, negándome a oír más. Pero obviamente, mi gracia legendaria me hace tropezar con una raíz y me caigo cuan larga soy. El ruido que hace mi encuentro con el suelo atrae su atención.

—¿Hay alguien? —grita Antoine.

Me levanto y me pego al tronco de un olivo centenario, conteniendo la respiración. Si estuviera en una película, este sería el momento en que la música de suspense se intensificaría.

—Probablemente un gato —dice Donatello después de un momento—. Los hay por todas partes en esta isla.

Sus voces se alejan progresivamente. Una vez segura de que se han ido, me saco de mi escondite, con las piernas temblorosas y la mente bullendo. Tengo que hablar con Luna. Ahora. También podría abordar el tema con Diego, pero está por encima de mis fuerzas. Y además... ¿quién me dice que no está en el ajo? Creía conocerle, pero me ha sorprendido aceptando el puesto en Barcelona sin ni siquiera decirme una palabra.

Encuentro a Luna cerca de la piscina, repartiendo toallas a los clientes.

—Tenemos que hablar —le digo, llevándola aparte.

—Vaya, parece serio. ¿Por fin has hablado con Diego?

—No, apenas unas palabras, pero he sorprendido una conversación entre Antoine y Donatello.

Le cuento todo en detalle, observando cómo se le van abriendo los ojos progresivamente.

—¡Esos cabrones quieren hormigonar nuestra isla! —se indigna—. Hay que avisar a Diego.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Ni en sueños. Está con ellos. Ha elegido a su familia, sin ni siquiera hablarme de ello.

Luna evita mi mirada, de repente muy absorta doblando una toalla.

—¿Qué? ¿Qué sabes que yo no sé?

Suspira profundamente.

—No quería ser yo quien te lo dijera, le toca a ese idiota hacerlo... Su marcha está prevista para dentro de tres semanas. Ya no tenéis tiempo de andar con rodeos. Tenéis que tener una conversación a corazón abierto para saber dónde estáis.

Aunque me lo esperaba, la confirmación me golpea como una ola helada. No solo se va pronto, sino que ni siquiera me lo ha dicho directamente. Después de todo lo que hemos compartido.

—¿Te lo ha dicho él mismo?

—Javier lo anunció esta mañana durante la reunión de supervisores. Diego parecía... resignado.

Un dolor agudo me atraviesa el pecho, seguido rápidamente por una cólera creciente. En mi cabeza desfilan las similitudes inquietantes entre Diego y Antoine: esa forma de decidir unilateralmente, sin comunicación, sin consideración por lo que yo pueda sentir. Por supuesto, Diego no es manipulador y tóxico como Antoine, pero este patrón de apartarme de las decisiones importantes me resulta dolorosamente familiar.

—¿Sabes qué? —digo irguiendo los hombros—. Ya basta. Estoy harta de correr por todos lados para evitarle. Vamos a tener esa jodida conversación esta noche.

Luna me abraza brevemente.

—Esa es mi guerrera. Y para que lo sepas, si necesitas tirar sus cosas por el balcón después, te ayudo a apuntar a la piscina.

Su comentario me arranca una sonrisa a pesar de mi enfado.

El resto del día pasa en un revoltijo de pensamientos contradictorios y emociones caóticas. Hago malabarismos entre el servicio a la clientela y la planificación mental de todo lo que voy a decirle a Diego. La lista se alarga de hora en hora, oscilando entre reproches incendiarios y preguntas dolorosas.

El sol se pone lentamente sobre Ibiza, tiñendo el cielo de rosa y naranja. En otras circunstancias, habría encontrado este espectáculo relajante. Hoy, me parece casi insultante en su belleza tranquila.

Termino mi turno y me dirijo hacia nuestra antigua habitación común. Solo he recuperado mis cosas más elementales hace unos días para instalarme en casa de Luna, con la esperanza de volver junto a él, seguramente por eso he guardado la llave. Con el corazón latiendo fuerte, abro la puerta sin llamar.

La habitación está sumida en la penumbra, solo iluminada por los últimos destellos del día. Diego está ahí, sentado en el balcón, su silueta recortándose contra el horizonte marino. No se da la vuelta, pero sé que ha oído abrirse la puerta. Quizás me estaba esperando.

Me quedo paralizada en el umbral, toda mi determinación tambaleándose de repente. ¿Cómo se puede estar tan enfadada con alguien y sin embargo sentir esta punzada en el corazón al verle?

Avanzo un paso en la habitación, cerrando la puerta detrás de mí. La confrontación que he evitado todo el día es ahora inevitable. Ha llegado el momento de la verdad.

CAPÍTULO 50

Diego

El sol se pone sobre Ibiza, tiñendo el mar de rojo y naranja. Estoy aquí, de pie en la terraza de nuestra habitación, las manos agarradas a la barandilla, los ojos fijos en el horizonte como si esperase encontrar respuestas.

Nuestra habitación. Hago una mueca. ¿Sigue siendo nuestra cuando Sophie duerme en casa de Luna desde hace tres días? ¿Cuando mi maleta ya está medio hecha para Barcelona? ¿Cuando tengo la sensación de que cada respiración en esta habitación me recuerda lo que he jodido?

Doy un largo trago de cerveza tibia. Ni siquiera he tenido el valor de meterla en la nevera. ¿Para qué? No tengo energía para hacer nada bien últimamente.

Un ruido detrás de mí. La puerta que se abre. Debe de ser Alejandro, que viene a comprobar que no me ahogo en mi propia miseria.

—En serio, tío, no necesitas hacer de canguro —digo sin darme la vuelta—. Soy mayorcito. Puedo joder mi vida perfectamente solo.

Silencio. No es Alejandro.

Me doy la vuelta y se me para el corazón. Sophie está en el umbral de la puerta, inmóvil como una estatua. Lleva una simple camiseta blanca y unos vaqueros, el pelo recogido en un moño suelto, y aun así, está tan guapa que me duele el estómago.

—Oh... no sabía que aún tenías la llave —digo torpemente.

Sus ojos se posan en mí, y esa mirada... Preferiría que me gritase. Esta decepción silenciosa es mucho peor que cualquier explosión de ira.

—Pensaba que estarías en la cena con el equipo —dice finalmente, su voz controlada, demasiado controlada—. Solo quería recoger algunas cosas con discreción, sin cruzarme contigo.

Por supuesto. No ha venido a verme. ¿Por qué lo haría?

—No tenía muchas ganas de fiesta —respondo intentando sonreír, pero parece más bien una mueca.

Entra, vacilante, como si penetrase en la guarida de un animal salvaje. Cada uno de sus movimientos cautelosos me duele un poco más. Hace solo unos días se lanzaba a esta habitación, tirando su bolso sobre la cama antes de venir a besarme como si no me hubiese visto en semanas, cuando nos habíamos separado apenas unas horas antes.

Sophie se para en el centro de la habitación, su mirada cayendo sobre mi maleta medio hecha.

—¿Ya te vas? —pregunta.

Hay algo en su voz. ¿Esperanza? ¿Miedo? ¿Alivio? Ya no consigo leerla como antes.

—No —respondo rápidamente—. Pero ya me conoces, soy bastante previsor.

Estoy clasificando mis cosas, decidiendo qué merece acompañarme a Barcelona, preparando mi marcha aunque aún no esté listo para admitirlo en voz alta.

Sophie asiente, un gesto seco que no me dice absolutamente nada de sus pensamientos. Se dirige hacia la cómoda y empieza a coger algunas prendas, doblándolas metódicamente antes de meterlas en su bolso. Este silencio me mata. Este silencio entre nosotros nunca ha sido lo nuestro. Incluso cuando no hablábamos, había una comunicación, un lenguaje que habíamos creado. Ahora, solo hay este vacío glacial.

—Sophie...

—No hagas eso —me corta sin mirarme.

—¿Hacer qué?

—Esa cosa en la que me vas a decir lo mucho que lo sientes, y luego me explicas otra vez lo importante que es esta oportunidad para tu carrera, para tu familia, y cómo no tenías otra opción.

Sus palabras me golpean como puñetazos. Tiene razón, por supuesto. Es exactamente lo que iba a hacer.

—No es tan simple —murmuro.

Se gira hacia mí por fin, y veo el dolor en sus ojos, crudo y sin filtros.

—¿En serio? Porque me parece bastante simple. Has tomado una decisión que afecta a nuestra relación sin hablar conmigo. Has

conseguido un trabajo para mí en Madrid como si fuese un mueble que se puede mover a tu conveniencia. Y ahora, haces las maletas para Barcelona.

Tiene razón. En todo. Ni siquiera puedo defenderme.

—Tenía miedo —confieso por fin.

—¿Miedo de qué? —pregunta, y esta vez, hay una fisura en su voz, un temblor que me dan ganas de tomarla en mis brazos.

—Miedo de que si te lo contaba, si compartía mis dudas, mis vacilaciones... vieses lo perdido que estoy. Que te dieses cuenta de que no soy el hombre que crees que soy.

Una risa sin alegría se escapa de sus labios.

—¿Y crees que tu silencio ha sido mejor estrategia? ¿Que enterarme por Luna de que te ibas a Barcelona era preferible?

Me paso la mano por la cara, sintiendo la barba de tres días que ha crecido porque ni siquiera he tenido energía para afeitarme.

—La he cagado. Completamente.

Me mira un momento, luego su mirada se suaviza ligeramente.

—¿Sabes qué es lo más difícil? No es que te vayas. Es que me has hecho lo mismo que Antoine. Has tomado decisiones por los dos, pensando que sabías qué era lo mejor para mí.

Su ex. La comparación me golpea como un puñetazo. Yo no soy como él. Nunca seré como él. ¿O quizás sí? La idea me da náuseas.

—No soy Antoine —digo, mi voz más dura de lo que pretendía.

—No, no eres él —concede—. Pero me has hecho sentir lo mismo. Como si mi opinión, mis deseos, no tuviesen importancia.

Se gira de nuevo hacia la cómoda, sacando algunos libros que añade cuidadosamente a su bolso. Me doy cuenta de que coge la recopilación de García Márquez que habíamos leído juntos, compartiendo nuestros pasajes favoritos en nuestra cama las noches de tormenta.

—Sé que tu padre te presiona —continúa sin mirarme—. Entiendo las obligaciones familiares, Diego. Lo que no entiendo es por qué no confiaste en mí lo suficiente para hablarme de tus dudas, de tus miedos.

—¡Porque no sé cómo hacer eso! —exclamo, la frustración desbordándose por fin—. No sé cómo ser vulnerable, ¿vale? Me he

pasado toda la vida aprendiendo a mantener el control, a no mostrar nunca debilidad. Y luego llegaste tú, con tu manera de ver a través de mí, y eso me aterroriza. Hicimos un trato, nos dijimos que tú y yo, era solo por el tiempo de un verano. ¿Cómo iba a saber que era posible algo más? Nunca me dejaste creer que era eso lo que querías.

Sophie se queda inmóvil, mi explosión la sorprende tanto como a mí.

—¿Y crees que es fácil para mí? —replica, su propia ira asomando por fin—. ¿Crees que después de Antoine, después de haber sido controlada y manipulada durante dos años, era simple confiar en ti? Me arriesgué, Diego. Elegí confiar en ti a pesar de mi miedo.

Ahora estamos cara a cara, separados por apenas un metro, pero el espacio entre nosotros parece infranqueable.

—Lo sé —murmuro—. Y traicioné esa confianza.

El silencio que sigue está cargado de todo lo que hemos sido, de todo lo que podríamos haber sido.

Sophie termina de recoger sus cosas y cierra su bolso. El ruido de la cremallera resuena en la habitación como una sentencia.

—Vuelvo a casa de Luna —dice simplemente.

—Sophie...

Se para en la puerta, dándome la espalda.

—No te pido que te quedes en Ibiza por mí —dice suavemente—. Nunca te pediré que sacrifiques tus ambiciones o tus obligaciones familiares. Pero merecía estar incluida en la conversación. Nos merecíamos esa oportunidad.

Y luego se va, la puerta se cierra suavemente tras ella. Nada de portazo dramático, solo ese pequeño clic que parece finalizar nuestra separación mucho más que una salida teatral.

Me dejo caer en la cama, nuestra cama, y miro fijamente el techo. La habitación parece inmensa ahora, vacía de su presencia, de su perfume, de su risa. Mis ojos se detienen en la foto puesta sobre la mesilla de noche, la que Carmen nos hizo a los dos delante de la puesta de sol. Sophie tiene la cabeza apoyada en mi hombro, y sonrío como un idiota, como si hubiese encontrado un tesoro y no pudiese creer en mi suerte.

Mi móvil vibra. Un mensaje de mi padre.

«Enhorabuena otra vez por tu decisión sensata. Los accionistas están impacientes por conocerte durante tu estancia en Barcelona.»

Decisión sensata. Estas palabras me dan ganas de lanzar el móvil contra la pared. ¿Qué hay de sensato en seguir un camino trazado por otros? ¿Qué hay de sensato en sacrificar a la única persona que me ha hecho sentir realmente vivo?

La noche cae completamente sobre Ibiza, y me quedo ahí, inmóvil, sintiendo el peso de las decisiones que he tomado y de las que aún tengo que tomar. Me pregunto qué quiero realmente, no lo que quiere mi padre, no lo que exige la cadena hotelera, no lo que espera de mí el linaje de los Álvarez.

Y mientras esa pregunta resuena en la habitación vacía, me doy cuenta de que la respuesta siempre ha estado ahí, aunque estuviese demasiado asustado para admitirla.

CAPÍTULO 51

Sophie

He perfeccionado el arte de evitar a Diego en exactamente setenta y dos horas. Yo, que sueño con abrirme camino en el mundo editorial, podría escribir un manual ilustrado sobre el arte de hacerse la tonta.

Tres días. Eso es lo que me ha llevado transformar el hotel Paraíso —donde nos cruzábamos constantemente— en un gigantesco campo de juego versión escondite profesional. Bienvenidos a El juego del calamar versión Ibiza.

El colchón improvisado en la habitación de Luna cruje con cada movimiento. Ni siquiera he podido recuperar mi primera habitación, Javier se la asignó a otra persona, como si esperara que volviera con Diego. ¡Puede seguir soñando!

Miro fijamente el techo, arrullada por los ronquidos suaves de mi compañera de cuarto temporal. El despertador marca las 6:12. En exactamente dieciocho minutos, Diego comenzará su turno. Debo salir de aquí antes de las 6:25 para no arriesgarme a cruzármelo en el pasillo del personal.

Mi vida se ha vuelto un ballet coreografiado al milímetro.

Me incorporo y agarro mi diario, el que empecé a escribir cuando llegué. Lo hojeo, deteniéndome en mis primeras impresiones de Ibiza. Mis dedos se demoran en una página particularmente cargada de emociones.

«No he venido aquí para conocer a alguien. Nunca más. Antoine me vació de cualquier gana de depender de un hombre. He venido para encontrarme. Para respirar. Para existir por mí misma.»

Una sonrisa triste se dibuja en mis labios. Esa Sophie me parece a la vez tan cercana y tan lejana. Ya no soy esa chica rota que huía de París y de los recuerdos de una relación tóxica. Pero irónicamente, aquí estoy de nuevo en una situación donde me siento perdida.

Un gruñido sonoro me sobresalta. Luna se estira como un gato, su cabello azul formando una aureola caótica alrededor de su rostro.

—¿Ya estás despierta? —murmura entornando los ojos—. Joder, ¿qué hora es?

—Casi las seis y media. Tengo que largarme antes de que...

—Antes de que Romeo empiece su turno y estéis obligados a miraros a la cara —completa ella bostezando—. ¿Sabes que vuestra historia es completamente ridícula?

Me levanto de un salto, agarrando mi uniforme ya preparado desde la noche anterior.

—No es ridículo. Es estratégico.

—Estratégico, las narices —masculla Luna incorporándose sobre un codo—. Os comportáis como adolescentes de quince años. Y todos estamos siendo rehenes de vuestro drama.

—Nadie está siendo rehén.

—¿En serio? —se ríe—. Ayer, Alejandro tuvo que hacer tres idas y venidas entre la cocina y el bar porque Diego estaba en un pasillo y tú en el otro, y ninguno de los dos quería ceder el paso. Tres idas y venidas para comprobar tu posición por él.

Me muerdo el labio, dividida entre la vergüenza y las ganas de reír. La situación es efectivamente absurda vista desde fuera.

—No fue intencionado —murmuro mientras me pongo los pantalones.

—¡Por supuesto que sí! Y lo de los walkie-talkies que Alejandro y yo usamos para coordinaros, ¿eso también es normal?

Abro los ojos de par en par.

—¿Los walkie-talkies? ¿Qué walkie-talkies?

Luna sonríe como un gato delante de un platillo de leche.

—¿De verdad crees que es casualidad que no os hayáis cruzado ni una sola vez en las horas punta estos tres últimos días?

Me quedo boquiabierta.

—¿Nos estáis espiando?

—Os estamos evitando que os matéis mutuamente, matiz. Reconoce que quedaría mal delante de los clientes. O quizás los atraería, ahora que lo pienso: tragedia en un hotel de Ibiza, dos amantes malditos se destrozan.

Luna se levanta y saca un pequeño walkie-talkie de su cajón.

—Alejandro consiguió esto del almacén de material para las animaciones infantiles. «Luna a Alejandro, la Francesa abandona el nido, repito, la Francesa abandona el nido. ¿Está el Español en el perímetro? Cambio.»

La voz de Alejandro crepita unos segundos después.

—«El Español acaba de abandonar sus aposentos por la escalera oeste. Repito, el Español utiliza la escalera oeste. Aconsejo a la Francesa que tome el ascensor de servicio y pase por la lavandería. Cambio.»

—«Recibido cinco sobre cinco, ¡cambio y corto!»

Me quedo paralizada, con el uniforme a medio poner, mientras Luna se parte de risa ante mi expresión.

—Estáis completamente locos —murmuro.

—No, los locos sois vosotros. Nosotros solo intentamos mantener el hotel a flote mientras jugáis a evitaros. Javier no puede más, por cierto.

—¿Habéis metido a Javier en esta historia?

—Sophie, cariño, todo el mundo tiene su papel en este culebrón. ¿Dos miembros del personal que comparten la misma habitación y luego se separan dramáticamente en plena temporada? ¿En una isla donde los cotilleos son el deporte nacional? Me sorprende que aún no haya salido en el periódico local.

La vergüenza me invade por oleadas. Termino de vestirme a toda prisa, metiendo mi diario en el bolso.

—¿Entonces? —pregunta Luna agitando el walkie-talkie—. ¿Tomas la escalera oeste o el ascensor de servicio?

Suspiro profundamente.

—El ascensor.

—Decisión sabia —aprueba pulsando el botón—. «La Francesa toma el ascensor de servicio. Se requiere vigilancia estrecha en el sector de la lavandería. Cambio.»

Salgo de la habitación negando con la cabeza, dividida entre la irritación y una extraña gratitud por esta amistad absurda pero sincera.

Al mediodía, escapo milagrosamente del comedor del personal pretextando una llamada urgente que hacer. Apoyada contra la

pared exterior, picoteo sin entusiasmo un sándwich preempaquetado mientras leo la carta de mi madre, que llegó esta mañana.

«Mi Sophie, Tu última carta me ha hecho reflexionar. Sabes, cuando tu padre se fue, creí que mi vida se paraba. ¿Cómo continuar cuando todo lo que habíamos construido juntos se derrumba? Pero acabé comprendiendo que cada final lleva en sí los gérmenes de un nuevo comienzo. Lo que parecía ser una catástrofe me empujó finalmente a convertirme en la mujer que soy hoy, una mujer de la que puedes estar orgullosa (¡espero!). Ibiza te ha transformado, cariño. Lo he visto en tus ojos, en tu forma de mantenerte, de hablar. Esta isla te ha devuelto a la Sophie que había perdido durante tu relación con Antoine: esa joven brillante, confiada y llena de vida. No pierdas eso, decidas lo que decidas sobre Diego, París, Madrid o cualquier otro lugar del mundo. Te abrazo fuerte, Mamá.»

Guardo cuidadosamente la carta. Mi madre tiene razón. Pase lo que pase con Diego, no puedo perder de vista la transformación que he vivido aquí.

—¡Ah, ahí estás!

Me sobresalto violentamente. Antoine está delante de mí, impecable con su traje de lino color arena. Su sonrisa confiada me dan ganas de tirarle mi sándwich a la cara.

—Te estaba buscando —continúa como si fuéramos viejos amigos —. He reservado en el nuevo restaurante del puerto deportivo. ¿A qué hora terminas hoy?

Respiro profundamente.

—Antoine, ¿cuántas veces tendré que decirte que no?

Se ríe como si acabara de hacer un chiste excelente.

—Venga, Sophie. Los dos sabemos que esta historia con el empleado del hotel no era más que un capricho. ¡Ya ni siquiera os habláis! Todo el mundo se ha dado cuenta.

Aprieto los dientes. La idea de que nuestra ruptura se haya convertido en un espectáculo para todo el hotel —incluido Antoine— me mortifica.

—Lo que pase entre Diego y yo no te incumbe.

—Se va a Barcelona dentro de dos semanas —suelta despreocupadamente—. Ha aceptado el puesto sin ni siquiera

hablarte de ello. ¿Es ese el hombre que defiendes?

Un dolor sordo palpita en mi pecho. Ya sé todo eso, pero oírlo de boca de Antoine hace que la cosa sea aún más amarga.

—¿Y qué propones como alternativa? ¿Volver contigo? ¿El hombre que se pasó dos años demoliéndome metódicamente?

Su expresión cambia, se vuelve más calculadora.

—Cometí errores, soy consciente de ello. Pero estoy dispuesto a...

—Para —lo interrumpo levantando la mano—. No estás dispuesto a nada, Antoine. Solo quieres recuperar lo que consideras que te pertenece.

Se dispone a protestar cuando un crepitar resuena cerca de nosotros.

—«¡Alerta roja, repito, alerta roja! El Español se acerca al perímetro exterior este. ¿Sigue la Francesa en la zona? Cambio.»

La voz de Alejandro resuena desde... mi bolso. Meto la mano dentro y saco un walkie-talkie que no recuerdo en absoluto haber cogido.

«Luna, maldita...»

—«Luna a Alejandro. Sin noticias de la Francesa. Posible que haya cambiado de sector. ¿Está el Español solo? Cambio.»

Oigo pasos que se acercan. Mi corazón se acelera. Antoine arquea una ceja, visiblemente divertido por la situación.

—«Negativo. El Español acaba de cruzarse con el Parisino cerca de la Francesa. Repito: colisión inminente. ¡Intervenid inmediatamente! Cambio.»

Diviso a Diego doblando la esquina del edificio. Nuestras miradas se cruzan por primera vez en tres días. El tiempo se paraliza.

—«¡Todos a cubierto!» —grita el walkie-talkie en mi mano.

Diego se para en seco al vernos a Antoine y a mí. Su expresión pasa de la sorpresa a algo más oscuro. Da media vuelta y se aleja a grandes zancadas.

Antoine sonríe, triunfante.

—¿Ves? Ese tío no te tiene cariño. A la primera dificultad, huye. Es solo un crío, como sus amigos. ¿Quién más que...?

Ya no lo escucho. En un destello de claridad, me doy cuenta de que estoy cansada de huir, cansada de estos juegos ridículos de

evitarse. Cansada de que los hombres intenten definir quién soy y qué quiero.

—Tu restaurante del puerto deportivo tendrá que esperar a la eternidad, Antoine —digo tirando el walkie-talkie en mi bolso—. Porque incluso sin Diego, incluso sin nadie, preferiría aún pasar el resto de mi vida sola que volver atrás contigo.

Doy media vuelta, ignorando sus protestas. Mientras me dirijo hacia la terraza del personal, desde donde se puede ver el sol empezar su descenso hacia el mar, siento una extraña ligereza invadirme.

CAPÍTULO 52

Diego

Echo otro vistazo a la habitación. Parece patéticamente vacía a pesar de las pocas cosas que Sophie ha dejado. Su perfume aún flota en el aire, como para burlarse de mí. Paso la mano sobre la almohada donde descansaba su cabeza hace apenas unos días. Joder, me estoy volviendo ridículo.

La vida continúa en el hotel Paraíso. Mantengo esa fachada de profesionalidad impecable que he tardado años en perfeccionar. Nadie debe ver que detrás del Diego imperturbable y eficiente se esconde un tipo completamente perdido. Un tipo que atraviesa sus días como un fantasma, firmando contratos, repasando plannings y asintiendo a los detalles logísticos de su próxima marcha a Barcelona.

Mi teléfono vibra. Un nuevo mensaje del equipo de Barcelona. Una visita preliminar programada para la semana que viene. Confirmo mecánicamente.

—¿Cuánto tiempo más piensas seguir con esa cara de funeral?

Levanto la cabeza. Alejandro está en el marco de la puerta de mi despacho, con los brazos cruzados, su expresión oscilando entre el fastidio y la preocupación.

—Estoy trabajando, si no te importa.

—Oh, perdóname por interrumpirte mientras te lamentes —responde sentándose sin invitación en la silla frente a mí—. Es fascinante ver al gran Diego Álvarez, señor imperturbable, transformarse en un adolescente con el corazón roto.

—No tengo el corazón roto —corrijo automáticamente—. Es solo que es complicado.

—No, en realidad es muy simple. La has cagado con Sophie, y ahora en lugar de ir a hablar con ella como un adulto responsable, te escondes en tu despacho fingiendo que todo va bien.

Odio cuando Alejandro hace eso. Esa manera que tiene de simplificar situaciones complejas, de reducir semanas de tensión y

malentendidos a unas cuantas frases brutalmente honestas. Odio aún más que a menudo tenga razón.

—No es tan simple —repito, más para mí mismo que para él.

—Entonces hablemos de otra cosa —dice cambiando bruscamente de tono—. ¿Te has fijado en las idas y venidas de Antoine por las oficinas administrativas estos últimos días?

Esta pregunta inesperada me hace fruncir el ceño.

—¿Qué? No, la verdad es que no. ¿Por qué?

—Porque tu rival francés no está aquí solo para recuperar a su ex. Está tramando algo con ese diseñador italiano...

—Donatello Visconti.

—Sí, él. Se conocían de antes, por lo visto. Los he oído hablar de permisos de construcción y adquisición de terrenos. Y no en cualquier sitio. La zona costera del sur.

Mi cerebro hace inmediatamente la conexión.

—¿Cerca de la cala?

—Exactamente. Tu pequeña cala secreta podría convertirse pronto en el próximo complejo turístico de alta gama de Ibiza.

Siento una cólera sorda que me invade. Esa cala no es solo un rincón de paraíso preservado entre las playas masificadas de Ibiza. Es un lugar cargado de recuerdos personales. Es el lugar donde mi abuelo me llevaba de niño, donde me enseñó a nadar. Es el lugar que compartí con Sophie durante nuestra primera conexión real.

—¿Estás seguro?

—No al cien por cien, pero tengo un amigo que trabaja en urbanismo. Me ha hablado de un nuevo expediente presentado por una sociedad francesa. ¿Casualidad? ¡No me lo creo! Oh, me encanta esa frase.

Me levanto de un salto, animado de repente por una nueva energía.

—Gracias, Alejandro. Voy a comprobar eso.

—Me alegra verte resucitar de entre los zombis, aunque sea para ocuparte de negocios y no de tus problemas de corazón —lanza al salir de mi despacho.

Las horas siguientes pasan en una nebulosa de actividad intensa. Entre dos responsabilidades en el hotel, empiezo a indagar. Observo

a Antoine de lejos, fijándome en sus interacciones con ciertos clientes, sus citas sospechosas. Reviso los permisos presentados recientemente, contacto discretamente con conocidos del ayuntamiento.

En la pausa del almuerzo, lo veo en gran conversación con Donatello cerca de la piscina. Hablan en voz baja, inclinados sobre lo que parecen planos. Me acerco sutilmente, fingiendo comprobar algo con un camarero que está cerca.

—La zona está técnicamente protegida, pero con las conexiones adecuadas... —dice Donatello.

—El dinero abre todas las puertas —responde Antoine con una sonrisa presuntuosa—. Y además, es solo una pequeña cala sin importancia. Nadie se dará cuenta cuando hayamos transformado este lugar en una joya arquitectónica.

Aprieto los puños, respirando profundamente para contener mi rabia. ¿Sin importancia? Esa cala es uno de los últimos rincones auténticos de Ibiza, preservado del turismo de masas y de las construcciones que van desfigurando progresivamente la isla.

De vuelta en mi despacho, recopilo todo lo que he podido encontrar. El panorama que se dibuja es alarmante. La sociedad de Antoine, en asociación con inversores representados por Donatello, prevé un complejo de villas de lujo con acceso privado al mar. Exactamente en mi cala. Nuestra cala. Decir que este cretino de diseñador se llama como mi Tortuga Ninja favorita... No se merece el nombre que lleva.

Me doy cuenta de repente de la amarga ironía de la situación. Paso mis días preparando mi marcha a Barcelona, organizando metódicamente mi abandono de Ibiza, y simultáneamente, me indigno porque quieran destruir un lugar que estoy a punto de dejar voluntariamente.

Un sentimiento de culpabilidad me invade. No solo hacia la isla que siempre he pretendido amar y proteger, sino hacia Sophie. ¿Cómo he podido tomar decisiones tan importantes sin consultarla? ¿Cómo he podido repetir los errores de los que ella huyó al dejar a Antoine?

La tarde cae progresivamente, tiñendo mi despacho de destellos anaranjados. Me quedo de pie ante la ventana, observando el sol que se sumerge en el Mediterráneo. Esta vista que he dado por sentada durante años adquiere de repente una nueva dimensión. Me doy cuenta de que no estoy preparado para renunciar a ella.

Mi teléfono vibra de nuevo. Mi padre, otra vez. Dejo que suene. Por primera vez, me pregunto seriamente por qué he aceptado este puesto en Barcelona. ¿Es realmente por mi carrera? ¿Para satisfacer por fin las expectativas familiares? ¿O no es más bien una huida?

La verdad me golpea con una claridad dolorosa. No huyo de Ibiza. Huyo de mis sentimientos por Sophie. Huyo de esa vulnerabilidad aterradora que implica amar realmente a alguien. Huyo de la incertidumbre de construir algo real con ella, algo que podría fracasar, herirme, transformarme.

He pasado años construyéndome una coraza profesional, compartimentando cuidadosamente mi vida, evitando cualquier apego que pudiera hacerme vulnerable. Y Sophie ha hecho saltar todo eso por los aires en unas pocas semanas.

Mi teléfono vibra de nuevo. Esta vez es Javier.

—¿Sí, jefe?

—Diego, te necesito en la sala de conferencias mañana por la mañana a las ocho. Tenemos un nuevo proyecto que discutir. Concierne al desarrollo costero del sur. Creo que te va a interesar.

Comprendo inmediatamente que está al corriente del proyecto de Antoine.

—Allí estaré.

Cuelgo, con un plan empezando ya a formarse en mi mente. Si tengo que marcharme, quiero al menos asegurarme de que esa cala permanezca preservada. Quiero dejar algo intacto tras de mí, un lugar donde los recuerdos puedan existir sin ser cubiertos de hormigón y cristal.

Y quizás, en algún lugar del fondo de mí, espero que esta lucha por la cala pueda reparar también algo de la confianza rota entre Sophie y yo. Es ridículo, por supuesto. Salvar un trozo de playa no compensará mis errores, no cambiará el hecho de que he tomado

decisiones importantes sin consultarla, sin siquiera plantearme que nuestras vidas pudieran seguir conectadas más allá del verano.

Me siento en mi escritorio y empiezo a redactar una estrategia. Si Antoine quiere jugar en la liga de los grandes, va a descubrir que no es el único que tiene contactos. Conozco esta isla desde siempre, sus reglas escritas y no escritas, sus verdaderos guardianes.

La noche ha caído cuando termino. Al apagar la luz de mi despacho, echo un último vistazo hacia el mar ahora invisible en la oscuridad. No se me escapa la ironía: en el momento en que estoy a punto de dejar Ibiza, de repente lucho por preservar su misma esencia. Igual que me doy cuenta de la profundidad de mis sentimientos por Sophie ahora que ya no está en mi vida cotidiana.

Me pregunto qué pensaría Sophie de todo esto. Si vería la belleza o la tragedia en esta situación. Si entendería que a veces solo nos damos cuenta del valor de lo que tenemos en el momento en que estamos a punto de perderlo.

Y por primera vez en días, me permito tener esperanza. No necesariamente una reconciliación milagrosa, sino al menos la posibilidad de mostrarle un Diego diferente al que tomó decisiones sin ella. Un Diego que lucha por algo que realmente importa, en lugar de huir hacia la seguridad confortable de una carrera ya trazada.

CAPÍTULO 53

Sophie

Me pongo una sonrisa profesional en la cara al entrar en la sala de conferencias, decidida a ignorar la presencia de Diego. Todos estos días sin hablarle —estos días evitando cuidadosamente su mirada, esquivando los pasillos donde podría cruzármelo, fingiendo que mi corazón no da un vuelco cada vez que vislumbro su silueta.

La sala se llena rápidamente. Luna se desliza en la silla de al lado, dándome un pequeño codazo cómplice que casi me hace caer del asiento.

—¿Cómo estás, guapa? —murmura en francés con su precioso acento español, una costumbre que ha adoptado para nuestras conversaciones privadas.

—Bien —digo encogiéndome de hombros, esperando que no insista.

Su mirada lo dice todo, pero no tiene tiempo de añadir más. Javier entra, acompañado de la última persona que tengo ganas de ver esta mañana: Antoine. Mi ex está impecable con su traje blanco, luciendo esa sonrisa que una vez encontré irresistible y que ahora me dan ganas de vomitar.

—Buenos días a todos —comienza Javier—. Como sabéis, estamos considerando ciertos desarrollos para el hotel Paraíso, y tengo el placer de presentaros oficialmente al señor Antoine Mercier, consultor para este proyecto.

Siento a Luna tensarse a mi lado. Al otro lado de la sala, Diego está sentado, perfectamente inmóvil. Solo su mirada traiciona una emoción —una ira fría, contenida, que nunca he visto antes.

Antoine toma la palabra, su voz meliflua llenando la estancia mientras activa un proyector. Aparecen imágenes en la pantalla —renderizados 3D que muestran villas lujosas, un complejo de spa ampliado, un restaurante panorámico. Se me hace un nudo en el estómago cuando reconozco la ubicación.

—Nuestra visión es extender la experiencia Paraíso a las zonas costeras actualmente inexplotadas —explica Antoine, su voz

rezumando entusiasmo calculado—. La primera fase se centrará en esta cala aislada al sur, perfecta para villas privadas de lujo.

Contengo la respiración. La cala. Nuestra cala. La que Diego me enseñó aquel día de canícula, ese santuario preservado donde compartimos nuestros primeros momentos de verdadera intimidad. Levanto la vista hacia Diego y veo su mandíbula contraerse, una vena pulsando ligeramente en su sien. Su mirada me ignora, sin embargo.

—Esta zona posee un potencial extraordinario —continúa Antoine —. Los estudios preliminares muestran que podríamos desarrollar hasta doce villas de lujo, cada una con acceso privado al agua.

Escudriño el rostro de Javier, buscando signos de aprobación o reticencia, pero permanece perfectamente neutral. Antoine continúa su presentación, detallando cómo los espacios naturales superfluos serían optimizados para maximizar el valor inmobiliario.

Si pudiera, le retorcería el cuello con mis propias manos y lo tiraría al mar. No, ni eso. Quiero demasiado a los peces como para contaminar el medio ambiente con semejante desecho tóxico.

Cada palabra que pronuncia me da la sensación de que pisotea deliberadamente los recuerdos que he creado aquí, que ensucia los momentos que reconstruyeron mi alma después de que él mismo la rompiera en París.

Durante las preguntas, me doy cuenta de que Diego toma notas con una intensidad inusual. Sus ojos se cruzan brevemente con los míos, y en esa mirada fugaz, veo algo que había olvidado estos últimos días —una conexión, un entendimiento mutuo, una alianza tácita contra esta amenaza común.

La reunión termina, e intento escabullirme rápidamente, pero Antoine me intercepta cerca de la puerta.

—Sophie, no pareces entusiasmada con nuestro proyecto —dice poniendo su mano en mi brazo, un gesto que podría haber parecido inocente a cualquiera que no conociera sus tácticas.

Me aparto sutilmente.

—Solo estoy sorprendida, eso es todo —digo, manteniendo mi voz profesionalmente neutra.

—Debería haberte puesto al corriente antes, por supuesto —sonríe—. ¿Quizás podríamos hablar de ello esta noche? He reservado en el nuevo restaurante del puerto...

¿Otra vez? ¿No se cansa nunca?

—Ya tengo planes —corto secamente.

Su sonrisa apenas vacila.

—Otra noche, entonces. Tenemos mucho que ponernos al día, tú y yo.

¡Sigue hablando, tío, sigue hablando!

Me escapo, con el corazón latiendo demasiado fuerte. En el pasillo, Luna me agarra del codo, tirando de mí en dirección opuesta a mi servicio.

—Reunión de emergencia —dice misteriosamente.

—Luna, tengo un montón de...

—No se discute, es un caso de fuerza mayor.

Me guía a través de un laberinto de pasillos de servicio hasta la pequeña sala de descanso del personal. Con la mente en otra parte, no me doy cuenta inmediatamente de lo que me espera. Cuando Luna abre la puerta y literalmente me empuja hacia dentro, me encuentro cara a cara con Diego.

¡Joder!

Parece tan sorprendido como yo. Alejandro está detrás de él, con una sonrisa culpable pegada en la cara.

—¿Qué es lo que...?

La puerta se cierra detrás de mí con un golpe definitivo. Oigo la risa ahogada de Luna y la voz de Alejandro:

—La puerta está bloqueada desde fuera. Tenéis veinte minutos para arreglar vuestros problemas antes de que volvamos. Si no os habéis reconciliado, repetimos mañana.

Me giro hacia Diego, mi irritación compitiendo con lo absurdo de la situación.

—¿Tus amigos son siempre así de sutiles? —digo finalmente, rompiendo el silencio.

Una sonrisa tenue aparece en sus labios.

—Alejandro considera que la sutileza es una forma de deshonestidad —responde—. Y supongo que también son tus

amigos, aunque seguramente vas a dejar la isla dentro de poco.

Qué cara más dura.

No puedo evitar dejar escapar una pequeña risa nerviosa. Lo absurdo de nuestra situación —encerrados como adolescentes rebeldes— alivia momentáneamente la tensión.

—Imagino que podríamos aporrear la puerta y exigir que nos liberen —digo apoyándome contra una mesa.

—Podríamos —asiente, cruzándose de brazos—. O podríamos hacer lo que quieren y... hablar.

La palabra «hablar» flota entre nosotros, cargada de todo lo que queda por decir.

Ha dicho hablar, pero no ha dicho de qué. ¡Saca un tema al azar para no discutir sobre la ruptura!

—¿Lo sabías? ¿Lo de la cala?

El rostro de Diego se ensombrece.

—No hasta ayer. Antoine ha mantenido cuidadosamente ocultas sus verdaderas intenciones.

Se acerca, apoyándose contra la mesa opuesta, nuestras rodillas casi en contacto en el espacio estrecho.

—Antoine no está aquí solo por ti, Sophie. Ha venido con un plan muy específico. He hecho algunas investigaciones —lleva meses colaborando con Donatello. Este proyecto de expansión es su verdadero objetivo.

Mi mente se aclara de repente, las piezas del puzle encajando.

—Por eso Donatello insistía tanto en reclutarme. Quería usar nuestra relación para facilitar el acceso de Antoine.

Diego asiente, su mirada suavizándose ligeramente.

—Creo que esperaba que influyeras en mi posición, sabiendo que me opongo a los desarrollos agresivos en la isla.

Cruzo su mirada, encontrando en ella una honestidad que he echado de menos estos últimos días.

—No le voy a dejar hacerlo —continúa Diego—. No voy a dejar que destruyan esos espacios. Su proyecto necesita la aprobación de la familia Álvarez, y yo me voy a oponer.

—¿Incluso si eso compromete tu puesto en Barcelona? —pregunto, conteniendo la respiración.

Vacila, pasándose una mano por el pelo—ese gesto que he aprendido a reconocer como una señal de conflicto interior.

—Ya no estoy seguro sobre Barcelona —admite finalmente—. Los últimos días me han hecho darme cuenta de muchas cosas.

Mi corazón se acelera, pero me esfuerzo por mantenerme prudente.

—Diego, no quiero que renuncies a tus oportunidades profesionales por...

—No es por ti —me corta suavemente—. O no solo. Es por mí, por lo que realmente quiero. Acepté ese puesto en parte para huir.

Esta confesión, tan simple pero tan significativa, hace caer otro ladrillo del muro entre nosotros.

—Entiendo la huida —digo suavemente—. Después de Antoine, pasé meses evitando todo lo que pudiera hacerme vulnerable. Venir aquí era mi forma de protegerme, no solo de él, sino de cualquier compromiso emocional.

Diego me mira con una intensidad que me hace estremecer.

—¿Y ahora?

Respiro hondo.

—Ahora tengo miedo de una manera diferente. Miedo de cometer los mismos errores, de ver señales de control donde no las hay, de comparar cada relación con la que tuve con él.

—¿Es eso lo que haces? —pregunta, su voz apenas audible—. ¿Compararme con él?

La pregunta me golpea por su vulnerabilidad inesperada.

—A veces —admito—. Pero no de la forma que crees. Os comparo para recordarme lo diferentes que sois.

Se instala un silencio, más cómodo que los anteriores. Nuestras miradas se cruzan, se apartan, se reencuentran. El aire entre nosotros parece cargado de electricidad contenida.

Un ruido en la puerta nos hace sobresaltar. Luna y Alejandro aparecen, sus rostros mostrando una mezcla de esperanza y aprensión.

—¡Se acabó el tiempo! —anuncia Alejandro—. ¿Veredicto?

Diego y yo intercambiamos una mirada, una comunicación silenciosa pasando entre nosotros.

—Seguimos vivos, ¿no? No nos hemos matado —digo prudentemente.

—Es un comienzo —responde Diego, con una ligera sonrisa en los labios.

Luna salta prácticamente de alegría.

—¡Lo sabía! —exclama—. Alejandro, me debes veinte euros.

Se apartan, liberándonos el paso. Al salir, Diego roza discretamente mi brazo.

—Sophie —murmura—. La cala. No vamos a dejar que desaparezca.

Ese «vamos» resuena en mí como una promesa —no solo para la cala, sino para todo lo que representa. Mientras nos separamos para volver a nuestros respectivos puestos, siento algo nuevo, o quizás algo antiguo que renace: un vínculo frágil pero real, una alianza que podría, con tiempo y paciencia, transformarse de nuevo en algo más.

CAPÍTULO 54

Diego

Fijo la vista en la pantalla de mi teléfono, con los ojos entornados por la concentración y una ligera jaqueca que empieza a palpitar detrás de mi sien derecha. Otro informe. Más testimonios. Pruebas que se acumulan como conchas arrastradas por la marea hasta la playa.

Antoine Mercier. Este nombre me dan ganas de estampar el móvil contra la pared.

Nunca habría pensado que algún día dedicaría tanta energía a combatir un proyecto inmobiliario. Sin embargo, cada nueva información que descubro sobre las intenciones de Antoine para la cala secreta me da la sensación de recibir un golpe físico. Es visceral.

Y no tiene que ver solo con el medio ambiente o mi apego a Ibiza. También es lo que él representa. Este hombre de traje impecable, de sonrisa calculada, que manipula a su entorno como si estuviera en un teatro de marionetas. La personificación perfecta de lo que yo podría haber llegado a ser si hubiera cedido a las presiones de mi padre todos estos años.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de mi contacto en el ayuntamiento.

Encontrados documentos zona protegida 1997. Clasificación oficial en expedientes administrativos. Proyecto Mercier legalmente imposible.

Una sonrisa se dibuja en mis labios por primera vez en todo el día. Tecleo rápidamente una respuesta.

—¿Estás tramando la caída de un imperio?

Me sobresalto. La voz de Alejandro me pilla por sorpresa. Ni siquiera he oído abrirse la puerta de mi despacho.

—Algo así —respondo bloqueando la pantalla por reflejo.

Alejandro se desploma en el sillón frente a mi escritorio con esa dejadez que solo le pertenece a él.

—¿No te parece que te estás volviendo un poco obsesivo con este tema? —pregunta arqueando una ceja.

Suspiro.

—Dime que estás de su lado y te echo de mi despacho.

Suelta una carcajada sincera que ilumina momentáneamente la habitación.

—Relájate, hermano. Solo digo que le estás poniendo una energía personal. No es que sea algo malo.

Sus ojos me escudriñan con esa perspicacia que siempre me incomoda.

—No tiene nada que ver con Sophie, si es lo que insinúas —gruño.

—No he pronunciado su nombre.

El silencio que sigue es elocuente. Por supuesto que tiene que ver con Sophie. No únicamente, pero en parte. Proteger esta cala también es proteger un recuerdo. Nuestro recuerdo. Aquel día en que la llevé lejos del calor agobiante del hotel, donde le enseñé un pedazo de isla que nunca había compartido con nadie más.

—¿Ha hablado contigo? —pregunto finalmente, incapaz de contener mi curiosidad por más tiempo.

—¿De qué? ¿Del proyecto? ¿De ti? ¿De Barcelona? ¿De mi talento loco como DJ?

Le lanzo una mirada asesina.

—Lo haces a propósito.

—¿El talento? No, es innato.

Se endereza en su asiento, de repente más serio.

—Escucha, hemos hecho nuestra parte con Luna para obligaros a hablar. El resto os pertenece.

Me paso una mano por el pelo, frustrado. Esa conversación con Sophie, orquestada por nuestros dos amigos bien intencionados pero francamente entrometidos, aún resuena en mi cabeza. Nos dijimos cosas. Cosas reales. No banalidades profesionales o intercambios calculados. Y desde entonces, es como si se hubiera entreabierto una puerta. No del todo abierta, solo... un paso estrecho por el que se filtra un poco de luz.

—Trabajamos juntos en este proyecto contra Antoine —concedo—. Es profesional.

—Profesional —repite Alejandro con una sonrisa burlona—. Por supuesto.

Me dispongo a replicar cuando mi teléfono vuelve a vibrar.

Barcelona espera vuestra confirmación definitiva para la vivienda de función. Fecha límite: hoy 18h. Atentamente, Elena Suárez - RRHH

Se me hace un nudo en el estómago al instante. Menos de diez días. Me quedan menos de diez días antes de mi partida prevista a Barcelona. Una fecha límite que, extrañamente, me parece cada vez más irreal, como si concerniera a una versión alternativa de mí mismo.

—¿Malas noticias? —pregunta Alejandro, notando mi cambio de expresión.

—Barcelona. Quieren una confirmación definitiva.

Asiente lentamente, mirándome fijamente con una intensidad inusual.

—¿Y se la vas a dar?

La pregunta flota entre nosotros, pesada.

—No lo sé —admito finalmente.

No tengo costumbre de verbalizar mis incertidumbres. Desde que acepté este puesto, he actuado como si fuera una conclusión inevitable, un tren en marcha imposible de parar. Sin embargo, en el fondo, algo se resiste.

—Diego Álvarez dudando. Debería grabar este momento histórico.

—Que te jodan —replico sin convicción.

Se levanta, pone las dos manos sobre mi escritorio y se inclina hacia mí.

—Haz lo que quieras. Pero hazlo porque es lo que tú quieres. No tu padre. No Barcelona. Ni siquiera Sophie. Tú.

Con estas palabras, se da media vuelta y me deja solo con mis pensamientos.

Más tarde, me reúno con Javier, que me ha convocado.

—Pensaba que era el único en sospechar de él.

Javier me mira por encima de sus gafas de lectura, su rostro habitualmente jovial marcado por una gravedad inusual. Los expedientes sobre su escritorio confirman lo que he descubierto estos últimos días: el proyecto de Antoine no solo es destructivo

para el medio ambiente, sino que coquetea peligrosamente con la ilegalidad.

—¿Por qué no actuar antes? —pregunto, sinceramente curioso.

Se quita las gafas, las limpia meticulosamente con el pequeño paño que siempre guarda en el bolsillo.

—Presiones, Diego. Conoces el juego. Antoine tiene relaciones. Inversores poderosos.

Comprendo inmediatamente. La cadena de hoteles a la que pertenece el Paraíso tiene intereses financieros que van mucho más allá de nuestro establecimiento.

—Pero ahora que has reunido todas estas pruebas...

Deja la frase en suspense, una sonrisa cómplice naciendo en la comisura de sus labios.

—Ahora tengo una razón legítima para oponerme oficialmente al proyecto.

Acaba de formarse una alianza inesperada. Javier, a quien siempre he respetado como mentor profesional, se revela como un aliado estratégico de primer orden.

—Hay otra cosa —añade tendiéndome un expediente—. La propuesta para Barcelona.

Cojo el documento, sorprendido.

—Han modificado la oferta. Más flexibilidad, posibilidad de supervisión a distancia parte del tiempo, y...

Sus ojos me escudriñan atentamente.

—Un puesto potencial para una coordinadora de experiencias culturales, con posibilidad de tiempo parcial si se desea, lo que deja tiempo para leer o escribir manuscritos. Buscan a alguien que domine perfectamente el francés y el español, por ejemplo.

El corazón me da un vuelco en el pecho. La implicación es clara.

—No he mencionado a Sophie —precisa rápidamente—. Pero he subrayado la importancia de la diversidad cultural en el equipo directivo.

Me quedo mudo unos segundos, asimilando lo que esto podría significar.

—¿Por qué? —pregunto finalmente.

Javier se levanta, rodea su escritorio y se apoya en el borde, cerca de mí.

—Porque en veinticinco años en este oficio, rara vez he visto a dos personas trabajar juntas con una complementariedad natural semejante. Sería un desperdicio profesional separaros.

Hace una pausa, luego añade:

—El resto no me incumbe.

Salgo de su despacho con la sensación de que el suelo se ha desplomado ligeramente bajo mis pies. Acaba de abrirse un futuro posible, un camino que no había contemplado. Un compromiso que no parece una capitulación.

El sol comienza su descenso hacia el horizonte, tiñendo el Mediterráneo de oro y púrpura. He pasado la tarde finalizando el expediente contra el proyecto de Antoine con la ayuda de mi contacto en el ayuntamiento y la información proporcionada por Javier. Mañana, todo será oficialmente sometido a las autoridades competentes.

Al salir del hotel, siento un cansancio aplastante pesar sobre mis hombros. No solo físico: un cansancio existencial. Como si cargara con el peso de demasiados futuros potenciales, de demasiadas decisiones en suspense.

Es entonces cuando la veo.

Sophie está sentada en la playa privada, las rodillas pegadas al pecho, su largo cabello castaño danzando ligeramente con la brisa vespertina. Mira fijamente el horizonte como si buscara respuestas en él.

Me detengo, indeciso. Unos pocos metros de arena dorada nos separan: una distancia ridícula en términos físicos, pero que parece simbolizar perfectamente el estado de nuestra relación. Lo bastante cerca para vernos claramente, para reconocer los contornos exactos de lo que podríamos ser, pero separados por un espacio que ninguno de los dos se atreve a cruzar completamente.

Podría dar media vuelta. Volver a mi habitación vacía que aún guarda el eco de su presencia. Continuar esta danza prudente que hemos empezado desde nuestro enfrentamiento forzado.

O podría avanzar.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Lo saco maquinalmente. Es Barcelona otra vez. Se acerca la fecha límite.

Fijo la vista en la pantalla unos segundos, luego levanto los ojos hacia Sophie, cuya silueta se recorta ahora contra el sol poniente.

Y de repente, todo se vuelve claro.

No es una cuestión de geografía. Barcelona, Ibiza, Madrid o cualquier otro lugar de este planeta. Es una cuestión de elección. De valor. De reconocer por fin lo que realmente importa.

Guardo el teléfono sin responder y doy un paso hacia la playa. Luego otro.

La arena cede suavemente bajo mis zapatos. Me los quito, sintiendo una necesidad súbita de contacto directo con esta isla que tanto amo. La frescura de los granos entre los dedos de los pies me recuerda los veranos de mi infancia, cuando las cosas eran simples y el futuro parecía infinito.

Sigo avanzando, el ruido de las olas cubriendo el de mis pasos. Sin embargo, como si sintiera mi presencia, Sophie gira ligeramente la cabeza. Nuestras miradas se cruzan a través de la distancia que se reduce.

No se levanta. No huye. Simplemente se queda ahí, observándome acercarme con una expresión que no logro descifrar completamente en la luz menguante. ¿Esperanza? ¿Aprensión? Una mezcla de ambas, quizá.

Me detengo a unos pasos de ella, de repente inseguro otra vez. ¿Qué decir después de tanto tiempo de silencio pesado y miradas huidizas?

Pero a veces, las palabras son superfluas. A veces, un simple gesto basta.

Me siento a su lado, no demasiado cerca, respetando aún ese espacio invisible pero muy real entre nosotros. Y juntos, sin una palabra, miramos el sol ponerse sobre el mar, compartiendo este momento como hemos compartido tantos otros.

La playa está desierta salvo por nosotros dos. El resto del mundo parece momentáneamente suspendido, como si el universo entero contuviera la respiración esperando que uno de nosotros rompa por fin este silencio.

CAPÍTULO 55

Sophie

Han pasado algunos días desde nuestra última conversación real orquestada por Luna y Alejandro. Si esa charla supuso una apertura, no ha sido suficiente para que las cosas vuelvan a ser como antes, obviamente, pero hay mejoría. Sin embargo, he evitado avisarle de que volvía a este espacio que compartíamos antes para recoger algunas cosas. Verle aquí, particularmente, me resultaría demasiado doloroso.

Me quedo inmóvil en el umbral, con el corazón latiendo a toda prisa. La maleta de Diego, medio llena, está colocada en una esquina de nuestro antiguo dormitorio común. Nuestro dormitorio. El lugar donde todo cambió entre nosotros.

He calculado mi jugada, esperando a que estuviera en reunión para venir a recoger mis libros que dejé atrás. No había previsto toparme con esta visión. Esta maleta abierta, su ropa cuidadosamente doblada. La prueba tangible de que realmente se va.

Barcelona. Otro mundo.

Mis dedos se crispan alrededor del pomo de la puerta. Por mucho que me haya preparado mentalmente, ver su equipaje me corta la respiración. Es tan concreto ahora. Tan real.

Respiro hondo y entro en la habitación. Su olor todavía flota por todas partes: esa mezcla de perfume ligeramente amaderado y de una nota que no sabría describir de otra manera que como Diego. Esa fragancia que, a pesar de todo lo que ha pasado, sigue provocando un escalofrío a lo largo de mi columna vertebral.

Mis libros están apilados en la pequeña estantería cerca de la cama. Los voy recogiendo uno a uno, intentando ignorar el cajón entreabierto de la cómoda donde vislumbro algunas de sus camisetas. Me había prometido ser eficaz. Rápida. Entrar, coger mis cosas, salir. Sin dejarme abrumar por la emoción.

Mi mirada se detiene en la foto puesta sobre la mesilla de noche. Mi madre la hizo durante su visita. Diego y yo, en la playa, el sol

poniente creando un halo dorado a nuestro alrededor. Sonreímos los dos. Parecemos felices. Lo éramos.

—Mierda —murmuro a mi pesar.

Me dejo caer en el borde de la cama, mis libros apretados contra mi pecho. Una semana. Eso es lo que ha pasado desde esa conversación forzada por Luna y Alejandro. Esos traidores bienintencionados que nos encerraron juntos en la sala de descanso. El silencio pesado. Las miradas esquivas. Después las palabras, vacilantes al principio, que acabaron saliendo. No resolvió todos nuestros problemas, pero al menos dimos un paso adelante.

Y a pesar de todo, a pesar de que me rompe el corazón cada vez que le veo, que le hablo, esta semana ha marcado un extraño regreso a una forma de normalidad entre nosotros. No la complicidad de antes, pero algo que se le parece. Nuestro frente común contra el proyecto de Antoine nos ha dado un terreno neutral. Un espacio donde podemos trabajar juntos, usar nuestras habilidades complementarias sin que el dolor ocupe todo el lugar.

Antoine. Ese cabrón ha redoblado esfuerzos cuando ha sentido nuestro acercamiento. Su último intento era casi risible.

—Sophie, mi propuesta es excepcional —había insistido, su sonrisa demasiado perfecta no enmascaraba la frialdad calculadora de su mirada—. Un puesto de directora de comunicación para el proyecto, aquí en Ibiza. Tu propia oficina. Un equipo bajo tus órdenes. Y de propina, te presentaré a una gran editora que sabrá ver el potencial de tus manuscritos.

Casi me había reído.

—Y todo bajo tu supervisión, imagino.

Ni siquiera lo había negado.

—Siempre hemos formado un excelente equipo profesional.

Un equipo. Así es como califica nuestra relación tóxica. Rechacé sin ni siquiera pensarlo.

Acaricio distraídamente la cubierta de mi ejemplar gastado de *Vivir para contarla* que Diego me había pillado leyendo. Esa noche habíamos hablado durante horas de García Márquez, de la manera en que entrelaza realidad y magia. Como entrelazábamos nuestras vidas, supongo.

El sobre de la universidad sobresale de mi bolso. La reliquia última de mi antigua vida. Esta carta todavía espera mi respuesta definitiva, pero ahora me parece tan distante como París. Como si perteneciera a una versión de mí que ya no reconozco.

Me levanto y me acerco a la ventana. El mar se extiende hasta perderse de vista, centelleante bajo el sol. Es aquí donde recuperé el aliento después de ahogarme durante dos años en una relación que me asfixiaba. Es en esta isla donde me redescubrí.

¿Y ahora?

Vuelvo a colocar los libros en mi bolso, excepto un pequeño cuaderno negro. Mi diario. Lo abro con delicadeza, recorriendo las páginas donde he consignado mi evolución desde mi llegada. La Sophie aterrorizada de las primeras entradas me parece una extraña. Una chica rota que creía que borrarse era la única manera de ser amada.

Me siento de nuevo y escribo una última entrada en este diario. Solo unas líneas, pero las más importantes que he escrito jamás. Después lo vuelvo a colocar sobre la almohada de Diego.

Al salir de la habitación, echo un último vistazo a esa maleta medio llena. Tres días. Es el tiempo que le queda antes de su partida. Tres días para aceptar que nuestros caminos se separan o...

No. Me niego a dejar que otros definan mi ruta. Ni Antoine con sus manipulaciones. Ni siquiera Diego con su silencio y sus decisiones unilaterales. Ni mi madre, a pesar de todo su amor. Ni la universidad con sus promesas de seguridad.

Es hora de que trace mi propio camino.

De vuelta en la habitación de Luna, ordeno metódicamente mis cosas. Mi compañera de piso temporal me observa con el rabillo del ojo, pero respeta mi silencio.

—Tienes aspecto diferente —acaba diciendo mientras se sienta con las piernas cruzadas en su cama—. Como si hubieras tomado una decisión.

Sonrío a mi pesar.

—¿Tan evidente es?

—Querida, cuando compartes siete metros cuadrados con alguien, acabas leyendo sus pensamientos.

Coge una manzana de su mesilla de noche y le da un mordisco ruidoso.

—¿Entonces? ¿Te quedas o te vas? ¿Diego o no Diego?

Su pregunta directa me hace reír. Esto es lo que me gusta de Luna. Nada de rodeos.

—Ni lo uno ni lo otro, en realidad.

Su frente se arruga en una expresión de total confusión.

—Vale, ahí me has perdido.

Cierro mi bolso y me siento frente a ella.

—Ya no quiero que mi vida se defina en función de un hombre. Ya sea Antoine que me menospreciaba o Diego que... que me hace sentir más grande de lo que soy.

—Espera, ¿se supone que eso es un defecto?

—No. Pero mi decisión no puede depender de él. De lo que elija o no elija.

Luna me mira largamente, después asiente con aprobación.

—Joder. Realmente has crecido desde tu llegada.

Este comentario me toca más de lo que puede imaginar. Es exactamente lo que siento: un crecimiento interior, doloroso a veces, pero necesario.

El sol comienza su descenso hacia el horizonte, bañando la habitación en una luz dorada. Consulto la hora en mi teléfono. Es la hora.

—Tengo que irme —digo levantándome.

Luna me lanza una mirada interrogante.

—Tengo cita con Javier.

—¿A esta hora?

Simplemente asiento con la cabeza, sin querer decir más por el momento. Ciertas decisiones deben oficializarse primero antes de ser compartidas.

Atravieso el hall del hotel, saludando a algunos clientes con una sonrisa profesional. Delante de la puerta de la oficina administrativa, respiro hondo. Lo que estoy a punto de hacer no es ni una huida ni un compromiso. Es una elección. Mi elección.

La secretaria de Javier me recibe con sorpresa.

—¿Sophie? ¿No tienes servicio esta noche?

—No, tengo cita con Javier. Me está esperando.

Consulta rápidamente su agenda y asiente.

—En efecto, se me había olvidado. Puedes entrar directamente, acaba de terminar su llamada.

Llamo suavemente a la puerta antes de entrar en la habitación. Javier está sentado detrás de su imponente escritorio de madera, la luz del crepúsculo dibujando sombras doradas en su rostro. Levanta los ojos de sus documentos y me sonríe.

—Sophie, entra. Siéntate.

Me instalo en el sillón frente a él, las manos ligeramente temblorosas a pesar de mi resolución.

—Gracias por recibirme tan tarde.

—Parecías tener algo importante que decirme —responde simplemente.

Su mirada benévola me anima a continuar. Respiro hondo. Ha llegado el momento de concretar mi decisión.

—Me gustaría hablar con usted de mi futuro profesional.

Javier junta las manos bajo su barbilla, atento. Me doy cuenta de que no parece sorprendido, como si se esperara esta conversación. Quizás ha observado más de lo que yo pensaba durante estos últimos meses.

Las palabras salen entonces con naturalidad, sin vacilación. Hablo libremente de mis ambiciones, de mis habilidades, de lo que realmente quiero. No para complacer. No para huir. No para acercarme a alguien o alejarme de él.

Simplemente para ser por fin la mujer que he elegido llegar a ser.

CAPÍTULO 56

Diego

La terraza del hotel Paraíso brilla con mil luces. Todas esas guirnaldas luminosas colgadas entre las palmeras crean un ambiente mágico, casi irreal. Como si todo esto no fuera más que un sueño. Mi fiesta de despedida. Debería estar contento, emocionado por este ascenso, por este nuevo comienzo profesional que me espera en Barcelona. Entonces, ¿por qué me siento como si me estuvieran arrancando el corazón?

—¡Sonríeeeee, Diego! ¡Tienes cara de funeral cuando se supone que esto es una celebración!

—Algunos funerales también son celebraciones —replico entre dientes apretados.

Luna me tiende una copa de champán mientras me da un pequeño codazo en las costillas. Esbozo una sonrisa forzada y acepto la copa, aunque el alcohol es lo último que quiero en este momento. Necesito mantener la mente despejada.

—Gracias por todo esto —digo señalando la terraza decorada—. Es realmente...

—¿Magnífico? ¿Emotivo? ¿Perfecto? —sugiere con un guiño.

—Sí, todo eso a la vez.

Mi mirada recorre la multitud. Casi todo el personal está aquí. Incluso temporeros de años anteriores se han desplazado. Cinco años de mi vida en un solo cuadro. Todas esas caras, esas sonrisas, esos recuerdos compartidos. Y a pesar de esta multitud, solo hay una ausencia que me salta a la vista.

Sophie.

No paro de escrutar la entrada de la terraza, esperando verla aparecer en el marco. Pero estos últimos días, desde que mi marcha se convirtió en una evidencia, me evita cuidadosamente. Coge sus turnos cuando yo termino los míos, se ha mudado a casa de Luna, e incluso cuando nos cruzamos en el hotel, siempre encuentra una excusa para escabullirse antes de que pueda acercarme.

Deslizo la mano en el bolsillo de mi chaqueta donde reposa su diario, el que encontré bajo su almohada cuando recogió sus cosas. No lo he abierto. No tengo ese derecho. Pero no puedo evitar llevarlo conmigo, como si esta pequeña libreta fuera la última conexión tangible que me queda con ella.

—¡Vamos, amigos! —grita Alejandro desde el pequeño escenario improvisado, micrófono en mano—. ¡Es la hora del discurso de nuestro querido futuro ex responsable de conserjería!

Aplausos y silbidos estallan por todas partes. Siento que se me hace un nudo en el estómago.

—Joder —murmuro entre dientes mientras me dirijo hacia el escenario—. ¿No podías avisarme?

—¿Y perderme esa cara de perro apaleado? Jamás —susurra Alejandro al oído mientras me abraza brevemente.

Me encuentro frente a toda esta gente que ha formado parte de mi día a día durante cinco años, estos compañeros convertidos en amigos, esta familia profesional que me ha visto crecer.

—Eh... gracias por venir todos —comienzo torpemente.

Odio los discursos improvisados. Me siento cómodo organizando bodas de famosos o gestionando crisis diplomáticas, pero ¿hablar de mí mismo delante de un público, aunque sea amistoso? El infierno.

—¡Diego! —grita Henrik desde el fondo—. ¡Mejor cuéntanos tu primer día aquí!

Surgen risas y siento que mis mejillas se enrojecen. Se había convertido en una leyenda en el hotel, ese primer día catastrófico.

—Bueno, supongo que algunos realmente queréis humillarme una última vez —digo con una sonrisita—. Para los que no conocéis la historia...

Respiro hondo.

—Mi primer día aquí, estaba tan nervioso que confundí la maleta de un cliente con la de otro. ¿Resultado? Un diplomático saudí se encontró con una colección de ropa interior femenina talla XXL perteneciente a una drag queen británica.

La multitud estalla en carcajadas. Luna casi se desploma sobre Alejandro.

—Y cuando intenté reparar mi error —continúo sonriendo al recordarlo—, me encontré en medio de una disputa surrealista entre los dos clientes en el vestíbulo. La drag queen le ofrecía consejos de moda al diplomático mientras este trataba desesperadamente de ocultar los bóxers con lentejuelas a los ojos de su mujer, ¡no fuera a ser que le pidiera que se los pusiera!

Todo el mundo se ríe a carcajadas ahora. Incluso yo no puedo evitar reírme. Javier, que ya era director en aquella época, sacude la cabeza con una mueca divertida.

—Estaba seguro de que me iban a despedir desde mi primer día. Pero Javier...

Busco su mirada.

—Javier me llevó aparte y me dijo algo que nunca olvidaré: los errores revelan nuestra humanidad. Lo que hacemos con ellos es lo que revela nuestro carácter.

El silencio vuelve a caer suavemente sobre la terraza. Siento que se me cierra la garganta.

—Lo que he aprendido aquí va mucho más allá de los procedimientos hoteleros o las técnicas de conserjería. He aprendido sobre mí mismo, sobre los demás, sobre la forma en que nuestras vidas se entrelazan de manera inesperada...

Mi mirada busca inconscientemente a Sophie entre la multitud, por costumbre, antes de recordar que no está aquí.

—Os doy las gracias a todos por estos años. Por vuestra paciencia, vuestro apoyo, vuestra amistad. Yo... No sería el hombre que soy hoy sin vosotros.

Los aplausos que siguen son cálidos, sinceros. Pero me siento vacío.

Después de mi discurso, la velada toma un rumbo más relajado. DJ incluido —Alejandro, evidentemente— con su playlist Especial Diego compuesta únicamente por los temas cutres que nunca admito que me gustan pero que me ha pillado tarareando durante nuestras salidas en coche.

Javier se acerca a mí, con un paquete rectangular bajo el brazo.

—Estás muy callado, en tu rincón —observa instalándose en la silla al lado de la mía, ligeramente apartada de las festividades.

—Solo disfruto de las vistas —digo señalando el mar que centellea bajo la luz de la luna.

—Hmm —hace, poco convencido—. Tengo algo para ti.

Me tiende el paquete envuelto en papel azul noche. Deshago el envoltorio con cuidado y descubro un libro con cubierta de cuero. Al abrirlo, comprendo que se trata de un álbum de fotos.

—Empezamos a prepararlo hace unas semanas —explica Javier—. Cuando mencionaste por primera vez tu posible evolución hacia Barcelona.

Paso las páginas, emocionado. Las fotos recorren mi trayectoria en el hotel desde el principio. Yo, a los veintidós años, con aspecto perdido pero decidido en mi primer día. Con el equipo en la playa durante una barbacoa del personal. Recibiendo mi primer premio de excelencia en el servicio. Las imágenes desfilan, dando testimonio de mi evolución, de mi metamorfosis del joven rebelde que huía del destino trazado por su padre al hombre en que me he convertido.

Y luego, a lo largo de las páginas, una silueta aparece cada vez más a menudo. Sophie. Primero en segundo plano, luego progresivamente más cerca de mí. Está esta foto tomada en la fiesta del personal en el Pacha, donde nos miramos creyendo que nadie nos ve. Otra en la terraza, durante la barbacoa, donde le explico algo y ella se ríe, con la cabeza ligeramente ladeada. Y esta última, tomada durante la visita de su madre, donde estamos sentados uno al lado del otro en la playa, mi brazo rozando el suyo, nuestros rostros iluminados por la puesta de sol.

—Es una joven extraordinaria —comenta simplemente Javier viendo dónde se ha detenido mi mirada.

Cierro el álbum, incapaz de hablar. ¿Cómo agradecer a alguien por haber capturado no solo tu trayectoria profesional, sino también la historia de tu corazón?

—Imagino que está ocupada esta noche —dice con una delicadeza que me conmueve.

—Aparentemente —respondo con la garganta cerrada.

Javier me aprieta brevemente el hombro antes de dejarme solo con mis pensamientos.

Con el álbum abierto sobre mis rodillas, me doy cuenta con una claridad dolorosa de que estas fotos cuentan una historia mucho más significativa que mi simple evolución profesional. Cuentan la historia de un hombre que encontró su lugar, no solo en un hotel, sino en la vida. Y que ahora corre el riesgo de perderlo todo por miedo a la incertidumbre.

—Ha tomado su decisión, ¿sabes?

Levanto los ojos hacia Alejandro que se ha materializado delante de mí, con dos cervezas en la mano. La fiesta sigue en pleno apogeo, pero ya no tengo ganas de celebrar.

—¿Sophie? —pregunto, como si pudiera hablar de alguien más.

Asiente pasándome una botella que acepto mecánicamente.

—¿Qué decisión?

—Sobre su futuro. Lo que va a hacer después de la temporada.

Mi corazón se acelera. ¿París? ¿Madrid? ¿O...?

—¿Puedes decirme...?

—No —corta Alejandro con una firmeza inhabitual—. Eso es una conversación que tenéis que tener los dos.

—¡Pero me evita completamente!

—Te vas mañana a Barcelona, tío. ¿Realmente necesitas que venga ella a ti?

Su mirada es diferente esta noche. No es la burlona habitual o la del amigo siempre dispuesto a hacer fiesta. Es la mirada de alguien que ve más claro en mí que yo mismo.

—A veces —continúa más suavemente—, hay que saber reconocer cuándo la has cagado y dar el primer paso. Aunque dé miedo.

Toca el álbum de fotos sobre mis rodillas.

—¿Crees que las historias bonitas siempre terminan así? ¿Pasando simplemente la última página?

Con estas palabras, vuelve al resto de la fiesta, dejándome con una botella de cerveza tibia y preguntas que me queman el alma.

En este preciso instante, sé que no puedo quedarme ni un minuto más. Esta celebración, estas despedidas, todo suena falso. Como si estuviera aplaudiendo mi propia derrota.

Me levanto discretamente, dejo el álbum en mi silla y me escabullo de mi propia fiesta de despedida. Nadie se da cuenta de mi marcha, demasiado ocupados bailando con la playlist cuidadosamente preparada por Alejandro.

Mis pasos me llevan naturalmente hacia la playa. La misma donde Sophie y yo hemos compartido tantos momentos. La misma donde empecé a enamorarme de ella sin siquiera confesármelo. La arena aún está tibia bajo mis pies descalzos, conservando el calor de este día de verano.

Me siento frente al mar, dejando que las olas laman la orilla a unos metros de mí. El cielo estrellado de Ibiza se refleja en el agua como un espejo roto. Pienso en mi existencia cuidadosamente compartimentada antes de Sophie. En mi rebelión de fachada contra mi padre que, en realidad, no hacía más que reproducir otro tipo de conformismo. En este ascenso a Barcelona que he aceptado casi mecánicamente, como un compromiso entre mis aspiraciones y las expectativas familiares.

Y luego pienso en Sophie. En su resistencia, en su valor de dejarlo todo para reinventarse. En nuestras noches compartidas, en esa complicidad que trascendía ampliamente el deseo físico. En esa manera que tenía de mirarme como si viera en mí a alguien que yo aún no me atrevía a ser.

La pequeña libreta en mi bolsillo parece pesar una tonelada. La saco, la contemplo en la penumbra. Probablemente contiene sus pensamientos más íntimos, sus miedos, sus esperanzas. Quizás incluso sus sentimientos hacia mí. Pero no es así como quiero descubrirlos.

Con un gesto decidido, la guardo de nuevo en mi bolsillo, prometiéndome devolvérsela sin haberla leído. Si quiere compartir conmigo sus pensamientos, será su decisión, no la mía.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de mi padre, el hombre que nunca duerme: «Todo está listo para tu llegada. Reunión con el consejo de administración a las 15h. No llegues tarde».

Extrañamente, este mensaje que me habría angustiado hace unas semanas me deja hoy completamente indiferente. Como si estas

palabras vinieran de una realidad paralela, de una vida que ya he abandonado sin siquiera darme cuenta.

Me quedo ahí, entre tierra y mar, entre el pasado y el futuro, entre lo que siempre creí que debía ser y lo que realmente quiero llegar a ser.

CAPÍTULO 57

Sophie

No fui.

No pude resolverme a cruzar esos pocos metros hasta la terraza donde todo el personal se había reunido para la pequeña fiesta de despedida de Diego. No es rencor, al contrario de lo que Luna pensó al principio cuando le anuncié mi decisión de no asistir.

—Deberías ir, Sophie. Sería la ocasión ideal para hablar con él antes de que se marche.

Simplemente negué con la cabeza, incapaz de explicar ese nudo en el estómago ante la idea de tener que sonreír educadamente, alzar mi copa y fingir que todo esto no era más que un simple traslado profesional. Como si su marcha a Barcelona no me estuviera desgarrando por dentro.

—No puedo fingir, Luna. No soy tan fuerte.

Al final lo entendió. O al menos, respetó mi decisión.

El sol aún no ha salido cuando abandono silenciosamente la habitación que Luna comparte conmigo desde nuestra discusión con Diego. El aire es suave sobre mi piel, con esa frescura matutina que constituye todo el encanto de los amaneceres de Ibiza. Camino descalza por la arena aún fresca de la playa desierta, dejando que mis huellas se borren suavemente al compás de las olas perezosas.

Fue aquí donde todo comenzó, en esta playa. Y quizás sea aquí donde todo vaya a terminar.

Me siento frente al mar, acercando las rodillas al pecho. Los primeros rayos del sol atraviesan el horizonte, transformando progresivamente las aguas oscuras en un espejo dorado. Esta luz que crece minuto a minuto me recuerda extrañamente mi propia evolución desde mi llegada a la isla. A esa Sophie perdida y herida por Antoine, apenas la reconozco hoy.

Mi conversación con Javier anoche aún resuena en mi mente. Su despacho bañado por la luz del atardecer, su mirada sorprendida y luego admirativa cuando le expuse mi decisión.

—¿Estás segura, Sophie? Es una elección valiente.

—Más segura de lo que he estado jamás de nada, Javier.

Asintió con la cabeza, ese movimiento lento y mesurado que lo caracteriza. Después sacó un formulario de un cajón.

—En ese caso, acepto tu candidatura para el puesto permanente. El hotel Paraíso estará encantado de contarte entre su personal durante todo el año. A tiempo parcial, para que puedas dedicarte también a la escritura. Te felicito, por cierto, por el envío de tu manuscrito a una editorial.

Esta decisión me pertenece por completo. Ni Antoine con sus manipulaciones, ni Diego con sus silencios tienen nada que ver. Bueno, no directamente. Quizás sea la primera vez en mi vida que elijo por mí, únicamente por mí.

Inspiro profundamente el aire marino, saboreando esta nueva libertad. Un ruido de pasos me sobresalta. Me doy la vuelta, con el corazón acelerado, pero no es más que un corredor matutino que pasa a una distancia respetuosa.

No es él. Aún no.

Al regresar al hotel para mi turno, me topo de narices con Antoine en el vestíbulo. Su traje impecable desentona a esta hora matutina, como si tratara de impresionar a alguien —a mí, probablemente—. Su sonrisa petulante me irrita instantáneamente.

—¡Sophie, cariño! Justamente te estaba buscando.

—No soy tu cariño, Antoine. Métete eso en la cabeza de una vez por todas, ¡joder!

—Vamos, no seas tan fría. Me he enterado de lo de tu pequeño Diego. Se marcha hoy, ¿verdad? Barcelona, ¡qué oportunidad! Para él, me refiero.

Su expresión es la de un depredador que cree haber acorralado a su presa. Cree sinceramente que la marcha de Diego representa una victoria para él, como si yo fuera un premio que ganar. La lástima sustituye de repente a la irritación. ¿Cómo pude dejar que este hombre controlara mi vida durante dos años?

—Si me disculpas, tengo trabajo.

Lo esquivo sin esperar su respuesta, pero me alcanza cogiéndome del brazo.

—He reservado en el mejor restaurante de Ibiza esta noche. Para celebrar.

—¿Celebrar qué exactamente?

—Nuestro nuevo comienzo, obviamente. Ahora que tu distracción veraniega llega a su fin, podemos retomar donde lo dejamos.

Libero mi brazo con un movimiento seco.

—No habrá ningún nuevo comienzo, Antoine. Lo que se acabó, se acabó. Y más te vale dejarme en paz, o acabaré por denunciarte por acoso.

Y hablo en serio. Estoy dispuesta a todo para mantener mi paz interior.

Al dirigirme hacia recepción, noto una agitación inusual del lado de las oficinas administrativas. Luna me intercepta, con los ojos brillantes de emoción.

—¡No te lo vas a creer! ¡El proyecto de Antoine acaba de ser bloqueado por el ayuntamiento! Parece ser que alguien ha proporcionado todo un expediente demostrando que la zona está protegida y que sus evaluaciones medioambientales son completamente falsas.

—¿Alguien?

—¡Diego, obviamente! Llevaba trabajando en ello semanas. Javier acaba de confirmarlo.

Esta noticia me calienta el corazón. Sabía que lo haría, me lo había prometido, e incluso le eché una manita a distancia, para no tener que cruzármelo demasiado. La cala donde Diego me llevó, nuestra cala, seguirá preservada. Es su regalo de despedida a la isla... y quizás también a mí.

Echo un vistazo hacia la entrada de las oficinas, justo a tiempo para ver salir a Antoine, el rostro deformado por la cólera. Su tez habitualmente bronceada se ha vuelto roja, contrastando cómicamente con su camisa blanca impecable. Parece la bandera de Japón.

—¡Es inadmisible! —grita a un Javier perfectamente calmado—. ¡No sabéis con quién os las tenéis! Mi padre va a...

—Su padre estaría sin duda interesado en saber cómo piensa sortear las regulaciones medioambientales, señor Mercier —

responde Javier con voz sosegada.

Antoine aprieta los puños, su frente brillante de sudor a pesar del aire acondicionado.

—¿Es ese... ese conserje de pacotilla el que está detrás de todo esto? ¿Ese Diego de mierda?

—Le sugiero que baje el tono en mi establecimiento.

Antoine da media vuelta y cruza el vestíbulo como una furia. Al verme, se para en seco, señalándome con un dedo acusador.

—¡Tú! ¿Lo sabías?

Me encojo de hombros con una indiferencia que estoy lejos de sentir.

—¿Saber qué? ¿Que tus proyectos implicaban destruir una zona protegida? ¿Que Diego tiene más ética en su meñique que tú en toda tu persona? Sí, supongo que lo sabía.

Su rostro pasa por todos los matices del rojo, hasta una tonalidad casi violácea que casi me haría temer por su salud si no lo detestara tanto.

—Te vas a arrepentir —sisea—. ¡Voy a cancelar tu reserva para esta noche, para empezar! ¡Adiós, bogavante!

Luna y yo intercambiamos una mirada antes de estallar en carcajadas simultáneamente, lo que parece desestabilizarlo por completo.

—¡Oh no, eso no! ¡Una reserva cancelada y un bogavante salvado! ¿Cómo voy a recuperarme? —exclamo llevándome dramáticamente la mano a la frente.

Antoine, desconcertado por mi reacción, retrocede unos pasos, tropezando con un sillón del vestíbulo. Consigue evitar la caída por los pelos, pero vuelca de paso el jarrón de flores de la mesa baja. El agua salpica sus pantalones carísimos, formando una mancha poco equívoca en la entrepierna.

—¡Mierda! —gruñe mientras intenta torpemente secar los desperfectos con un pañuelo de bolsillo de seda e hilos de oro demasiado pequeño.

Algunos clientes que cruzaban el vestíbulo se paran a observar la escena, algunos riéndose disimuladamente.

—¿Necesita ayuda, señor? —propone inocentemente Luna—. Puedo traerle una toalla... ¿o quizás un pañal?

Antoine nos fulmina con la mirada antes de salir precipitadamente del hotel, su dignidad tan empapada como sus pantalones.

—Buen viaje —murmura Luna dándome un ligero codazo—. ¿Ves? No necesitas a Diego para defenderte.

Su comentario me golpea más fuerte de lo que se imagina. Tiene razón. No necesito a nadie para defenderme. Pero eso no significa que no pueda elegir estar con alguien. Por deseo, no por necesidad.

Dedico como buenamente puedo la hora siguiente a las actividades profesionales. Compruebo tres veces la hora del vuelo de Diego a Barcelona. Mediodía. En menos de dos horas, se habrá marchado.

De vuelta en la habitación de Luna durante mi pausa para comer, contemplo la carta cuidadosamente doblada sobre el escritorio. La escribí y reescribí toda la noche, sopesando cada palabra, cada frase. Todo lo que no supe decirle directamente, todo lo que mi orgullo y mi miedo me impidieron expresar.

Me la meto en el bolsillo, con el corazón desbocado. Después miro la hora una vez más. Me queda una decisión que tomar. Quedarme aquí y aceptar que esta historia no fue más que un paréntesis veraniego, o arriesgarme a volverme vulnerable una última vez.

La respuesta se impone por sí sola. Ya no soy esa chica que deja que el miedo dicte sus decisiones.

Al salir, me cruzo con Luna que me lanza una mirada interrogante.

—¿Adónde vas así? Aún te quedan treinta minutos de pausa.

—A la playa.

—¿A la playa? ¿Ahora? Pero...

Se interrumpe, comprendiendo de repente.

—¿Estará allí?

—No lo sé. Quizás. Eso espero.

Sonríe, abrazándome brevemente.

—Ve. ¿Y Sophie?

—¿Sí?

—No vuelvas.

Frunzo el ceño, confusa.

—Quiero decir, no vuelvas enseguida. Tómate la tarde. Yo te cubriré.

Le agradezco con un gesto de cabeza, incapaz de hablar con la garganta tan cerrada por la emoción. Después me dirijo hacia la playa, hacia nuestra playa, hacia lo que podría ser bien un final definitivo, bien un nuevo comienzo.

El sol está ahora alto en el cielo, el calor se intensifica minuto a minuto, pero no es él lo que hace que mi corazón lata tan fuerte. Es la idea de verle por última vez, de arriesgarlo todo, lo que me da esta sensación de vértigo.

La playa sigue desierta a esta hora en que los turistas almuerzan. Avanzo lentamente, el sobre apretado en mi mano sudorosa. Ni siquiera sé si vendrá. Quizás ya esté de camino al aeropuerto. Quizás este último intento no sea más que un gesto inútil.

Pero la incertidumbre ya no me aterroriza. Sea cual sea el desenlace, habré sido fiel a mí misma. Habré elegido la vulnerabilidad antes que la seguridad, el riesgo antes que el arrepentimiento.

Y eso, en sí mismo, ya es una victoria.

CAPÍTULO 58

Diego

Llevo horas mirando el techo, incapaz de cerrar los ojos. Mi maleta espera pacientemente junto a la puerta, como un acusador silencioso que me recuerda mi cobardía. Dentro de tres horas, vendrá un taxi a buscarme para el aeropuerto. Barcelona me espera. Una nueva vida. Un nuevo comienzo.

O más bien, volver a la casilla de salida.

El mensaje de mi padre aún parpadea en mi teléfono: «Orgulloso de tu decisión sensata, hijo. No te arrepentirás».

Sensata. Esta palabra me da náuseas ahora.

Sophie no vino en ningún momento de la velada de ayer. No puedo reprocharle nada realmente. Lo que me mata es que todos los demás invitados siguieron sonriendo, alzando sus copas, deseándome suerte. Como si mi marcha fuera una bendición. Como si dejar Ibiza —dejar a Sophie— fuera la continuación lógica de las cosas.

Me levanto de un salto. Mi decisión está tomada, en realidad. Probablemente lo estaba desde aquella noche en que tuvo esa pesadilla y se acurrucó contra mí. Desde que aprendí a conocer cada detalle de sus hábitos cotidianos durante nuestra convivencia forzada. Desde que vi su sonrisa iluminar el rostro de mi abuela.

Me visto rápidamente y cojo un sobre de la mesilla de noche. Dentro está mi carta de dimisión del puesto en Barcelona y mi propuesta a Javier para un nuevo proyecto en el hotel Paraíso. Todo lo que siempre quise hacer aquí, sin atreverme nunca a proponerlo.

El hotel está extrañamente silencioso. Atravieso el vestíbulo con paso decidido y llamo suavemente a la puerta del despacho de Javier. Para mi gran sorpresa, se abre.

—¿Diego? ¿Has olvidado algo antes de tu gran marcha?

Javier ya está instalado en su escritorio, con una taza de café humeante delante de él.

—No podía marcharme sin hablarte de una última cosa — respondo con media sonrisa.

—Me das miedo, ¿sabes?

Le tiendo el sobre sin decir palabra. Alza una ceja pero lo toma sin comentarios, lo abre y recorre rápidamente su contenido. Su rostro permanece impasible, pero veo un destello en sus ojos.

—¿Estás seguro? —pregunta finalmente.

—Por primera vez en mucho tiempo, sí.

—Tu padre va a estar furioso.

—Lo sé.

—Y este proyecto... Es ambicioso.

—¿Demasiado?

Por fin sonríe, volviendo a dejar los papeles sobre su escritorio.

—No. De hecho, hacía tiempo que esperaba algo como esto. Empezaba a decirme que te marcharías sin haber mostrado nunca tu verdadero potencial aquí.

Siento que un peso se me quita de los hombros. Javier se levanta y me tiende la mano.

—Bienvenido a bordo del nuevo Paraíso, Diego.

La estrecho, incrédulo ante la facilidad con que se produce este cambio de rumbo. Como si el universo entero no esperara más que esto.

—Gracias, Javier. No te decepcionaré.

—No lo dudo ni por un segundo.

Al salir del despacho, mi teléfono vibra. Un mensaje de Alejandro.

[Antoine ha dejado el hotel esta mañana temprano. Maletas y todo. Murmuraba sin parar la palabra «bogavante», nadie ha entendido por qué. Parece que los abogados le han aconsejado mantenerse alejado del proyecto por un tiempo. Hemos ganado, tío.]

Sonrío. Esta victoria debería haberme colmado, pero ahora parece casi secundaria. No era a Antoine a quien quería vencer. Era a mi propia cobardía.

Me dirijo hacia la playa, nuestra playa. Aquella donde todo empezó, donde la llevé durante aquella ola de calor sofocante. Ni siquiera sé por qué mis pasos me guían hacia allí, pero algo me dice que es ahí donde debo estar.

El mar está calmado, casi plano, reflejando perfectamente la luz tan viva de Ibiza. Y entonces la veo.

Sophie.

Está de pie frente al agua, su cabello castaño danzando ligeramente en la brisa matutina. Lleva ese vestido ligero azul que tanto me gusta, el que hace resaltar el bronceado de su piel. En su mano distingo un sobre, parecido al que acabo de entregar a Javier.

Mi corazón se acelera. Su presencia aquí, a esta hora precisa, no puede ser una casualidad. Avanzo hacia ella, y la arena que amortigua mis pasos parece conspirar para permitirme observarla un poco más antes de que me note.

Cada metro que me acerca a ella hace subir en mí una oleada de emociones contradictorias. Miedo, esperanza, deseo, aprensión...

A unos pasos de ella, me detengo. No quiero sorprenderla.

—Sophie.

Se sobresalta ligeramente, luego se gira. Sus ojos se abren como platos al verme. Parece tan sorprendida de encontrarme allí como aliviada.

—¿Diego? ¿No estás...? Creía que tu avión... Bueno, esperaba que...

—No me voy.

Estas tres palabras flotan entre nosotros como una promesa. Me acerco aún más, hasta estar a solo un paso de ella.

—He dimitido del puesto en Barcelona —continúo, mi voz más firme de lo que habría creído—. He propuesto un nuevo proyecto a Javier. Para desarrollar el hotel, pero de una manera que respete la isla. Que la proteja.

Sus ojos no se apartan de los míos. Veo emociones pasar por su rostro como nubes arrastradas por el viento.

—¿Y tu padre? —pregunta suavemente.

—Tendrá que acostumbrarse. Ya no soy un adolescente que se rebela. Soy un hombre que toma sus decisiones.

Su sonrisa se amplía, antes de desvanecerse. Baja los ojos hacia el sobre que tiene en la mano.

—Había preparado todo un discurso —dice—. Para despedirme de ti. Para explicarte...

Me tiende el sobre. Lo tomo, pero no lo abro. Aún no.

—¿Y tú? —pregunto—. La universidad en París...

—He elegido quedarme —me interrumpe—. No en Madrid, no por el puesto que me conseguiste. Aquí. En Ibiza.

Mi corazón da un salto.

—Javier me ha propuesto un puesto permanente —continúa—. Coordinadora de experiencias culturales. Es nuevo. La idea es crear vínculos entre los clientes y la verdadera cultura de la isla, no solo los clubs y las playas. Y en paralelo, podría escribir, no abandono mis sueños, los mejoro y los hago posibles.

—Es perfecto para ti —susurro.

—También voy a seguir un máster a distancia con París. Lo mejor de ambos mundos, en cierto modo.

El silencio se instala entre nosotros, no incómodo, pero cargado de todo lo que aún no nos hemos atrevido a decir. La luz del sol naciente dora su piel, y me sorprendo queriendo tocarla, simplemente para asegurarme de que es real, de que este momento es real.

—Tuve miedo, Sophie —confieso finalmente—. Siempre supe mantener el control sobre mi vida, poner cada cosa, cada persona en compartimentos separados. Y luego llegaste tú y todo se mezcló.

Da un paso hacia mí, acortando esta última distancia.

—Yo también tenía miedo —murmura—. Después de Antoine, me había prometido no volver a dejar nunca que alguien tuviera ese tipo de poder sobre mí. No volver a ser vulnerable nunca más.

—¿Y ahora? —pregunto, conteniendo la respiración.

Sus dedos rozan los míos, como para comprobar si este contacto aún es posible después de todo lo que ha pasado.

—Ahora me digo que quizás, la verdadera libertad, es atreverse a ser vulnerable. Atreverse a confiar.

Sus palabras resuenan en mí como una verdad que siempre he conocido sin atreverme nunca a formularla.

Pongo mi mano en su mejilla, y ella cierra los ojos un instante, apoyando su rostro contra mi palma. La dulzura de este gesto me conmueve más que cualquier abrazo apasionado que hayamos compartido.

—Te amo, Sophie.

Las palabras salen naturalmente, sin que necesite buscarlas o forzarlas. Como si mi corazón hablara directamente, sin pasar por el filtro de mis miedos.

Sus ojos se abren, brillantes de emoción. Una sonrisa ilumina su rostro, transformando el amanecer ya magnífico en un momento de una belleza casi insoportable.

—Yo también te amo, Diego.

Nuestros labios se encuentran con la familiaridad de quienes se conocen y el asombro de quienes se descubren por primera vez. Este beso es diferente de todos los anteriores: no nace del deseo o de la pasión, sino de una promesa.

Nuestros sobres caen olvidados sobre la arena. Contenían palabras que ya no tienen importancia ahora que hemos encontrado las que realmente importan.

El sol sale completamente sobre el mar de Ibiza, marcando no el final de un capítulo, sino el comienzo de una historia completamente nueva. Nuestra historia.

EPÍLOGO

Diego

Me despierto con el sol de invierno que se filtra a través de las cortinas de nuestro dormitorio. Seis meses. Seis jodidos meses de felicidad desde aquella madrugada en la playa donde nuestras vidas dieron un vuelco. Siento el calor de Sophie contra mi espalda, su respiración regular haciéndome cosquillas en la nuca. Imposible creer que estuve a punto de joderlo todo por un trabajo en Barcelona.

Me giro con cuidado para observarla sin despertarla. Su cabello castaño se extiende sobre la almohada como una obra de arte. Esta visión me impacta aún cada mañana con la misma intensidad. ¿Cómo pude vivir sin esto antes? ¿Sin ella?

—Otra vez me miras fijamente mientras duermo —murmura sin abrir los ojos, una sonrisa estirando sus labios.

—Imposible resistirse —confieso depositando un beso en su frente —. Feliz cumpleaños para mí.

Sus ojos se abren por fin, chispeantes de esa malicia que me vuelve loco.

—Ah, sí, es verdad. El gran día del vejestorio. Veintiocho años, prácticamente con un pie en la tumba.

Gruño atrayéndola hacia mí, mis manos deslizándose bajo su camiseta... bueno, mi camiseta que confiscó hace tiempo.

—Te voy a demostrar lo que este vejestorio aún puede hacer.

Se estremece bajo mis dedos, su cuerpo reaccionando instantáneamente al mío como si estuvieran magnetizados. Hemos hecho el amor cientos de veces desde el verano, pero cada vez sigue siendo igual de intensa, igual de conmovedora que la primera noche en la playa desierta.

—Espera —susurra contra mis labios—. Tengo algo para ti.

Gruño de frustración cuando se escapa de mis brazos para salir de la cama. Me incorporo, admirando sus piernas desnudas que desaparecen en mi camiseta demasiado grande para ella. Nuestro piso es pequeño —un salón-cocina, un dormitorio y una terraza que

da a la ciudad vieja—, pero es nuestro refugio, nuestro primer verdadero hogar. No una habitación de hotel compartida por obligación, no un acuerdo temporal, sino una elección. Nuestra elección.

Sophie vuelve con un paquete cuidadosamente envuelto. Lo cojo, sorprendido por su peso.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo, idiota.

Rasgo el papel para descubrir una cámara profesional. No cualquiera: exactamente la que mencioné de pasada hace meses, durante una conversación nocturna.

—Sophie, esto es...

—¿Demasiado? Sé que dijiste que tu cámara actual te bastaba, pero vi cómo la mirabas online y...

La interrumpo con un beso que expresa todo lo que las palabras no pueden. ¿Cómo decirle que no es solo un regalo, sino una prueba de que me escucha, de que ve quién soy realmente?

—Es perfecto —murmuro contra sus labios—. Tú eres perfecta.

Su mano se desliza por mi mejilla, su mirada anclándose en la mía.

—Feliz cumpleaños, Diego.

Nuestro abrazo que sigue es a la vez tierno y urgente, nuestros cuerpos redescubriéndose como si seis meses no hubieran embotado nada. Sus suspiros, la forma en que sus uñas se clavan en mi espalda, mi nombre en sus labios cuando se corre... todo eso me recuerda lo cerca que estuve de perder esta felicidad por miedo a comprometerme.

Dos horas después, llegamos al hotel Paraíso. El invierno en Ibiza transforma completamente la atmósfera. Se acabaron los turistas frenéticos, se acabaron los juerguistas agotados en el vestíbulo. Solo una tranquilidad casi meditativa, algunos clientes fieles que han venido a buscar paz en lugar de discotecas.

—Buenos días —nos saluda Luna desde recepción, su cabello ahora teñido de violeta eléctrico—. ¡Feliz cumpleaños, jefe!

—Gracias —respondo besándola—. No soy tu jefe.

—Codirector adjunto de proyectos especiales, ¿no es ese tu título kilométrico? Para mí, eso significa jefe.

Pongo los ojos en blanco mientras Sophie se ríe. Javier creó este puesto a medida para mí cuando rechacé el traslado a Barcelona. Una solución que milagrosamente satisfizo a mi padre: lo suficientemente implicado en los negocios familiares para calmar su descontento sin obligarme a dejar Ibiza. Sin dejar a Sophie.

Mi teléfono vibra. Hablando del rey de Roma...

—¿Tu padre? —adivina Sophie, siempre tan perspicaz.

—Estará aquí en dos horas para la reunión.

Una ligera tensión se instala en mis hombros. A pesar del progreso de los últimos meses, las visitas de mi padre siguen siendo complicadas. Nuestra relación se ha calmado, pero no borrará nunca veintisiete años de malentendidos y expectativas divergentes.

—Va a ir bien —afirma apretando mi mano—. El consejo ha validado vuestro proyecto. No puede reprocharte gran cosa esta vez.

—Subestimas su talento.

—Y tú subestimas el tuyo.

Después de un beso rápido, nos separamos para nuestras tareas respectivas. Me dirijo a mi oficina, reorganizada desde que comparto oficialmente la gestión del hotel con Javier. Los planos de nuestra expansión eco-responsable están extendidos sobre la mesa: un compromiso perfecto entre el desarrollo que deseaba mi padre y la preservación del carácter auténtico de Ibiza que yo defiendo.

Cuando pienso en cómo empezó todo... Sophie desembarcando con su dominio perfecto del español, mi desconfianza, esa tensión entre nosotros que enmascaraba una atracción imposible de ignorar. Luego esa convivencia forzada que rompió todas mis barreras cuidadosamente erigidas.

La puerta se abre dejando pasar a Alejandro, relajado como siempre a pesar de su creciente éxito como DJ.

—¿Preparado para la inquisición paterna? —suelta dejándose caer en el sillón frente a mi escritorio.

—Siempre una alegría.

—Los planos son perfectos, tío. Ni siquiera ese viejo dragón podrá criticarlos.

Sonrío a mi pesar. El viejo dragón finalmente aceptó que Alejandro no es simplemente una mala influencia de la juventud, sino un amigo leal que me apoyó cuando el resto del mundo me empujaba en una dirección que me habría hecho infeliz.

—¿Sophie está nerviosa? —pregunta, más serio.

—Lo disimula bien, pero sí. Es la primera vez que presenta oficialmente su proyecto cultural ante el consejo.

El programa que Sophie ha desarrollado —conectar a los clientes con la Ibiza auténtica, más allá de los clichés de fiesta— ya ha atraído la atención de varias publicaciones turísticas. Su transformación profesional es tan impresionante como su evolución personal.

—Los va a deslumbrar —afirma Alejandro con convicción—. Como nos deslumbró a todos nosotros.

No puedo más que estar de acuerdo. ¿Quién habría creído que esta francesa llegada para un trabajo de verano revolucionaría completamente nuestras vidas?

La reunión termina mejor de lo esperado. Mi padre, fiel a sí mismo con su traje impecable, finalmente ha dado su aprobación sin reservas al proyecto de expansión. Más sorprendente aún, ha felicitado a Sophie por su programa cultural, reconociendo su contribución significativa a la imagen de marca del establecimiento.

Ahora estamos todos reunidos en nuestra terraza para celebrar mi cumpleaños. Luna y Alejandro, Javier y su mujer, algunos amigos fieles del hotel. Incluso mi abuela Dolores ha venido desde Valencia para la ocasión. Verla charlar con Sophie en valenciano, compartiendo recetas familiares y recuerdos, me llena de una alegría indescriptible.

—Un céntimo por tus pensamientos —murmura Sophie acercándose, dos copas de champán en la mano.

—Valen mucho más —respondo aceptando la copa—. Solo pensaba en nosotros. En todo el camino recorrido.

Sigue mi mirada hacia el grupo reunido en nuestra terraza, estas personas que se han convertido en nuestra familia elegida.

—¿Te arrepientes a veces? ¿De no haberte ido a Barcelona?

La pregunta me sorprende. Dejo mi copa y tomo su rostro entre mis manos, clavando mi mirada en la suya.

—Nunca. Ni un solo segundo.

—¿Incluso cuando te vuelvo loco? ¿Cuando dejo mis manuscritos por todas partes? ¿Cuando canto en la ducha a las seis de la mañana?

Me río, acariciando su mejilla con el pulgar.

—Sobre todo en esos momentos.

El sol de invierno se pone sobre el Mediterráneo, bañando nuestra terraza con una luz dorada. Pienso en aquella playa hace seis meses, en nuestras confesiones murmuradas una mañana, en ese miedo compartido a la vulnerabilidad que estuvo a punto de separarnos.

—Tengo algo para ti —murmuro, de repente nervioso—. No estaba previsto para hoy, pero...

Saco del bolsillo la pequeña caja que llevo encima desde hace semanas, esperando el momento perfecto. Sus ojos se abren como platos.

—Diego...

—No es... bueno, no es exactamente lo que crees —preciso rápidamente—. Ábrela.

Dentro, dos llaves idénticas brillan sobre un cojín de terciopelo.

—¿Llaves?

—Para la cala —explico—. He comprado el terreno que la rodea. Nadie podrá nunca desarrollarla o destruirla. Nos pertenece, Sophie. Para siempre.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Esa cala donde todo empezó entre nosotros, donde comencé a bajar la guardia por primera vez.

—Es el regalo más bonito que me han hecho nunca —susurra.

—Hay algo más —añado, el corazón latiéndome a toda velocidad —. Una petición.

Saco un segundo estuche, más pequeño. Esta vez no necesito explicar nada.

—Sé que tenemos todo el tiempo del mundo, que no hay prisa, que sigues con tus estudios y tu novela y que...

—Sí —me interrumpe, lágrimas corriendo libremente por sus mejillas.

—Ni siquiera he hecho la pregunta todavía.

—La respuesta siempre será sí, Diego Álvarez. Hoy, mañana, dentro de diez años. Siempre sí.

Nuestros amigos han notado discretamente lo que está pasando. Veo a Luna dándole un codazo a Alejandro, a mi abuela enjugándose una lágrima, a Javier sonriendo con aprobación. Pero mi mundo entero se resume a Sophie, a sus ojos brillantes, a su sonrisa que lo ilumina todo.

Deslizo el anillo en su dedo —sencillo, elegante, con una piedra azul como el mar de Ibiza— y me doy cuenta de que toda mi vida he huido del apego por miedo a perder mi independencia. Qué ironía descubrir que es apegándome a Sophie como finalmente he encontrado mi libertad más auténtica.

—Te amo —murmuro contra sus labios.

—Yo también te amo —responde en un suspiro—. Más que a nuestra isla, más que a nuestros sueños, más que a todo.

Mientras el sol desaparece tras el horizonte, sé con una certeza absoluta que nuestra historia, comenzada como tantas otras bajo el sol de Ibiza, ha trascendido todos los clichés para convertirse en algo raro y precioso: un amor que nos permite crecer individualmente mientras construimos un futuro común que respeta quiénes somos realmente.

Y si eso no es el verdadero milagro de Ibiza, entonces no sé qué es.

Acerca del autor

Kristen Rivers

Kristen Rivers es una autora romántica apasionada de la lectura, la música, el cine y los viajes. Originaria de España, decidió instalarse en Francia tras estudiar literatura.

Instagram: @kristen_rivers_auteure